Sala A
Estante 30
Tabla 1 & 2
N.° 06
L.1.L.V.91

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

DISERTACIONES Y DISCURSOS,

Colección de los escritos en Cádiz

por razón de cargo y para satisfacer compromisos

científicos ó literarios.

IMPRENTA,

FRANCISCO DE PAULA JORDAN,

Enrique de las Marinas, 5 y 7.

CÁDIZ.

٢٦٥٠
٤٠٧
ضلع

3-2462

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

Disertaciones y Discursos.

Coleccion de los escritos en Cádiz
por razon de cargo ó para satisfacer compromisos
científicos ó literarios.

Reg.° 8767

EDITOR:
FRANCISCO DE PAULA JORDAN.
ENRIQUE DE LAS MARINAS, NÚM. 5.
CÁDIZ.

ES PROPIEDAD.

CADIZ.—Tip. de Jordan; Enrique de las Marinas, 5.

AL INSTITUTO PROVINCIAL DE CÁDIZ.

De 1863 á 1883 va toda mi vida, porque va toda mi experiencia, y va toda mi esencia. Entró aquella en mi y lanzó fuera de mi toda esta: dedicarle al Instituto esas dos décadas de mi existencia total terrena, es dedicarle mucho, aunque todo ello valga poco: en cambio, se lo dedico en la forma que puede serle más apropiada y que puede tener por más excelente en mi, sin daño de lo que reclama mi modestia: le doy una cadena de pensamientos conque aprisionó mi cerebro aquella experiencia y una série de alientos que exhaló mi esencia al calor de mis más sérias reflexiones.

Cuando compuse la primera página de este libro era yo jóven, rico, fastuoso, soñador, algo romántico ó romancesco; como se quiera; pisaba los dinteles del Instituto con mi fardo de ideas filosóficas en la cabeza, me sentaba en el aula conteniendo en mi pecho los latidos de la ternura y el entusiasmo y me paseaba por las calles con todo un mundo bello y sonrosado en la imaginación, radiante la mirada y sonriente el labio, signos inequivocos de la esperanza.

Cuando he escrito la última tengo avejentado el cuerpo y oscurecido el espíritu; entro en la clase bajo el impulso del deber, explico mi conferencia agotando mis alientos y obedeciendo al dictado de mi conciencia y apenas me atrevo á cruzar las ca-

lles por miedo de que se fijen en mí y me cause esto un nuevo sollozo tras de uná nueva injusticia.

Mis ideales han subido en vàpores al firmamento imaginario de donde sin duda descendieron; mis esperanzas yacen deshojadas en el fondo de mi alma, y, en armonía con esto, mi mirada se ha apagado y mi sonrisa se convierte en una mueca de desden ó de ironía cuando osa contraer mis labios.

Entre uno y otro extremo, aparece hoy á mis ojos la obra de la experiencia descarnada, cruel, inhumana, impía; pero entre mis manos encuentro una porcion de hojas que arrancó del árbol de mi pensamiento el viento huracanado que me azotó. Esas hojas son mi esencia y esa esencia es la que dedico al Instituto; por eso digo que no podia ofrecerle más, al mismo tiempo que conozco que le doy muy poco.

No supongo que este cambio sea cosa rara y excepcional en mí: todos tenemos canas en la cabeza y penas en el alma cuando llegamos á viejos; pero eso no quita que yo hable de las mías para explicar la transformación en mis ideas que sin duda notará el que tenga la bondadosa paciencia de leer mi librejo desde el principio al fin.

Por otra parte, no son canas, ni son pesares los que con mi obrilla ofrezco: antes bien esos trabajos que la constituyen son tapadera de unas y otros, como para mí fueron medio de distracción y recurso consolador y benéfico. ¡Que sabe el mundo de como fueron efectuados! ¡Ni cómo he de decírselo yo al mundo!

Pero sí le diré, y esto lo sabe ya el Instituto, que todas la páginas que hoy le ofrezco fueron redactadas para él ó en su consideración; que cuando el nombre del establecimiento oficial de enseñanza á que debo mi posición social y mi existencia, ha figurado al frente de ellas, ha aparecido mi firma al piè: y que he tenido muy buen cuidado de que mi oscuro nombre lleve siempre tras sí el honroso dictado de «Catedrático de Cádiz,» á fin de que los esplendores de éste disipasen las sombras que envolvian aquel. Yo no podia aspirar á dar renombre al Instituto; menes-

ter era que el Instituto contribuyese á hacer aceptables mis humildes obras. Y así tengo la convicción de que ha sucedido, y tanto por esto, cuanto porque desde luego escribí para él, he de darle lo que le pertenece, encargándole que, para aceptarlo con gusto, atienda más á su natural indulgencia y á mi buena intención, que á los propios merecimientos de lo escrito y á las débiles facultades del autor.

Quizá este libro debiera llevar un prólogo en el entender de alguien; pero como pedir un prólogo tanto monta como solicitar elogios, he preferido prologarle yo mismo.

Tal vez esto ha tenido el inconveniente de hacerme hablar de mí. Y bien, ¿qué mal hay en ello? Cuando todo el libro habla de otros asuntos, ¿por qué en algunas pájinas no me he de ocupar de mí mismo? ¿Cómo si no dar á conocer el sentido en que ofrezco el libro, la razón del donativo, los sentimientos que me lo dictan y hasta la especie de valor que le atribuyo? No le importa nada de esto á la generalidad de los lectores? Ay! que el mismo temor puedo tener respecto á todo lo demás, por ser yo quien hablo y haber en el mundo científico y literario, y aun tan cerca de mi, quien lo hace infinitamente mejor: más hay uno solo, uno no más, que lo lee todo, uno siquiera á quien pueda yo mismo importarle algo, uno de esos que gustan de lo pequeño, de lo insignificante, de lo escondido?... Pues tengo suficiente; para ese he escrito mi prólogo personal.

Muy pronto, porque la vida es breve y azarosa, y porque los cambios se operan siempre prontamente, yo he de desaparecer: ¿no se me perdonará el orgullo de no haber querido pasar por el mundo, por Cádiz sobre todo, sin dejar huella alguna, como dedo por el agua, ó como reguero de lágrimas que seca el sol, bebe la tierra ó borran las pisadas humanas? Pues si se me perdona esta dulcísima ambición, dejad que estampe mi nombre al frente de este librejo y que lo coloque en el seno de esa Institución nobilísima que en él me mantuvo, á fin de que se agite en ella mi espíritu, cuando ya no resuene mi voz en sus serenas áulas.

Dignese el Cláustro de honrar mi modesto libro recibiéndolo como un recuerdo de mi presencia en él y un testimonio de mi alta consideración y mi profundo afecto.

Cádiz: 1883.

Romualdo Alvarez Espino.

IMPUGNACION

AL

MATERIALISMO.

Tema para la oposicion á la cátedra
de Psicología, Lógica y Ética del Instituto de Cádiz.
Setiembre: 1864.

I

Hacer el árbol genealógico del materialismo, sería trazar la historia de la Filosofía; y buscar los orígenes de la ciencia filosófica, nos llevaría á señalar el nacimiento del materialismo. Razones hay que nos lo explican. En primer lugar, examinemos la causa de toda idea filosófica y observemos el influjo poderosísimo que debió ejercer la naturaleza asiática, con su gigantesca vegetación, y sus altas montañas, y sus infinitos y variados animales, y sus anchurosos rios, y sus interminables desiertos, sobre la imaginación de sus primitivos pobladores. El hombre debió sentirse débil y pequeño bajo el dominio de un mundo que se le presentaba como un ser superior: de aquí el culto de la naturaleza, el panteismo expresado en los cantos y poemas. En segundo lugar, estudiemos el hombre en sí mismo; mirémosle desde niño buscar en el exterior la satisfacción de sus necesidades y contraer el hábito de distinguir por la vista y el tacto; atendamos á la marcha natural del desarrollo de su inteligencia, y le veremos partir de fuera á dentro, de lo objetivo á lo subjetivo, del No-yo al Yo; más tarde, las relaciones, los deberes de la vida política, las luchas guerreras, la vida nómada, todo, le refiere á ese mundo de los sentidos y le enlaza con fuertes vínculos á la vida material. Véase por qué los pueblos de Oriente son poetas antes que astrónomos, y médicos y gramáticos y legistas, antes que

filósofos; véase por què cuando nace la Filosofía, nace materialista, y sólo cuando la marcha de la razón llega en su progreso á reconcentrarse en el Yo, brota en el fondo de la conciencia humana la idea del Espíritu.

Pero no salva su antigüedad al materialismo de los anatemas lanzados contra él por la sana filosofía. Ciertamente que en los tiempos primitivos los problemas se hallaban mal presentados, los métodos no eran seguros, la curiosidad era grande y débil el miedo al error; pero eso mismo demuestra que fácilmente pudo tomarse lo falso por verdadero, lo hipotético por absoluto, lo contingente por necesario, y que debemos desconfiar de aquellos sistemas cuyos errores ha demostrado en todos tiempos la misma lógica del error. Las opiniones infundadas desaparecen con el tiempo, la marcha incesante de la civilización purga á la ciencia de errores y la verdad surge del caos y sigue su rumbo por en medio de los siglos, dejando en la cúspide del descrédito aquellos sistemas que quisieron viciarla. Hé aquí lo que ha sucedido mil veces al materialismo en el curso de la historia y, sin embargo, el materialismo vive hoy. Epicuro lo formuló tres siglos antes de la era cristiana; pasó en alas del Nominalismo sobre las luchas de los siglos médios y apareció claramente en Francia á mediados del siglo XVI con la *Teoria del Conocimiento* del napolitano Campanela. Desde entonces acá ha vivido á favor de varios disfraces, recogiendo de aquí y de allí sus elementos de vida. Tomó de Bacón la idea empírica; reforzó con el método experimental las doctrinas de Gassendi y Hobbes; aceptó el sensualismo de Locke y Condillac y en los labios de Bernier, Moliére y Chapelle llegó hasta Voltaire y Rousseau con cierto espíritu político, voluptuoso é incrédulo, que produjo el desenfreno y la licencia de la revolución. Aparece luego en Alemania la filosofía crítica de Kant; surge de ella y

extiéndese por el mundo científico la dialéctica de Hegel. y el materialismo, que habia entrado por las puertas del siglo en brazos de Garat, Desttut-Tracy y Volney, aceptó el ateismo hegeliano y su política revolucionaria. De este modo devuelve Francia en materia á la Alemania, el presente que esta le habia hecho en razón.

El naturalismo positivista que inaugura Moleschot entre los alemanes, queda representado entre los franceses por Proudhon, que reasume en sí el ateismo filosófico, el positivismo materialista y la política demagógica. Y hoy en fin, apoyado el materialismo en las ciencias físicas, en la Geología, en la Anatomía, en la Química sobre todo, ha formado en el fondo de la Alemania una escuela fecunda y poderosa que, bajo el nombre de Positivismo, dirige sus tiros contra la filosofía racionalista.

La última expresión, el último credo, ó por mejor decir el último Niego, de esta filosofía, es el que nos proponemos refutar.

BREVE EXPOSICIÓN DEL MATERIALISMO MODERNO.

II

El filosofismo empírico positivista del siglo XIX nada inventa; él mismo confiesa que no hace más que reproducir, apoyadas en nuevas bases más sólidas y científicas, las teorías de los antiguos mecánicos, enseñadas despues en todo tiempo. Veamos la solución de sus problemas físicos é históricos, ya que desdeñan y se burlan de toda Metafísica y de todo órden puramente especulativo.

Empecemos por la Cosmología.

El Universo no es obra de un Dios: todo principio creador es absurdo: la materia es increada y su desarrollo producto de una fuerza viva, esencial en ella, eterna como ella y que se mueve en virtud de leyes fijas y determinadas. Aquellos átomos de Demócrito y Epícuro impulsados por fuerzas internas, siguiendo una dirección vertical ó un movimiento circulatorio, son sustituidos por otros átomos vivos, cuya fuerza de cohesión ó de expansibilidad determinan diferentes combinaciones: estos agregados de partículas forman el mundo: Ni la razón, ni la experiencia conciben una fuerza sin materia, ni una materia sin fuerza; esta se define por una propiedad de aquella y la materia por el sujeto de toda fuerza. La luz, el calor, el magnetismo, la electricidad, etc,, son fuerzas inmanentes que

determinan diferentes grados de agregación en las moléculas corporales; de modo que todo cuerpo entraña, manifiesta ó latente, una fuerza que será la resultante de la combinación de las fuerzas parciales que entrañan sus moléculas. El mundo inorgánico envuelve una multitud de sistemas; por ejemplo: fuerza contractiva, los músculos; fuerza sensible, los nervios; fuerza intelectual, el órgano del pensamiento.

Dios no existe; la idea de una actividad pura, inteligente y eterna, no es compatible con el caos ni la inacción; además, de la nada nada se hace; luego si el mundo existe y no pudo tener principio ni es posible un ser que se lo diera, el mundo es eterno. Lo que no ha sido creado, no puede ser aniquilado; luego el mundo será perdurable, y la materia es inmortal.

Inmortalidad de la materia. Hé aquí el primer sorprendente descubrimiento de la Química moderna, su explicación no es nueva; todo el secreto estriba en la teoría de las metamórfosis; pero se le dá una nueva dirección: lo que muere para volver á nacer, no es la materia, es la forma; son los compuestos orgánicos é inorgánicos, cuyos elementos primitivos transmigran en cantidad y cualidad, á través del tiempo y bajo las apariencias. Esto dice la balanza del químico y parece que lo comprueba la experiencia. Las sustancias que componen nuestra economía y alimentan nuestra vida, se exhalan en nuestras propias emanaciones; y á medida que el cuerpo segrega lo inútil, acrece con la asimilación de las sustancias de los demás cuerpos, ó con las de los que murieron, ó con las de los animales. Ya en Roma, Plinio el Viejo habia comparado el Universo á un Fénix.—«El hombre se deshace en polvo,—habia dicho:—pero de este polvo vuelve á brotar una nueva raza de hombres.»—Jordan Bruno fué quemado en Roma (1600) por haber sostenido una tésis análoga.—«La

semilla produce la yerba,—decia;—la yerba la espiga, esta el grano, este contiene el principio nutritivo que luego se transforma en sangre y despues en esperma; se forma el embrión, brota el hombre, se deshace en tierra y fecunda la semilla.»—Sólo resta dar la condición de eternidad á este movimiento de rotación, y tenemos resuelto el problema: la materia es eterna. No pudiendo perecer, tampoco ha sido creada; porque lo que no puede ser destruido, tampoco pudo ser creado. Antes se habia dicho que lo que no habia sido creado tampoco podia ser destruido; nótese bien la fuerza de este argumento.

Demostrada la inmortalidad de la materia, quedaba probada en el fondo de la retorta química la inmortalidad de la fuerza, segundo factor del producto Universo; porque se ha establecido de ántemano que la fuerza es una propiedad esencial de la materia. Con todo, para mayor comprobación, se ha vuelto á invocar la experiencia que, con la misma docilidad, ofrece al momento el siguiente principio.—«La cadena de las generaciones es contínua é infinita.»—La ciencia física queda constituida y sus problemas nos dan las siguientes soluciones:—«Toda fricción produce calor, el calor produce vapor, y este es fuerza mecánica que puede volver á ser calor por medio tambien de la fricción.»—Aquí aparece por segunda vez el movimiento circular. La gravedad desciende por la vertical, pero aplicada al péndulo se cambia su dirección. La fuerza de asimilación de las moléculas del cerebro humano, produce una actividad que se llama Pensamiento. En fin, este movimiento giratorio, atestiguado por la observación, prueba que nada nace ni muere en el Universo y que lo inmortal ni pudo ser criado ni pudo nacer por sí, ni puede morir ni ser destruido.

Y no sólo es eterno el mundo sino infinito.

El mundo no tiene límites: la materia es infinita en el

espacio como inmortal en el tiempo. Hé aquí un principio de la óptica: el microscopio descubre un mundo infinito en el Microcosmo: el telescopio se abisma ante la multitud incalculable del Macrocosmo: queda pues, la materia independiente de los límites del espacio y del tiempo. Las leyes del pensamiento humano, que no conciben la Nada y que admiten una divisibilidad infinita, confirman las investigaciones ópticas de los filósofos naturalistas.

Vengamos ahora al órden natural. La armonía universal es resultado de la necesidad; aquí no hay más que determinaciones fatales, que no admiten excepción ni restricción alguna. El órden sobrenatural queda rechazado como irracional y el milagro declarado el mayor de los absurdos. La ciencia moderna ha colocado la Naturaleza á los pies del Rey del mundo y la primera fórmula de la razón humana declara, que todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá, sigue el curso de leyes fijas é inmutable, naturales y eternas, necesarias é inmanentes en la materia. El destino del hombre, como el de la piedra abandonada en el espacio, ó el de la chispa eléctrica suspendida en el éter, queda sometido á leyes siempre idénticas y fatales: sirva de ejemplo la muerte, que nada ni nadie pueden contrastar. Los milagros son hijos de la superstición, de la ignorancia, de la especulación, ó del gusto innato por lo maravilloso.—«Un milagro,—dice Cotta—nos demostraría lo imperfecto de la Creación y juntamente la imperfección de su supuesto creador.»—Y en cuanto á los arcanos de la Naturaleza, no los hay sino para los que no la han estudiado; aquí no hay más que leyes; leyes que no han podido emanar de un Dios, porque, si suponemos que existe, no las necesita, y si existen leyes, como es indudable, no se comprende el trabajo providencial de Dios. Hé aquí á la ciencia luchando con

la fé en defensa de los fueros de su imperio real: hé aquí â la Filosofía atea cavando un abismo entre la fé y la razón cuando han de caminar unidas, alumbrando los pasos de esta última, la antorcha celestial y explendente de la primera.

A estas leyes, que segun una tal filosofía bastan para explicar el mundo inorgánico hay que recurrir para darnos cuenta de la materia organizada. La Paleontología suministra la certeza subjetiva de la generación espontánea: el análisis confirma este hecho, dejando falseado el principio «Omne vivum ex ovo.» La ley que preside al desarrollo de todo ser orgánico, existe *ad eternum*; latía en el corazón de la materia, esperando para empezar su trabajo generador el auxilio de las fuerzas mecánicas y el influjo benéfico de las condiciones externas; y como estas han concurrido en un lapso de millones y millones de años, la generación ha sido penosa y lenta, caminando de lo simple á lo compuesto y de lo imperfecto á lo más perfecto. Comprueban esto los fósiles anti-diluvianos, amalgamas extrañas de peces y aves, de aves y reptiles, de mamíferos y peces; las semejanzas entre las plantas submarinas y los zoófitos y acéfalos; los fenómenos del reino microscópico de los infusorios; las analogías, en fin, entre el orangutan y los hombres de las razas indias y malayas. Hé aquí una nueva aplicación de la teoría de las transiciones.

Si todo es fatal y ciego en el Universo, la finalidad queda destruida. En efecto, la experiencia nos acredita que la Naturaleza ha creado seres contrarios á todo fin, y cuya existencia no tiene objeto útil; la Naturaleza ha destruido algunos animales muy provechosos, concediendo á otros muy nocivos fecundidad pasmosa. Por otra parte, ¿para qué fin digno de un Dios pueden servir las enfermedades? ¿Para qué los cataclismos físicos? ¿Por qué tantas bellezas

perdidas en el fondo de los mares, tantas brillantes perspectivas allí donde no llega de contínuo ó no llega nunca el ojo del espectador? Y en el reino animal, ¿qué son los hermafroditas sin el poder de reproducirse á sí mismos? ¿Qué son las monstruosidades que notamos á cada paso? ¿De qué sirve, por ejemplo, la glándula mamaria en el hombre? Y si la naturaleza procede conforme al fin, ¿qué significa la Medicina, ni qué los complicados aparatos de la Cirujía? ¿Qué son los males físicos si no tienen remedio, y si Dios le colocó al lado del mal, para qué esas creaciones inútiles? Conocida esta clase de argumentos, pasamos adelante en busca de algunos más formales.

El cerébro es el órgano del pensamiento: aquel es la materia y este la fuerza esencial en ella; fuerza resultante de las parciales que entraña cada una de sus moléculas; por consiguiente, á mayor masa, mayor número de fuerzas integrantes, mayor intensidad de pensamiento: á menor inteligencia, *(á fortiori)* menor masa cerebral. Para la demostración de este principio nos toca registrar los anales anatómicos: ellos nos dicen que aquellos animales que sólo tienen rudimentos cerebrales, ocupan el último grado en la escala de las inteligencias; y que el hombre, que ocupa el primero, tiene *relativamente* la mayor masa cerebral. Con la palabra subrayada cree eludirse la objeción que pudieran presentar el elefante, el caballo, el toro, el delfin etc.: en estos se dice que el cerébro es mayor, por el desarrollo de las partes que presiden á las funciones de relación y sensación; porque aquellas que representan las funciones propias del pensamiento son más pequeñas que en el del hombre. Además la masa no lo es todo; quedan el peso y la extructura: el cerébro humano es el que más pesa y aquel cuya organización es más especial, tiene más fósforo, más grasa y por eso piensa, no más, sino mejor. El desarrollo de la razón sigue los pasos del desarrollo fisiológico del cerébro; crece con

él y con él decrece; los experimentos que han ido arrebatando trozo á trozo las masas cerebrales de diferentes animales, han ido robándoles tambien función por función el alma entera; y estudiando las razas humanas, se nota asimismo, que no sólo se altera la escala gradual de la fuerza pensadora con las modificaciones de la masa cerebral, sino que se observan iguales gradaciones en el sentimiento religioso, en las ideas morales y en la fuerza de voluntad. Hé aquí el cerébro, basé de toda la vida psicológica, convertido en un alma perfecta, sólo material; el cerébro fuente de todo conocimiento, causa de los movimientos afectivos y medio de exteriorización. Parece que el espíritu se halla tan confundido con la materia cerebral, que no puede residir en ninguna otra parte; pero no es así; sólo que en cada órgano obra este espíritu de un modo diferente; digiere en el estómago, respira en el pulmón y piensa, siente y quiere en el cerébro. Queda resuelto el problema; esa X desconocida á que llamamos alma, es la fuerza vital que obra de diferentes modos en el mecanismo humano; pero exigiendo siempre un órgano, porque toda fuerza ha de tener una base material. La Química, que consigna los principios de que los mismos elementos que forman el mundo inorgánico forman tambien la materia orgánica y de que los fenómenos que constituyen la vida son meras acciones y reacciones químicas que pudieran verificarse en los crisoles de un laboratorio, demuestra que la fuerza vital no es el principio, sino el resultado de estos fenómenos: su orígen se halla en las fuerzas que residen en cada molécula de las que componen cada órgano, las cuales, combinadas con las diversas sustancias que se le acercan, dan lugar á ese cúmulo de fenómenos fisiológicos que constituyen la vida animal. Esta teoría solo nos dice que, mecánica ó no, la fuerza vital existe: veamos una deducción importante.

De la confusión del alma con la fuerza vital deducen

los vitalistas que los animales tienen espíritu ó alma igual á la del hombre, cuya superioridad en todo caso solo será relativa al peso de sus respectivos cerébros. En efecto; el Naturalismo sostiene que el reino animal piensa, recuerda, induce, relaciona, siente por supuesto y habla: su razón, su sensibilidad y su lenguaje son perfectibles: los hechos lo acreditan.

Analicemos ahora la ideología de esta escuela.—*Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. El conocimiento es producto de cinco factores que se llaman sentidos. No hay, pues, ideas innatas como creyó Descartes, y el empirismo aprueba el sistema de Locke que se declara contra ellas. Toda creencia acerca del órden espiritual es imposible; la fé es absurda: este es el racionalismo de Kant. La vida intelectual sólo empieza con el desarrollo de los sentidos y avanza á medida que brotan las relaciones de esta con el mundo exterior y adquieren importancia las impresiones recibidas. Lo confirman así la ignorancia del ciego de Cheselden acerca del espacio, los colores y la luz, y la del sordomudo Meystre, respecto á los sonidos, la música y los idiomas. Esta doctrina dá lugar á la generación de las facultades intelectuales segun el sistema de Condillac, en cuyo árbol genealógico la percepción externa es el tronco de donde nacen la atención, la imaginación y el recuerdo, de las que á su vez se derivan las demás funciones. Las observaciones acreditan que el feto no tiene inteligencia, que los actos del reciennacido son espontáneos, y que desde el nacimiento á la época en que el hombre se halla con su conciencia, transcurre un largo período durante el cual se verifica un penoso é insensible desarrollo que conduce al hombre á la intencionalidad, desde cuyo término apenas puede echar una mirada á su pasado con el fin de estudiar su desenvolvimiento gradual. ¿Pues cómo, si los sentidos son única fuente de conocimientos, no los adquieren los ani-

males dotados á veces de órganos más perfectos que los del hombre? Porque existen disposiciones innatas que dependen de las cualidades materiales del cerébro y que son mayores y más eficaces en el humano que en el de los animales, disposiciones que, aunque innatas, exigen el desarrollo sensual, como un compuesto químico determinado requiere ciertas cantidades en sus compuestos simples? Y cómo se adquieren las ideas metafísicas, estéticas y morales del Ser, el espacio, el tiempo, lo verdadero, lo bueno y lo bello? Para explicarlo se acude al orígen de toda idea. La idea nace de las impresiones objetivas de todo el género humano que tiende á dar realidad externa á sus concepciones; y el indivíduo las halla y las copia, sin intentar siquiera explicarse su orígen y juzgándolas innatas: esto es, las impresiones dan los materiales para la formación de la idea; el género humano idealiza la noción y el indiviiduo la recibe por la intuición del pasado histórico, aplicando luego las denominaciones de bueno, bello ó cierto, segun su criterio, formado tambien por influencias de carácter y localidad. De aquí la falta de uniformidad, fijeza y generalidad de estas ideas; de aquí su valor relativo y la notoriedad de sus contrastes en los distintos pueblos, en los diferentes indivíduos y en las varias épocas. Véase toda idea, todo acto producto de la Naturaleza: la idea de Dios invención humana; el sentimiento religioso fruto de la reflexión, y la instrucción, el clima, las circunstancias externas, orígen de toda idea. Lo que se juzga innato, es puramente abstracto y subjetivo. En cuanto al sentimiento de la inmortalidad, se nos quiere hacer probar con la historia, que ni existió ni se halló jamás defendido sino por aquellos hombres sujetos á un espíritu mercenario.—¿Pues cómo siendo inmortal la materia y material el alma podrá morir esta?—Porque no es materia pura—se nos contesta,—sino fuerza.—Y siendo

la fuerza eterna, por qué moriría el alma?—Porque es fuerza compuesta que se deshace, y siguen sus componentes el rumbo de las partículas simples á que pertenecen.—Hé aquí lo que más bien podría aplicarse á la fuerza vital; pero la experiencia nos dice que no cesa la vida porque se partan ni se deshagan los órganos, sino que estos se pulverizan cuando se apaga la fuerza que mantenía unidas y en ejercicio sus moléculas. Terminemos con un problema del que depende todo el órden moral. Se trata del libre albedrío. Sostiene Spinoza que la libertad no es otra cosa que la conciencia que tienen los hombres de su voluntad, cuyas causas determinantes son ignoradas por completo: y la filosofía naturalista, que nos habla de leyes fatales que todo lo rigen, se vé por su lógica obligada á sostener que esas causas determinantes no son más que la fatalidad. La dependencia del hombre es completa, el mundo entero, de que se juzgó rey, pesa sobre su conciencia, y en vez de ser aquel la causa libre de todos sus actos, aparece esclavo del Universo y de su misma materia. El indivíduo es el producto de causas naturales internas y externas, tanto en su vida física como en su vida moral; en todos, como en cada uno de los instantes en que obra, sus actos dependen fatalmente de su individualidad intelectual ó sea del influjo absoluto de su propio carácter, de su índole, de su educación, de su posición social, de su sexo y del carácter, costumbres, tendencias, ilustración, clima y demás circunstancias físicas de la nación ó pueblo á que pertenece. El hombre echa raices como la planta, y su vida depende luego de las condiciones geológicas del terreno en que se arraiga: sus inclinaciones naturales, innatas ó adquiridas, determinan su conducta con tal fuerza, que no pueden contrastarla ni el poder de la reflexión *ni apenas* el de las creencias religiosas: esta lucha consigo mismo á que se vé condenado, nos explica las innumera-

bles contradicciones que observamos en su naturaleza moral.

El hombre es libre como el pájaro en su jáula; por todas partes se halla cercado y apenas el más poderoso puede mover las manos.

Hé aquí el catálogo criminal santificado por la necesidad; hé aquí reducido al absurdo el órden penal, vana la idea de toda remuneración, imposible todo juicio acerca de lo justo y lo injusto, estúpida toda sentencia, indispensable la absolución del crímen, y consiguiente la anarquía social más repugnante y terrible, porque es la producida por inmoralidad. ¿Pero qué piedad siquiera debe merecer á los naturalistas una sociedad que retratan como un *bellum omnium contra omnes*? ¿Por qué vacilar al introducir un elemento más de desórden en una sociedad donde impera el egoismo más refinado, donde la fuerza expresa la justicia, donde el placer es el fin, y los resortes para alcanzarlo la bajeza, la cobardía, la hipocresía y la traición? El pesimismo sella el cuadro desolador, ridículo á veces, y repugnante siempre, del filosófismo materialista.

Hé aquí un brevísimo resúmen de su última expresión, que vamos á impugnar sucintamente para no exceder los límites legales de este escrito.

REFUTACION.

III

Ya hemos indicado que la filosofía crítica de Kant fué el orígen de este movimiento moderno que impele hoy á las inteligencias, alejándolas de la Metafísica, impulsándolas hácia el Naturalismo é inspirándoles esa tenaz desconfianza contra toda creencia superior al órden experimental empírico. No existiendo el órden absoluto é inmutable, el estudio de la Humanidad no puede hacerse sino en el tiempo y en el cambio; la Historia, pues, es la unica ciencia: la Química no es más que esta historia aplicada al órden material y cosmológico y la Física es el código fatal del Universo: estas ciencias sólo pueden constituirse por la observación y el analísis; luego el método científico debe ser el *positivo*, y la deducción *á priori* es absurda y sólo puede darnos abstracciones sin representación alguna real. Véase la filosofía positivista deducida del racionalismo Kantiano. La Psicología, la Metafísica, la Moral y la Política presentan sus problemas al tribunal de esta razón: ya hemos podido juzgar de las soluciones que se han dado á aquellos que no se arrojaron sin mirarlos al fuego de la preocupación humana.

Empecemos su impugnación, sin olvidar que entramos en el terreno de las hipótesis, y que, aunque fueran ciertos

cuantos hechos se aducen, de ningun modo justifican las suposiciones, ni ménos las elevan á primeros principios.

¿Debemos empezar por demostrar la existencia de Dios? Sí. Voltaire habia dicho, recordando á Ovidio,—«Si Dios no existiera, sería preciso inventarlo.»—La ciencia moderna ha hecho más; ha suprimido la condición, ha negado á Dios y luego lo ha inventado á su gusto. Algunos filósofos han sostenido que si el hombre no hubiera inventado á Dios, no sería hombre, sería un animal; porque la idea religiosa es la única distancia que le separa de él; pero el Génesis, como palabra inspirada, asegura la falsedad de la ciencia humana: en su primera página leemos que el hombre nació hombre, porque nació con la idea de la Divinidad; y la experiencia lo confirma, enseñándonos que, cuando abandona esta noción, entonces es cuando se coloca por muy bajo del animal: por lo demás, tambien vemos en la Historia, que apenas surge clara la idea de un Dios creador, rara vez la abandona la razón humana, el corazón la abraza con amor y la raza de los ateos queda destruida. Los que dicen que Dios es una quimera del hombre, no creen lo que dicen; la intolerancia y la lógica fatal de su doctrina les arrastra al ateismo: porque la mera existencia del hombre es gran prueba de la de Dios, como la existencia del ateismo es la mayor demostración de la libertad del pensamiento.

La idea de hacer el mundo eterno, lejos de resolver el problema de la Creación, salta sobre él ayudada de las alas del absurdo; la Geología ha demostrado por los labios de Cuvier y de Boubée que nada hay eterno en la tierra; que todo en sus entrañas, como en su superficie, demuestra un orígen y promete un fin. Pero si queremos admitir por un momento la eternidad de la materia, preciso será afirmar que el mundo es inmutable; porque lo

eterno é inmortal ha de ser independiente, y no sufre la influencia del cambio ni en su cantidad, ni en su cualidad; una materia que acrezca ó disminuya, una materia alterable en sus modificaciones, ni es simple, ni una, ni inmortal, ni eterna ¿Y es esta la idea que podemos formar del mundo? No seguramente: pues bien; el órden contingente que representa, debe reconocer una causa fuera de él, perdurable, fija y necesaria; esta causa es Dios.—Pero si hay una fuerza eterna, propiedad esencial de la materia; se nos dice:—falso! La ciencia física establece como un axioma que la materia es inerte, que permanecerá en reposo ó se moverá sin cesar, si es impulsada, siempre con la misma fuerza y en la misma dirección; si la fuerza fuera esencial á la materia, obraría por sí misma, modificaría este movimiento, lo anularía, lo contrariaría ó interrumpiría á cada paso ese reposo. Y no se nos objete la atracción contra la inercia: léase á Laplace y se verán conciliados los dos principios: nada atestigua tanto la ley de la inercia como el mundo astronómico, donde justamente aparecen más claras las leyes de la atracción. No se nos explique tampoco esta fuerza por medios mecánicos: Newtón no explicó nunca su sistema por causas materiales; antes bien confesó que el mundo era un inmenso autómata que obedecía al impulso de un primer motor, *ante quien él se inclinaba.* ¿Y cómo se concibe la idea de una fuerza, no siendo posible conocer más que los hechos? ¿Cómo se engendra en el pensamiento la noción abstracta de una fuerza eterna? Lógicamente será preciso que nos elevemos á la consideración de un primer motor, de una actividad inteligente, de la que emané todo el órden de lo creado; porque esto es más facil de concebir, que comprender una cantidad pura, una mera abstracción fuente y orígen de la realidad y de la vida. Cicerón, en su tratado de *Natura deorum*, dice:—«El espíritu humano debe remontarnos á

otra inteligencia superior que sea divina. ¿De dónde sacaría el hombre el entendimiento de que está dotado? Sabemos de donde hemos tomado las partes de nuestro cuerpo; ¿pero dónde hemos encontrado la razón, es decir, el espíritu, el juicio, el pensamiento, la prudencia, y todo cuanto en nosotros es tan superior á la materia?»—Voltaire dice:—«Si un reloj supone un relojero y un palacio un arquitecto, ¿por qué el Universo no ha de indicar una inteligencia suprema?»—Galeno, despues de habernos descrito el maravilloso mecanismo del cuerpo humano, termina diciendo:—«He cantado el himno más hermoso en honor de la divinidad.»—El célebre anatómico Morgagni decia muchas veces:—«Ay! Ojalá pudiese yo amar al Dios grande, tanto y tan bien como le conozco!»—«He visto á Dios de paso y por la espalda como Moisés,—exclama Linneo;—y me he quedado mudo de admiracion y de asombro!»—Y Berard tambien exclama:—«Ser de los seres, ignoro lo que eres en Tí mismo, pero sé que existes!»

El ateismo ataca además con sus sofismas un sentimiento común y de práctica universal: veámoslo. Cicerón en el libro citado nos dice, que cualquier juicio de la Naturaleza que sea universal, es necesariamente verdadero; y termina:—«luego es indispensable reconocer que hay dioses.»—En sus Tusculanas, añade:—«Una de las mayores pruebas de la existencia de Dios es, que no hay pueblo tan bárbaro ni hombre tan feroz, que no crea en ella: es verdad que hay muchas opiniones falseadas, pero todas convienen en el punto de que hay un poder divino.... Principio es irrecusable que el convencimiento unánime de los pueblos debe reputarse, no como una mera opinión, sino como ley de la Naturaleza.»—Plutarco (contra Colotes) dice:—«En ninguna parte hallarás una ciudad sin conocimiento de un Dios.»—Y en fin, Voltaire en su Historia de la filosofía, exclama:—«La creencia en un Ser Su-

premo, nunca se alteró desde Orfeo... Todos los filósofos, excepto los epicúreos y los estratónicos, reconocieron al arquitecto del mundo, al Demiurgon.»—Estas citas serían interminables. El mundo físico, que tanto valor tiene á los ojos del empirismo, como el mundo moral que intenta destruir; el órden real, como el racional; lo variable, como lo necesario; el órden de los hechos, como el de los espíritus, nos ofrecen abundantes é irrefutables pruebas de la existencia de Dios.

Pero se nos habla de leyes, de leyes universales y necesarias que todo lo regulan, que encierran la clave del órden fenomenal y que se extienden del mundo orgánico al inorgánico, de la órbita del planeta, al pensamiento humano. Hé aquí á èstos átomos del gran Todo olvidados de que no pueden comprender las leyes de la materia, porque no es posible un conocimiento científico perfecto del órden mismo de que formamos una pequeñísima parte. Pero prescindiendo de esto, ¿cómo á la vista de una legislación tan maravillosa no nos elevamos á la concepción de un legislador? Toda ley es un efecto que reconoce su causa en la esfera de las inteligencias, y si el efecto no ha de estar dotado de condiciones opuestas á la índole de su causa, un sistema de leyes inmutable, necesario y universal, debe proceder de una inteligencia infinita, absoluta y eterna. En fin, si Dios no existiese ¿quién hubiera podido comunicarnos esto que llamamos alma? Pero me olvidaba de que tambien se debe probar su existencia.

Pues bien; ¿cómo tener idea del alma, si esta no ha existido nunca? Naciendo de la materia, rodeados de materia, respirando materia, ¿cómo ni cuando ha podido surgir esta idea tan contradictoria? Preciso es convenir en que por lo ménos es tambien una idea primitiva, ó si se quiere un sentimiento innato y universal, puesto que en todo tiempo y lugar se nos revela bajo estas formas: *mi*

cuerpo, mi espíritu, yo veo, siento, pienso, dudo, niego, quiero, etc. Aquí tenemos al Yo idéntico bajo el cambio y el número; aquí tenemos al alma simple, incorpórea, activa, subsistiendo bajo todas las formas, recibiendo en su seno todas las modificaciones. De todo podría dudar el hombre, ménos de que tiene un alma; porque así como cuanto le rodea es mudable y transitorio, así el *yo* persiste uno en medio de la variabilidad de los fenómenos é idéntico á pesar del tiempo. Bajo el dominio de este *yo* caen el mundo físico con sus multiplicadas relaciones, el mundo sensible con sus placeres y sus dolores, su brillo y su belleza, el órden intelectual que le abre las puertas de la verdad, y el órden moral á más, por donde penetra en la esfera de la virtud y del bien.

Cierto órden de conocimientos que no pueden provenir de los sentidos, como las ideas de virtud, justicia, belleza etc.; ciertas operaciones del alma independientes del órden fisiológico, el *yo soy* de Descartes; ciertos actos anímicos que contrarestan y destruyen la tendencia de la materia; ese valor moral que enjendra el sacrificio; ese poder que produce los héroes y los mártires; ese vencimiento en la lucha incesante á que nos condenó el *pecado* y que produce el mérito; esa facultad en fin, que se llama libertad, tan fecunda en el órden moral como en el político y social; todo esto nos prueba hasta la evidencia la existencia de un alma espiritual distinta y diferente del cuerpo, y de ese otro principio, ciego y fatal, que llamamos *vida*. La sensibilidad, la inteligencia y la conciencia, son pues, tres atributos esenciales del *yo*, tres abismos que le separan de la materia y que, juntamente con su unidad, su identidad y su actividad libre, completan una prueba indestructible de la existencia de un alma inmaterial.

El horror á la Metafisica obliga al Naturalismo á ne-

gar toda idea de sustancia y de causa; pero acepta el infinito matemático, que puede ser demostrado por el análisis. No seremos nosotros quienes neguemos la posibilidad de una extensión, de un espacio ilimitado; este problema no puede resolverse por principios puramente filosóficos, porque no existen ideas de necesidad intrínseca ni en pró ni en contra: sólo haremos notar que las experiencias astronómicas no nos ofrecen hasta el dia datos seguros, sino meras conjeturas. Esto supuesto, ¿como se forma el mundo? La filosofía que niega el órden de las causas y el de las realidades invisibles, busca la solución del problema en una hipótesis muy parecida à la de Epicuro: establécese un sistema mecánico entrañado en las moléculas, encomiéndase al azar la dirección y combinación de estos átomos, y complétase el cuadro con la teoría de las transmigraciones. No son ya los espíritus los que viajan del insecto al hombre y del hombre al cuadrúpedo; son los componentes simples de la materia, el oxígeno, el hidrógeno, el ázoe, el carbono, los que circulan de la piedra á la planta, del vegetal al pólipo, del pólipo al hombre y del hombre al tipo, á la mónada. Hé aquí el progreso, la vida de las especies; el mundo viviendo por sí y Dios relegado al olvido, condenado á la ociosidad.

Se dice que existe una relación de dependencia, de generación, entre los elementos de los seres, entre el tipo y la función, cierto; pero ¿qué relación es esta? La de causalidad no puede ser; ellos la niegan, y además el tipo ó especie no es causa de la función; (causa final podrá ser; pero tambien se han negado las causas finales;) ¿cuál es entónces? Es innegable que existe un plan, una unidad, un enlace entre las funciones y el tipo; relación que mantiene cada grupo dentro de sus respectivos límites; ley suprema, designio innegable que vuelve á elevarnos á la idea de un autor, de un Dios.

Pero justamente por eso se nos quieren negar estos límites, mostrándonos á la misma Naturaleza; y aunque es extraño que, juzgando esta filosofía por ideas tomadas del órden objetivo, niegue á la materia las limitaciones que nos ofrece el empirismo, no es ménos cierto que se nos quiere mostrar la vida como una escala que empieza en el átomo y acaba en el hombre. La verdad es que esa unidad de composición ó de tipo que Mr. Darwin quiere llevar al extremo de deducir el hombre del pólipo, es completamente falsa; que fuera de sus límites, Cuvier la destruye; que si se lleva hasta lo absoluto, es inexacta en los mismos análisis que se nos citan, y que puede presentarse un número mayor de experimentos en que se encuentra del todo falseada. La verdad es que sólo podemos afirmar la identidad de las especies consigo mismas; que los grupos se encuentran separados por fronteras inexpugnables, y que por muy diversos que aparezcan los indivíduos respecto de sus mismos generadores, dos plantas jamás producirán un insecto, ni dos insectos un ave, ni dos aves un pez, ni dos peces un mamífero, ni dos mamíferos un hombre. Bien está que aún no pueda tirarse con mano segura la línea que separa los reinos vegetal y animal; pero no sucede así con los mundos orgánico é inorgánicos, separados por ese piélago inmenso que se llama *vida*, ni con los órdenes animal y racional, distantes entre sí toda la profundidad del pensamiento, toda la magnitud del mundo moral. Es verdad que hoy aguardamos un milagro de la ciencia Química: ayudada de las hipótesis más insensatas y engreida con sus descubrimientos, sin duda alguna sorprendentes, espera sacar del fondo de sus crisoles los materiales de la vida; ya hoy nos muestra algunos elementos orgánicos; pero la fuerza, la vida misma, no parece; ni la precipita al fondo de la retorta la reacción química, ni la despide la acción del fue-

go, ni surge del fluido magnético, ni brota de las pilas voltáicas: pero la ciencia moderna sonrie y espera; cree encontrar los dos factores de ese producto que se llama *Universo*; el átomo y el movimiento. Véanse á los modernos epicúreos convertidos en dioses creadores del mundo; véase la ciencia enviando á Dios la cesantía de su Providencia interina: hé aquí como es lógico negar á Dios al principio, cuando hemos de hallarle al fin; sabiendo hacer un mundo, el problema de hacer un Dios queda resuelto; ¿qué más Dios que el hombre, supremo hacedor de todas las cosas? No hay medio de que el Dios desposeido se refugie en el mundo moral, porque ya queda destruido bajo el peso de la fatalidad.

Ya hemos visto como el Naturalismo se revela contra toda idea de causa final y cómo, negando la existencia de un plan y de una Razón suprema, el mundo se hace un caos donde impera el azar. Verdaderamente, querer esplicar el porqué de todo con relación á una utilidad material y accidental del hombre, como centro de la creación, es una idea mezquina que tiende á trazar la caricatura de la Providencia. La idea científica de las causas finales consiste en afirmar que si el entendimiento abarca algunas de las relaciones intencionales que guardan entre sí aquellas partes del mecanismo animal que caen bajo el dominio de los sentidos, lógicamente podemos deducir respecto á lo que se nos queda oculto, que en el fondo del conjunto se retrata un principio inteligente y regulador. Las relaciones finales no podian si se quiere ser concebidas *á priori*; pero han de ser el resultado de un empírismo científico.

Toda función es un resultado y no un fin, se nos dice: tampoco este argumento es nada nuevo: ya en Roma el filosofo Lucrecio habia enseñado que los órganos no se dan con relación al uso, sino que este se regula por la extructura de aquellos, á medida que se van formando. Negar la

armonía entre las partes del mecanismo animal, negar asimismo la conformidad de los medios con los fines, rehusar la confesión de un propósito seguido en la Naturaleza, no es posible si hay sentidos sanos y se practica el método de observación. Newtón se preguntaba si pudo formarse el ojo sin conocimiento de las leyes de la óptica, ó el oido sin saber las de la acústica. Y en cuanto á esas creaciones inexplicables, á esas monstruosidades y á esas anomalías, objeciones que ya Kant formulaba, Goethe se encarga de contestar cuando dice:—«Bajo el fondo de esa diversidad que ofusca, se observa en el mundo orgánico, como en el órden universal, una unidad, un pensamiento sensible en los efectos, que enlaza y preside á la variedad de formas.»—Es decir; que la incalculable fecundidad de variedades, innovaciones y combinaciones, se halla compensada con la unidad de una ley universal que señala inexorables límites á la vida, asignando á cada variedad, á cada especie, á cada género, condiciones sencillas, pero necesarias. Buffón nos dice que las especies son seres reales y permanentes, fijos en su perfección relativa desde el principio de la Creación.

Antes de hacer aplicaciones de esta doctrina á la libertad humana, veamos quién es el hombre á los ojos de esta filosofía.

¿Qué es el hombre?—Comparemos las definiciones que nos dán el Naturalismo material y el Espiritualismo cristiano. El hombre, nos contesta aquel, es un todo material, cuyas partes envuelven un sistema de fuerzas mecánicas que combinadas producen una resultante general que se llama *vida;* es decir, el hombre es un conjunto de fenómenos, un fenómeno él mismo con relación á la especie, al tipo. ¿Qué es el hombre? La filosofía bíblica nos responde:—Dios nos le retrata cuando le oimos decir—«Hagámosle á nuestra imágen y semejanza.»--Es, pues, el hombre lazo de lo finito y lo infinito; un animal en cuanto

á cuerpo, un *algo* de Dios en cuanto á espíritu, pesado como la piedra, vivo como el animal, pensador como Dios: limitado como mortal, inmortal como espíritu; creado en el tiempo y para el tiempo, concebido en la eternidad y para la eternidad. Partiendo de tan opuestas definiciones, el fin á que se llega tiene que ser opuesto: así es que esta doctrina penetra en la inmortalidad por las puertas que desde esta vida abre al alma la fé, mientras que aquella sepulta la razón en los ámbitos de la negación, despues de haberla hecho representar el papel de un Dios. Conocido el hombre, estudiémosle psicológicamente y rescatemos su alma de las prisiones de la materia.

El alma humana reside en el cerébro. Ya la filosofía antigua localizaba tambien el alma humana. Epicuro la habia colocado en el pecho, Heráclito en la sangre, Aristóteles en el corazón, Kant le asignó su lugar en los ventrículos cerebrales, y los críticos empíricos siguen sosteniendo que el cerébro en general es el sitio de eso que se llama *alma*, puesto que en él radican las ideas, se forman las sensaciones, se producen los sentimientos y tienen su orígen todo acto voluntario y toda actividad espontánea. Nada importa alegar que los fenómenos afectivos son locales, que el tacto reside en la mano y el gusto en el paladar, que una emoción sacude fuertemente el corazón, que una sensación morbosa se sufre en un órgano dado, y que suprimido este órgano ó imposibilitado, se extingue el poder afectivo correspondiente, aunque subsista intacta la masa cerebral. Se nos contesta haciendo ponderables y visibles todos los fenómenos anímicos; declarando inconsciente la fuerza que los produce y hablándosenos de corrientes eléctricas que circulan por los nervios y de la especial extructura de los filamentos cerebrales, que la misma anatomía no ha podido seguir hasta ahora en sus complicadas evoluciones.

Sin entrar en el exámen fisiológico de esa víscera, contentémonos con demostrar que la materia no puede sentir.

La materia no es simple; el cerébro es un compuesto, que podrá ser *uno* por su fin; pero cuyas partes, aunque unidas, permanecen distintas: si el cerébro siente, la sensación tampoco puede ser una; ó será una para cada parte ó ha de fraccionarse y repartirse entre ellas; si lo primero, hemos multiplicado innecesariamente el número de sensaciones, cuando el supuesto es que sea una sola; si lo segundo, hemos destruido la sensación; porque no es concebible ni apreciable un fragmento, un quebrado de sensación. Luego la materia no puede sentir. Podrá pensar?

Se nos dice con Cabanis que el pensamiento es una secreción del cerébro, como la bilis lo es del hígado; pero confesando el mismo Naturalismo lo absurdo de esta comparación, la sustituye con esta otra: el pensamiento es al cerébro, lo que el movimiento á una máquina de vapor: en ambos hay un sistema mecánico, una excrecencia tangible y una resultante que sólo puede apreciarse en sus efectos. Tan desgraciado es este símil como el anterior; porque el pensamiento ni es accidente de la materia, ni fuerza, ni efecto de la fuerza. El atributo esencial de la materia es la inercia, en su doble estado de quietud ó movimiento: el pensamiento no puede significar quietud, supuesto que el pensar es una acción y el juicio un acto; además se le define como fuerza; luego no es accidente de la materia como reposo; pero lo será como movimiento? Tampoco; toda fuerza admite gradación; podrá ser simple en sí misma, pero ha de ser divisible en su resultado y el pensamiento, como función del alma, permanece uno é indivisible como ella. Si así no fuera, el recuerdo, por ejemplo, sería un movimiento material pasa-

do; la esperanza, la previsión, actos materiales futuros; pero esto es absurdo, porque todo acto ha de ser presente, luego el pensamiento no es fuerza. Pero será, en fin, un efecto de ella? De ningun modo, ni es de la misma naturaleza, ni se manifiesta dentro de la limitada esfera de una fuerza mecánica. El pensamiento comprende y explica el movimiento y este ni concibe ni nos demuestra á aquel; el pensamiento recorre espacios infinitos, llega á los confines del mundo, profundiza en las entrañas de la tierra, intenta descifrar lo que hay aún más allá de la muerte, se adelanta, retrocede, camina en mil direcciones á la vez y todo esto con una velocidad mayor que la del vapor, la de la luz y la de la electricidad; ¿no es esto superior y hasta contrario á las leyes del movimiento mecánico? No puede, pues, el pensamiento ser efecto ni modificación de fuerza física alguna. Por otra parte, el sensualismo de esta escuela ¿no define el pensamiento como una sensación transformada? Pues si queda demostrado que la materia no puede sentir, el pensamiento escapa tambien á su dominio; ó habría que dividir el pensamiento en varias partes, como hicimos con la sensación, y tendriamos fragmentos de ideas como los tuvimos de sensaciones, ó tendriamos que conceder una idea á cada molécula, y entonces la comparación, el juicio y el raciocinio son imposibles.

Y ahora que por incidencia hablamos de las transformaciones del órden sensible, dejaremos apuntado un hecho muy importante: la perfectibilidad de nuestra facultad sensitiva no puede llegar nunca á convertir la sensación en idea: si el oir nunca se transformará en el ver, ménos el sentir podrá escalar la esfera del pensar. Finalmente; si, segun el principio sensualista, no tenemos más conocimientos que los adquiridos por los sentidos, ¿cómo explicaríamos sin salir del órden afectivo aquellas sensaciones que carecen de objetividad real y aquellas eviden-

cias que no tienen representación en el mundo de la materia? Y si el *yo* es materia, ¿cómo distinguir en todo caso la idea de su objeto? ¿Cómo concebir una modificación distinta del *yo* modificado? Declárase el Naturalismo contra todo lo innato, como íntimamente enlazado con la idea de las causas finales. Ya Hegel habia abandonado las ideas puras, reduciéndolas á los hechos, al confundir en su lógica el ser con el pensamiento, lo real con lo racional. No seremos nosotros quienes defenderemos la tésis de las ideas innatas, que ni es de nuestro propósito, ni tal vez esté acabada ni sea perfecta la teoría espiritualista acerca de ellas: pero tambien es muy cierto que está probada la impotencia del empirismo para explicar el orígen de las ideas.

Sólo sostendremos aquí que la razón no es una facultad puramente contemplativa del órden ideal; que por el contrario nada más activo que ella; pero que si desde luego confesamos que ha de operar sobre datos empíricos, tambien establecemos que ha de apoyarse en las verdades primeras, que ha de ir robustecida por el poder de la Lógica, empezando por la intuición y concluyendo por esas proposiciones necesarias que han de servir de base á toda ciencia. Experimentar y analizar no basta; la misma filosofía empírica abstrae y generaliza; esto es, discurre y raciocina; aun cuando á esto quiera llamársele análisis, preciso es convenir en que se han salvado los límites de la experiencia y en que ese análisis que dá por resultadó una ley universal y necesaria, es algo más que experimento, es lo que nosotros llamamos *razón,* es en fin, algo que no ha podido emanar de los sentidos, que es innato. Luego si por una parte se niega algo natural y coexistente con la razón, hay que admitir como tal por otra parte su poder mismo; es decir la actividad racional.

Respecto á los sentimientos y tendencias naturales,

Spinoza y Malebranche establecieron la anterioridad psicológica de las inclinaciones primitivas é innatas, que, segun estos filósofos, se revelan por el esfuerzo natural de todo ser á perseverar en su ser mismo: este esfuerzo esencial constituye y dicta los primeros movimientos durante esa vida espontánea anterior á toda experiencia y á toda reflexión. Hé aquí el principio de esa historia de la sensibilidad que habia mutilado Condillac, reduciéndola á la posibilidad de los fenómenos externos, sueltos, aislados y sin el menor enlace lógico. Por lo demás, el afan de destruir todo aquello que aparece con profundas raices en el corazón humano, produjo el anatema lanzado por el Naturalismo contra los sentimientos de lo *bello*, lo *verdadero* y lo *bueno*.--«La verdad no nace, se hace,—dicen:—es relativa, parcial; todo consiste en que sepa ganar, subiendo por la escala de lo probable, una mayor aproximación á lo cierto.—«Es decir que una cosa puede ser verdadera y falsa á la vez, y que, para decidir dónde se halla la verdad, toda tésis debe completarse con su antítesis: esta es la teoría de las *contradicciones* de la más pura raza Hegeliana, teoría que fácilmente conduce al excepticismo. Lo bello tampoco nace; se forma tambien: la belleza ideal debe residir en el conjunto, en los tipos. El ideal absoluto es una quimera ó una superstición. Hé aquí una sentencia de muerte contra la literatura y las artes. Igual suerte cabe á la idea de lo bueno; y ya que tocamos los lindes del mundo moral, examinemos brevemente las soluciones que se han dado á sus principales problemas.

El hombre es un puro fenómeno, se ha dicho; un átomo del mundo que no escapa al dominio de esas leyes necesarias que todo lo producen y regulan en el órden fenomenal. Esta teoría destruye al hombre, lo convierte en una forma de ser, en una sombra fugitiva que se desvanece despues de realizar el tipo y de manifestar la es-

pecie. ¿Qué interés podemos sentir por ese fantasma que nada vale, ni significa nada? Estudiemos las leyes de la especie y no nos ocupemos de los sufrimientos, de las injusticias ni de las miserias de esa apariencia de individualidad. Las leyes naturales no conocen ni Dios ni amor, y el Naturalismo que las acepta, ni puede ser religioso, ni moral, ni benévolo: en este punto, cree con Lutero que ni la Naturaleza ni Dios oyen las quejas ó súplicas del dolor humano, porque,—«acredita la experiencia que Dios no se mezcla en los asuntos terrestres.»—

La fuerza que anima al hombre es idéntica, aunque se diferencie en el grado, de la que anima al bruto; luego si se dá finalidad á la primera, tambien hay que buscar una segunda vida para el alma del animal. Esta consecuencia sería verdadera, si lo fuese la premisa de que se deriva. Probemos que no lo es. Definir el alma del bruto nos es imposible; tampoco podemos definir lógicamente la del hombre, ni la materia misma, á ménos que se tome por definición la enumeración de los caractéres; pero podemos señalar sus notas, que se nos presentan en los fenómenos. El alma animal no es materia; la materia no siente, y la sensibilidad es manera de ser del alma del bruto; pero si no es materia, tampoco es espíritu: la idea de espíritu supone, á más de las de unidad, identidad y actividad, las de inteligencia y libertad, y en el alma del bruto no existen estas dos facultades; la sensibilidad misma es puramente instintiva; los fenómenos que pudieran atribuirse á la inteligencia, no son más que movimientos espontáneos; la vida animal se halla sujeta á una marcha uniforme, sus operaciones son invariables dentro de cada especie, los indivíduos en nada se diferencian, tienen las mismas cualidades, los mismos instintos, igual extructura, su perfectibilidad es escasa y no envuelve ninguna causa inteligente; y ese lenguaje, ya que así se

le llama, no prueba más sino que los animales tienen el instinto de los sonidos y el hábito fatal, si así puede decirse, de obedecerlos. La naturaleza del alma del bruto no es pues material; pero tampoco espiritual, sino inmaterial. Pero ¿será inmortal? Tal vez: por descomposición no puede perecer, puesto que es simple; pero podrá aniquilarla su Creador luego que cumpla con los fines que le trazó de antemano, ó seguir la misma suerte que ese cúmulo infinito de fuerzas que aparecen y desaparecen de contínuo absorvidas por la misma Naturaleza. Estas son meras conjeturas: lo que sí podemos afirmar es que las almas de los animales no alcanzarán esa segunda vida que aguarda al alma humana, y cuya existencia defendemos contra la incredulidad materialista.

Si hoy para el positivismo moderno, la doctrina de la inmortalidad y responsabilidad del alma es una mera teoría, un concepto puro fácil de destruir, en esto como en todo nada inventa, no hace más que reproducir lo que se lee en los filósofos antiguos que luchan entre sus sistemas y sus conciencias: Aristóteles se contradice, Platón es incomprensible, Pitágoras salva la cuestión con la metempsícosis; en Roma, Plinio duda, Plutarco no afirma nada, Epitecto niega y Séneca se desdice. Sin embargo, el dogma de la inmortalidad se apoya en el asentimiento universal: los mismos caprichos, las mismas monstruosidades si se quiere, que se pintan en ese mosaico religioso que nos presenta la historia de los pueblos, prueban cuan natural, innato y universal y hasta cuán bello es el sentimiento oculto bajo tales símbolos.—«El dogma de la inmortalidad del alma,—nos dice Voltaire,—es la idea más consoladora y al mismo tiempo la más represiva que haya podido concebir el entendimiento humano. Esta hermosa filosofía era entre los Egipcios tan antigua como sus pirámides; antes que por estos era ya conocida por los

Persas: los Indios, como lo prueba su metempsícosis, juzgaban este dogma verdadero; los Chinos veneraban las almas de sus abuelos... Los castigos y las recompensas de otra vida eran el gran cimiento de la teología antigua.» —El misticismo de Alejandría, como el panteismo indio, expresó tambien con sus metáforas la vuelta del alma al seno de Dios; pero no es esta la idea de la inmortalidad cristiana. Catón en Roma dice;—«Hay una cosa contraria á la vida y es la muerte: el alma no puede admitir jamás lo contrario de lo que lleva en sí; el alma no admite, pues, la muerte; es inmortal;»—y Cicerón exclama:—«El alma no puede morir jamás ni puede faltarse á sí misma, porque de todo cuanto existe sólo ella tiene una acción espontánea que recibe de sí y no de otra cosa alguna.»—En los tiempos modernos ha tenido tambien este dogma sus utopistas y sus poetas: la curiosidad natural no se ha contentado con establecer la afirmación, sino que ha querido descorrer el velo que nos oculta *ese más allá* que nos está ofrecido y que esperamos á pesar nuestro. Por eso no basta á consolarnos la idea de la continuidad de la existencia pura; el corazón se revela, como la inteligencia, contra el absurdo de morir como indivíduo y vivir siempre en la especie. Nuestra inmortalidad se refiere, nó al principio metáfisico del alma, sino á la perdurabilidad de toda ella, con su existencia individual y real, con su conciencia, su responsabilidad y su recuerdo. El alma es inmortal para realizar el dogma de la sanción; y este se destruye, si la identidad no existe como lazo moral entre la culpa y el castigo, entre la virtud y el premio.

Spinoza tambien pagó tributo al sentimiento de la inmortalidad cuando dijo:—«Nosotros experimentamos que somos eternos:»—pero se refería á la inmortalidad panteista realizada en la tierra. Kant llegó asimismo á esta verdad partiendo del deber, única realidad que resistió á su

inexorable crítica. Schiller ha dicho que Kant halló las tres palabras de la Fé: Dios, libertad é inmortalidad. Oigamos antes de concluir la voz de la crítica moderna, que sale de los labios de Mr. Renan; en una de sus más felices inspiraciones, dice:—«Estoy más convencido que nunca de que la moral tiene un fin superior y que corresponde á su objeto. Si el placer fuera el sólo fin de la vida, no habría razón alguna para diferenciar el destino humano del de los seres inferiores; pero no es así: la moral no es el arte de ser feliz. Desde que el sacrificio se torna en deber y es una necesidad para el hombre, no veo límites al horizonte que se abre ante mis ojos. Como los perfumes de las islas del mar Erythreo, que sobre la superficie de las olas volaban al encuentro de las naves, ese instinto divino es para mí augurio de una tierra desconocida, y un mensagero de lo infinito.»—*(Ensayo de moral y crítica.)* Despues de esto, Mr. Renan vuelve los ojos hácia Hegel y se queja de la crueldad de Dios, que opone obstáculos y contradicciones á la inteligencia y al corazón. Jouffroy le contesta:—«Yo tambien noté el desórden y grité: ¡qué escándalo!; pero todo se rectifica y se ilumina á mis ojos. ¡Hay otra vida!»—

Terminemos con dos palabras acerca de la Política que se desprende de esta filosofía, y que ya hemos apuntado en otro lugar.

Suprimidas las ideas de Dios y libertad, el hombre, cuando no aparece como un loco, se presenta peor que el animal: los animales y los locos sólo pueden vivir en el reino de la fuerza y bajo un poder despótico: queda, pues, entronizada la tiranía. Si un hecho es un momento fatal de la movilidad universal, la consecuencia debe ser una tolerancia ilimitada respecto de lo que fué, de lo que es y de lo que debe ser; la conclusión es perfectamente contraria á la anterior, pero no dá ménos la muerte á la con-

ciencia moral, al sustituirla por un análisis experimental. Siempre vemos á toda idea de moralidad é inmoralidad huir ante la necesidad, dejando en su lugar el contrasentido, la virtud y el vicio, el sí y el nó, el sér y el no sér, coexistiendo en un punto.

Reduciendo al hombre á un puro fenómeno, negando su libertad moral y echando las bases del esclavo-albedrío, se atreve esta escuela á soñar con la libertad política. La democracia naturalista sostiene vivas discusiones en defensa del progreso social: dice que se siente inclinada, por un ardiente deseo y una aspiración natural y constante al bien y á la justicia realizados en el derecho, y se olvida de que en su tratado de moral el bien y la justicia no son sino resultantes variables, y de ningun modo ideas fijas y determinadas. Y mientras se habla de progreso y de libertad, de justicia y de derecho, el pensamiento niega á Dios, el corazón aborrece al hombre y se entroniza la tiranía y surgen las utópias políticas y las teorías de moral social que inspiran repugnancia ó risa, cuando no mueven á compasión.

He dicho.

CONCEPTO

DE LA

SEGUNDA ENSEÑANZA.

Inauguración del curso en el Instituto de Cádiz.

Octubre: 1872.

Señores:

La legislación de instrucción pública hasta aquí vigente en España, imponía á los Directores de los Institutos el deber de dirijiros la palabra en los momentos de la inauguración de los estudios, para señarlar las vicisitudes de la enseñanza, mostraros sus progresos, y excitar á los jóvenes á amar la ciencia y á emprender con fé y entusiasmo las tareas que hoy se reanudan. Tal obligación, si bien grata, ya penosa por su constancia, os ofrecia el placer de escuchar grandes y oportunas verdades, que brotaban de los autorizados labios del Jefe de este establecimiento.

Ved mi situación ahora.

Este recinto, en que han resonado tantas veces los brillantes discursos de nuestro ilustrado Director, sólo será hoy turbado algunos instantes por mi débil voz, falta á la vez de la respetabilidad y del acierto de la de mi sábio predecesor.

Introducida la novedad de que alternasen los indivíduos del Cláustro de Profesores en la oración inaugural de los cursos sucesivos, la suerte en parte y en parte la designación de mis compañeros, hicieron recaer sobre mí el primer cumplimiento de este deber académico; y yo que, al verme señalado, me estremecí en un principio sintiendo todo el peso de la cruel comparación que habrá

de establecerse entre las disertaciones pasadas y mi humilde trabajo, sin que deje de lamentar la desgraciada elección que escoje lo más malo donde tanto bueno existe, hube de tranquilizarme al fin reflexionando, que si ha de haber gradación alguna en estos discursos, es preciso que se empiece por lo modesto y pobre, para terminar por lo rico y de gran valor.

Olvidad, pues, ó borrad del todo las gratas reminiscencias que conservais en la memoria de lo ocurrido aquí los años anteriores, y preparaos para escuchar por breves momentos al mero precursor de otras disertaciones que habreis de oir en los tiempos venideros. Yo soy el primer término de una série ascendente que vá á desarrollarse ante vosotros en los años sucesivos: y vosotros todos sabeis, que el primer término de toda série progresiva es el de menos valor; ciertamente que es en cambio el más precioso, porque encierra los gérmenes y fundamentos de ella; mas, ni este honor me corresponde, puesto que pertenece de justicia y de hecho al digno Jefe de nuestro Instituto.

No creais tampoco que vengo á leeros un verdadero y meditado discurso. En verdad que me hubiera sido fácil escojer uno de los muchos é interesantes problemas que envuelve la vasta ciencia cuyos elementos tengo el honor de explicar, y que, apenas expuesto y apuntadas algunas de sus fecundas consecuencias, me hubiera proporcionado materiales para entreteneros algun tiempo; más yo he preferido hablaros de algo más general, y á mi modo de ver hasta más oportuno; de algo que se adapte aun mejor al espíritu de este dia y á la significación de este acto que una disertación académica, de más ó ménos valor científico, pero de importancia siempre particular y circunscrita en los límites de determinado órden de conocimientos; de algo, en fin, que pueda referirse y como

envolver los distíntos intereses aquí reunidos dentro del interés más general de la enseñanza; es decir, el de los padres, el del Profesorado, y el del alumno, que viene á colocarse entre aquellos y éste, como lazo vivo que relaciona la paternidad de la Naturaleza con la paternidad del espíritu, y punto en que convergen con admirable precisión la vida del sentimiento, reflejada en el amor paterno, y la vida de la inteligencia, expresada por la enseñanza del maestro.

De tan grande asunto quiero hablaros: veamos si con él tengo la buena suerte de mantener viva vuestra curiosidad y fija vuestra atención algunos instantes.

Desde ese templo que se llama *hogar domèstico*, y cuya santidad, sentida en la conciencia de los pueblos, rebosa por las leyes bajo el concepto de la inviolabilidad del domicilio, pasa el niño é ese otro santuario que se llama *escuela*, tambien objeto constante del interés de las sociedades y del celo de los legisladores. Los padres y los maestros forman los polos sobre que gira la tierna conciencia del jóven: con el fuego de su amor aquellos, y con la luz de la verdad estos últimos, fecundizan la rica primavera de la vida, y hacen de esta edad, nunca bien comprendida ni estudiada bastante, fuente copiosa de la que han de brotar á raudales la rectitud del hombre, la religiosidad del padre de familia, la probidad del ciudadano, la ternura del filántropo y la inflexibilidad del varón justo.

Padres y maestros coadyuvan á la formación de un hombre. El trabajo no es consecutivo siempre, sino antes y al principio paralelo y simétrico; sólo que la obra de los padres vá derecha al corazón para formar las creencias

religiosas, base de la educación, y la de los maestros vá directamente á la cabeza, para constituir las convicciones científicas, fundamento de la ilustración. Y como la vida del corazón es más íntima, y por tanto más secreta que la de la inteligencia, la enseñanza del maestro ha de salvarla con cuidado, sin pretender penetrar en ella, ni ménos alzar mano airada contra aquellas creencias, siempre respetables y siempre lejos de la esfera de acción que á esta corresponde.

Sólo la verdad ha de salir de sus labios: y si por desgracia esta fuera enemiga de algunas preocupaciones asentadas en el fondo de la conciencia irrefleja del niño, déjese libre campo á la lucha que en ella ha de librarse, y espérese que al fin la fuerza de lo evidente y la obra de la edad, destruyan unidas el funesto imperio del error y del prejuicio: pues como el desarrollo del sentimiento ha de ceder su puesto al poder analizador de la inteligencia en el curso de la vida, es indudable que, pasada la juventud, toda la niñez inconsciente habrá de ser llamada á exámen ante el entendimiento libre, y entonces los errores se disiparán como niebla ante los ardientes rayos de la razón, encendida por la verdad y caldeada por la fé. Hé aquí por qué el trabajo de los maestros sigue al de los padres, como la vida del pensamiento á la del corazón.

Mas hay un tiempo en que este trabajo ha de ser simultáneo y armonioso: y este tiempo es el de la juventud. La niñez es de los padres; y como obra del amor, forma los años suaves y perfumados de la vida; esa edad iluminada por la inocencia, que es la virginidad del alma que ignora, pero siente; en que guarda el corazón los aromas de la fé religiosa, prontos á exhalarse en tiernas oraciones y en la que la sencillez de la existencia y la necesidad de ceder al impulso de la prudencia y de la vigilancia paternales, sólo dan al niño una voluntad dócil y sumisa. La vi-

rilidad, por el contrario, es del hombre mismo, es de su pensamiento independiente, de su voluntad libérrima, de su conciencia personal: de su autonomía perfecta, y como obra de la reflexión, es severa, grave, formal, constituye la parte trascendental de la existencia humana en la tierra; esos años que pueden dejar de nuestro paso por el mundo una traza luminosa ó una huella de lágrimas; esa vida que puede arrancar á las generaciones futuras un recuerdo imperecedero con una bendición sin fin, ó una memoria de espanto gravada con odio.

Mas la juventud; esa otra edad misteriosa que se extiende entre la infancia y la virilidad, que parte de la primera y vá acumulando y elaborando los materiales que componen la segunda, que está llena de admirables transformaciones y de inesperados cambios, esa edad pertenece juntamente á los padres y á los maestros, quienes comparten el trabajo, la gloria y la responsabilidad al par de auxiliar y promover, de dirigir y de activar el difícil, pero magnífico tránsito, que ha de convertir al niño de ayer en el hombre del porvenir.

De esa edad he de hablaros primero, para venir luego á deciros algo de la enseñanza. De este modo, vosotros los padres entendereis la parte que os toca en la educación de vuestros hijos, y sabreis además cómo entendemos, nosotros los maestros, lo que nos corresponde en la ilustración de la juventud que venís á confiarnos en este dia.

I

Es ley de la naturaleza, reflejada clarísimamente en todo lo que en ella vive, y en ella vive todo, la continuidad y el enlace. No hay procedimiento físico ó químico, orgánico ó inorgánico, en lo inmensamente grande como en lo microscópicamente pequeño, que no refleje en la totali-

dad y en el detalle, la sumisión constante á esta ley. En la Naturaleza no hay vacíos, no hay saltos ni soluciones; por todas partes la série, el grado, la escala, lo pequeño primero, lo grande al fin, antes lo sencillo y luego lo complicado, delante la unidad generadora y detrás la cantidad incomensurable que arrastra á la mente hasta hundirla en lo infinito; del acto á la potencia, del fenómeno á la ley, de lo relativo y temporal á lo absoluto y eterno, media siempre un lazo, un hilo, á veces delgado y sutíl como la baba de una larva, pero que basta sin embargo para guiar al espíritu humano de uno á otro extremo, ya ascendiendo hasta encontrar á Dios, ya descendiendo hasta sorprender el fenómeno escondido en el seno de la conciencia. Este hilo, esta cadena que sube, que todo lo ata y por la que la mente asciende sin cesar, es la expresión de una ley universal y necesaria: y esta ley se llama *progreso*.

Lenta y gradualmente se engendra el cristal en el hueco de la gëoda, y el corpulento cedro en el fondo de la imperceptible célula sepultada bajo las tierras del Líbano; lenta y gradualmente forma el pólipo la dura roca coralífera que asoma entre las ondas del Océano Índico; y dentro del grano polínico que guarda la menuda antera, vá la sustancia que ha de convertir con el tiempo el ovario en fruto, y el fruto en embrión, y el embrión en árbol, y el árbol en bosque, en las incultas regiones del Asia ó de la América. Así por un progreso contínuo, producen en el órden físico el movimiento el calor, y el calor la luz, y esta la electricidad, y esta el magnetismo; y así el sonido constituye las armonías, y el rayo del sol los matices, y la combinación de las fuerzas el vasto sistema de la gravitación universal. Así, en fin, gradual y progresivamente crió Dios en el tiempo la Naturaleza; y se enfrió la tierra, y se formó la atmósfera, y se encauzaron los mares, y aparecieron las montañas de nevadas cumbres, y lanzando el Creador

al mundo el primer elemento de la organización y de la vida, cubrióse el Eden de flores y la tierra de follaje, y apareció flotando en la gota de agua el microscópico infusorio, y atronando las selvas el enorme mastodonte.

Y luego que el mundo resplandecía de luz y de perfumes, que la vida surgía y circulaba por todas partes, y la Naturaleza lanzaba sus innumerables armonías á través de los espacios poblados de soles, hirió el suelo la planta del primer hombre; último enigma que quiso producir la omnipotencia de Dios! El género humano se presenta como la síntesis admirable de la divina obra, y fórmula exacta de la última parte de ese método sublime que se propuso la sabiduría de su Autor!

La creación contenia dos elementos contrarios y opuestos; cuerpo y espíritu, materia y fuerza, quietismo y movimiento, idea y forma, potencia y fenómeno; era preciso enlazarlos, y, agregando el prodigio de la armonía al doble milagro de la antítesis, completar, para eterna confusión del hombre, en el hombre mismo, el inconcebible misterio de la obra de Dios. El sér humano es, pues, la unión armónica del sér inorgánico con el sér orgánico: tiene moléculas como la piedra, y aparatos como la planta; está formado de oxígeno é hidrógeno, de fósforo, y de cal, como la nube y la roca, y tiene organismo y vida como el árbol y el ave. El hombre es además símbolo general de la vida, puesto que al expresarla en el grado más perfecto sobre la tierra, posee unidas la vida vegetal y la animal; por eso tiene celdas, y fibras, y vasos, como las plantas, y músculos, y huesos, y nervios, como los animales; por eso crece y se nutre y reproduce como el vegetal, y siente y se mueve y tiene voluntad cómo el animal. Y en fin, el hombre, no sólo sintetiza la Creación, sino que contiene algo del Creador, realizando de este modo la más completa alianza de cuanto existe.

Bastóle á Dios dar al animal un reflejo ó un *aliento* de su propio Sér, para hacer al hombre. El sér humano no es Dios, porque es animal: el sér humano no es animal, porque se parece á Dios: y en efecto, tiene cuerpo, respira, sufre y muere, como el animal; y ama, busca la verdad y realiza el bien, á semejanza de Dios: para ser un animal, le sobran el sentimiento, el pensamiento y la libertad; para ser un Dios, le faltan lo absoluto en que piensa, lo infinito que concibe y lo eterno que anhela y busca.

Tal es el hombre.

Ahora bien; este sér no se halla exento de esa ley de la continuidad que se manifiesta por todas partes. Dentro de él hay tambien un proceso contínuo, largo como la vida, en los límites de la experiencia, y dual como su naturaleza, en la que se armonizan con exacta simetría y estrecho enlace, el alma y el cuerpo. Este proceso llena la existencia, se distribuye en las edades y se caracterizan sus grados por cualidades y condiciones particularísimas que distinguen al niño del jóven, al jóven del hombre, y al hombre del anciano. La ciencia del organismo y la del espíritu, la Fisiología y la Psicología, ofrecen el doble catálogo de estos caractéres, tomados por aquella de la observación de la vida del cuerpo, y por esta del estudio experimental de la vida del alma: de su comparación resulta el más exacto paralelismo.

La vida orgánica del niño, dice la Fisiología, es delicada como la del tallo de hierba; requiere el mayor cuidado, reclama gran vigilancia, necesita defensa; es graciosa, pero tierna; bella, pero frágil. La vida del jóven, algo más fuerte, como el vástago de los arbustos, exige dirección, há menester de cultivo, pide la presencia del floricultor y la habilidad y el tino del jardinero; es más fecunda, pero más peligrosa; ménos graciosa, pero más formal y séria. La vida, en fin, del hombre, es robusta como el

tronco de la encina; con su firmeza y su vigor anuncia la plenitud de su desarrollo, y el desahogado y tranquilo ejercicio de sus múltiples y complicadas funciones: es independiente, porque cuenta con todos los medios para sostenerse y llegar al fin; ha perdido su gracia, pero ha ganado su majestad; es más solitaria, pero más magnífica.

A su vez, dice la Psicología, la vida espiritual del niño es instintiva y ciega, nada hay en ella de formal ni grave, pero todo es suave y armonioso: vive del momento, como la flor y la mariposa; se agita sin dirección, se nutre de intuiciones y respira el áura perfumada del sentimiento. Su alma se abre á la existencia; y como esas florecillas que despliegan sus corolas para recibir las primeras gotas de rocío que les manda la alborada, así la tierna conciencia del infante se abre en el amanecer de la vida para recibir las primeras verdades que destilan empapadas en amor los acariciadores labios de una madre. Una oración y un beso bastan para fecundar en el alma infantil esos preciosos gérmenes de que aparece nutrida al venir á la tierra; que el alma no baja desnuda al mundo, cuando á él la arroja el misterioso decreto de la Providencia.

La vida espiritual del jóven, sigue sin transición á la niñez; pero se desenvuelve con otro sentido y recibe las influencias de otros elementos distintos é importantes. La inteligencia aparece grado á grado, uniéndose al corazón; el pensar se coloca al lado del sentir y alterna en la dirección de la existencia: hay momentos en que impera, instantes en que lucha y casos en que sucumbe el corazón. Una luz nueva ilumina las profundidades del alma: son los resplandores de la reflexión, crepúsculo de la conciencia: esta luz, ténue y oscilante al principio, se aclara y aviva poco á poco, se agranda luego y aumenta su intensidad, hasta que al fin prende en la razón y la personalidad humana aparece. Durante este tiempo de combate y

lucha, es claro que el jóven necesita del auxilio de sus mayores, de los consejos de los prudentes, de los avisos de la experiencia y de la dirección de los sabios.

Finalmente; la vida espiritual del hombre, obra de una conciencia clara y de una razón relativamente perfecta, tiene un carácter de intencionalidad y de libertad que constituye la plenitud del desarrollo anímico: carece de la delicadeza y suavidad que le presta el corazón, y del fuego y los arrebatos que la imprime el sentimiento; pero no ofrece tampoco las vacilaciones ni las luchas de la juventud, no se halla tan expuesta á errores ni preocupaciones, y se elabora con toda la grandeza que prestan á la personalidad humana el pensamiento del progreso, el propósito del ideal y el sentimiento del destino que ha de alcanzarse.

Hé aquí la vida entera del sér humano. En cuanto á la ancianidad, la debilidad y empobrecimiento de los órganos hacen en ella preponderante la vida del espíritu, y acreciendo así á su contemplación la importancia del fin ulterior, la vida del anciano recibe un sello de religiosidad que sirve para preparar el alma á la inmortalidad que la espera.

Ahora, fijémonos en el período de la juventud, toda vez que esta edad es la que necesita mayor cuidado é interés, y en la que han de concurrir los esfuerzos contrarios, pero armónicos, de la paternidad que á nosotros viene, y del magisterio que aquí la recibe.

La juventud en el organismo es una edad delicada, de admirables transformaciones y de peligrosos accidentes, que constituyen una verdadera crísis patológica en la vida: el tránsito del niño al hombre es arriesgado aunque sea gradual, y sorprendente aunque natural y constante. Funciones que se regularizan, órganos que aparecen, aparatos que se modifican y partes é instrumentos que se des-

arrollan, crecen, se robustecen y alcanzan el máximum de su extensión y de su intensidad, manifiestan que el cuerpo humano ha entrado en la plenitud de la vitalidad y de la fuerza. Los órganos del hombre no son ya los del niño; la magnitud y el vigor de sus músculos indican que sus miembros son ahora los ejecutores de firmes y enérgicas resoluciones; la acentuación de las facciones expresa los afectos claros y definidos que guarda en su corazón, y la fijeza y el brillo de la mirada revelan una inteligencia penetrante é independiente.

Así tambien la juventud del alma es una edad de cambios y de riesgos graduales y lentos, pero radicales y profundos. El espíritu vá despojándose del carácter sensible que constituye el rasgo distintivo de la vida infantil; el alma trueca su posición de mera y pasiva receptividad, por la de espontaneidad libre; el pensamiento agrega á su carácter intuitivo la cualidad de reflexivo, y la voluntad, perdiendo su inconsciencia, gana su libertad. Ya el corazón no domina solo ni siempre; los afectos pasan antes de asentarse en el alma por el crisol de la conciencia, donde los depura la razón que viene á reemplazarlos en el gobierno de la vida; y las creencias de la niñez, y las semillas de la edad primera, y los misterios de la inocencia, se repasan, se examinan, se evalúan, se exclarecen, y se conservan intactos ó modificados, y se aceptan ó se rechazan del todo, segun los títulos de su racionalidad. El espíritu, hasta entonces distraido en una estéril contemplación de lo externo, penetra en sí; y despertándose con este movimiento la conciencia, toma en ella el imperio de sus facultades, se propone cultivarlas y desenvolverlas, y conociendo el particular fin de cada una de ellas y el unánime concierto de todas dentro del destino general humano, las dirije discretamente hácia él, convirtiendo la vida en una verdadera obra de bello-arte.

Ciertamente que este resultado no se obtiene sin tanteos, sin luchas interiores, sin errores ni peligros, y hé aquí precisamente la necesidad del eficaz auxilio que prestan á la juventud la Ciencia y la Religión; pero es indudable que con estos socorros, el espíritu logra romper los lazos de la vida puramente sensible, desligarse del irracional apegamiento á lo particular producido por el hábito exclusivo y sofocante de la vida pasiva é inconsciente, marchar recto hácia la verdad, primera base de la vida, y huir del error, funesto escollo del mar de los conocimientos por donde navega el pensamiento humano, mantener la voluntad sumisa al bien y dócil al deber, y llegar, por las vías de la educación espiritual y del desenvolmiento progresivo de sus facultades, á la conquista de la propia personalidad, que es la fuente de nuestro individualismo y el fundamento de nuestra significación religiosa, jurídica, política y social.

La Ciencia y la Religión, conservando la salud del alma en tanto sufre la crísis peligrosa que ha de conducirla á la virilidad, alientan el poder iniciador é independiente del espíritu, le abren las puertas de nuevas y más universales relaciones con la realidad externa, le presentan dilatados horizontes por los que tender más libremente el vuelo, y mostrándole la grandeza de su destino, ya le aconsejan que vuelva sobre sí y convierta su reflexión hácia las ricas profundidades de su mismo sér, ya que parta de sí y tienda las alas en todas direcciones, uniéndose dentro de sus límites con toda realidad, y apoderándose de todo cuanto pueda hacerle sentir y conocer el mundo físico, el espiritual, el humano, el Universo entero y sobre el Universo á Dios, orígen de toda verdad, de toda belleza y de todo bien.

La Ciencia y la Religión pueden sólo detener el paso del espíritu hácia el exagerado amor de sí, al que directa-

mente conducen el predominio del corazón ciego, ó los consejos del egoismo calculador; ellas solamente pueden secar en la conciencia las turbias y alborotadas corrientes de las pasiones, y desatar los puros raudales de los sentimientos sociales y religiosos: ellas sólo pueden matar las preocupaciones, deshacer los prejuicios, convencer del error, desengañar de las utopias, curar de la soberbia y librar del ateismo ó del culto de la materia, orígenes acerbos de sombras y tempestades, y causas del desconsuelo y la desesperación: ellas, en fin, pueden aclarar una multitud de misterios, disipar las más mortales dudas, purificar el ánimo, alentar la fé, avivar el sentimiento, impedir la postración ó el aturdimiento del espíritu y sostener la voluntad fatigada, llevándola como envuelta en esperanzas y fortalecida con sublimes promesas hácia esa perpétua é insaciable aspiración de la conciencia, que se llama el Bien absoluto.

Dejad sentir durante este tiempo en el pecho del jóven el vivo deseo de que el bien se cumpla; no el bien personal, sino el general, el de todos los séres, sin excepción ni restricción alguna, y la crísis anímica está vencida, y el espíritu del jóven se ha salvado. Haced que goce con la dicha agena, con el esplendor de la Naturaleza, con las virtudes humanas, con el respeto y la adoración tributados á Dios, y el jóven habrá triunfado, y su virilidad estará asegurada, y su ancianidad será tranquila.

Sólo la Ciencia y la Religión pueden conseguir estos resultados: sólo los padres y los maestros son los encargados de procurarlos. Ahora bien, compartámoslas: la Religión es vuestra, Padres de familia: la Ciencia, nos pertenece. Claro está que si la Religión es la verdad, como tambien lo es la Ciencia, nuestro trabajo es armónico y no puede ménos de equilibrarse en la conciencia del jóven sobre quién recae. Claro está que si la Ciencia es buena,

como la Religión tambien lo es, nuestra común obra será tan cierta como bella, y tan atinada como segura. No olvideis que la Religión es cosa del sentimiento y la Ciencia, cosa del pensamiento humano; para vosotros, pues, el recinto del corazón; para nosotros el de la cabeza; para vosotros la fé, para nosotros la razón; para vosotros la verdad indemostrada, para nosotros la que tiene demostración.

El Magisterio sólo puede conducir el pensamiento á las puertas del santuario de lo sobrenatural, mostrárselo abierto y esperar en el dintel: el sabio acaba en donde el creyente empieza. La paternidad que, en alas de la fé y con todo el entusiasmo del fervor religioso, puede recorrer los ámbitos sublimes pero misteriosos de ese templo de Dios, debe luego traer al jóven á estas otras puertas del alcázar de la razón, excitándole á conocer la ciencia humana despues de haber sentido la ciencia divina: despues de la oración, el estudio; despues del rezo, la lección; tambien el creyente acaba en donde el sabio empieza.

Pero esas dos ciencias, la divina y la humana, se armonizan perfectamente entre sí, como el corazón y la cabeza en el hombre; como el sentir y el pensar en la vida: son contrarias, pero por eso mismo son armónicas: véase por qué la Escuela es el templo de la ciencia humana, y la Iglesia es la escuela de la verdad divina; véase tambien por qué el Magisterio es un sagrado sacerdocio, y el Sacerdocio un sábio magisterio.

Y ya que os he indicado la parte que os corresponde en la educación de vuestros hijos, os diré más detenidamente la que á nosotros toca, y así vereis cómo, á mi juicio, debe ser entendida y practicada la enseñanza en los Institutos, dado su estado actual en España.

II

El Profesor sabe, como sabe todo el mundo, los funestos extravíos á que conduce la falta general de instrucción: conoce asimismo que acostumbrada la multitud, más que á pensar por sí,—para lo cual faltaron quizás en España los elementos necesarios, al ménos para hacerlo rectamente—á recibir la impresión y el empuje del pensamiento ageno, cediendo á él sin entenderlo, sin penetrarlo, sin apegárselo, los pueblos han vivido y viven en irracional tutela y vergonzosa dependencia, sin iniciativa, sin conducta propia, sin originalidad y sin conciencia, y por tanto con olvido, ó por mejor decir, con ignorancia de su misión especial y de la parte que les toca realizar del fin general humano. Sabe y vé, y vemos todos, que la falta de instrucción déja á los hombres á merced de voluntades extrañas, les abandona al tempestuoso viento de las ambiciones personales, ó al áura caprichosa de las intrigas, y les hace servir de instrumentos de venganza para unos, de apoyo y escabel para otros, y siempre de lastimoso, pero eficaz, recurso con que satisfacer intereses mezquinos y bastardos. Sabe, en fin, el Magisterio, y con él todo el mundo, que el único remedio á tantos males es dar á cada cual la instrucción necesaria, es divulgar la enseñanza de los deberes y los derechos, inculcar en lo más hondo de la conciencia individual los austeros principios de la moralidad, y alumbrar el pensamiento con la luz de la verdad, para que puedan fundarse en motivos claros y atinados las resoluciones particulares que hacen de la vida una obra propia y característica, á la vez que una producción artística y sábia del espíritu humano.

Para esto el Magisterio, con vivo sentimiento de su misión, se propone dirijir al hombre desde sus primeros años; desenvolver en la edad conveniente y oportuna de la juventud, los ocultos, pero poderosos gérmenes que guarda el alma; prepararle para la edad viril que avanza, dándole la actitud de dirijirse á sí mismo; favorecer la conversión de las capacidades instintivas y receptivas de la edad primera, en facultades espontáneas y libres, y desarrollar así la personalidad humana en el triple sentido del Arte, de la Lógica y del Derecho, colocando ante la contemplación del individuo la majestad y magnificencia de nuestro destino histórico, y la transcendencia de nuestra conducta terrena en el fin último y superior de ultratumba.

Todo esto lo sabe y se lo propone el Magisterio, con la conciencia de la elevación y fecundidad de sus fines: y cada escuela en particular, y cada Profesor individualmente, concurren á tan alto y precioso propósito en la medida de sus fuerzas, y en los límites de su ciencia respectiva. El hombre es sólo inteligencia y sentimiento; lo que en estas dos formas esenciales de la existencia terrestre del alma hagan la ciencia y el amor, eso saldrá más tarde en la conducta expresado por la voluntad libre, y traducido en la doble vida profesional y humana. El profesor no puede olvidar esto ni un instante; antes bien, fija la atención en esta verdad, de donde emanan juntamente el carácter sacerdotal de la enseñanza -y los títulos á la confianza pública en él depositada, procura corresponder á la noble misión que se le ha confiado y á las exigencias de su propia vocación, con una viva adhesión á sus deberes, con una intención sostenida de cimentar en los jóvenes el claro conocimiento de su ciencia respectiva y de obtener su aprovechamiento ulterior, y con una aspiración constante á que su enseñanza sea la más verdadera, la

más fácil en *cómo* se aprende, la más acertada para *lo que* se aprende, y la más provechosa y fecunda para *quién* la aprende.

El Profesor conoce asimismo, que llegan los jóvenes á colocarse bajo su dirección en esa época crítica de la vida que hemos tratado de reseñar; qué por lo que respecta á su inteligencia, facultad directamente colocada bajo su gobierno y cuidado, todavía no ha levantado su vuelo sobre el ancho campo de la ciencia, ni ménos remontádose á la región serena pero difícil de la teoría; que en los Institutos han de hacer los primeros ejercicios, y consumir sus primeros esfuerzos, y que tal vez para hacerlos fructíferos hay que luchar con prevenciones é impedimentos que es menester destruir y allanar antes de todo.

Obsérvese que el jóven ha vivido en un estado meramente pasivo: que sus conocimientos, puramente sensibles y sin lazo ni trabazón alguna, apenas se hallan prendidos en la memoria, ó quizás alguno, penetrando al descuido en su corazón por las puertas del sentimiento, ha echado en él hondas aunque inconscientes raices, y que, examinado el espíritu juvenil, todo en él es digno de corrección y enmienda, ó tal vez algo exije extirpación y renovación completa. Cuanto sabe de verdad, ha de recibir confirmación, ampliación y fundamento: y cuanto sabe de error, ha de ser destruido y lanzado lejos del corazón y de la mente: hay que transformarle siempre, y que regenerarle á veces: era un niño, y es preciso hacerle un hombre. Sabe algo del mundo, conoce por encima y ha admirado algunas veces varios de los fenómenos que se producen de contínuo á su alrededor; mas, como su mirada, entretenida con el juego de los cambios, no ha podido ir más adentro, es preciso distraerle de la contemplación de la forma, hacerle reparar en que bajo las más bellas apariencias hay algo aun más digno de contemplación y

de estudio, darle á entender que no es posible ni prudente detenerse ante un empirismo estéril aunque divertido; sino que es menester atravesar, por decirlo así, por entre el bullicio y la movilidad de los hechos, y seguir sin volver la vista atrás, hasta tropezar con la ley que los preside, con las causas que los producen y con las fórmulas que los determinan. Ciertamente que se les llama á trabajos más sérios y áridos; que se empieza por exigirles el sacrificio de la volubilidad y la ligereza que los caracteriza; mas no sólo se cuenta para hacer tolerable y aun fácil este esfuerzo con los auxilios de la Naturaleza misma, que vá trocando la superficialidad en detenimiento, y la receptividad en reflexión, y los instintos en libertad, y la mera curiosidad en deseo de aprender, sino que mucho se alcanza por el arte mismo de la enseñanza, y por la experiencia y habilidad del Profesor, quién tiene medios de amenizar lo árido, de sensibilizar lo abstracto, de esclarecer lo oscuro, de avivar el amor instintivo á lo nuevo, de encender el ánsia natural de vencer lo difícil, y de abatir en fin, los problemas más elevados, hasta colocarlos al nivel de las fuerzas del pensamiento del jóven alumno.

Los estudios de los Institutos son además graduales y pueden, por tanto, adaptarse perfectamente á las condiciones particularísimas de cada edad, de cada estado y de cada grado de desarrollo espiritual dentro del período de la juventud. Para esos años más próximos á la infancia, y en que la vida intelectual casi se expresa por el ejercicio exclusivo de la imaginación y de la memoria, dulces compañeras del sentimiento y poéticas hijas del corazón, existen los estudios de arte y descripción, que tanto halagan la fantasía y favorecen el cultivo de la recordación: los Idiomas, la Literatura, la Geografía, la Historia, la Fisiología y la Historia natural, son pasto provechoso para esas inteligencias débiles, que así se ven sedu-

cidas por el poético ropaje y las vistosas galas que pueden revestir estas enseñanzas, como estimuladas al trabajo por la claridad de sus reglas, por la sencillez de sus principios y por la analogía que ofrecen sus imposiciones y exigencias, con esa vida de tutela y de autoridad en que el pensamiento infantil tiene el hábito de vivir y de ejercitarse.

Para los años sucesivos en que la reflexión empieza á manifestarse, y la conciencia se despierta, y el pensamiento se trueca de simple perceptor en espontáneo constructor, y el discurso nace á los impulsos de la libertad, y el espíritu, en fin, penetra con vida propia en nuevas y más complicadas relaciones, existen otros estudios, no ya entretenimiento de la memoria, ni tributo á la fantasía, sino alimento para la razón y materiales para el juicio: tales son los estudios matemáticos, físicos y químicos, en que el elemento sensible se mezcla y combina con el inteligible, y alternan lo intuitivo y lo discursivo, lo racional con lo empírico. Unidas la idea y la sensación en el alma del alumno, como lo están en la ciencia la ley con el fenómeno, y en la lección la teoría con el esquema ó el principio con el aparato, el aprendizaje es, no sólo posible, sino fácil y atractivo; de tal manera, que insensiblemente y sin grandes esfuerzos pasa el espíritu del sentido á la razón, y del ameno arte á la severa ciencia. El Profesor cuida además de hacer este tránsito más suave, revistiendo asimismo la enseñanza de los accidentes que más agradan á la juventud, imprimiendo en el ánimo de esta la convicción de la utilidad é importancia de su ciencia respectiva, dando á conocer sus numerosas aplicaciones, huyendo de todo pedantismo y afectación, deponiendo todo dogmatismo que pueda á veces sofocar la inteligencia del alumno bajo el peso abrumador de la autoridad infundada del maestro, y á veces labrar honda

distancia entre la razón científica del Profesor y la razón rebelde del escolar, y explicando, en fin, con calma y complacencia las cuestiones que abraza su asignatura, hasta hacer que penetre la doctrina en el pensamiento de los jóvenes, que se la asimilen y que puedan luego reproducirla como propia. Porque es evidente, que el deber de enseñar no termina con la explicación del último capítulo de la ciencia; sino luego que el Profesor se ha convencido de haberla revelado toda entera, y en modo tal, que el espíritu de cada alumno la haya recibido y hecho suya, aunque en diferente grado y medida, y pueda exponerla á su vez libremente, y en forma adecuada en cada cual á las condiciones y estado de cultura de su pensamiento.

Finalmente; para esos años en que la juventud se halla próxima á terminar y el desarrollo de la inteligencia anuncia ya la edad viril, existen en los Institutos los estudios filosóficos, que sin dejar de amoldarse más bien al carácter analítico y observador del jóven, que al especulador y discursivo del entendimiento del hombre, pueden mejor que otro alguno llevar á cabo el progresivo crecimiento y fortaleza del espíritu, terminar sin salto ni vacío la conversión del estado de percepción pasiva en el de libre reflexión, y completar la personalidad imperfecta del indivíduo, imprimiéndole el noble carácter y la alta dignidad que exigen la ciencia y la edad juntamente, y esperan al par la sociedad y las leyes.

De estos estudios hay sin duda más que pedir y que esperar que de otro alguno; pues no sólo son los que más pueden poner en la obra magnífica é interesante de la cultura espiritual, sino que al fin particular de las demás ciencias de ilustrar en un órden dado de conocimientos, reunen el más inmediato y transcendente de formar el hombre. Las otras enseñanzas producen al humanista, al literato, al matemático, al físico, y al químico, al na-

turalista, y al historiador; mas la Filosofía ha de darnos a hombre artista, pensador y honrado. La vasta esfera que áun en el círculo de lo puramente elemental, abarcan estos conocimientos, y la multitud é importancia de los problemas que resuelven, se unen á la índole particular de sus cuestiones, para hacer de la Psicología, la Lógica y la Ètica, el estudio más sério y más fecundo en el porvenir de cuantos abraza la enseñanza actual de los Institutos españoles. La mayor delicadeza, y la facilidad de caer en ellos en los errores más funestos y trascendentales, obligan al Profesor á guiar con cautela y tino por las vías del natural progreso esos primeros vuelos del espíritu juvenil, proporcionando una doctrina más bien sóbria que abundante, y más bien clara y fundada que abstracta y profunda, en la que todo se enlace y coordine, y se reduzca á conceptos concretos que sean accesibles al entendimiento del jóven, y puedan ir en la conciencia formando las convicciones que han de imprimir su sello á la vida subsiguiente del hombre. La ilación en la doctrina y el uso constante de un método riguroso y lógicamente fundado, dan al jóven hábitos de razonar, facilidad para comprender, rectitud de juicio, seguridad en el discurso, y circunspección y calma en el entender y raciocinar. Con tales dotes, mientras que por un lado se agita su pensamiento con más libre y desembarazado movimiento, sacudido el sofocante peso de un respeto exagerado á la autoridad, por otro se regula y atempera su precipitación inconsiderada, se calman y enfrían sus ímpetus ardorosos, nobles quizá, pero siempre ciegos, y se le aleja de dos vicios igualmente necios y risibles; la *superficialidad*, reflejo de la ignorancia, y la *presunción*, acusadora de la la enfermedad del juicio.

A la continuidad de las cuestiones, y al progreso del movimiento intelectual, debe unirse en esta enseñanza,

como en las otras, la direccicón combinada del retroceso que corresponde á la memoria. Ya que esta última facultad, por imperar sobre el pasado, no puede prestar grandes auxilios en el rumbo ascendente de la ciencia, ha de acudirse á ella, tanto para verificar los enlaces de lo que precede con lo que vá á seguir, como para dar unidad y cuerpo á los capítulos y tratados, trayendo lo estudiado y aprendido antes á unirlo y completarlo con lo de ahora. Este salto atrás produce el aprovechamiento, acrecienta la fuerza de la reflexión y modera el paso progresivo de la mente hácia la verdad.

Los estudios filosóficos han de darse y recibirse con tal intención, que formen el carácter del indivíduo bajo el triple aspecto del sentir, el pensar y el querer. Fiados á la memoria solamente, tienen el valor de mera impresión, más ó ménos duradera segun su fuerza, pero siempre fugaz y poco consciente: es preciso prenderlos en el espíritu por lazos permanentes de hábito y modo íntimo de sentir, creer y obrar: es menester que la educación se halle por bajo de la ilustración, de manera que á la mayor cultura científica se agreguen como consecuencias la edificación intelectual, la pureza y elevación estéticas y la serenidad y rectitud de la voluntad; y como bases, el amor á la verdad, el respeto á la opinión agena en general y en particular á la más docta del Profesor, la modestia en el juicio de sí mismo y la docilidad ante el de los más ilustrados, y el propósito de rechazar toda preocupación y de resistir á toda doctrina halagadora, pero irracional, y á todo interés apasionado y digno de desconfianza.

Finalmente; para que nada falte á esta enseñanza, y para que sus frutos sean seguros y duraderos, el Profesor cuidará de mostrar á cada paso cómo es posible y fácil aplicar sus teorías á la vida real, y cuán suaves, sábias y útiles son las reglas prácticas que se des-

prenden de su doctrina. Y si á tales consejos se agrega, como es debido, el ejemplo, y si la conducta y la vida entera del maestro, transparentes y claras para el alumno, son elocuente y penetrante consecuencia de sus lecciones, es indudable que, al terminar las tareas anuales, la comunicación de afectos, de ideas y de enseñanza ejemplar entre Profesor y alumno, habrá de producir la semejanza ó modelación de éste en su vida espíritual, con aquél considerado como tipo y pauta viva.

Por último; sin dejar de imprimir á la enseñanza general de los Institutos, en el momento histórico actual de nuestra patria, el carácter intuitivo que parecen aconsejar juntamente la estrecha esfera en que se desenvuelven las enseñanzas iniciales de la ciencia elemental y la edad crítica del proceso intelectual en el jóven, el Profesor no puede arrebatar á cada órden de conocimientos el grado de formalidad que le corresponda, ni olvidarse de procurar desenvolver la razón al lado y aun con preferencia á las facultades empíricas, separándose de la rutina, y considerándo que no son los alumnos á manera de máquinas dispuestas á recibir pasivamente y sin comprenderlas cuantas nociones se lancen á su avidez; sino más bien potencias de cuyo fondo pueden sacarse nuevas fuentes y medios de instrucción importantes; cuya marcha puede dirigirse con entera independencia, aun de las opiniones particulares del mismo maestro, y cuyo fin ha de ser una ciencia no dogmática, sino racional y libre, llena de intención, afirmada con el nudo de una convicción profunda y arraigada en la conciencia por el propósito firme de hacer de ella la regla constante de la vida.

La unidad que el método pedagógico exije en la exposición de la doctrina, no se reduce sólo á la conexión y enlace de las ideas entre sí para formar un cuerpo teórico; sino á la más ámplia del *saber* con el *hacer*, de la in-

teligencia con la voluntad, ó de la idea con el acto dentro de la conciencia, para formar un todo práctico. Es menester que al discernimiento intelectual de los objetos, se una la posibilidad de usarlos con acierto y oportunidad; que á la enseñanza del deber se agreguen el amor y el próposito del ejecutar; que á la ciencia se una la conciencia, y al conocimiento de la verdad el sentimiento del bien. Sólo así se habrán desenvuelto armónicamente todas las facultades sensibles, intelectuales y morales del jóven; sólo así el espíritu del maestro habrá penetrado el de su alumno, y cultivando en él los elementos y gérmenes primitivos, habrá contribuido con la Naturaleza á formar un hombre, y con la ciencia á formar una persona: entonces la obra del maestro aparecerá tan acertada y sólida, como artística y bella. ¿Quién duda que si la enseñanza es un sacerdocio como magisterio de verdad, tambien es una bella-arte como generadora de la vida? ¿Quién ignora que las doctrinas que se siembran en el alma rica y poderosa del jóven, habrán de ser las que decidan de su porvenir y de su conducta? ¿Y quién que sepa las relaciones que envuelven y se cambian entre el indivíduo y los demás séres que se agitan y viven á su alrededor, desconocerá que esas doctrinas que conforman el destino individual humano, han de ejecer una gran influencia en los fines particulares de esos séres, y por tanto en el destino general del Universo?

Observemos sólo, para terminar, si hemos de reconocer la importancia del Magisterio, esas diversas esferas concéntricas, que marcan como los grados en que se desenvuelve la personalidad humana; notemos los numerosos vínculos con que se enlaza el hombre al hombre, por el amor á la verdad, en la Escuela; por el sentido de lo bello, en el Arte; por el deseo de riqueza, en las asociaciones mercantiles é industriales; por la idea de la justi-

cia, en el Estado; por el sentimiento del bien, en los institutos de caridad y beneficencia; y por la conciencia religiosa, en la Iglesia. Extendamos luego nuestra mirada desde el hombre á la Humanidad, y desde la Humanidad á la Naturaleza, y de ésta al Universo, y de ésta á Dios, y observemos, para comprender el influjo de la enseñanza en el destino humano, cómo desenvolviéndose el hombre en relación omnilateral con los demás séres que le cercan ó le abarcan, su fin es uno esencialmente con el de la Humanidad; que sus funciones son contrarias, pero por lo mismo armónicas con la vida de la Naturaleza; y que las unas y la otra se llenan y ejercitan como parte del destino general del Universo, que á su vez marcha, en concierto y órden admirable, al fin marcado desde lo eterno por Dios.

Veámoslo y creámoslo de este modo, y así se avivarán y agrandarán en todos el sentimiento y la creencia de que el primer deber humano y el más alto é interesante problema que hay que resolver en la vida, es el de educarse como un todo orgánico, y en todas las aptitudes, facultades y fuerzas que nos enlazan en relaciones múltiples con la Humanidad, como sér anterior y superior homogéneo y organizado á su vez en familia, pueblo, provincia y nacionalidad. Que dentro de él, la persona ha de ejercitar sus funciones y tender su vida en dirección á diversos fines particulares, económico, jurídico, político, religioso, artístico y científico, comprendidos y como subordinados al fin total del indivíduo, así como éste lo está al fin general humano. Y que educándose al fin el hombre para vivir en la Humanidad como el miembro en el cuerpo, su espíritu, su conducta y su vida habrán de manifestarse en correspondencia perfecta y constante con el pensamiento, las obras y el destino de la Humanidad universal. Y luego que el jóven haya aprendido á estu-

diarse y conocerse á sí mismo, á amar y respetar á los hombres, á admirar y á utilizarse de la Naturaleza, y á adorar y reverenciar á Dios, su porvenir está asegurado; su destino natural habrá de cumplirse, y su conciencia personal, el bien social y el pensamiento de Dios quedarán satisfechos.

¿Habrá necesidad para reforzar estas razones de valor permanente y general, de agregarles algunas consideraciones particulares acerca del estado actual de nuestra patria? ¿Se ocultarán para algunos los males que hoy deplora España? Ciertamente que si os preguntase las causas inmediatas y ostensibles de su abatimiento y malestar, abriría á la diversidad de opiniones y al criterio político ancho campo para dilatada discusión: mas me figuro que si os pidiese la razón remota, primitiva, honda, de tales desgracias, pondríase término á la controversia para señalarla unánimemente en la falta de instrucción; así como si os preguntase por el remedio, las varias voces se confundirían en un sólo grito para designarlo en la ciencia.

¡Ah! el mal cede á la misma ley que el bien; tiene como éste su progreso: progreso horrible y repugnante, que causa compasión ó espanto; pero que no por eso es ménos vivo é indefectible. Se empieza por la ignorancia, para llegar al desórden y á la lucha, pasando por la sensualidad, por los dolos y por la miseria. Cuando no reinan la lealtad y el honor en el corazón, imperan las rivalidades y las decepciones; cuando no exclarecen el pensamiento las ideas de lo justo y lo verdadero, le envuelven las tinièblas del excepticismo, donde se cuajan los hielos de la indiferencia; y cuando no ocupan la conciencia la laboriosidad y el patriotismo, la pueblan de horrendos fantasmas los delirios de la mente loca, ó los candentes deseos del corazón desesperado!

Hambrienta la inteligencia de verdad, como el estó-

mago de pan, acude allá donde parece que la verdad brota, y el periódico (1) y el club ocupan el lugar del libro y de la escuela, ¡Ojalá le ocupáran fielmente! Mas no es así; no puede ser así. La verdad es serena y apacible; huye de las tempestades y del estruendo: es tranquila y complaciente; huye de la parcialidad y de la intransigencia: es racional y humana; huye del interés calculador y del egoismo de las pasiones. El periódico y el club hacen lo que la llama del incendio; abrasa, pero no alumbra: el libro y la escuela hacen por el contrario lo que la luz solar; alumbra, pero no abrasa.

Con tal instrucción, nada se adquiere y todo se pierde; las esperanzas que brotan de esas fuentes vienen tintas en sangre y bañadas de lágrimas: no son esperanzas, sino cenizas. Ved por qué en esas enseñanzas, la idea del mando viene precedida de la idea de ruinas, y el pensamiento del derecho se ofrece como consecuencia del de anarquía, y el de libertad despues del de la fuerza, y el porvenir con que se sueña trae como condición precisa, y como precisa aterradora, la destrucción del presente. Ah! se olvidan de que el porvenir se halla en potencia en el presente; y de que destruir el presente es imposibilitar el porvenir: moler, quemar la semilla, es aniquilar las esperanzas del fruto.

El libro y la escuela por el contrario, ofrecen otra enseñanza muy diversa y señalan al espíritu un rumbo opuesto. Al culto del placer y el amor á la holganza, oponen la templanza de los apetitos y el gusto por el trabajo: al ánsia de honores y riquezas, la virtud de la modestia y el deseo del bienestar racional y moderado; á la funesta

---

(1) Entiéndase que en cuanto vamos á decir con relación al periodismo, nos referimos á los abusos de la prensa y de ningun modo á la institución, que consideramos altamente respetable, aunque sólo sea como expresión del pensamiento humano.

fecundidad de esos entendimientos negativos que hablan y no piensan, así como destruyen y no reedifican, espíritus que repugnan toda negación, rechazan como tal la mentira y la calumnia, y discuten decorosa y sosegadamente acerca de la mayor ó menor importancia y utilidad de cualquier verdad real y fecunda; al vacío de una conciencia excéptica, mofadora de la moral, partidaria del éxito y tirana de la humanidad, otras conciencias llenas de verdad, respetuosas para con la opinión agena, dóciles ante los principios de la razón, admiradoras de cuanto es bello, cierto y justo por sí mismo, y llenas de un sentimiento de beneficencia que las estimula á unirse en el mundo con los hombres y en el templo con Dios.

Tal enseñanza ha de luchar con la primera, como luchan la ciencia y el periodismo, la escuela y el club, la razón y las pasiones, la libertad y la dignidad humana, en fin, contra la tiranía y la esclavitud.

España empobrecida, dividida en bandos, sin pensamiento uniforme, sin medios de defensa contra el pavoroso espíritu que se cierne sobre la Europa, acogiendo con imprudente y ficticia avidez esos negros propósitos engendrados por el rencor tradicional y abortados por la loca desesperación de los pueblos; propósitos que á su pesar rechaza la propia conciencia y que por eso aun están ocultos en sus abismos, sin fuerza apenas para asomar al labio, ofrece el triste cuadro de la ignorancia, con sus más deplorables consecuencias. Sí; porque sólo á hombres sin instrucción verdadera puede ocurrirse, para remediar los infortunios del presente, lanzar amenazas contra el porvenir. Tras la tempestad viene la bonanza: —cierto; pero la bonanza alumbrará pavesas—nada importa que el hombre se pierda, si la idea se salva;—no, la idea no es nada sin el hombre; si una idea mata á un hombre, es parricida la idea; si la idea es salvadora, el

hombre, el pueblo, la humanidad, deben salvarse con ella.

Pues bien; si quereis ideas salvadoras, venid á la Escuela por ellas: huid del bullicio exterior, dejad la lucha fatigosa, y entrad en el templo de la ciencia con la disposición y el recogimiento que inspiran los santuarios. Aquí no hay ruidos, sino armonías; no hay huracanes, sino brisas apacibles y puras; no hay rivalidades, sino amor y fé: aquí impera la verdad sola: este es el camino de esos bienes que ambicionan los hombres, y que buscados con olvido de las enseñanzas escolares, producen las ambiciones, y las guerras, y el delito: aquí teneis las fuentes del verdadero placer, del justo renombre y del más precioso poder: la ciencia tiene su deleite, su gloria, su fuerza: venid por ella con afan y con voluntad decidida y constante, y el porvenir es vuestro, y á vuestra obra quedará mañana la Patria reconocida.

HE DICHO.

CERVANTINAS.

FIESTAS LITERARIAS CELEBRADAS EN EL INSTITUTO DE CÁDIZ.

ABRIL DE 1874 Y 1875.

I

EL TEATRO DE CERVÁNTES.

Cervántes no está todo en el *Quijote*: grande es la obra; mas no basta para encerrar la grandeza del autor. No hubo jamás producto de génio, por donde no rebosaran el pensamiento del sábio y el sentimiento del artista. La obra que mejor expresa á Cervántes es el *Quijote*; pero no lo expresa por completo. Hállase su espíritu derramado por multitud de escritos de diferentes géneros que nos legó este hombre inmortal, y repartida su existencia entera, y como reflejada á trozos, en esas mil pequeñas composiciones que, cual brillantes estrellas, giran al rededor del gran astro de su principal creación, para constituir así el cielo de su gloria.

Cervántes escolar, travieso y decidor; Cervántes soldado, picaresco y aventurero; Cervántes galan, valiente y enamorado; Cervántes triste cautivo y tan oscuro como profundo literato, trabajado siempre por las injusticias de los hombres y las injurias de la suerte; Cervántes abatido, desengañado, filósofo del infortunio al par que del corazón humano, vierte su gracia y su ternura, sus sátiras y sus lágrimas, su ciencia y su belleza en las difefentes obras que brotan de su pluma á impulsos casi siempre de la miseria y del hambre!...

—¡Qué vergüenza para España — exclamaba un gen-

til hombre de la legación francesa, despues de haberle visitado y oido, por la mediación del Cardenal de Toledo,—¡qué vergüenza que un hombre como este no se halle dotado ricamente por el tesoro público, y se vea reducido á escribir para comer!....—Decid más bien—le respondió su introductor—¡qué dicha para España, que debe á su pobreza tantas obras maestras! (1)

Tal vez el jefe de los pajes del Cardenal de Toledo tenía razón al dar esta respuesta. Y es lo cierto que, reuniendo esas obras maestras, estudiándolas comparativamente, empapándose en el espíritu de su autor que fluye y se agita dulcemente en todas ellas, puede llegarse á formar idea aproximada del hombre héroe, al par que del entendido escritor; del varón virtuoso, al par que del génio artista; del mártir, al par que del sábio.

Cervántes fué, en efecto, héroe á la vez que escritor: había mostrado sus virtudes antes de mostrar su talento; habíase presentado al mundo como modelo de intrepidez en el peligro y de abnegación en la desgracia, de probidad en la pobreza y de ternura en el hogar doméstico, de resignación en las persecuciones y de reconocimiento hácia los beneficios, antes que como artista y como sábio, como literato y como filósofo, como crítico sensato é indulgente y como génio creador y poderoso.

Cervántes presenta dos fases notables en su vida; el hombre y el artista; ambas fases pueden servir de tipo al caballero español y al hablista castellano. Para aprender virtudes, su vida; para aprender bellezas, sus obras. Ricos ejemplos para el corazón contiene su biografía, preciosa cadena de nobles hechos, construida por una conciencia limpia y pura, llena de los tesoros con que se enriquecen juntamente el honrado ciudadano y el buen pa-

(1) Noticias sobre Cervantes, de Mr. Merimée.

dre de familia; el varón justo, y el corazón cristiano: abundantes enseñanzas para el pensamiento encierran sus escritos, llenos de sentimentalismo delicado y de chispeante gracia, de pasmosa fantasía y de claras verdades, de poesía deslumbradora y de admirable sentido practico, de finísima sátira y de conmovedora amargura, de ricas formas y del más profundo conocimiento del corazón del hombre.

Aquella pluma que á los 22 años humedecía Cervántes en lágrimas para cantar la muerte de la reina Isabel de Valois, (1) se había de empapar más tarde en la hiel de la amargura para referir sus propios infortunios, si bien suavizada con la gracia de su estilo y aderezada con la agudeza de su ingenio, que sabía hacer aceptar con risa lo que su corazón destilaba en llanto.

Más ¿qué hay que admirar? ¿Quién habia de decir que, despues de una vida de desventuras, acosado por la indigencia y envuelto en los azares de la guerra, tras cinco años de un penoso cautiverio, bajo el clima abrasador del Africa, su poética imaginación habia de encontrar aquel raudal de ideas tiernas y su corazón aquel suave aroma de lánguidos suspiros, con que formó su *Galatea?* ¿Quién habia de decir que cuando su frente manaba súdor, y llanto sus ojos, y sangre sus heridas, su mente, llena tal vez de las bellas y tranquilas imágenes de la *Diana* de Montemayor, produciría aquella *pastoral*, sorprendente conjunto de invenciones, aglomeradas como las varias flores en un vistoso ramillete, sin órden ni concierto; pero tan hermosas y perfumadas, que bastaron para entretener al mundo literario y para dar á su autor desde luego un puesto distinguido entre los ingenios españoles?

(1) Una elegía y algunas redondillas, que imprimió en Madrid su maestro Juan Lopez Hoyos en 1569.

Distínguese nuestro autor desde el principio por ese admirable sentimiento de la realidad que hizo tan preciosas todas sus creaciones, y tan naturales y populares al par que originales y nuevas. La verdad de su vida y su carácter traslúcese siempre en sus obras, así como en las costumbres de su siglo y su sociedad, bajo el admirable y diestro ropage de su rica y variada poesía. Tal lo demuestran sus dramas, y sus entremeses, y sus novelas: tal lo prueban claramente *Los tratos de Argel* y la *Numancia*. En la primera de estas composiciones pinta con interesante verdad la esclavitud de los cristianos; Miguel de Cervántes aparece en escena lleno de valor y de indignación contra los piratas, herido de terror y de pena por sus compañeros, pero adornado de generosidad y de abnegación para consigo mismo, y á la vez respetuoso para con la majestad de Felipe II, paciente y fuerte en sus trabajos y su suerte, y confiado en la Providencia. Cuanto hay de ternura y de delicadeza en el corazón humano; cuanto puede éste guardar de precioso y conmovedor en los sentimientos familiares y sociales; fé conyugal, amor materno, espíritu patrio, respeto al rey, devoción á Dios, todo esto constituye la realidad de tales dramas. Y como no era posible que dejára de rendir tributo á su fantasía, toda una mitología patriótica y moral viene á formar el lirismo de la *Numancia*, dándole, si se quiere, un aspecto extraño, pero mostrando la elevación de ideas y la nobleza de sentimientos de su autor. Cuando al final de la pieza aparece la *Fama*, y su trompeta publica la gloria de *Numancia* y la vergüenza de Roma, el renombre de Cervántes se difunde por las edades futuras, y llega á nosotros mezclado con el honor de un pueblo que muere por rechazar la tiranía.

Más tarde le sirve el amor de base para otras varias creaciones dramáticas; el amor honesto, el amor desen-

frenado y el amor religioso, constituyen el fondo de todas ellas; y la mágica, el milagro y las peripecias más bizarras y sorprendentes, adornan su forma, no siempre adecuada ni natural, pero sí galana, nueva, expléndida y diestramente preparada! La mágia de *La casa de los celos* y la noble mística de *El rufian dichoso*, pueden servir de modelos. Las costumbres caballerescas y la pasión guerrera, ofrécense en el *Labérinto de amor;* las intrigas de los galanes callejeros que infestaban por entonces el hogar doméstico, en *La entretenida;* y los hábitos picarescos y los tipos populares, en su última producción dramática, denominada *Pedro de Urde-malas*.

Es innegable que la intención de crítica y el espíritu satírico son las cualidades predominantes de Cervántes Saavedra; las cuales, no sólo sobresalen en sus escritos constituyendo uno de los rasgos de su individualidad literaria, sino que se muestran sirviendo de principal atavío y de constante y graciosa forma á sus propósitos más sérios, á sus afectos más hondos y á sus pensamientos más graves. Crítica colosal es *El Quijote;* rasgos críticos y picantes caricaturas ó graciosos bocetos, son sus entremeses y sus novelas jocosas. Cuadros sociales llenos de chispas y de sal, son el de *El juez de los divorcios*, de original desenlace, el de *La elección de los alcaldes de Daganzo,* de noble intento y bellísima ejecución, y *Los mirones,* animadísimo y discreto bosquejo de las costumbres sevillanas. Destellos satíricos de admirable y pintoresca verdad son el de *La guarda cuidadosa,* en que, con vivo y chispeante diálogo se dibujan los celos, y el de *El rufian viudo,* imitación peregrina, aunque en sentido inverso, de *La matrona de Efeso*. Vicios recubiertos de amena y atinada censura nos ofrece en *El vizcaino fingido*, en que castiga la avaricia; en *El Retablo de las maravillas*, en que pone de manifiesto la vanidad por una parte y las preocupaciones

por otra; y en *Los habladores*, donde se pinta de un modo inmejorable la comezón de hablar. Tipos, en fin, ridículamente dibujados nos brindan *El viejo celoso*, *La cueva de Salamanca*, en que se hace el retrato de unos viejos burlados por mujeres jóvenes y casquivanas, y *Los refranes*, enciclopedia sencilla y graciosísima de filosofía popular, tejida con oportunos adagios de que tanto y tan atinado uso hizo siempre Cervántes.

En todos estos cuadros, aunque sencillamente concebidos y ligerísimamente trazados, luce nuestro escritor su natural gracejo y su pasmoso ingenio como pintor de costumbres: sacristanes, bachilleres, soldados, mirones, saltimbanquis, gitanas, damas coquetas, galanes calaveras, viejos ridículos, son figuras que brotan de la pluma cervantina, copiadas del natural, algo exageradas por su picante imaginación, manejándolas á su antojo, y haciéndolas hablar con lenguaje agudo y sabroso, al par que sonrosado y fresco, con el que mantiene embebido el pensamiento, cautiva la atención, lleno de hilaridad el pecho, y solazado y divertido el espíritu.

Despues del *Quijote*, nada revela tanto á Cervántes como sus *Entremeses*: es más; no es posible comprender por entero á nuestro autor sin estudiarle en su teatro, y sobre todo en su teatro cómico. Y es extraño que siendo su vida un drama, su arte fuera una comedia. Tal vez contribuyen no poco las graves escenas de su azarosa existencia, á realzar lo humilde y hasta trivial de su arte: quizá la antítesis entre lo que se le hizo pensar y lo que nos hizo sentir, podría explicar algo de la admiración que nos causa quien parece legarnos la risa, haciendo patrimonio suyo exclusivo el llanto: tal vez se destaca más grande, más interesante y dramática sobre todo, su figura melancólica y abatida, sobre ese fondo de risueña lozanía y franca jovialidad que se formó para sí mismo en sus obras principales.

Es lo cierto, que Cervántes nos admira en lo pequeño como en lo grande; ó por mejor decir, que lo hallamos grande en cuanto creyó hacer de pequeño; que le encontramos profundo en cuanto parecía ser superficial, y que hallamos toda la ciencia de su siglo bullendo, como embozada y medrosa unas veces, pero patente y hasta atrevida otras, bajo el ropaje de un arte sembrado de galas, como el prado primaveral de flores; movible en sus tonos, como las múltiples notas de una doble y variada armonía, y siempre alegre y festivo, como la algazára juguetona de un alma juvenil y placentera. Es preciso pasar de la obra al autor, lo que no siempre es fácil, tanto arroba y extasía su lectura, para adivinar que puede haber una gota de amargo acíbar en aquel cáliz de dulcísima miel con que nos regala el gusto; una lágrima de dolor suspendida de sus párpados al trazar aquellas páginas que habrán de hacer llorar tambien, pero de risa, á la humanidad futura.

¿Y cuándo llegará el mundo á agotar el *Quijote?* ¿Cuándo gozará de toda su belleza, cuándo penetrará toda su ciencia? ¿Cuándo se olvidará á Cervántes, ó se le desdeñará por cosa sabida ó por placer apurado? En tanto esto no suceda, que no sucederá jamás, su figura habrá de alzarse sobre el pedestal de nuestra memoria y nuestro amor, para honra de las letras, fama del talento, gloria de la virtud y grandeza de España!

II

LAS NOVELAS EJEMPLARES.

Si el *Quijote* no hubiera franqueado á Cervántes las puertas del templo de la inmortalidad, sus *Novelas ejemplares* le habrían conquistado en él un puesto envidiable: tanto pueden servir de alto pedestal para su gloria y de precioso fundamento para su fama. Mas así como cuando el sol brilla, palidecen á nuestros ojos esos millares de luces que arden en la noche, así cuando aparece el rico diamante de nuestra literatura, pierden su explendor esas lindas perlas que esmaltan el ostentoso manto de nuestra historia literaria.

Durante ese largo eclipse de diez años, lleno de amarguras y decepciones, de trabajos y de pesares, que média entre la aparición de la primera y la segunda parte del *Quijote*, como si el genio soldára con bulliciosa risa los pesados eslabones de su oculto llanto, y forjára en el dolor timbres de orgullo para su Patria, Cervántes dió á los vientos de la publicidad, ya viciados para él por las deletéreas emanaciones de la envidia que destiló la pluma de Avellaneda, un vistoso ramillete de aromáticas flores, que anunció con el suave título de *Novelas ejemplares*.

La misma pluma, no bien enjuta de la tinta con que trazaba el *Quijote*, sirvió para delinear aquellos diversos y delicados cuadros de costumbres, vivas y rápidas concepciones de su imaginación portentosa, y tiernos y apacibles ensueños de su corazón, ablandado por la miseria y herido por la desgracia. Cuentos bellos y sabrosos con

que halagaba y entretenía á aquella sociedad ingrata, á cuya injusticia quiso responder con lisonjeras pinturas de sus más íntimas costumbres, quizá porque no viesen las generaciones futuras sino la parte buena de aquel siglo en que el genio vivía pobre y moría hambriento. Invenciones ingeniosas, calcadas sobre hechos de la vida real, ejecutadas con la intervención de ciertos tipos puramente españoles, si bien embellecidos por la generosa fantasía de su autor, y descritas con su natural elegancia de estilo y su flexible talento de narrador y de poeta. Fábulas interesantes, en fin, y de tal valor dramático, que algunas de ellas fueron acertadamente trasladadas al teatro, sin necesidad apenas de alterar los diálogos.

Cuando aparecieron en 1613, el espíritu artístico, ya preparado con la primera parte del *Quijote*, recibiólas con sumo contento y dió en premio á su autor el título de *Boccacio español*. Parecía que, saboreado el delicioso manjar de la *inmortal novela*, no podría el gusto literario avenirse al delicado sabor de aquel suave entremés; mas le había condimentado el artista con tal primor y tamaña maestría, era tan variado y sabroso, que esta vez la crítica hubo de hacer justicia, y se declaró aquel libro título bastante para fundar una reputación.

Y en efecto; Cervántes se halla todo entero en él, aunque no con la perfección y grandeza que en el *Quijote*: ternura, pasión, generosidad, nobleza, inspiración y genio, en las novelas que posteriormente se llamaron *sérias*: agudeza, oportunidad, sencillez, gracejo, imaginación é ingenio en las que recibieron el nombre de *jocosas*. Todas ellas fuentes copiosas en que vinieron á beber su poesía los númenes nacionales y extranjeros, y á templar su sed las musas del teatro europeo: todas ellas raudales purísimos en que pueden acudir á refrescarse el corazón enardecido, y á lavarse con grato solaz la conciencia man-

chada; porque es tan dulce y limpia la linfa que por ellos se desata, que no se hallará cosa que no sea honesta, ni pensamiento que no esté medido con la razón y discurso cristiano; para que, como dice su autor *no puedan, mover á mal alguno al descuidado ó cuidadoso que las leyere:* por eso llámanse *ejemplares,* y si bien se mira, no hay cuento de que no pueda sacarse algun ejemplo provechoso.

Si la vida del gran Cervántes no ofreciéra un raro modelo de las más altas virtudes que honran á la humanidad; si no pudiera aprenderse en su conducta el valor intrépido y la paciencia moral, la probidad en la miseria y la abnegación en el sacrificio, el amor para con los suyos y la indulgencia para con los demás, la gratitud de los beneficios y el olvido de las injurias, el intento y la eficacia de su libro nos ofrecerían la mejor prueba de su grandeza moral y de su virtud cristiana. No sólo en el templo se aprende la virtud, enseña Cervántes; que hay tambien ejercicios sanos y agradables, sin daño del alma ni del cuerpo, y que antes aprovechan que hacen mal: ni es justo que el hombre se entregue constantemente á los negocios; horas y lugares hay de recreación, en que el espíritu procura un delicioso descanso: no con otro fin se plantan alamedas, se allanan cuestas, se cultivan jardines y se buscan frescas sombras y murmuradoras fuentes. ¡Oasis delicioso que levanta el genio en el desierto de la literatura novelesca, limitada en España á extrañas copias y á desgraciadas imitaciones de los cuentos italianos que corrían traducidos por nuestro suelo desde las guerras de Carlos I! ¡Vergel encantador de dulces frutos y saludable ambiente, que hacen brotar el espíritu religioso y el sentido del bien, en medio del erial de leyendas licenciosas y de escandalosas invenciones, traducidas ó remedadas del *Decámeron* por los admiradores de Boccacio!.....

El extranjero había derramado, como tantas otras ve-

ces antes y despues, sobre el florido campo de nuestra literatura, un diluvio de fábulas extravagantes é insulsas, cuya causticidad y sabor ácre habian servido de estímulantes al gusto sensual de la muchedumbre. Un grano de mostaza ó una gota de acíbar, suelen excitar el apetito de esas gentes de conciencia ancha y de paladar grosero. España se había inundado de cuentos y novelas, que rebosaban por el Pirineo ó navegaban por el Mediterráneo para venir á hacer fortuna entre los ociosos incautos ó entre los cultos mal entretenidos: y al observar nuestros novelistas la avidez con que fueron recibidas, dejando en inacción su propio ingénio ó dando doloroso empleo y lamentable dirección á su fantasía, se propusieron seguir las huellas de Italia y Francia, como antes habían seguido las de Grecia y Roma y más tarde habían de caminar tras la de Inglaterra y Alemania.

Apartándose de tan estrecho y pobre sendero, nuestro Cervántes se presenta original y decoroso juntamente; que cuando el ingénio español se inspira en sus propios ideales, siempre es digno y honesto, nuevo y admirable. Sus cuentos le pertenecen, son suyos propios, y no cogidos ni imitados de nadie, los ha engendrado su espíritu y les ha dado formas su pluma: por eso constituyen una verdadera gloria para España y un título legítimo de inmortalidad para Cervántes. Y traen á la vida pública los caractéres de su patria y de su autor, porque, como cuadros de costumbres primorosa y diestramente dibujados, reflejan nuestra vida y nuestros tipos, nuestro modo de ser y nuestra manera de obrar; y como producciones de imaginación, muestran claramente bajo mil variadas formas la fecundidad de la brillante fantasía de su autor y la bondad de su corazón amante, la verbosidad de su ingenio agudo y caústico y los sorprendentes recursos de un estilo blando y dócil, que se amolda á todos los asuntos y se pliega ante todas las exijencias.

Vése á Cervántes de un modo tan claro en sus *Novelas*, como en su *Quijote*: en aquellas como en este, su espíritu centelléa lleno de fluidez y de ingenio, y su talento observador resalta por su finura y penetración. Son tales en esas pequeñas pero admirables creaciones, algunas de las cuales son verdaderas obras maestras en su género, la riqueza de las invenciones, la variedad y originalidad de los tipos, el vigor y la precisión de los caractéres, el interés y la novedad de las situaciones, la amenidad del diálogo y la sencillez y naturalidad de la narración, que fácilmente se descubre al gran escritor que acertó á penetrar por un delicado análisis el corazón humano, y al hábil artista adornado de un sentimiento verdadero de la Naturaleza y de los hombres.

Así se explica que esa bella colección de cuentos obtuviese, no sólo en España, sino en el extranjero, un favor sólo comparable con el que mereció su gran epopeya satírica; que nuestros dramaturgos, con el gran Lope de Vega á la cabeza, se apresurasen á poner en escena los asuntos inventados por Cervántes; que Moliére en Francia hiciese lo que Lope en España; y que Scarrón y Beaumarchais le imitasen, en tanto que Latour y Viardot le traducían.

Doce fueron las *Novelas* que publicó Cervántes entre la primera y la segunda parte del *Quijote*, que los editores han clasificado posteriormente en *sérias* y *jocosas*; trece son las que forman la colección que tengo á la vista.

La gitanilla es un retrato pintoresco y lindísimo de las costumbres de esa raza humana extraña y nómada, tan comun entre nosotros, y que colocada siempre fuera de las leyes, jamás se ha puesto en duradera oposición con ellas; *Preciosa*, es un tipo delicioso en que se adunan la hermosura y la fiereza, el candor y la gracia, cualidades que vienen á justificar la pasión que por ella concibe el

caballero *Andrés*, quien por su amor se hace gitano. Figura llena de pureza y de encantos, que se destaca sobre el fondo poético y florido de la vírgen Naturaleza: carácter delicado y suave como el céfiro de los prados, en que germinan todas aquellas seductoras gracias con que supo más tarde Víctor Hugo adornar el alma de su bella *Esmeralda*, la heroina de su gran novela *Nuestra Señora de París*. Pero el ingenio francés ha transformado de tal manera el gérmen español, le ha embellecido tanto y le ha idealizado de tal modo, que ha impreso en él cierto sello de ideal indeterminación, de ensueño etéreo que ha concluido por arrebatarle esa positividad histórica y ese interés realista que caracterizan á *Preciosa*. Ciertamente que Víctor Hugo no se propuso pintar sencillamente la vida que llevaban los gitanos en la España del siglo XVI; sino que, con propósito más hondo y pensamiento más grave, ofrece una asombrosa pintura de lo que fué París en el siglo XV, iluminando al par las espesas tinieblas de esa noche sombría de la edad media en que el corazón y la conciencia humana parecían encadenados á los pies de una fatalidad teocrática y social, con los destellos de esa hermosa gitanilla emblema á un tiempo del amor femenil y de la personalidad humana; de la fiera libertad y de la conciencia perseguida. Por eso *Preciosa* se hace amar, y *Esmeralda* se hace admirar: aquella halaga, y esta contrista: aquella es un tipo de verdad y de dulzura, y esta una creación de idealidad y de grandeza.

De diferente forma, pero no inferior á *Preciosa*, es la heroina de *La ilustre fregona*, una de las mejores fábulas, no seguramente por el asunto, sino por la riqueza y el hechizo de los detalles. *Constanza* es un tesoro que atrae á todos los caminantes, desde el mozo escudero al caballero galante, á la posada del *Sevillano* en Toledo, posada que es como la concha en que se esconde esa perla de

deslumbrante belleza, y como el alcázar de ese prodigio de sabiduría y de virtud. *Constanza* es la hija natural de un gran señor, que al fin la reconoce y la casa con el hijo de uno de sus mejores amigos; nada más sencillo ni más estrecho que este argumento; mas con tan escasos materiales y en tan pequeño lienzo, Cervántes pinta un primoroso cuadro que mantiene entretenido el ánimo y solazado el corazón, y que se presenta en el muséo de las artes literarias ornado con el sello que distingue las obras del genio.

Rinconete y Cortadillo es otra acertada y curiosa pintura de esa casta de gente siempre embrollada con los hombres de justicia; caractéres originales de España, mezcla bizarra y chocante de fanatismo y ratería, en que las prácticas devotas se revuelven con los hábitos más anti-sociales. Historia brevísima, de una sobriedad rara, pero de un colorido vivísimo y adecuado, tan propio y original, que no ha podido ser traducido fielmente á ningun idioma: cuadro de costumbres infames trazado en muy cortas páginas, pero que encierra todo ese mundo singular y repugnante de estafadores y mendigos, de baladrones y de mujerzuelas, de viejas y de rufianes, que danzan en todo asunto picaresco y que han servido á Cervántes para mostrar su agudeza y su chispa, su ligereza y su verbosidad, su conocimiento del mundo y su amor á la Naturaleza.

Una de las más entretenidas creaciones de esta colección, es *El celoso extremeño* en que sin duda se inspiraron, Moliére para su *Ecole des femmes,* y Beaumarchais para su *Barbier de Seville.* Crítica sencilla, pero viva y profunda de esos hombres que, enriquecidos de repente, sienten con el oro las ánsias de casarse, ejecútanlo imprudentemente en las altas edades de la vida con mujeres jóvenes y bellas, y pasan despues el resto de sus dias presa de

crudos celos, entregados á insensatos proyectos de ridícula desconfianza, sólo buenos para mostrar su suspicacia y excitar la hilaridad, y vienén al fin á ser castigados encontrando á su esposa en los brazos de un amante. Seguramente no cuadra bien á este argumento el título de *ejemplar*; mas no por eso deja de ser uno de los cuentos más bellos por la soltura del relato, el vivo color de las figuras, la propiedad de las escenas y la riqueza del estilo.

Entre las novelas sérias, hállanse la intitulada *La Señora Cornelia*, perla de Bolonia, por algun tiempo perdida y que al fin llega á engastarse en la espléndida corona del Duque de Ferrara; invención patética, llena de languidez y pasión, en que vierte Cervántes una gota de su sentimentalismo generoso; *La española inglesa*, novela de aventuras y disfraces, en que muestra su autor la travesura de su imaginación á través de una dicción tan fácil como culta; y *La fuerza de la sangre*, cuento interesante en que la jóven *Leocadia*, deshonrada por un seductor desconocido, halla al fin á su amante; argumento sobre el cual se han tramado multitud de obras teatrales.

La tia fingida y *El casamiento engañoso*, son dos ocurrencias con que Cervántes prueba la donosura y lozanía de su espíritu y las sales y gracias cómicas en que abunda; mas su índole algo escabrosa y sus incidentes un tanto atrevidos, las hacen parecerse en alto grado á las fábulas del *Decámeron italiano*.

El licenciado vidriera es una sátira en que se ridiculiza con sumo donaire y gran discreción la loca erudición de aquel á quién el estudio de las novelas españolas trastornó el seso, al par que se critican graciosamente los vicios y abusos más comunes que solían cometerse en todos los empleos y oficios: libro precioso fué para nuestro Quevedo, que solía cosechar en él la sal y la pimienta

con que sazonaba sus mordaces invectivas.

Las dos doncellas, no es más que un suceso de la vida social; intriga casera de divertida lectura y de oculta y como desleida moralidad, tan agradable como instructiva, y tan bella como sencilla: y *El amante liberal*, disfraz es de propios hechos, en que, sin mengua de su ingenio y con cuidado desu decoro, refiere algunas anécdotas de su vida galante.

Por último; el *Coloquio de los dos perros, Cipión y Berganza*, es una fábula en que Cervántes hace hablar á los animales el lenguaje propio de las pasiones humanas. Creyóse así el autor más en libertad para censurar las miserias de los hombres, y fingió que dos perros filósofos, encontrándose en un hospital, se refieren los detalles de su vida errante y azarosa; todo lo cual ofrece una magnífica ocasión al gran escritor para descender á las más humildes capas de la sociedad de su tiempo; asi es que, guiado por los perros, el lector llega á entablar relaciones con los carniceros y fregones en los mataderos, con los esbirros en los cuchitriles y con las brujas en los aquelarres del sábado. Con tan humildes elementos forma Cervántes su excelente apólogo, salpicado de máximas de moral y de política, y una magnífica sátira contra la superstición y los errores de educación más generales en su época, vicios que reprende con tanta mordacidad como finura y con tanta dureza como gracia.

Ahora bien; pasados en ligera revista todos estos cuadros, se vé claramente en ellos el pincel de Cervántes, nótanse la ligereza y suavidad de la forma y la profundidad y grandeza del intento: se observa la variedad y gracia del ropaje envolviendo la intencionalidad y agudeza de la idea; se reconoce la mirada del filósofo y la habilidad del artista. Cuando se le oye narrar y se le escucha reir, parecen trazados esos cuentos en medio de las satisfaccio-

nes de una vida cómoda y segura: cuando se le siente amar y se le penetra al discurrir, adivínase la ternura y la melancolía de un corazón trabajado por la desgracia, y aun se oye el amargo gemir de un pecho herido por el dolor y las decepciones. Juegos de fantasía que, mirados á través de la distancia ó por el prisma de la indiferencia, podian parecer á los ojos de la Europa risueños solaces de un espíritu jovial y satisfecho, feliz y confiado!... Esfuerzos sublimes y emanaciones espontáneas, más admirables por su misma espontaneidad, fueron esos cuentos soñados entre las negras nubes del pesar y trabajados durante las largas horas del hambre!

Pero el génio es prodigioso siempre: en Dios hace de la nada el mundo, y en Cervántes hace de la miseria la delicia agena: en Dios crea la Naturaleza, que es la realidad, y en Cervántes la novela que es la idealidad: en Dios hace del barro la Humanidad, que simboliza sus esperanzas, y en Cervántes hace de sus fantasmas la inmortalidad, que es la ventura de sus sueños: Dios del caos sacó el génio, y el génio de sus sublimes delirios saca la gloria póstuma. Cervántes amasa con llanto el pedestal de su fama, pero su fama aparece luego radiante á los ojos de la Humanidad asombrada.

¿Cómo se puede llorar tanto, y hacer reir tanto? ¿Cómo es posible conocer tan á fondo el corazón humano, y no herirle con el sarcasmo ni ofenderle con el desprecio? ¿De qué manera se llega á sufrir desengaños y á regalar placeres? ¿Qué es preciso para vivir hambriento y morir envidiado; para morir en la miseria y legar la gloria? ¿Se cierne el alma de Cervántes en los poéticos espacios de una idealidad falsa y estéril? ¿No es acaso el poeta del realismo, el autor de su tiempo, el pintor paisajista frente á la Naturaleza y el artista fotógrafo frente á su sociedad? ¿Tiene rival cuando dibuja las escenas del campo y la vi-

da de los bosques? ¿Hay quien le aventaje cuando reproduce los tipos más bellos ó más interesantes, y los caractéres más delicados ó más atrevidos de su tiempo? La pluma que trazó á *D. Quijote* á la cabeza de una sociedad de damas distinguidas y de caballeros galantes, y á *Sancho* al frente de esas turbas de tipos populares y de figuras comunes pero de graciosos y agradables contornos, no sólo es la de un gran conocedor del corazón humano, sino la de un hábil observador de las gentes y de las cosas de su siglo.

Ah! Cervántes es un gran génio y una gran conciencia; por eso sus obras son dos veces grandes; porque las piensa y porque las siente; porque las enaltece con su idea y las sublima con su sentimiento; porque las da á estudiar y las hace sentir. Por eso la ingratitud de su siglo ha sido lavada con la admiración de las generaciones siguientes: por eso á la justicia momentánea, aunque dolorisísima de España, han seguido el aplauso y la exaltación del mundo entero. Durante su vida le apreciaron pocos y no le comprendió ninguno; tras de su muerte le entienden pocos, pero todos le aman y le admiran.

SOCIEDAD PROTECTORA

DE

LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS.

SESIONES PÚBLICAS DE 1875 Y 1877

Y CONCURSO CELEBRADO EN BARCELONA EN MAYO DE 1880.

BOLETIN DE LA PROTECTORA MADRILEÑA; 1880.

I

ESPÍRITU DE LA IDEA *PROTECTORA*.

No debe movernos á la defensa del derecho la esperanza del premio, ni debe retraernos, el temor del martirio.

E. CASTELAR. (Discurso político.)

¡Cuán cierto es, señores, que no descienden las dichas á este mundo sino mezcladas con el pesar! ¡Cuán verdadero y cuán doloroso, que no pueden ostentarse los timbres de gloria, sino empañados por una nube de melancolía ó sombreados por densos vapores de temor y de pena!...

Hoy, que nuestra modesta Sociedad Protectora, se presenta á vuestros ojos por vez primera, que debiera venir llena de confianza y de satisfacción á darse á conocer y á hacerse admirar, que pudiera estar orgullosa y satisfecha, más por vosotros que por ella misma, hoy trae un torcedor en su seno y una desconfianza cruel en la mente.

Oh! cuánto puede la fé en una idea, y cómo fortalece el espíritu y sostiene el ánimo la recta y pura conciencia del bien!

La Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas alza su voz tranquila en medio de los sordos murmullos que la censuran y de las descompasadas voces que la condenan. Y como si esta angustiosa situación no fuera bastante, aun presiente el grave peso de un nuevo anatema, y teme que la hiera el rayo que engendran las tormentas

atronadoras de la impopularidad. Y sin embargo, ya lo veis la Sociedad Protectora se presenta serena y hasta atrevida, para arrostrar estos peligros.

Pero no lanceis todo el mérito ó toda la censura de tamaña arrogancia, sobre esta noble Institución; porque su tranquilidad y su osadía se apoyan en vuestra misma cordura y recto sentido, y en vuestra generosidad y liberalismo.

La Sociedad lamenta hondamente el haber de emprender, desde hoy y desde aquí, una ruda batalla, cuyo triunfo corresponde sin duda al porvenir; lamenta el ofrecerse á vuestras miradas enarbolando un estandarte guerrero, cuando precisamente suspira por vuestro afecto y os reclama auxilio y consideración.

Mas esta es la suerte de todo pensamiento innovador y de todo propósito de regeneración y de progreso. ¿Dónde habeis visto una idea nueva, tierna amiga y blanda compañera de *todo* el pasado? ¿En qué tiempo habeis encontrado una doctrina, una escuela, un solo principio, nuevos y reformadores, que se hayan avenido con viejos usos y caducas tradiciones?

En el mundo de las ideas, como en el de los hechos, las conquistas son penosas y los triunfos cuestan víctimas. ¡Felices los que producen sus estragos en el terreno triste de los errores y las preocupaciones, y llegan al vencimiento sin más que el dolor de algunas mordeduras, y el enojo de algunos espíritus iracundos y tercos!

No creais,—¡no por Dios!—que porque acabamos de premiar á los enemigos de vuestras fiestas nacionales, que porque acabamos de confesar nuestro intento de combatir sin tregua vuestros más queridos y populares espectáculos, ya estamos ufanos y orgullosos de nuestra conducta; no: la Sociedad Protectora no goza al combatir; acepta el combate como ley de su destino—ley de la

vida!—y manifiesta lealmente su resolución de luchar contra el error que humilla, contra la rutina que degrada, contra la pasión que deprime, sin alardes de fiereza ni osadas provocaciones. Antes bien, tiene su causa por vuestra y vuestra aberración por suya, y la ataca con la misma firmeza, pero con el mismo pesar, con que aplica una mano afectuosa un doloroso medicamento á un enfermo querido é interesante. No es enemigo vuestro quién os amputa con implacable mano el miembro por donde la gangrena escala vuestro corazón: no os odia el sabio que os cura con inflexible voluntad de la ponzoña del error ó de la demencia de las pasiones. ¿Quién os ha dicho que la ciencia puede ser nunca enemiga de los pueblos? Hay nada más democrático que la verdad y la justicia?

Y bien; Cádiz, dos veces cuna de nuestra libertad política; dos veces centro de conquistas revolucionarias, ¿negaría un asilo á las libertades de la ciencia? ¿Rechazaría de su seno los gérmenes de la más grande y de la más hermosa de las revoluciones?

Sobre esta roca buscaron en lejanos tiempos un sólido cimiento extraños invasores, que quisieron, á nombre de la estupidez del oro ó de la barbarie de las armas, imponernos el yugo de Fenicia ó de Arabia. Desde esta roca saltaron al Asia ó saltaron al Africa los pueblos agresores, empujados por el acero al grito mágico de *¡Patria y Libertad!*

Más tarde, tambien en los hondos repliegues de estas piedras guarecíanse los queridos símbolos de nuestras aspiraciones políticas y los preciosos fundamentos de nuestra independencia y de nuestra *autonomía*; y desde este promontorio, que los mares defienden y acarician, tendía su potente vuelo el águila caudal de nuestro valor y nuestras esperanzas.

Hoy, al arrullo de las olas, cuájase tambien en esta hermosa concha de tornasolado nácar, la perla refulgente de una idea civilizadora: dejadla que cristalice al calor de vuestro entusiasmo generoso, y pueda un dia engarzarla en su rica diadema esta reina del Oceano.

Ya que tantas veces vencísteis á los enemigos de vuestro Dios y de vuestra Patria desde estas murallas, derrotad hoy tambien desde vuestras conciencias á los adversarios de vuestro decoro y de vuestro engrandecimiento. En tiempos de guerra, hora es de luchar contra ejércitos invasores; en tiempos de paz, llegados son los momentos de pelear contra falanges del error y huestes de apasionadas preocupaciones. Ruidosos triunfos terminan esas sangrientas epopeyas motivadas por tremendas ambiciones; pacíficos y gloriosos lauros coronan esos vencimientos sordos, pero seguros, de la conciencia, que provocan la materialidad del presente y la tradicionalidad del pasado.

Por eso esta Sociedad espera que la devolvais esa popularidad y esa benevolencia que le podeis haber arrebatado al ver que os intenta despojar de ciertos deleites á que sois aficionados y de ciertas ideas que os hace leves la fuerza de la costumbre. Destruir vuestras prevenciones, probaros cuan mal habeis empleado vuestras simpatías inconscientes, aconsejaros que rompais con mano dura esos equivocados hábitos que os detienen en el camino del progreso, y pediros que deis mejor dirección y más acertado sentido á vuestro corazón y á vuestros gustos, tal es el objeto actual de esta Sociedad que habreis de honrar y bendecir en su dia.

Mas no es contra nosotros, no, contra quien tiene que luchar principalmente esta nueva Institución; una prue-

ba de su grandeza, de su aceptación y de su universalidad, es que tiene que combatir contra vuestros verdaderos enemigos.

Una tempestad de torpes acusaciones, de mal intencionadas censuras, de delirantes objeciones ó de risibles ataques, se cierne sobre su cabeza.

Los que la impugnan de buena fé, la punzan con las ingeniosas armas del ridículo, que hallan buenas á falta de otras, sin ver que una agudeza no es un argumento, ni un chiste es una razón: los que la combaten de mala fé, calumnian sus intenciones con capciosos razonamientos y astutos manejos. Los leales, la atacan débilmente con medios que descubren revolviendo en lo oscuro de su ignorancia ó en lo confuso de sus preocupaciones: los hipócritas la roen en silencio con murmuraciones desgajadas del fondo de su criterio estrecho ó con maledicencias que les inspira su ciega terquedad. Los soñadores de la política, atribúyenle un espíritu de partido; y los fanáticos de la religión, la acusan de impía y de materialista.

No es posible contestarles á todos desde aquí y en este instante: ¡trabajo lento y penoso el de habérselas con la parte más mezquina del género humano, y con el lado más miserable de la conciencia del hombre!

Mas para alejar de vosotros todo pretexto á los ataques y todo temor de nuestra aceptación, quiero hacer dos solemnes manifestaciones: y bueno será que al presentarse ante vosotros esta Sociedad, conozcais aquellos artículos de su *credo* que responden á esas míseras acusaciones.

Desde luego nuestra Sociedad no se roza en modo alguno con la política. Donde quiera que veais tremolar á los airès de la publicidad la bandera de la ciencia y de la moral, allí podeis estar seguros de que no se cobija el intransigente espíritu de secta, ni el exclusivista intento

de un partido; y es lo cierto que nuestra Sociedad tiene ante todo, tiene principalísimamente, un fin científico y moralizador.

Todos los gobiernos pueden y deben tenderle una mano; porque lo que á los gobiernos importa, es imperar sobre hombres justos y templados, y nuestro dogma no es otro que el amor y el derecho. Sin atender á sus ideales políticos, son recibidos en nuestro seno cuantos se nos asimilan en el pensamiento *proteccionista*; y no se ha dado caso de que, por diferencias en planes de gobiernos ó en teorías de política palpitante, se hayan suscitado controversias entre los ilustrados y generosos miembros de nuestra Asociación.

Disípese, pues, ese fantasma que, una mala inteligencia ó una dañada intención quiere levantar ánte los espíritus tímidos y meticulosos; que si la sociedad no tuviera otros centros de conspiración ni otros antros de ambiciones y de intrigas que las Sociedades Protectoras, la paz y la prosperidad públicas, la seguridad y la riqueza generales, estarían perfectamente aseguradas. No puede haber colisiones ni acechanzas entre hombres que respetan á los animales; ni puede perecer la agricultura, esa gran fuente de órden y de bien-estar, con gentes que admiran el débil arbusto y aman el árbol pródigo y beneficioso.

Respecto á la cuestión religiosa, ya es cosa distinta; que no es posible alejar la religión de donde habitan la ciencia y la moral.

Comprendo que en un país eminentemente católico, tachar una Institución de atea ó de impía, es asestarla un golpe de muerte; por eso nos llena, no de dolor, sino de indignación, que los modernos fariseos muerdan con tan venenoso diente un pensamiento que no han entendido, ó que no son capaces de entender.

Extender la moral más purá á las diferentes esferas que abarca en su universalidad; derramar los principios y los efectos de la caridad cristiana sobre la creación entera; inundar el mundo con un diluvio de amor; mantener viva en el alma las llamas de la ternura y la compasión hácia todo lo débil, pequeño é impotente; ennoblecer el pensamiento humano con ideas de alta conveniencia y de racional culto; abrigar en el corazón el culto del respeto y la lástima á cuanto está vivo y puede padecer, y puede morir, y engendrar, y desenvolver en la conciencia las relaciones más apacibles y afectuosas del hombre para con los otros seres, y por ellos y por la Naturaleza, las del alma con Dios, tal es el objeto de esta Sociedad. Y digo que este es un himno constante de la criatura al Creador, y que no hay religión más grande, más pura, más bella, que la que exige, ostenta y cultiva esta *Asociación*.

El Dios de los Cielos no puede exigir mejor culto al sabio, ni el Cristo de la tierra puede verse mejor interpretado en este punto por la humana ciencia! Cada pensamiento es un tributo de sumisión á la Omnipotencia; cada sentimiento es un holocáusto de amor al Supremo Dios; cada propósito, es una demostración de rendimiento ante la Providencia; cada acto es una obediencia al Legislador de nuestros destinos; cada conciencia es un templo; cada corazón un altar; cada virtud una oración!...

¿Será irreligiosa esta Sociedad?

Hace poco tiempo que, en este mismo sitio, un ilustrado sacerdote católico bendecía la obra del trabajo con estas dulcísimas palabras que absorvió, entre frenéticos aplausos, el pueblo de Cádiz.—«Porque, entendedlo bien, —decia—la Iglesia de Cristo, se halla siempre al lado del verdadero progreso.»—Pues bien; si hay aquí verdadero progreso, Católicos, la Iglesia de Cristo está con nosotros!...

Un pensamiento de civilización y de moral, no puede nunca ser irreligioso. Demos de mano al fanatismo y á la hipocresía; y antes de rechazar un principio fecundo, por sugestiones del espíritu alucinado ó por imprudente precipitación de un prejuicio grosero, tomémonos el trabajo de estudiarlo, el tiempo de profundizar en él y de analizar su contenido; que lugar hay de rechazarlo, si tenemos la desgracia de hallar malo lo que es bueno y despreciable lo que es bellísimo.

Ya veis que no hay aquí nada que aterre; nada que no sea justo, noble y encantador. ¿Y cómo no habia de ser así, tratándose de una de las obras más acertadas y más generosas del espíritu moderno? Verdad y amor, ciencia y arte, sabiduría y virtud, esperanza y fé; tal es el contenido de la idea *protectora*. Por eso veis que llamamos sin cesar al entendimiento del hombre y al corazón de la mujer; por eso veis que le pedimos á aquel que deponga sus aberraciones, y á esta que guarde el rico tesoro de sus afectos.

Y hay en la interioridad de los dos sexos misteriosos instintos que responden á nuestro doble llamamiento; voces de la Naturaleza que contestan á los acordes de la justicia y de la compasión. En el hombre, sed de progreso, tendencia á lo útil y horror á las preocupaciones y á la barbarie: en la mujer, ternura hácia el débil, sentimentalismo exquisito, afición á las flores y á las aves y espanto de cuanto es cruel y sanguinario.

Hé aquí los fundamentos de la idea *protectora*: hé aquí lo que nos lleva á condenar la crueldad y á establecer la protección; hé aquí lo que pedimos al pueblo de Cádiz y lo que suplicamos á sus distinguidos y generosos hijos; hé aquí lo que estamos seguros de obtener pronto ó tarde, porque, por desgracia, ninguna obra buena es pronta ni ningun pensamiento nuevo se abre fácil camino por

entre errores y pasiones vivos, y hábitos y costumbres envejecidos y arraigados.

Ya sabeis lo que es esta Sociedad; lo que vienen á hacer su espíritu en el mundo de las ideas, y sus hechos en el mundo de la historia. De vosotros dependen su engrandecimiento y su porvenir. Volved las miradas hácia las naciones cultas, y alentados con su elocuente ejemplaridad, dad la mano á esta idea que viene envuelta en los aires de la civilización moderna, á detener el vuelo con que acaba de atravesar los mares, sobre esta roca, nido ayer de la libertad y hoy cátedra del progreso.

He dicho.

II

LA ESCUELA.

Nunca se conoció como entónces cuan débiles suelen ser los instrumentos de que la Providencia se vale para realizar sus altos fines, en cuyo conjunto jamás se encuentra el mal, obra triste de la condicionalidad humana y del límite estrecho en que estamos encerrados.
(Castelar.—Reflexiones sobre el siglo XVIII en Francia.)

Señores:

Osadía es grande poner al lado de la inspirada palabra del mejor de nuestros oradores contemporáneos, la pálida frase del último de los aficionados al saber; mas tócale á la humildad del pensamiento chico caminar arrastrado y embebido tras los arranques del génio, y es derecho del que admira y aprende aplicar las grandes ideas á los propósitos de su vida y desenvolver el contenido de ellas en provecho de sus intentos particulares: que es tributo para el talento el uso de su fecundidad, y recurso para el pequeño la concepción del grande.

Abonan mi conducta las palabras mismas del ilustre escritor: la Providencia se vale ciertamente de instrumentos débiles para realizar altos fines. Yo soy en esta ocasión bien débil instrumento del sabio; mas aplicar su palabra á esta magnífica y significativa solemnidad, es alto fin y noble propósito. Vedme, pues, á mí mismo, primer

ejemplo de la verdad de aquel principio; ved el segundo en la bella acción de la modesta Sociedad Protectora, concurriendo providencialmente á la gran obra del progreso humano y de la civilización de la Patria; y ved el tercero en la dulce influencia de la escondida y desdeñada Escuela, respondiendo al inmenso resultado y santísimo fin de regenerar el alma y moralizar al hombre.

Es cierto: las pequeñas causas producen los grandes efectos. Una ligera nubecilla, graciosa sombra flotante en ese oceano de luz del firmamento, produce la tempestad, tiniebla de la tierra, hondo gemido de la Naturaleza: y una idea, leve aliento de una inteligencia centelleante, vagando entre el dorado celaje de los delirios ó de los errores del siglo, engendra la reforma de un Estado ó la transformación de una edad, revolución social, tormenta en que llueve llanto y ruge el trueno de la guerra.

Pero al fin de la tempestad de la Naturaleza, se ven mecerse graciosamente en los aires los girones de aquel vapor, causa del rayo, iluminado por los ardientes destellos del sol que lo matiza á través de una atmósfera purificada y vivificante; como tras el huracán del mundo social se ve á la idea, agarrada á las conciencias por vigorosas raices, mecer, al soplo cariñoso del progreso realizado, los magníficos frutos de su verdad y de su grandeza. El labrador sale á los campos despues del huracan, y los halla cubiertos de verdura; es la cosecha que apunta como una esperanza: y los pueblos asoman tambien al nuevo siglo detrás de la revolución, y le encuentran sembrado de gérmenes fecundos: es la herencia de la civilización, seductora como una promesa y rica como un tesoro.

La Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas de Cádiz, dueña de una idea portentosa, acude hoy á depositarla en el corazón de los pueblos, con la risueña esperanza de que habrá de recojer un dia abundante mies

de beneficios morales: cuadra á su modestia escojer en lo más apartado de la vida el terreno para su siembra: y segura de que lo más pequeño y débil puede producir lo más colosal, fecundo y consistente, acude á la Escuela, primoroso invernáculo en que se hallan preparados los tiernos espíritus de los niños, y colocados bajo la doble acción de la luz de la enseñanza y del calor de la educación.

No cabe duda de que toda reforma profunda busca derechamente el corazón de las masas; éstas, no sólo son el número, sino la fuerza; no sólo lo extenso, sino lo hondo; un principio aristocrático, que se cierne en esas embalsamadas, pero artificiales, atmósferas del fausto y la vanidad, viene desde luego herido de infecundidad y de muerte; el ruido de que pueda ostentarse acompañado, bastará para crearle un proselitismo; pero no una popularidad: será bastante para engendrarle una forma especulativa y abrirle las puertas del áula ú ofrecerle las trompas de la predicación; pero no para llevarle á la práctica, ni para grabarle en la conciencia del vulgo con los vínculos de la convicción y de la fé.

Las lucubraciones de los sabios forman secta; los antojos más inauditos pueden llegar hasta el sistema; pero sólo los principios populares, las verdades que pudiéramos llamar humanas en gracia de su universalidad, logran abrirse paso hasta el corazón de los pueblos, distenderse y pulverizarse en innumerables creencias individuales y producir la regeneración de los espíritus y la revolución social.

La Sociedad Protectora no se ha engañado: su idea no es aristocrática, sino popular: su propósito no busca el apoyo de los hombres de ingenio y astucia ni el favor de los poderosos y soberbios; sino el triunfo de la multitud por la verdad y la conquista de los corazones humanos por la belleza.

Para procurárselos, ha ido al rincón en donde se elaboran moralmente esas masas y se incuban esos corazones; se ha dirigido á esa tierna *fábrica de hombres*, mejor dicho, *de espíritus*, en donde, bajo el poético y débil esbozo que se llama *niño*, se encubren los preciosos gérmenes del *hombre* y las potentes semillas del porvenir de las naciones.

Allí ha querido con razón dejar caer la simiente, fiarla á la solicitud y responsabilidad de esa gran figura, más interesante cuanto más abatida, que se llama *Maestro* y venir tranquila á esperar desde fuera los seguros resultados de su transcendental empresa.

Nada hay más grande en el mundo moral, que una Escuela: extensa llanura formada de pequeños granos de arena como el Sahara abrasador, sólo espera el violento empuje del Simoun de la ilustración para levantarse en colosal y pavorosa montaña y arrasar errores que viajan por la vida ó sepultar instituciones que oscilan sobre la tierra. De los trémulos labios de un dómine anciano ó de la desapercibida voz de un maestro entusiasta, brotan siempre enseñanzas de inmenso alcance y de pasmoso poder. El porvenir de los pueblos, la ventura de las naciones, el bienestar individual, la suerte de las más viejas y arraigadas instituciones, cuantos factores entran á formar ese énorme producto de la existencia humana, todo ello se decide en la misteriosa y estrecha relación de una lengua que se agita ante una inteligencia y de una conciencia que absorve tras unos oidos.

No es simplemente un rico panal de mieles que elabora en el fondo de la colmena escolar ese bullicioso enjambre de espíritus infantiles que anida bajo una tez de color de rosa y una madeja de cabellos de oro; es muchas veces una idea tremenda, fecunda, omnipotente, la que llevan sobre sus pintadas alas esas mariposas que se de-

jan en el blando capullo del áula los informes resíduos de sus primitivas larvas para volar por los vergeles de la civilización y del progreso. Y esa idea, nutrida con los jugos de la ciencia, caldeada con el fuego de la libertad é iluminada por el sol de la esperanza, acude luego á animar cátedras y periódicos, rebosa despues por los libros y discursos, circula, se trasmite, sube como las mareas, como el diluvio, siete codos por encima de las paredes más altas, borra límites, deja en lo hondo del abismo las diferencias y los privilegios, tiende sobre las desigualdades la inmensa planicie de la unidad del propósito y la uniformidad del pensamiento; y cuando el trabajo cesa, y las aguas se retiran, y la revolución acaba, la reforma queda hecha y el progreso consumado: sobre el mundo impera la obra del maestro.

Disponer del niño es disponer del hombre: dominar la Escuela es dominar las naciones. Esto lo saben los gobiernos españoles; pero las dificultades del presente les hacen ser ciegos respecto del porvenir; ó tal vez las torpezas de la política están castigadas con la imposibilidad de cuidar del futuro: en este caso, tienen pena de prisión celular; se hallan encerrados en el presente, que es celda microscópica comparado con el porvenir. Mas entre tanto que los poderes de la tierra se dan á herir lo que no saben ó no pueden dominar, en tanto que condenan á temerario y punzante desdén lo que no alcanzan ó no saben manejar con aprecio, la Escuela alienta bajo las trabas, siembra bajo el yugo y cultiva bajo el estigma, atenta á la grandeza de su poder, cuidadosa de la importancia de su misión y segura de la universalidad de su triunfo.

Lo que la política desprecia, la ciencia y la moral lo aprovechan, ya que hay que admitir el lamentable divorcio del arte de gobernar pueblos en consonancia con las propias ambiciones y la virtud de regir la conciencia

individual en conformidad con el deber y la justicia.

Y las Sociedades Protectoras que pasean por el mundo moderno un pensamiento verdaderamente filosófico y moralizador, se hallan prontas á penetrar en el santuario humilde de la educación infantil, para depositar al lado de otros gérmenes preciosos que allí se cultivan, los de su idea propia y su fin particular, dejando encomendados á la ilustración y rectitud del maestro, el desarrollo de esas semillas de sabiduría y de religiosidad privadas y de cultura y de honradez públicas.

La Sociedad Protectora de Cádiz sabe lo que vale una Escuela; conoce y siente el estrecho parentesco y la dulce afinidad que hay entre la obra del maestro y la reforma moral que ella se propone; declara que en la regeneración de las costumbres, facilita y asegura el camino lo hecho en el corazón de los niños; y tiene además la dolorosa experiencia de cuanto cuesta y cuan difícil ès desarraigar errores de espíritus ya viriles, que tal vez defienden tercamente preocupaciones científicas y aberraciones de una fálsa ilustración. La Sociedad cree mejor, y con razón, dirigirse á la conciencia del niño, desnuda de toda noción; pero blanda, por lo mismo, á las primeras impresiones, aunque esto sea empezar por la base, trabajo largo, que reclama constancia en su ejercicio y paciencia para esperar sus resultados, que no perseverar en esa eterna y penosa lucha contra hábitos inveterados, capciosos sofismas, empedernidos prejuicios, pretenciosos filosofismos y resistentes ignorancias, que la cercan por todas partes, la abruman y fatigan cuando no la indignan é irritan, y le hacen pagar muy caro el palmo de terreno que hoy ó mañana conquista con las fuerzas de su verdad, de su abnegación y de su fé!

Ah! lo débil es, en efecto, el gran recurso de la Providencia; el niño es, pues, el conquistador del porvenir;

signo de la esperanza, arca de nuestras ilusiones, instrumento de nuestros deseos y punto de partida de nuestros proyectos, merece nuestra atención, excita nuestro interés y promueve nuestra solicitud y nuestro estudio. La colaboración del maestro nos ha de ser, por tanto, de sumo provecho y de eficacísimos resultados; y como el progenitor de las conciencias no puede negar la entrada en sus dominios á quien quiera que lleve ante sus puertas un pensamiento magnífico y una intención nobilísima, es innegable que, aceptada por él esta obra y clavada luego por sus hábiles manos en el corazón de sus pequeños súbditos, habrá de quedar triunfante sobre la sociedad española en un dia no lejano.

Y Cádiz lo habrá hecho: y lo habrá hecho sola, sin auxilíos del Poder ni órden de sus gobiernos; porque no siempre son grandes los pueblos cuando obedecen, sino cuando imponen: y quedará probado que si la inteligencia reside en las altas cavidades del cuerpo social, el sentimiento arde más bajo; y que muchas veces es más grande la obra del corazón, que los cálculos de la cabeza. Sublimes intuiciones del sentimiento que prestan calor á la mente; generosos impulsos que suben al entendimiento acompañados de un brillante séquito de virtudes, para dar materia á la reflexión y fundamento á las determinaciones; nobles y enérgicas imposiciones de un pueblo honrado y sabio que alza su grito para pedir prosperidad y cultura, y para anunciar que, aunque se le nieguen, él va á procurárselas; y aunque se le desdeñe, él acertará á ser grande; porque si son débiles sus medios, la Providencia se vale de lo pequeño, para realizar sus más altos fines.

Débiles somos ciertamente; mas ya lo veis, hoy realizamos una obra magnífica é interesante: y tales serán los efectos de la verdad y los prodigios de la virtud, que al

fin habreis de bendecir nuestro trabajo y de enorgullecer-ros de que os pertenezca, como os pertenece, la Sociedad Protectora que acaba de llevar á efecto entre vosotros este brillante Concurso.

He dicho.

III

RESEÑA HISTÓRICA

ACERCA DEL PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DEL PROTECCIONISMO

EN ESPAÑA. (1)

Hacer la historia de una idea nueva place siempre al espíritu, por más que la pluma haya de temblar algunas veces describiendo los obstáculos con que tropieza al descender á la vida, las luchas á que desde luego viene condenada y las violencias y desmembraciones que ha de sufrir al sentirse necesitada á esos amoldamientos y recortes que la encajan entre los hombres y la abren un puesto entre las instituciones y las conciencias, al lado de los elementos que se reparten yá la existencia y de las agrupaciones que están en posesión de cuanto constituye la civilización del momento.

Una idea que baja de los cielos del progreso, como un alma que viene de las fuentes de la vida, trae una misión augusta que cumplir; una redención parcial que realizar dentro de esa regeneración total de la humanidad, cuyo destino se halla en la plenitud de su esencia genérica y en la consecución de toda verdad, de toda virtud y de toda belleza. Contar las pulsaciones de esa idea desde el instante

---

(1) Premiada por la Sociedad Protectora de Barcelona con el título de Socio Honorario de la misma.

en que encarna; verla brotar, ya formulada, de los labios, despues de haberla conformado en su cráneo un bienhechor sapiente, y seguirla paso á paso entre los hombres y los pueblos, siempre bajo la condena del dolor; pero siempre serena; siempre herida, lastimada, negada, combatida, pero siempre triunfante, tarea es que halaga y enorgullece, y á la que fácilmente se siente el espíritu inclinado por los misteriosos encantos de todo lo que es noble y provechoso y por esos otros deleites impuros de la venganza, que alientan al hombre á enarbolar ante las gentes la misma bandera que ellas se empeñan en desconocer y amancillar.

Y si la idea es á un tiempo bella, serena y provechosa, si conmueve al par que ilustra y enaltece á la vez que conviene, la historia de su desarrollo, aunque brevemente apuntada, ha de interesar al alma tanto como ha de convencer al juicio y ha de dignificar la conciencia á la par que ha de ser útil á los hombres.

Tal es lo que acontece con la idea Protectora de los séres inferiores, cuyo desenvolvimiento en nuestra patria voy á intentar describir para responder al llamamiento que, desde las márgenes extremas del Norte de nuestro Mediterraneo, dirige la Sociedad Protectora de los animales y las plantas de Barcelona á cuantos aman el progreso patrio y cuentan entre los elementos actuales más preciosos la defensa y racional tratamiento de los séres que respiran y se mueven en torno nuestro sobre la haz de la tierra.

Guía mi pluma un escondido deber que no puedo revelar: (1) ¡ojalá le acompañasen para alumbrar su huella el ingenio y la ilustración! Pero no porque se niegue en

---

(1) Alúdese al cargo de Secretario General de la Protectora gaditana, fundada por el ilustre patricio D. Ambrosio Grimaldi en 1872.

justicia el premio á mi trabajo, el deber mio habrá quedado ménos cumplido; que cíñese no más á relatar lo que sé, sin que me imponga en modo alguno la necesidad de triunfar. Alentado, pues, con esta justa reflexión, doy principio al interesante historiado del Proteccionismo español de animales y plantas.

I

Una simple ojeada en torno nuestro nos demostrará la oportunidad de esta idea al aparecer un dia, como perla lanzada por los mares, sobre la roca en que se asienta la fenicia Cádiz.

Figuraos un país en que cielo y tierra compiten para colmarle de dones; un suelo fértil por encima, rico por debajo; tesoro recubierto de flores y frutos; surcado por millares de corrientes que ya ruedan de sus montañas para ir murmurando hasta el mar, ya brotan del fondo para formar fuentes de salud y arroyos festoneados de ostentosa y perfumada vegetación; alfombra tejida con hilos de plata como el manto de una Vírgen. Sobre nuestras cabezas un cielo lleno de luz, un espacio diáfano y transparente, poblado de armonías dulcísimas; un clima variado, sin ser extremado jamás, un ambiente siempre tibio como el beso celestial de una madre; á nuestras plantas unos bosques siempre espesos, habitados por aves canoras y sabrosas: unos montes, nunca pisados por las fieras y exornados con hermosos y variados árboles que ofrecen abundante madera para construcciones; unos campos habitados por animales utilísimos y excelentes, razas especiales que compiten con las mejores del mundo, como el caballo andaluz, el toro del jarama, el carnero riojano y el cerdo extremeño, los cuales ofrecen sus cuerpos á mil industrias y sus fuerzas á mil empleos; unos hombres, en fin, dotados de valor, de constancia, de inge-

nio, de destreza, de hidalguía y hasta de religiosidad y virtud, y todo esto perdido, abandonado, desconocido, merced á desastres de la vida, á las atrofias crueles de la historia, á torceduras de la aberración, á sombras condensadas por la pereza, á impotencias y trabas creadas por la política, á tiranías y arbitrariedades sustentadas en la legislación, á errores y hábitos promovidos y fortificados por esos egoismos absorventes y aisladores que se despiertan en los espíritus cuando todo propende á destruir la solidaridad, á relajar los vínculos de una mancomunidad racional y necesaria, á impedir las asociaciones más fecundas y á desunir y enemistar como medio de vencer y de conservarse, aunque á costa de esos equilibrios que tiene que guardar el que ha de caminar ó sostenerse sobre un suelo compuesto de fragmentos.

Reducida la Agricultura á la debilidad por una parte y á la rudeza por otra de los tiempos antiguos; condenadas al raquitismo las Industrias y á la parálisis el Comercio; estenuadas las Artes, ya imposibilitadas de mantenerse á la altura del siglo XVI, en que eran esplendor de la Europa como nuestra corona terror del mundo; atemorizadas las Ciencias bajo el molde estrecho que le fraguaron hoguera y excomuniones; hambriento del saber el espíritu que husmeaba desde las cumbres del Pirineo y entre las brisas de los mares los alientos agenos, y llenas las conciencias de sombras que amontonó la ignorancia, de odios que engendraba el miedo y de pavores ó amenazas que producían los bandos enconados de una política personal y menuda, España se revolvía en guerras ó se arrastraba en la paz con cadenas en los piés, esposas en las manos, hiel en el corazón y el vacío ó la tempestad en la cabeza.

Las ideas políticas, mal digiridas y poco aprovechadas, eran sus resortes; la libertad era un ideal más figurado que entendido; la igualdad era su codicia, peor conforma-

da en el cerébro que sentida en el corazón, y la fraternidad una utopia dejada como cosa inútil en poder de los soñadores extranjeros. El dogma político, mal avenido con el dogma religioso, quedaba para los impíos; y los impíos hacían con él una bandera que asustaba, no sin razón, á los tradicionalistas oscuros, y aprovechaba no poco á los revolucionarios especuladores. Faltábale á aquel dogma el fundamento científico en que hubiera podido apoyarse á falta del religioso; mas como la ciencia no se producía en la Península, y en las fronteras tenía el egoismo aduanas contra el saber extranjero, el estudio llegó á ser un privilegio, la ilustración un motivo de desconfianza y el libro un objeto de contrabando; estado que, si bien lo debilitaron los gobiernos liberales, aun subsiste para las masas, completamente incultas entre nosotros, ó lo que es peor, horriblemente extraviadas dentro del laberinto de sus ideas inconexas y de sus creencias contradictorias.

En tal estado el espíritu general español, presentóse un dia sobre la extremidad meridional de la Península, la *idea protectora*.

Traía estampados esta idea tales caractéres, se presentaba con una naturaleza tan compleja, ofrecía aspectos tan variados, que lo mismo pudo ocurrir al científico que al artista, al moralista que al industrial, al economista que al sacerdote, al labrador que al filósofo; y lo mismo había de ser aceptada por el sabio, que por el ignorante, por el rico que por el pobre, por la mujer que por el hombre. Poética, liberal, higiénica, económica, jurídica, científica, fecundísima y práctica, podía ser aprovechada por todos los que amasen el progreso, bien este se expresara en moralidad para la conducta, en templanza para las costumbres, en reforma para las instituciones y en acrecentamientos para la riqueza fabril é industrial, bien se limitase á regularizar nuestras relaciones con la Natura-

leza, á dar un mejor concepto de la vida en general, á amontonar virtudes en la conciencia, á purificar y enternecer los corazones, á corregir los cálculos utilitarios, á despertar el amor al trabajo y á aproximar en fin la vida humana á la norma del deber, sin lo cual no hay honradez, y á la ley del progreso, sin la cual no hay civilización ni historia.

España iba á disfrutar de las ventajas que esta idea había aportado á los paises extranjeros, donde ya se hallaba establecida y hasta defendida y apoyada por la respetabilidad de grandes figuras sociales y por la fuerza de los poderes públicos y de las leyes de los Estados.

En esto, como en todo, tocaba á España copiar; pero España siempre que copia embellece y mejora: la idea proteccionista, al atravesar los límites geográficos, se ensanchó, se poetizó y se hizo más transcendental anunciándose, no ya restrinjida á las especies animales, sino extendida á las plantas, con lo cual abarcó el campo general de la vida en todo sér organizado y se hizo patrimonio del agricultor, del botánico, del farmacéutico, y de una multitud de industriales que buscan en el reino vegetal los fundamentos de sus trabajos y especulaciones.

Así se explica la aceptación con que la idea fué recibida, á favor además de esa ánsia de novedad, de esa sed de mejora, de ese amor al progreso y de ese espíritu benéfico, noble y emprendedor que aun existe en nuestro pueblo y que no han podido sofocar tantos siglos de oscuridad, tantos desastres políticos y tanta desventura social, especialmente durante la última centuria.

Vengamos ahora á los hechos, que, dada tal explicación, fácilmente serán entendidos.

II

He dicho que España pudo copiar la idea protectora

de alguna de las naciones extranjeras y he de volver sobre esta frase para exclarecerla. Cuando la idea surge en Cádiz, el cerébro que la concibe ignoraba la existencia de tales sociedades en el mundo: la espontánea generación de aquella debe, por tanto, explicarse, ya por inspiración particular del ilustre anciano que la crea y la enuncia, ya por invención ó hallazgo del entendimiento que tropieza con ella en el curso de sus disquisiciones científicas, quizá como premio de sus tareas, quizá para que una vez más se justifique la sentencia práctica de que *de la discusión brota la luz*.

Hé aquí como sucedió.

Reuníanse varios amigos para conversar agradablemente sobre puntos tomados de la Historia natural, por la iniciativa del ilustre literato gaditano don Ambrosio Grimaldi. Concretáronse bien pronto las cuestiones dentro de los límites de la Zoología y la Botánica; y la consideración del tratamiento que estos séres sufrían entre nosotros, él pesar que había de producir el estado lamentable de nuestra agricultura y nuestras industrias y el entusiasmo que hubo de despertar la enumeración de los beneficios de varios géneros que reportaría la defensa del mundo organizado y la racionalidad y acierto en sus usos y aplicaciones, hizo naturalmente surgir el pensamiento de fundar una asociación que tuviera por objeto el protectorado de aquellos séres vivos, sensibles y utilísimos.

Unos por convencimiento, otros por filantropía, quienes por razón científica, quienes por concepto industrial, aquellos por sed de progreso, estos por consideraciones morales, la idea fué aceptada unánime y entusiastamente y puesta al momento en práctica.

Era semilla que tambien caía en buena tierra y debía arraigarse y germinar como por encanto. Apenas brotó de la mente de don Ambrosio y salió de sus labios á los

aires de la vida, aspiráronla aquellos espíritus generosos, nutriéronla en sus conciencias y la devolvieron al exterior bajo la robusta forma de una Sociedad.

La prensa periódica recibió en sus columnas algunos escritos que tenían por objeto abrir las vías de la publicidad y preparar el espíritu público para recibir la innovación y como Cádiz, siempre ansioso de novedades, pronto al planteamiento, impresionable y rápido en el hacer, aceptase la reforma, quince dias más tarde el grupo de los iniciadores se había ensanchado hasta el número de 25 personas, entre las cuales se contaban algunas señoras.

Un álbum recibía las firmas de cuantos hallaban laudable el pensamiento y útil la empresa; y cuando en 18 de Mayo de 1872, la asociación contaba 75 miembros y se daba á conocer oficialmente, pensóse con el valor de la esperanza y el placer del primer triunfo, no ya en constituir una Sociedad local más ó ménos numerosa, sino en extender su esfera por las demás provincias, y aun en dilatar la acción fuera de la Península.

Entonces fué cuando á don Ambrosio Grimaldi se le ocurrió que algo de esto podía existir en otras partes; que, aunque así no fuera, sería bueno relacionarse con los paises extranjeros y que no dejarían de venir del exterior rayos de luz que inundasen la naciente Sociedad y guiasen sus primeros pasos. Aquel espíritu activo y certero dirigióse á los veinte cónsules acreditados en esta plaza pidiéndoles que le relacionasen con aquellos centros establecidos en sus respectivas naciones y que guardasen más analogía con su proyecto. Tal solicitud fué benevolamente acogida, y París, Lóndres, Ginebra, Bruselas, Amsterdam, Viena, Turin, Palermo, Nueva-York, Chicago, Santa Fé en la república Argentina y otros muchos Estados, contestaron con gran solicitud y presteza, enviando las instrucciones que se les pedían en el interrogatorio que acompañaba á las circulares.

Don Ambrosio halló poblado el mundo de Sociedades Protectoras, y su júbilo fué inmenso. Entonces empezó la copia: con talento sumo y modestia exquisita, tomó cuanto de bueno y amoldable á España halló por la tierra: completó su pensamiento con el protectorado de las plantas á fin de expresar totalmente la idea tal como la había concebido, y cuando el 18 de Junio del mismo año, en uno de los salones del extinguido Tribunal de Comercio se reunió la Sociedad para inaugurar sus sesiones, despues de nombrar á Grimaldi Presidente y de designar una Junta provincial Directiva encargada de la propaganda y una comisión reglamentaria, ya pudo esta escribir en sus Estatutos los siguientes conceptos que marcan la naturaleza y amplitud del pensamiento proteccionista en el momento de su orígen.

1. Extensión del protectorado á los animales y vegetales.

2. Educación de los animales, cultivo de plantas, aclimatación y mejoramiento de las especies de uno y otro reino.

3. Concurrencia de la mujer.

4. Introducción en las escuelas de las ideas protectoras.

5. Propagación activa y enérgica.

6. Solicitud y sostenimiento de las relaciones internacionales.

7. Reclamación en su dia de leyes protectoras.

8. Prohibición absoluta de asistir á las corridas de toros, riñas de gallos, etc.

9. Establecimiento de un jardin zoológico.

10. Derecho de asistir á las reuniones públicas y privadas, concedido á los Sres. Directores de los periódicos locales, con voz y voto.

La Sociedad no ha perdido de vista una sola de estas

bases, no sólo por respeto y cariño al venerable fundador de la Sociedad, sino tambien porque habría creido ser infiel al pensamiento reduciéndole y recortándole.

La ancianidad y los padecimientos del Sr. Grimaldi le hacían sin duda acelerar su obra, como si, presintiendo la muerte y decidido á legar á su ciudad natal los abundantes y benéficos frutos de su idea, se esforzase con paternal cariño en multiplicar sus raices, en robustecer su tronco y en acrecentar sus ramas, para asegurarse de que no las arrastraría consigo á la tumba.

No obstante, el pensamiento proteccionista, por débil quizá ó por condolido, estremecióse y languideció cuando, al poco tiempo, su mantenedor pasó á mejor vida en 18 de Abril de 1873. Mas como si sólo quisiera llorar su horfandad y al fin comprendiese que debía contribuir á la gloria de su fundador, algunos meses despues abandonó el asilo en que había estado oculto y, buscando un lecho de flores como para adornar el altar de su renacimiento, dejóse sentir desde el fondo de un saloncito escondido en un ángulo del Jardin Botánico de Cádiz.

Vecino á la Facultad de Medicina, como quien busca el patrocinio de la ciencia, perfumado con la proximidad de las flores, como queriendo presentarse seductor y apoyado sólo en seis conciencias que se reunieron al primer grito, el proyecto del Sr. Grimaldi volvió á la vida apercibido para la lucha y decidido al triunfo.

D. Juan Copieters, D. José de Rivas, D. Francisco Ghersi, D. Eduardo Galvez, D. Enrique Moresco y D. Romualdo Alvarez Espino, fueron los legatarios de aquella preciosa herencia; y provistos de ella instálaronse el 14 de Mayo de 1874, en la calle de la Torre núm. 5, donde se celebraron las primeras reuniones oficiales, se reorganizó la Junta Directiva, se reabrió el Registro y se fundó el *Boletin*, primer periódico proteccionista de España que

acaba de premiar la Protectora Barcelonesa, concediendo á su Director, el ya citado Sr. Alvarez Espino, el título de *Sócio Honorario*.

La Sociedad Protectora gaditana anidaba en un pequeño local; pero este se hallaba situado en el centro de la población, como si buscase aquella el corazón del pueblo que debía conmover y se situase estratégicamente para empezar la batalla, disponiendo el plomo para su *Boletin* y aguzando los cañones de sus plumas con que había de disparar contra las obcecaciones y los viejos hábitos encastillados en las conciencias del vulgo.

Aquel mismo dia, envió sus Estatutos la Directiva al Gobierno civil, que el 23 tambien de Mayo los devolvió aprobados; de modo que desde el primer instante tuvo carácter oficial y quedó legalizada la situación de la nueva Sociedad.

Cinco años tuvo de vida el *Boletin*, y cinco libros ha producido, que guardan la historia del desenvolvimiento de esta Institución bienhechora, sus contratiempos, sus esperanzas, sus vicisitudes de todo género siempre interesantes, no ya por cuanto respecta á la idea misma proteccionista, sino por cuanto significa para el proceso de toda innovación en nuestra patria y por cuanto manifiesta la elaboración difícil que sufre un pensamiento hasta conquistarse un puesto entre los elementos vivos de nuestra actual civilización.

El primer libro, que se abre en Julio de 1874 y se cierra en Junio del año siguiente, á más de una multitud de trabajos científicos destinados á la propaganda, dá noticias del nombramiento de *Sócio de Honor* otorgado al Excmo. Sr. D. Manuel Somoza, á la sazón Gobernador civil de esta provincia, y de varias obras humanitarias practicadas en Cádiz y premiadas bajo diferentes formas por la Sociedad. En él empiezan los ataques contra los

espectáculos taurinos y el tiro de palomas, se inicia el expediente de *Adición á las Ordenanzas municipales* y se publica el programa para el concurso contra las *corridas de toros*, que promovió, desde el fondo de una pequeña ciudad de la Alsácia (Mulhouse) la señora viuda de Daniel Dollfus, *Sócia Honoraria* de la Protectora gaditana. El tomo concluye con un precioso Almanaque, regalo hecho á aquella Sociedad por la Protectora de Lóndres, primera Asociación proteccionista fundada en Europa.

El segundo libro, que asimismo comprende desde Julio del 75 á fines de Julio del 76, dá cuenta del crecimiento del Registro de sócios y de la fundación de una pequeña biblioteca proteccionista con las obras que están obligados á regalar los sócios corresponsales y algunas obras donadas por los residentes. Empiezan tambien las exposiciones á los Alcaldes para evitar la muerte dada á los perros en la vía pública, iniciándolas en el Puerto de Santa María y con buen éxito, el Sr. D. Eduardo Thuiller. Se censura la asistencia de las señoras á las corridas de toros; se entra de lleno en la polémica, reproduciendo y contestando todo artículo que formal ó satíricamente impugna el proteccionismo; se premian algunos actos loables de protectorado llevados á cabo en favor de los animales por los niños y se dá principio á unos curiosos *Apuntes para la historia del toreo en España*.

El 26 de Diciembre de 1875 y en el salón de sesiones del Excmo. Ayuntamiento, ante una concurrencia tan escogida como numerosa, en la que brillaban no pocas damas, bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas que había estado al frente del Jurado calificador, y ante la Junta Directiva y sócios residentes de la Sociedad Protectora, se adjudicaron los premios alcanzados en el citado concurso promovido por la señora viuda de Daniel Dollfus.

Unas breves palabras del Sr. Presidente abrieron la sesión, y después de leido el oficio en que el Jurado dió cuenta de su fallo por el Secretario del Interior Sr. Rivas y de pronunciado un brillante discurso por el del Jurado Sr. Franco de Terán, el Presidente de la Sociedad D. Juan Copieters leyó un escrito en elogio de la ilustre dama que había promovido el concurso y se procedió á la proclamación de los autores premiados, resultando agraciado con los 500 francos concedidos por la señora viuda de Daniel Dollfus el Sr. D. Manuel Navarro y Murillo, natural de Soria, y hoy Secretario general de una nueva Sociedad Protectora; con el primer *accesit*, consistente en un *Diploma de honor* y la publicación de la Memoria, el señor D. Fernando de Antón; y con el segundo *accesit*, igualmente galardonado, el Sr. D. Antonio Guerola. Despues de un discurso del Secretario general de la Sociedad, (1) en defensa de esta y explicación de su objeto, se levantó la sesión.

El acta y los trabajos premiados se han impreso y repartido profusamente por toda España.

Finalmente, el 13 de Febrero de 1876 y en sesión general de sócios, fué aprobada la reforma y reimpresión de los Estatutos y Reglamento general de la Asociación, á los que se agregaron, para completar el cuerpo total de leyes que hoy tiene la Sociedad, los Reglamentos particulares de las Sociedades infantiles, de la Sección de señoras, del Archivo y Biblioteca, del *Boletin* y del Jardin zoológico, aprobados asimismo en junta general del 25 de Junio del citado año.

El tomo tercero señala el triunfo conseguido en las regiones oficiales con la Adición proteccionista á las Ordenanzas municipales, que se publicaron en Cádiz el 14

(1) Véase la página 99 de este libro.

de Noviembre de 1876, y que fueron reproducidas fielmente en Sanlúcar de Barrameda,é imitadas en un bando de policía y buen gobierno de la ciudad de Bilbao, que constituye otra adición á sus Ordenanzas respectivas de fecha 5 de Abril de 1877.

La legislación proteccionista que existe hoy en España, suelta y esparcida, como acontece con el cuerpo general de nuestras leyes, se reduce en la actualidad á lo siguiente:

Disposiciones generales:

1.° Reglamento de inspección de carnes, aprobado por Real órden del 21 de Enero de 1859; Artículo 28.

2.° Ley de caza del 10 de Enero 1869; Artículo 19 á 25, 33 y 34, 36, 44, 48 y 49, 51 y 52.

3.° Reglamento de coches de Madrid, que contiene algunas prescripciones relativas al trato de los caballos.

Disposiciones particulares:

1.° Circular del Sr. Gobernador de Cádiz á los Alcaldes de la provincia, de 23 de Mayo de 1875.

2.° Prevenciones de la misma autoridad á los empresarios de toros, tambien de Mayo del mismo año.

3.° Ordenanzas municipales de la ciudad de Cádiz, de 1845; Artículos 13, 15, 96 y 132.

4.° Adición aprobada á propuesta de la Sociedad Protectora gaditana del 14 de Noviembre de 1876.

5.° Ordenanzas municipales de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda. Adición fielmente copiada de la anterior.

6.° Bando de la ciudad de Bilbao. Adición de 5 de Abril de 1877.

7.° Edicto del Sr. Alcalde de Jerez de 28 de Mayo de 1875.

Respecto á las plantas:

Disposiciones generales. Código penal de 1870. Artículos 576 y 585.

Disposiciones particulares:

Ordenanzas municipales de la ciudad de Cádiz; Artículo 236.

Varias disposiciones dictadas para evitar la destrucción del arbolado en diferentes comarcas.

En 1.º de Octubre de 1876 abre la Sociedad un nuevo concurso para premiar un libro de lectura con destino á las escuelas de primera enseñanza, merced á la generosidad y desprendimiento de D. José María de Uceda, sócio residente y á la sazón Vicepresidente de la Excma. Diputación Provincial; y en 1.º de Diciembre eleva una Exposición á las Córtes del reino en demanda de una ley contra esos espectáculos crueles que manchan nuestras costumbres y lastiman nuestras magníficas tradiciones, los cuales llevan, no obstante, el nombre de *Fiestas nacionales*.

Cerrado el plazo para el certámen el 1.º de Abril, el dia 2 nombró la Junta Directiva el Jurado calificador, presidido, como la vez primera, por el Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas, siempre asociado, mientras vivió, á toda empresa noble y de notorio provecho para su ciudad natal, á cuyo Jurado hizo entrega de 11 manuscritos que vinieron á probar cómo el espíritu proteccionista se había extendido y bullía en el fondo de las conciencias esperando ocasiones de mostrarse con las bellas formas de la ilustración y el ingenio.

El libro cuarto del *Boletin*, que dá principio en Julio de 1877, reseña la sesión solemne celebrada el 5 de Agosto, tambien en la sala de sesiones del Excmo. Ayuntamiento, ante un público numerosísimo en que abundaban, como la vez primera, las damas de la culta sociedad gaditana, con el fin de adjudicar el premio del Sr. Uceda.

Presidía el acto el Excmo. Sr. Gobernador civil D. Mariano Castillo, y acompañaban al Jurado y á la Sociedad Protectora las autoridades militares y civiles, las provin-

ciales y locales, y una porción de personas distinguidas é importantes. La sesión se verificaba en las horas que precedían á una corrida de toros. Una banda de música amenizaba aquella fiesta, que tuvo un carácter literario sin dejar de ser proteccionista. Despues del historiado del concurso que hizo el Secretario Sr. Rivas, se proclamó al autor del libro titulado *Los sêres inferiores*, á quien el Jurado había concedido el premio, y que resultó ser el catedrático del Instituto Provincial de Cádiz D. Alfonso Moreno Espinosa; leyó luego el Sr. Copieters como Presidente un breve discurso de acción de gracias, con lo cual parecía quedar terminada la parte oficial del acto; mas luego siguió otro discurso del Secretario General sobre la importancia y significación de las escuelas de primera enseñanza, una poesía titulada *El alma del niño*, del Sr. D. Servando de Dios y Rodriguez, sócio proteccionista; otra del Sr. Alvarez Espino, titulada *Dios y el hombre* y otra denominada *Un nuevo foco de luz*, del Sr. Moreno Espinosa, que se presentó á última hora en el salón conducido por sus amigos y que fué saludado con una salva de aplausos.

Cerró el acto con una brillante improvisación el señor Gobernador, felicitando á cuantos tuvieron alguna participación en aquella fiesta, cuya importancia y transcendencia hizo notar, pronosticando muy bonancibles tiempos para la idea protectora.

El acta de aquella sesión y el libro del Sr. Moreno Espinosa, ambos bien conocidos en España, forman dos preciosos títulos de honor para la Sociedad Protectora de Cádiz. A los números de su *Boletin* han acompañado durante el citado año los pliegos de un discreto al par que chistosísimo escrito, debido á un peregrino y agudo ingenio que modestamente oculta su nombre bajo el pseudónimo de *León Quederriba*, titulado *Memorial en favor de los caballos destinados á las corridas de toros*.

Una tarjeta destinada á que los sócios puedan reclamar los auxilios de los agentes municipales para corregir los abusos que se cometan en la vía pública contra las Ordenanzas, fué acordada y repartida en Enero de 1878: bien pronto los hechos delatados al Juzgado y castigados con multas, vinieron á probar que las tarjetas eran aprovechadas.

Por otra parte, el 20 del mismo mes se tuvo noticia oficial de que el reglamento de las Sociedades Infantiles se había aplicado en Sevilla, donde el Sr. Bonmatí y Caparros, dándole ingreso en su escuela, acababa de fundar entre los niños una pequeña Protectora, mientras que el Sr. Ramirez Brunet en Cádiz, organizaba otra con el mismo entusiasmo por parte de sus educandos. Eran las únicas voces que habían respondido hasta entonces á las insinuaciones que la Directiva había hecho por medio de circulares á todos los maestros de la Península; pero la Protectora se contentaba con estos pequeños triunfos en que tiene más fé que en los éxitos repentinos y abultados; porque entiende que el progreso camina entre los hombres con lentitud, y que ofrecen más garantía y mayor confianza los adelantos serenos y parsimoniosos, que cuantos brotan como chispas al choque de una impresión violenta y deslumbradora.

La intervención de la Junta Directiva Gaditana en la fundación de la *Sociedad general Protectora de la Agricultura española*, intentada en Madrid por la Excma. Sra. Duquesa de Medinaceli el 24 de Mayo, su representación por medio de la bella é interesante figura de la señora viuda de Daniel Dollfus en la sesión solemne del reparto de premios celebrada por la Protectora Parisiense, y la presentación de sus trabajos en el pabellón que esta misma Sociedad levantó en la Exposición Universal de París del mes de Mayo, cierran los trabajos de este interesante

año de la vida de la Sociedad gaditana.

Finalmente; el libro quinto, que avanza hasta Julio de 1879, abre sus páginas con la lista de los sócios, que se reducían en aquella fecha á 10 Honorarios, 96 residentes y 227 corresponsales, extendidos, no ya por España sino por todo el mundo, sin contar los muchos centros científicos y humanitarios con los que la Sociedad está en comunicación. Dá luego cuenta de la representación que tuvo en el Congreso internacional de Sociedades Protectoras celebrado en París del 22 al 30 de Julio, en que se trataron cuestiones importantísimas y transcendentales relativas al porvenir de la idea protectora y se escogió la *Estrella* de cinco puntas, dorada y sobre campo azul, como signo distintivo de la unión fraternal establecida entre los Protectores del mundo. El primer número del citado *Boletin* reseña tambien lo ocurrido en el Senado con la proposición anti-taurina presentada en él por el Sr. D. Alejandro Olivan en 6 de Junio y ligeramente discutida en la sesión del 11, en la cual, tras la impugnación verdaderamente *lamentable* del Sr. Conde de Toreno á la sazón Ministro de Fomento, hubo de retirarla su ilustrado autor con el pesar que dá el convencimiento de su inoportunidad actual y la satisfacción de haber planteado una reforma tan honrosa para el alto cuerpo colegislador y tan útil y significativa para España.

Algun tiempo atrás, en Enero de 1877, el Sr. Marqués de San Cárlos había intentado en las Córtes la abolición de las corridas de toros: entonces la pretensión del ilustrado y patriótico diputado se vió auxiliada y robustecida por una exposición que la Protectora Gaditana elevó á la Cámara popular; sin embargo, el Sr. Marqués sólo pudo anunciar su pensamiento en el Congreso, la exposición anti-taurina se hundió en el abismo de una comisión y sobre ella y sobre el proyecto del diputado cayeron la pol-

vareda de las alarmas primero y las sombras del olvido despues, y el espectáculo tremendo siguió tranquilamente imperando sin que nada conmoviera las aberraciones inconcebibles en que se apoya.

Y despues de reseñar los orígenes y vicisitudes de las Sociedades Protectoras que durante el año de 1878 se han fundado en nuestra Península, el *Boletin* cierra sus páginas para dar lugar á un *Anuario*, que se encarga de continuar la brillante, cuanto honrosa historia, de la Protectora Gaditana.

Sólo algunas páginas lleva publicadas este libro, y ya narra la decorosa instalación que de las Sociedades protectoras Españolas y de sus trabajos hizo su Junta en la Exposición Regional celebrada en Cádiz durante los meses de Agosto y Setiembre de 1879 por la iniciativa de la Sociedad Económica de Amigos del País de esta ciudad, dando seguidamente cuenta del triunfo conseguido sobre la opinión y expresado por la *Medalla de oro* que adjudicó el Jurado á la de Cádiz y por el *Diploma de cooperación* que obtuvieron las demás que fraternalmente la acompañaron en la exhibición y en el triunfo.

Las últimas páginas de dicho *Anuario* que han visto la luz pública, muestran la virilidad y el entusiasmo de que se halla poseida la Sociedad, insertando la instancia dirigida á S. M. el Rey D. Alfonso XII en demanda de que suprimiese las corridas de toros acordadas para celebrar su enlace con S. S. I. la Archiduquesa María Cristina de Austria. Esta instancia, suscrita además por las Protectoras de Barcelona, Sevilla y Soria, va seguida de una multitud de adhesiones de otras Protectoras extranjeras, concedidas por la mediación de la de París, que tuvo el pensamiento de auxiliar á la gaditana tan eficaz y galantemente.

En la actualidad la Protectora, incansable en la pro-

pagación de su pensamiento y en la dispensación de sus beneficios, proyecta una Exposición de flores y un concurso para premiar los mejores inventos introducidos en provecho de los animales, cuyos propósitos habrán de realizarse en el próximo mes de Agosto.

Continuemos en el mismo órden cronológico la historia, si bien más breve, no por eso ménos interesante, del proteccionismo español, tomándole en las Sociedades que se han fundado posteriormente.

III

Pasemos por alto la frustrada fundación de la Sociedad Protectora de Cáceres, que desde Valencia de Alcántara se propuso organizar el generoso, pero alucinado, espíritu de D. Rosendo María de Orüe, la cual llegó sólo á celebrar algunas juntas y desapareció sin haber hecho siquiera notar sú presencia, así como tambien la intentada en Albacete, que cayó antes de nacer, y pasemos á la Protectora madrileña, que ya por aquella misma fecha, 4 de Marzo de 1875, hacía tiempo que pugnaba por constituirse revolviéndose más en la mente de su ilustrado iniciador el Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar, que en el terreno material de los hechos.

La Protectora matritense coloca, sin embargo, la fecha de su nacimiento en el 8 de Diciembre de 1874, dia en que, en efecto, ante algunas personas entendidas y bien dispuestas, se dió lectura por el distinguido publicista ya citado, á un proyecto de reglamento que debía servir de base para constituirla.

Conocedores del espíritu público y cuidadosos con razón sobrada del ridículo que tan cruelmente manejan los ingenios españoles y que tantos pensamientos ha agostado al nacer, quisieron los iniciadores madrileños, como el Sr. Grimaldi hizo en Cádiz, prevenir la opinión con ar-

tículos periodísticos; y al efecto, colocado al frente *El Magisterio Español*, acreditada y séria publicación que hace catorce años que dirige con gran celo el Sr. Ruiz de Salazar, empezóse una campaña que sirvió seguramente para allanar el camino, prevenir los ánimos y aminorar los furores de la oposición.

No obstante, la Sociedad Protectora Madrileña así bosquejada, quedó adormecida y como en suspenso; ya bajo el peso de los bulliciosos acontecimientos con que suele abrumarnos nuestra turbulenta política, ya preocupados los espíritus por otros asuntos más palpitantes y otras empresas de más perentoria realización.

Mas al fin, cuatro años más tarde y en 5 de Mayo de 1878, aprovechando algunos instantes de calma, ejemplarizada tal vez con lo acontecido en Cádiz, enardecida quizá por los mismos ataques que solían dirigir á la vaguedad de su sombra los implacables enemigos de todo lo nuevo y de todo lo ignorado, salió de su letargo, sacudió su entumecimiento y se preparó á reorganizarse y á abrirse paso á través de los obstáculos y las enemistades, hasta llegar á los fundamentos de la vida social y á las condiciones de todo cuerpo bien constituido.

Ante trece personas no más, si bien escogidas, presentóse por segunda vez el Sr. Ruiz de Salazar con su pensamiento proteccionista en la mente y su poder organizador en los labios; pero esta vez no iba solo; le acompañaba el ilustrado y generoso director de la Granja modelo de Aranjuez, D. Luis Alvarez Alvistur, sócio corresponsal de la Protectora Gaditana.

Aquella pequeña asamblea nombró una Junta Directiva interina que se encargase de los trabajos de reorganización y de la redacción de unos Estatutos y reglamento sobre las bases presentadas por el Sr. Ruiz de Salazar, que fueron aprobadas unánimente en la reunión del dia 5.

Las bases eran sólo cuatro, en la 1.ª se marcaba el objéto de la Sociedad, que se decía ser la defensa de los animales y el cultivo de las plantas: la 2.ª se ocupaba de los sócios y de su división en *numerarios* y *honorarios*: la 3.ª designaba la extructura interior de la Sociedad, y la última se refería al Reglamento. Tres disposiciones transitorias, allí mismo cumplidas, seguían á las bases.

La Directiva interina quedó constituida en esta forma: D. Emilio Ruiz de Salazar, Presidente; D. Cárlos Frontaura y D. Joaquin Fernandez de Haro, Vicepresidentes; Excmo Sr. D. Balbino Cortés y Morales y Sres. D. Rafael de Poó, D. Fernando Gomez de Salazar y D. Ramon Romualdo Agudo, Vocales; Ilmo. Sr. D. Luis Alvarez Alvistur y D. José María Provanza, Secretarios; y Tesorero, D. Pedro Lopez y Vargas.

Dióse tal prisa y desplegó tanta actividad esta Junta, que cuando el 14 de Junio celebró su primera sesión solemne la Sociedad en el salon de Columnas del Excmo. Ayuntamiento, ya pudo discutir y aprobar los Estatutos y Reglamentos, los cuales aparecen impresos y autorizados por el Sr. Alvarez Alvistur en 15 de Noviembre del mismo año de 1878.

Hasta el 22 de Diciembre de este año no se procedió en otra sesión solemne, verificada en el mismo local, á elegir la Junta Directiva definitiva, á cuyo frente figura el Excmo. Sr. Marqués de Bedmar: el Excmo. Sr. D. Cayo Quiñones Marqués de San Cárlos y D. Emilio Ruiz de Salazar, Vicepresidentes; el Excmo. Sr. D. Antonio Lopez de Letona, Excmo. Sr. D. Agustin Pascual, Excmo. Sr. don Manuel Becerra, D. Antonio Rafael de Poó y Real, D. Fernando Gomez de Salazar, y D. José María Provanza, consiliarios; D. Manuel Tello, Contador; D. Pedro Lopez y Vargas, Depositario; D. Francisco Valduví y Vidal, Secretario general; D. Clemente Fernandez Elías, Secretario adjunto,

D. Eduardo Martin Peñas, Secretario del Exterior; y en fin, D. Cárlos Frontaura, D. Joaquin Fernandez de Haro, don Balbino Cortés y Morales, D. Luis Alvarez Alvistur y don Ramón Romualdo Agudo, Vocales adjuntos. Tras esta importante Directiva se agrupaban 71 sócios Honorarios; 172 sócios fundadores; 122 numerarios y 23 sócios corresponsales.

Posteriormente, la Protectora madrileña ha llegado á reunir más de 400 sócios.

Desde entonces esta vigorosa institución empezó á celebrar interesantísimas sesiones, en que ha debido tener fija la mirada el Proteccionismo español puesto que, dotada de tan preciosos elementos, mostrando tanta actividad y colocada cerca de las fuentes del poder central, gran resorte á que todo obedece en nuestra patria, había que esperar de allí cuanto de más valor y con mayor estabilidad se hiciese en materia de protección.

El 2 de Marzo la Sociedad constituía la Junta de Señoras, nombraba comisiones para que estudiasen un proyecto de Reforma de las Ordenanzas municipales, proponía la celebración de concursos que dieran de sí obras originales ó traducidas útiles para la propaganda; se ocupaba de lo concerniente á la creación de centros infantiles afiliados á la Sociedad madrileña, y disponía lo necesario para la celebración de conferencias públicas en que habian de exponerse y exclarecerse los fines del Instituto. En aquella sesión manifestó el Excmo. Ayuntamiento que aceptaba el honor que se pretendía hacer á los Sres. Concejales nombrándolos *sócios honorarios*, (no obstante lo cual cultivan y organizan corridas de toros), y aumentando así el catálogo de esta clase de sócios, en que figuraban 21 Sres. Directores de periódicos adheridos al pensamiento.

El 16 de Abril circularon profusamente por España los programas con la convocatoria para una Exposición de

Flores y Aves que había de celebrar Madrid del 20 al 26 de Mayo, y que fué en efecto una prueba elocuentísima de su vitalidad y de su entusiasmo. Este suceso atrajo á los Jardines del Buen Retiro durante los citados dias una concurrencia numerosísima, que no desapareció sin dejar un buen contingente de nombres importantes de personas de uno y otro sexo en los registros de la Sociedad; y el acto de la adjudicación de los premios obtenidos en la Exposición, fué una fiesta brillantísima, á la que dieron los poetas un carácter artístico y entusiasta é imprimieron las aristocráticas damas de la córte un sello de elegancia y animación extraordinario. La prensa madrileña lo describió con fruición, las actas de la Sociedad lo consignaron con esmero y España lo aplaudió con énfasis y lo recordará siempre con alegría.

El 30 de Octubre, en cumplimiento del artículo 7.° de sus Estatutos, y del 10, 38 y 39 de su Reglamento, la Sociedad madrileña Protectora de los animales y las plantas dió á luz el primer número de su *Boletin oficial*. Periódico de elegante forma, de excelentes condiciones tipográficas y encomendado á plumas distinguidas, hábiles y laboriosas, debió alcanzar la más lisonjera aceptación; tenia e propósito de hacer transparentes los actos internos y la elaboración íntima del protectorado madrileño y esto lo hacía doblemente interesante, por lo que significan para el país los hechos que realiza la capital, y por lo que importan para el porvenir de la bella idea proteccionista los esfuerzos que vienen del corazón de la Patria, las esperanzas que nacen inmediatas á las fuentes del poder y las promesas y compromisos que con los espíritus amantes del progreso contraen aquellos otros talentos que enarbolan la bandera reformista en las cumbres de la vida social y política, de antiguo establecidas al lado de las heladas cimas del Guadarrama.

Seis números lleva hasta hoy publicados este *Boletin*, que bastan para apreciar el espíritu de que se halla animada la Sociedad y para adquirir la confianza de su fecundidad y transcendencia. El Proyecto de reforma de las Ordenanzas municipales; el Reglamento de las Asociaciones infantiles para la protección de los animales útiles; el proyecto de Exposición á los Cuerpos Colegisladores en demanda de una ley proteccionista; el dictámen para la organización de concursos públicos; el relativo á conferencias tambien públicas y gratuitas; el proyecto de creación de centros infantiles en las escuelas, y por último, la Exposición de Aves y Flores propuesta por D. Agustin Pascual en Junta del 5 de Enero del año actual y acordada en la del 19 para el mes de Mayo próximo, en los dias 20 á 26 en que el Excmo. Ayuntamiento se propone celebrar la tradicional féria místico-popular de San Isidro, cosas son que acreditan la vitalidad de la Sociedad madrileña, la acertada dirección en que camina y los alientos y facilidades que habrá de proporcionar á sus hermanas de provincias, á las que puede servir de mucho por sus especialísimas y favorables condiciones y de las que á su vez puede hacer uso en lo futuro para dar fuerza á sus pretensiones, desenvolver el espíritu proteccionista en todas partes y determinar una solidaridad y un lazo de unión fraternal entre todas las Protectoras españolas y aun extranjeras, que afiancen el progreso y aceleren el triunfo de la idea en las conciencias y en las leyes.

Hé aquí la brillante participación que corresponde á la Sociedad madrileña, no obstante la corta edad de su vida, en la obra del proteccionismo español.

Pasemos á Sevilla que la sigue de cerca.

IV

Las condiciones especiales de la capital de Andalucía,

la índole de los habitantes de la zona meridional de España, las particulares aficiones que de tiempo antiguo demuestra, y su carácter impresionable al par que tornadizo para lo nuevo, y firme á la vez que rutinario para lo viejo, mientras que por una parte exijían la aparición de la idea protectora y su establecimiento en el seno de una Sociedad hábil, circunspecta y tenaz, por otra dificultaban grandemente esta empresa que en Sevilla, más que en parte alguna, exijía dotes rarísimas y preciosas en los que se decidieran á este difícil y delicadísimo apostolado.

La superficialidad y ligereza de los ingenios, el ridículo y el sarcasmo tan punzantes y poderosos en Andalucía, el aislamiento en que, segun hábitos, viven las gentes, en las provincias extremas de España y muy en particular en las meridionales, el estado moral de un pueblo hace largos siglos abandonado á sus costumbres y presa de gustos y tendencias contrarios á los fueros de la naturáleza inferior, y los intereses, no siempre justificados pero sí hondos y grandes, creados y fortalecidos á la sombra de este órden de cosas y de un tal estado de los espíritus, retraía á los hombres de intentar lo difícil, hacía parecer imposible lo que sólo era dificultoso y alejaba á los más generosos y humanos con cierta lamentable pusilaminidad de un proyecto que al primer exámen arrojaba tan escasas probabilidades de éxito.

En verdad que si en alguna parte ofrecía sérios inconvenientes la creación de una Sociedad Protectora, era en Sevilla: la lucha tenía que ser encarnizadísima, y la tranquila y ansiosa posesión de determinadas prácticas daba una cierta fuerza á los sevillanos contra los audaces espoliadores de esos usos y esos gustos, y contra los propagandistas excéntricos de unas doctrinas impertinentes y de una austeridad enojosa y chocante.

Fué preciso esperar á que se reuniesen ciertos talentos

ilustrados y valerosos, dotados de una gran despreocupación y armados de suma paciencia, de perfecta abnegación y de un patriotismo y una decisión á toda prueba. La misma plaza de toros hubo de proporcionarlos; los desengañados, los hastiados, los conmovidos, esos á quiene regenera el mismo exceso del mal que presencian, esos á quienes asusta el espectáculo de la aberración agena, de la obcecación ciega, de la depravación estética, de la barbarie moral, esos fueron los que, llenos de indignación por una parte, ansiosos del bien de sus conciudadanos por otra y apasionados además de la belleza, la grandeza y la eficacia de la idea proteccionista, se reunieron un dia, el del 13 de Enéro de 1878, y bosquejaron entre sí como el esbozo de una Sociedad. Fué como crear el esqueleto que había de servir de caja y sustentáculo al par del nuevo organismo.

A duras penas pudo aquella pequeña asamblea reunir unos 34 sócios, trabajo de propaganda llevado fervientemente á cabo por el Sr. D. Rodulfo Mattoni de la Fuente, una de las conciencias más rectas y benéficas, al mismo tiempo que uno de los hombres más activos y decididos por cuanto juzgan bueno y honrado, que fué el primer Presidente que se dió por aclamación la embrionaria Sociedad.

Mas la modestia de este señor hubo de asustarse al verse frente de una Asociación á la que asaltaban graves compromisos desde su nacimiento, y sin querer rehuir su parte de trabajo ni renunciar al honor de la grata responsabilidad que había atraido sobre sus compañeros, cuando el 10 de Febrero se nombró la primera Junta Directiva, retrocedió al segundo puesto, dejando á la cabeza de ella otro espíritu no ménos distinguido y entusiasta.

Hé aquí el personal de la primera Junta:

Sr. D. José Villar y Sanchez, Presidente; Sres. D. Fran-

cisco Sanchez Arjona y D. Rodulfo Mattoni de la Fuente, Vicepresidentes; D. Guillermo Pego, Vocal; D. Prudencio Sanchez, Depositario; D. Francisco Rodriguez y Porrua, Secretario del Interior y D. Alejandro García Pinto, Secretario General.

Mas preciso es confesar que esta Junta, por inexperiencia ó por timidez, hizo bien poco; faltábale haber puesto principio á una organización exacta y metódica, haber atraido los sócios á las sesiones, haberles afianzado con el reparto de sus títulos y comprometido al pago de sus cuotas, haber empezado por formular un reglamento, haber separado á los indiferentes ó ligeros y haber aumentado el número de los enérgicos y formales. No habiendo hecho nada de esto, la Sociedad, lejos de poderse llamar constituida, nacia enferma y amenazaba morir por su propio raquitismo cuando no con el contagio de los elementos dañados que, en su afan por enriquecer el registro, había dejado penetrar hasta el fondo de su Junta de gobierno.

En tal estado vivió hasta el mes de Setiembre sin conseguir otro resultado que el obtenido de la alta ilustración del Gobernador civil de aquella provincia, D. Antonio Guerola, autor de una de las Memorias anti-tauromáquicas premiadas en Cádiz, quien, accediendo á la sùplica de aquella Sociedad, prohibió en cierta ocasión el encierro y corrida de toros que hubieron de disponer unos aficionados. Al finalizar el citado mes, un nuevo aliento del espíritu proteccionista infundió en los más decididos el deseo de reanimar aquel organismo desfallecido é impotente, y al efecto, durante los meses de Octubre y Noviembre celebráronse varias Juntas, se reformó la Directiva, se pidieron los Estatutos á Cádiz para calcar en ellos los de la Sociedad Sevillana, se solicitó de la Protectora matriz una carta de presentación ante las Sociedades extranjeras, que

al momento fué concedida y distribuida profusamente por Europa y América y la cual dió lugar á unas relaciones en alto grado provechosas y lisonjeras, se litografiaron y repartieron los diplomas, y se ordenó la administración. Pero todo esto costó á la Sociedad Sevillana la pérdida de veintiseis sócios, dejándola reducida al exíguo número de ocho, aunque bien pronto se agregaron otros nuevos, yá sorprendidos con tan notoria audacia, yá mejor informados del objeto y fines de la nueva asociación, ó yá quizá con una mayor confianza en el éxito apoyada en la extirpación de ciertos elementos perjudiciales ó cuando ménos estorbosos.

Desde entonces puede decirse que empiezan los trabajos, siempre lentos y penosos, de esta paciente pero decidida Sociedad. En 9 de Diciembre elevó al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Joaquin Lluch y Garriga, Arzobispo de aquella Metropolitana Iglesia, la pretensión de que aceptase la Presidencia de Honor de la Sociedad, y al finalizar el año, S. E., pasando por alto vulgares preocupaciones y prejuicios tan injustos como malévolos, inscribía su nombre al frente del Registro y á la cabeza de la Junta de Gobierno. Este acontecimiento, realmente importante, prestó algunos bríos á la Sociedad, que empezó entonces y llevó á cabo una propaganda activa sirviéndose de las Memorias anti-taurinas premiadas en Cádiz, de las que la Protectora de esta ciudad le hizo un abundante donativo, y de los Estatutos y Reglamento, que acababa de aprobarle el Excmo. Sr. Gobernador, y los cuales, acompañados de una insinuante circular, visitaron las escuelas y centros de instrucción y fueron á manos de las Autoridades, Corporaciones, Sociedades y Círculos de recreo, de los directores de los periódicos y de cuantas personas ofrecían por su ilustración, su carácter, posición ó categoría, seguridades de que había de recibirse con favor la nueva

idea. Tambien remitieron esos interesantes documentos á los Municipios de todos los pueblos de la provincia.

La Junta sufrió un desengaño; Sevilla permaneció muda y sorda á su clamor: la provincia padecía la misma enfermedad que la capital.

Pero no se desanimó por eso la Junta: pidió y obtuvo del Excmo. Ayuntamiento un local en el alcázar popular, y el 16 de Marzo de 1879 celebró la primera sesión solemne con asistencia de algunos señores periodistas, en la que se leyó la primera *Memoria reglamentaria*, se dió cuenta del estado de la Depositaría y se eligió la Junta Directiva, que quedó constituida en esta forma:

Presidente honorario, Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Sevilla.

Presidente efectivo, Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo.

Vicepresidentes, D. Manuel de la Puente y Olea y don Juan Gomez Hemas.

Depositario, D. Pedro Figueras y Barrulls.

Consiliarios, D. José Villar Sanchez, D. Rodulfo Mattoni y D. Luis Eraso y Pizarro.

Secretario del Interior, D. Francisco Rodriguez Porrua.

Secretario General, D. Ramón Diaz de Bustamante y García.

La Sociedad cuenta hoy con 9 sócios honorarios, 35 residentes y sólo 7 corresponsales.

Hasta aquí del historiado de esta Sociedad, cuya idea hacen interesante las condiciones locales en que se desenvuelve, así como su porvenir excita una gran curiosidad por el lugar de su constitución y por el estado de las opiniones, los hábitos y los gustos de los habitantes.

Hasta ahora la Directiva tiene entabladas varias gestiones que deberán procurarla una biblioteca ya empezada á formar con los donativos de los sócios, el muy apre-

cible del Sr. Presidente efectivo, y los no ménos valiosos del Ayuntamiento y la Diputación, de quienes solicitó el regalo de los libros que tuviesen duplicados en los respectivos archivos; tambien tiene la esperanza de conseguir unos terrenos inmediatos á la ciudad, en los que piensa establecer el Jardin zoológico de aclimatación que exijen sus Estatutos: trabaja además en una adición á las ordenanzas municipales de la ciudad, acaricia la idea de repartir premios en recompensa de actos populares de proteccionismo y de fundar un periódico y se dispone en estos instantes, bajo el patrocinio del Excmo. Ayuntamiento, á celebrar una Exposición de Aves y Flores.

Pasemos á la ciudad de Barcelona cuya Protectora aparece y se desenvuelve paralelamente á la de Sevilla.

V

En región muy distante y entre pueblos de muy diverso carácter, de usos, tradiciones, gustos é historia muy diferentes, va á implantarse la idea Protectora. Tomada directamente de Cádiz y salvando de un vuelo la España entera con las alas del espíritu, á las márgenes del Oceano fué por ella y de allá volvió á las del Mediterráneo con ánimo resuelto y generoso intento.

Cataluña abrió las puertas á la nueva idea, como las ha abierto siempre á todo pensamiento liberal y humanitario, tanto como industrial y científico, y Barcelona vió aparecer esta Institución traida por los hombres del saber al fondo de las conciencias honradas y al número de las prácticas de laboriosidad y de cultura.

Los patrocinadores del pensamiento conocían perfectamente la índole de los hombres con quienes tenían que habérselas: habían calculado el éxito y habían visto que, á más del aliciente que la idea ofrecía al espíritu catalan por lo racional y progresiva, su fecundidad fabril é industrial,

su carácter moral y grave, su belleza y atractivo y sobre todo su conformidad con los hábitos establecidos y la circunstancia de no pugnar con aficiones tan arraigadas como lo están los divertimientos tauromáquicos en el resto de España, todo esto les auguraba un buen recibimiento para la Institución y un gran porvenir para el desarrollo y fructificación de la nueva idea.

Nótese que en todas partes son los hombres de la ilustración y los amantes de la libertad y del progreso patrios, los que se aficionan al pensamiento iniciado por el Sr. Grimaldi, los que le estudian, los que le aprecian y los que le abren las puertas de la vida pública lanzándole por ellas rodeado de una cohorte de esforzados defensores ó de apóstoles decididos.

Constituyese la Sociedad Protectora Barcelonesa de Animales y Plantas el 7 de Mayo de 1878. Una Junta Organizadora, en que figuraban dos hombres de actividad suma y de inteligencia clara é iluminada con los fulgores de la ciencia, D. Luis Cabello é Ibañez y D. Federico Perez de las Nuesos, proponíanse encarnar la nueva idea dentro del cuerpo de una asociación, cuyos miembros se decidiesen á enlazar los esfuerzos del talento, esa gran virtud de la inteligencia, con la constancia, esa maravilla de la voluntad, para provocar las luchas del derecho y la razón y determinar la victoria del deber y de la grandeza humanos.

Fácil y gratísima se les ofrecía la tarea necesaria para llegar á la mayor delicadeza del sentimiento, al mejor positivismo del cálculo industrial y á la perfecta humanización de nuestras relaciones con los séres inferiores en la vida terrena; así es que la emprendieron desde luego con afición y deleite, y la consumaron con prontitud y acierto. Ya en el mes de Agosto era conocida la primera Junta Directiva que se había dado la naciente Sociedad, y que

se componía de los dignos indivíduos que siguen:

Presidente, D. Juan Giné y Partagas.

Vicepresidentes, D. Joaquin M.ª Bastrina y D. José Fiter é Inglés.

Bibliotecario Archivero, D. Eudaldo Cambell.

Secretario Contador, D. Roman Arnet.

Secretario del Interior, D. José María de Lasarte.

Secretario General, D. Luis Cabello Ibañez.

Nacía esta Sociedad dignificada con el carácter que dá la lucha interior de una organización laboriosa y venía á la vida habiendo comenzado con esas primeras gotas de hiel que derraman las contrariedades y los dolores en los corazones afanosos del bien general y apasionados por el triunfo de las ideas magníficas y transcendentales: pero nacía llena de fé y ardimiento y anunciaba estas preciosas dotes abriendo un Concurso entre sus hermanas para que se le ofreciese un *Lema* con que encabezar sus diplomas y un *Sello* con que autorizar su documentación. El Programa de esta delicada, al par que modesta exijencia, lleva la fecha del 20 de Agosto.

El digno Secretario del Interior de la Sociedad Protectora gaditana D. José María Rivas tuvo la honra y la satisfacción de haber concurrido á lo que pudiéramos llámar el bautismo de aquella Sociedad, puesto que le procuró el nombre con que había de ofrecerse al mundo y el emblema ó símbolo con que había de distinguirse en la vida oficial, servicios que fueron premiados al distinguido Secretario con el título de *Sócio de mérito* de la Protectora Barcelonesa, apenas naciente y ya alentando los ingenios y dispensando las gracias de sus consideraciones y distintivos.

Al mismo tiempo que la Sociedad daba cuenta del Jurado que había constituido para este Concurso, y que lo formaron el Excmo. Sr. D. Francisco de P. Ruiz y Tau-

let, Presidente; los Sres D. Joaquin M.ª Bastrina, D. José Fiter é Inglés y D. Antonio Formica Corsi, Vocales, y don Luis Cabello é Ibañez, Secretario, organizaba interiormente su Dirección en esta forma:

Sección de Zoologia.—Presidente, D. Antonio Formica Corsi.—Secretario, D. Francisco A. Darder y Llemoná.

Sección de Botánica.—Presidente, D. Juan Monserrat y Archs.—Secretario, D. Narciso Xifrá.

Sección de Legislación.—Presidente, Excmo. Sr. Don Francisco Ruiz y Taulet.—Secretario, D. Jaime Vidal.

Sección de Relaciones Internacionales.—Presidente, Don Luis Cabello é Ibañez.—Secretario, D, José María de Lasarte.

Esta distribución marca las esferas á que se habían de extender los trabajos de la Sociedad y muestra el órden y arreglo interior metódico, impreso por sus inteligentes indivíduos, quienes fiaban á la sistematización el porvenir fecundísimo ya asegurado á la Protectora.

El presidente de la última Sección enumerada, D. Luis Cabello Ibañez, uno de los que más empeño habían mostrado en la fundación de la Protectora Barcelonesa, fué el primero que, impulsado por su infatigable celo y firme voluntad, ofreció muestras de su ilustración y de su fé dando á los aires de la publicidad un periódico quincenal, de 16 páginas en cuarto titulado *Revista zoológica Barcelonesa*, órgano de la Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas. Hallábase encargado de su redacción un comité compuesto de personas tan distinguidas y acreditadas en la doble república de las ciencias y las letras, como el citado fundador y director Sr. Cabello é Ibañez, y los Sres. Giné y Partagas, Urgellés de Tovar, Fiter é Inglés, Lasarte y Badía, Darder y la Sra. D.ª Pilar Pascual de San Juan, tan ventajosamente conocida como poetisa y publicista.

Doce números publicó por entonces la *Revista*, desde el 6 de Febrero al finalizar de Julio: el desden con que se mira en España cierto género de publicaciones, los perniciosos efectos que produce en un país empobrecido y fatigado el abuso que se hace de la prensa, la impotencia de los adictos y la enemistad de los émulos, dieron fin á una empresa destinada á mejor suerte y que no murió sin protestar de que no la mataba el desaliento de su espíritu sino la extenuación de sus fuerzas materiales, y de que realmente no perecía, sino que quedaba en suspenso en tanto que se estudiaba el problema económico y se hallaba forma más adecuada para vencer los obstáculos que se habían levantado ante sus primeros pasos.

En efecto: en Enero del año actual, la *Revista* volvió á aparecer bajo la dirección del mismo Sr. Cabello, afectando en esta segunda época un órden de publicación mensual y ostentando como en un principio artículos doctrinales de gran interés, escritos de propaganda muy discretos, revistas curiosísimas científicas y de sociedades, variedades amenas y noticias de importancia.

Despues de su resurrección sólo hemos visto un número de esta preciosa *Revista;* pero es de presumir que los otros guarden relación con el primero y con los de la época anterior, los cuales eran dignos de las exclarecidas plumas que los redactaron y de la grandeza y excelencia de la idea Proteccionista que vienen á sustentar y defender.

Por otra parte, el pensamiento anunciado por la Protectora Madrileña de dar conferencias pùblicas para explicar el objeto, propósito y alcance de la obra Proteccionista, realizábalo Barcelona tambien bajo el dictado del mismo Sr. Cabello é Ibañez, quien, el primero entre todos, hacía oir el 2 de Abril al numeroso concurso que llenaba uno de los espaciosos salones de la Academia de Ciencias

Médicas, un brillante discurso sobre la *Naturaleza y objeto de las Sociedades Protectoras de los Animales y las Plantas*, y conquistaba muy ruidosos y merecidos aplausos por las dotes de clara ilustración, persuasiva elocuencia y vigoroso raciocinio de que hizo gran ostentación.

Ofrecieron tambien estas conferencias la circunstancia, rara en verdad, de haberlas proseguido una mujer, cuando desgraciadamente la educación femenina se halla tan atrasada entre nosotros ó, lo que suele ser peor, vá tan mal dirigida, y cuando por lo general los talentos y virtudes de la mujer se eclipsan tras de una timidez exagerada y perjudicial.

La Sra. D.ª Pilar Pascual de San Juan halló en la generosidad de su ánimo y en el convencimiento de la bondad de su obra, valor para ocupar una cátedra frente á un auditorio tan considerable como escogido, y para dejarle sentir con toda la fuerza y los encantos que dan la razón, el talento y la ternura, la *Conveniencia de educar á los niños segun las ideas proteccionistas*.

El merecido triunfo de la ilustrada oradora resonó en España entera y alentó á otros varios espíritus á seguir sus huellas; así es que, con motivo de la Exposición de Aves y Flores, la Protectora Madrileña vino á la realización de su anterior acuerdo y dió otra conferencia el 25 de Mayo en los jardines del Buen Retiro, la cual estuvo á cargo del entendido cuanto elocuente Sr. D. Manuel Prieto y Prieto y fué muy celebrada por la prensa, mereció los honores de la impresión y se repartió por todas partes.

En fin; la Sociedad Barcelonesa llega al momento presente con otro hecho de importancia intelectual y social, pùblica y particular, cual es el Concurso anunciado en el nùmero de la Revista zoófila de Enero, para premiar cuatro trabajos de muy diferente índole, pero todos de sumo interés y de innegable trascendencia, y que habrán de

consistir, el 1.° en una *Reseña histórica acerca del pasado, presente y porvenir del proteccionismo en España*: el 2.° en la designación razonada de los *Animales y vegetales que convendria aclimatar en Cataluña para favorecer sus intereses agrícolas:* el 3.° en un *Proyecto de construcción de un hospital de animales, con cabida para 120 plazas y su presupuesto de gastos. El edificio de planta baja. Memoria descriptiva y diseño gráfico:* y el 4.° en la exposición de los *Medios que conviene poner en práctica para la desaparición de los circos taurinos.*

Responde el primer tema al cuidado de que no se pierdan los primeros datos relativos á una institución destinada á tan brillante porvenir en nuestra Patria; al deseo de recojer los materiales para esa preciosa página de nuestra civilización moderna que vá adherida á la idea proteccionista, y aun á la complacencia de ensayar un bosquejo histórico relativo á los primeros pasos del Proteccionismo que facilite en su dia la formación perfecta de una historia que ha de abrazar capítulos muy interesantes y ha de mezclarse íntimamente con la general del país, por los varios conceptos de su agricultura, sus industrias, su ciencia, su higiene, su moralidad, sus leyes y sus costumbres.

Responde el segundo tema á un asunto de interés local y determinado, y satisface al patriotismo de la Sociedad que lo ha formulado y al provecho de la agricultura catalana, tan relacionado con su industria y tan atendible como ancha fuente de riqueza y prosperidad.

Guarda el tercer punto íntima conexión con el protectorado de los animales, que es uno de los objetos directos de la Sociedad, la cual, no sólo responde con él muy justificadamente á los fines de su instituto, sino que ingiere en las costumbres populares prácticas de compasión y justicia para con los séres sensibles inferiores, tan acreedores por sus servicios y su utilidad á que se les trate de

un modo más humano y más digno de esa racionalidad que nos ha permitido declararnos sus señores y usufructuarios.

Y refiérese el último punto señalado á los ingenios estudiosos en este certámen, á las costumbres públicas españolas, afeadas ante los propios y los extraños ojos con esas frecuentes y horribles fiestas que se llaman *Corridas de toros*, contra las cuales tal clamoreo han logrado levantar las Sociedades Protectoras y tales y tan rudos ataques se dirijen sin cesar en nombre del decoro patrio, de la civilización europea, y de los fueros del progreso y la moralidad del hombre.

Si el Certámen abierto por la Sociedad Barcelonesa aparece concurrido, es indudable que este será un acontecimiento de gran significación y conveniencia, y que la Sociedad habrá conmemorado dignamente el segundo aniversario de su fundación, al mismo tiempo que España y el mundo tendrán ante los ojos una elocuente prueba de lo que importa para nosotros la bella idea Protectora y de lo que trabaja el país por aclimatar las semillas de la civilización en su suelo, por asegurarse sus preciosos frutos y por entrar de este modo en el movimiento general regenerador del espíritu moderno.

Pasemos, para concluir, á redactar la última y más breve, pero no por eso ménos apreciable página, de la historia actual del proteccionismo en España, ocupándonos de la Sociedad de Soria recientemente constituida.

VI

Como las Protectoras de Sevilla y Barcelona, la de Soria salió del seno de la Sociedad Matriz residente en Cádiz: el espíritu iniciador ostentaba el carácter de sócio corresponsal de la Protectora gaditana: los Estatutos que la sirvieron de fundamento fueron los de esta última; los

primeros auxilios, las noticias más indispensables y los más poderosos alientos vinieron tambien del centro de la primera Protectora Española, y hasta se concedió á esta el honor y la satisfacción de pedirle una carta de presentación, que acompañó á las primeras circulares de la nueva Sociedad al dar á sus hermanas de dentro y fuera de la Península noticia de su advenimiento á la vida pública. Tributo fué este honroso y grato para las dos Sociedades, y que cimentó entre ambas, más que en la justicia, en el afecto, la fraternidad estrechísima que existe entre todas ellas, y con que aparecen unidas desde sus orígenes ante España y ante el mundo.

Despues de los trabajos preliminares y privados en que llevaba la iniciativa uno de los más ilustrados y modestos espíritus de la España laboriosa, el Sr. D. Manuel Navarro y Murillo, escritor anti-taurino premiado en el primer concurso que celebró la Protectora Gaditana, la Sociedad Soriana quedó definitivamente constituida en sesión solemne en las Casas Consistoriales de la capital el 25 de Octubre de 1879. Ochenta y nueve sócios había logrado reunir la activa propaganda del Sr. Navarro y Murillo; y él mismo leyó, tras la elocuente lista de aquellos nombres, un brillantísimo discurso lleno de erudición, vigor y belleza, levantando el espíritu varonil de los valerosos hijos de la vieja Numancia en defensa de la dulce idea proteccionista.

Había encontrado el orador medio de enlazar la idea de protección con las aficiones á la caza y pesca dominantes en el país y con los intereses naturales preferentes en una región interior feraz y agrícola. Para ello, la nueva asociación aparecía dividida en tres secciones: la 1.ª envolvía el protectorado directo é inmediato de Animales y Plantas, fin principal del fundador: la 2.ª tenía un carácter agrícola é industrial y era un amoldamiento á la

índole de la región destinado á determinar la buena acogida de sus habitantes: y la 3.ª se dedicaba al fomento de la caza y la pesca y parecía un lazo, artificiosamente tejido con las aficiones y los hábitos, para regular el uso de esos mismos placeres y prácticas, cortar licencias é impedir extremos lamentabilísimos en el ejercicio de todos ellos, favoreciendo al mismo tiempo el desarrollo de las especies animales que forman la fáuna de la provincia y la dulcificación de los rudos sentimientos que producen la caza y la vida de los bosques.

Estos tres puntos, perfectamente explicados y muy discretamente reglamentados y circunscritos en aquella sesión memorable al discutirse y aprobarse los Estatutos y el Reglamento, se dieron á conocer circunstanciadamente á los sorianos y á España en *El Avisador Numantino* del 30 de Octubre.

Eligiéronse además aquel dia dos juntas importantes; la *Directiva* y la *Consultiva*, con sus tres secciones de *Protección*, *Agricultura é Industrias y Caza y Pesca*. Hé aquí los nombres que figuraban en la primera.

Presidente, D. Rafael Trillo-Figueroa.

Vicepresidentes, el 1.º pendiente de solución y el 2.º D. Nemesio Callejo.

Depositario, D. Antonino Porto.

Bibliotecario, D. Francisco Aguirre.

Secretario Contador, D. Angel Lacalle.

Secretario General, D. Manuel Navarro Murillo.

Posteriormente, el 2.º Vicepresidente ha pasado á 1.º y se ha nombrado para el cargo de 2.º á D. Pablo Loma.

En cuanto á la *Consultiva*, hé aquí su composición actual, que difiere bien poco de la que recibió desde un principio.

Protección Directa; Sres: D. Vicente Herrero, D. Gerónimo Berdomes, D. Federico Villa, D. Nicolás Fernan-

dez, D. Francisco Aguirre y D. Manuel Navarro Murillo.

Agricultura é Industrias; Sres. D. Ladislao Carrascosa, D. Miguel Uzuriaga, D. Eladio Peñalba, D. Angel Lacalle, D. Juan Noblejas y D. Fernando Velaz.

Caza y pesca: Sres. D. Antonino Porto, D. Casto Olano, D. Cándido Carretero, D. Antonio Escudero, D. Isidro Robles, D. Pablo Loma, y D. José María la Casa.

Al empezar el año corriente, los Estatutos de la Protectora Soriana, su Reglamento y el bello discurso inaugural, se distribuyeron impresos entre sus miembros y las Sociedades hermanas; y á poca distancia de esta obra oficial, siguió la aparición de su modesto, pero interesante, periódico titulado *El Progreso*, cuyo primer número lleva la fecha de Marzo, y que habrá de encargarse en adelante de llevar mensualmente á los asociados y amigos las noticias de los adelantos y vicisitudes de la asociación, las instrucciones doctrinales que han de aleccionarles en las importantes doctrinas proteccionistas, las noticias de mayor interés para los fines de tamaña empresa y cuanto se refiera al triple objeto de la *Protección*, el fomento de la *Agricultura* é *Industria* y la reglamentación de la *Caza* y la *pesca*.

Este primer número del *Boletin Soriano* termina con una lista de señores sócios que cuenta ya no ménos que 107, incremento rapidísimo, sorprendente y que, si por una parte nos hace pronosticar los adelantos que hará la nueva idea en la provincia de Soria y quizá por ella en toda la vieja Castilla, por otra nos demuestra lo bien preparados que puso los ánimos antes de lanzar al viento el proyecto, y la activa y acertada propaganda del Sr. Navarro, tan felizmente secundado por el entendido y generoso espíritu del Sr. D. Rafael Trillo Figueroa su actual Presidente.

No puede avanzarse más en el historiado de esta So-

ciedad: hemos llegado al dia de hoy y debe bastarnos con divisar desde él para esta institución un porvenir diáfano y sereno, iluminado por el sol de la esperanza. Así deben mirarle confiadamente los fundadores, para continuar con entusiasmo y fé la patriótica obra á que acaban de dar tan magnífico principio. Jamás fueron perdidos ni el tiempo ni los esfuerzos consumidos en hacer el bien á nuestros semejantes; antes al contrario, fueron racional y dignamente empleados cuantos se consagraron á una idea que engrandece á los que la profesan y les premia con el redoblado beneficio de la ciencia que hace adquirir y de las virtudes que obliga á practicar.

VII

Reasumamos los datos que arroja esta historia, para señalar los elementos con que avanza al encuentro del nuevo siglo y los recursos con que cuenta para resolver el problema de su porvenir en España.

Hombres de una bien entendida despreocupación producida por su saber y su natural nobleza, capaces de arrastrar el ridículo y los sarcasmos, armas en cuyo manejo tan diestros se muestran los ingenios españoles, y de oponerles una palabra levantada y vigorosa en la polémica y unos actos brillantes y transcendentes en la conducta, forman las falanges, más escojidas sin duda que numerosas todavía, que han venido á agruparse tras la bandera proteccionista. De las asociaciones populares que han aparecido en el presente siglo, es seguro que ninguna como la Protectora de Animales y Plantas dispone de más escogidos elementos. Ó la excelencia de la idea ha ejercido atracción sobre los espíritus más levantados, ó es cierto que los hombres se mueven del lado á que les impulsan sus simpatías y que existe realmente un gran paralelismo entre las cualidades subjetivas humanas, y las

condiciones objetivas de las realidades ontológicas. La verdad es, que si la historia moral de una idea depende de la armonía entre sus tendencias y caractéres y las actitudes y talentos de sus mantenedores, el pensamiento proteccionista tiene asegurado el triunfo, primero sobre las conciencias y luego, por ellas, sobre la Sociedad y las leyes.

Debatida esta idea en la prensa suficientemente; valerosamente sustentada, tanto en el periodismo de Madrid como en el de provincias; arrogantemente preparada, no ya á la defensa de un dogma sino al ataque de los errores, de las tradiciones y habituales complacencias de un pueblo; francamente enemigas de intereses mal creados, pero arraigados por añejos y por considerables, y de prácticas rudas y aberraciones funestas, pero poderosas por inveteradas y por placenteras; y por último resueltamente decidida á la lucha contra chicos y grandes, ilustrados é ignorantes, graciosos y punzantes, lastimados y prevenidos, su vida debía de ser y ha sido en efecto en extremo interesante y su historia, cuando se haga, habrá de ser en alto grado elocuente y significativa.

La parte crítica de esta historia está envuelta en la discusión y la batalla; se verifica en un palenque, que es donde se prueban la fuerzas y se acrisola el valor: la parte dogmática en que se establece, se funde y se propaga y disemina la idea, está escrita en sus conferencias, en sus certámenes, en sus exposiciones, en sus libros, en sus periódicos, en sus memorias, en sus actos y hasta en su correspondencia oficial y privada, nacional y extranjera: la parte práctica, los resultados, la sanción social y providencial de esta obra, está por lo pronto en las conciencias, en la elocuencia del periodismo, antes hostil ó indiferente, en el mutismo y la tolerancia de los adversarios y de los ofendidos, en la aptitud de los mismos pueblos,

en el tratamiento decoroso y galante de las autoridades, en los triunfos conseguidos en cada localidad y que se manifiestan, ora por las modificaciones de las ordenanzas municipales, ora por la aparición de muy interesantes bandos de gobierno, ya por la imposición de multas á los reos de crueldad para con los animales ó deterioro de las plantas, que han sido llevados ante los tribunales, ya por las disposiciones correctivas ó preventivas de los Gobernadores de provincia referentes á las lídias privadas ó públicas de los toros, carreras de burros, toros de cuerdas, *gallumbos*, riñas de gallos, tiro de palomas, caza y pesca y otros divertimientos y usos groseros y crueles, que nadie defiende, que no tienen otra explicación que la indiferencia y la impunidad ó el goce y la tolerancia y que afean nuestras costumbres, entorpecen nuestro progreso y mantienen en el país muy funestos gérmenes de crueldad, inmoralidad é indisciplina.

Á curarlos ha venido la idea proteccionista á España: por eso, al saltar las fronteras de nuestra nacionalidad, se ha completado y engrandecido; y por eso hoy se muestra á los sabiós como científica, á los moralistas como humanitaria, á los religiosos como cristiana, á los incrédulos como práctica y segura, para los positivistas es agrícola é industrial, para los materialistas y meticulosos es higiénica y saludable, para los sensibles dulce y afectuosa, para los románticos bella y poética, para los liberales progresiva é innovadora, para los igualitarios equitativa y justa, para España, fecunda y regeneradora, para la humanidad culta y civilizadora, y para Dios en fin, buena, hermosa y verdadera.

Con tales condiciones se presenta asequible á todas las inteligencias, place á todos los corazones y se ingiere en todas las conciencias para depositar una luz nueva en el fondo de las primeras, un ardiente foco en el centro de

los segundos, y una ley divina en el seno de estas últimas: y claro está que si esto es así, su porvenir está asegurado y sus conquistas habrán de ser rápidas, expléndidas y crecientes.

Veámoslas, por más que el hablar del porvenir tenga un cierto carácter de profético que nos haga resbalar hácia un optimismo dibujado por el deseo y nos atraiga la nota de visionarios y de utopistas.

Defendámonos desde luego con la racionalidad de nuestros vaticinios y la lógica de nuestros juicios, y digamos, si no lo que podrá llegar á ser la idea protectora en España, al ménos lo que está encargada de transformar en el estado de nuestra civilización presente.

Este cuadro responderá á la última exijencia del tema propuesto por la Sociedad Protectora Barcelonesa y cerrará, por tanto este imperfecto, y por lo mismo humildísimo, trabajo.

VIII

¿Qué se quiere saber al preguntar por el porvenir de la idea proteccionista en España, lo que esta hará con ella, ó lo que ella hará al fin con esta? Si lo primero, la respuesta es fácil y breve. España admitirá la idea Protectora, como la han admitido todas las naciones del mundo. Para creerlo así hay una razón muy suficiente: las ideas no se admiten, sino que se imponen: cuando á un elemento de civilización y progreso le llega el turno, el Cielo lo vierte en el mundo por los labios de un hombre: depositada la semilla en un polo, no hay que dudar de que llegará al otro: las montañas las salvan los ecos, los mares los salvan las ondas precipitándose en espumosas corrientes. Grecia sembró la idea artística, y el mundo saboreó los frutos de aquella semilla; Roma vertió la idea jurídica, y esta se difundió por todo el mundo: los bárba-

ros pusieron en Europa el individualismo y este se esparció entre torrentes de sangre: Cristo puso la unidad moral al lado de la unidad material puesta por Italia, y el Evangelio circuló libremente por todas partes: el Renacimiento nos trajo un principio de resurrección, la Reforma un principio de insubordinación y la Revolución francesa una ley política, y la regeneración, la independencia y la libertad rodaron por los aires y vinieron á caer, como abundante rocío, hasta empapar las conciencias.

Así la idea proteccionista, si bien mas humilde, transcendental y humana, como parte integrante de la moderna civilización, flota hoy en las nubes de nuestro Cielo y desciende gota á gota sobre nuestros cráneos y nuestros pechos. No hay defensa posible. España tiene que aceptar la idea proteccionista.

Ahora bien; ¿cómo, no obstante el forzado hospedage, pagará la idea proteccionista la hospitalidad que le dará España?

Transformando á sus hombres; realizando sus elementos de vida, purificando sus costumbres, arrastrándolos por la moralidad y el trabajo al mejor de los progresos.

Hé aquí lo que debemos probar: y es evidente que cuanto hagamos en este sentido, habrá de servir, más que para el afianzamiento de los creyentes, para despertar á los ignorantes, vencer á los desdeñosos y aun castigar á los soberbios, siempre refractarios á lo que no entienden ni les preocupa, máxime si la iniciativa no parte de ellos y si sus egoistas intereses se hallan ordenados á lo antiguo y menoscabados con lo nuevo.

Nuestro cuadro tiene que ser seductor, por que no hay quien arranque sus encantos, sus conveniencias y sus aciertos á la idea buena, y la idea dejaría de ser buena si no fuera fecunda en el triple órden de lo bello, lo útil y lo verdadero.

Empecemos, pues.

La idea Protectora es una bandera de reconciliación de los viejos con los nuevos intereses: aunque intransigente con los abusos, viene á despertar tiempos de prosperidad, á depositar otra vez en manos de los olvidadizos y descaminados antiguos elementos de prosperidad y abundancia, á llamarles la atención hácia las más hermosas fuentes de riqueza que dejan secar y perderse por ceder aturdidos á los ruidosos ecos de la política ó luchar á la desesperada con la miseria y el infortunio que nos aflijen. La idea Protectora ofrece un centro de atracción á ese espíritu prodigioso de la asociación y la mancomunidad á que se deben tantas grandezas y del que hemos de esperar tantas ventajas.

Un cierto intento de solidaridad en que han venido á transformarse el instinto de unidad y la antigua necesidad de agrupación para hallar la fuerza, propende á enlazar á los hombres para todos los fines racionales y humanos: ni los desengaños, ni las misantropías y desfallecimientos logran hoy aislar á los hombres, que buscan por todas partes los lazos comunes de un sentimiento, una idea, una utilidad ó una empresa, para aproximarse, prestarse mútuo apoyo, vencer las resistencias y abrirse paso á través de la vida sobre egoismos y personalidades, tiranías y apasionamientos.

Lanzar hoy un nuevo pensamiento entre los hombres, es como arrojar un grano de trigo en un hormiguero hambriento: precipítanse sobre la idea los espíritus ávidos, los talentos ansiosos, los corazones humanitarios, las conciencias sedientas de progreso y hambrientas de paz y ventura, y se disponen y organizan en torno de ese foco celestial para desatar sus rayos por el mundo con la fuerza de una falange y la firmeza que dan la convicción y el derecho.

No hay poder que no ceda á su paso, inclinándose ante la razón de la conquista ó doblándose ante la potencia del número: la resistencia es inútil; sólo sirve para retardar el éxito ó para amargar el triunfo: pero no basta, por tenaz y avezada al combate, ni para impedir la victoria ni para desvirtuar los prodigios de la asociación.

Armadas, pues, con la idea las falanges proteccionistas, se disponen á plantear un problema moral, otro religioso, otro agrícola, otro industrial, otro científico y otro político: esto es, se proponen resolver el problema de la civilización.

El moral es el más difícil: se trata de atacar directamente vicios de conducta, hábitos en aberración, abusos que tienen por raices placeres é intereses, prácticas defendidas por un tradicionalismo pasional y porfiado y por unos caprichos y una arbitrariedad aristocráticos, que no bastan á deshacer los débiles elementos de una ilustración ostentosa pero hueca, ni los fastuosos fueros de esa dignidad que dan los privilegios y en que se cifra esa nobleza que sólo estriba en la posición social, sin que parta de lo hondo del corazón.

La idea proteccionista propende á suavizar y enternecer el sentimiento, á restablecer las buenas relaciones en que ha de vivir el hombre con los séres inferiores, á dar mejor interpretación y sentido á la idea del valor personal y del mérito moral, á fundar sobre más humanos principios el concepto jurídico de ese imperio que le corresponde sobre la Naturaleza toda, á arrancar la espada ó el látigo del puño del tirano, para poner en su mano el arado y la podadera despues de poner en su mente la idea agrícola ó la regla de horticultura, á alejar al chico de la plazuela y al jóven del circo taurómaco para llevar á la escuela al primero y al taller al segundo, á impedir que el alcalde sea toreador para que sea alcalde y

que el muchacho mate al gato para que el hombre no mate al Rey, á evitar que el rapaz no desgaje el arbolado de los paseos, para que el revolucionario no incendie las cosechas ni demuela las obras de las artes, á hacer al hombre en fin más racional, más culto y más virtuoso, para que sea ménos rebelde, ménos rudo y ménos holgazan.

Íntimamente énlazado con el problema moral se halla el religioso; porque la mejor idea de la Naturaleza, el acertado concepto de nuestra posición en la vida, el descubrimiento de nuestras relaciones con los demás séres, la demostración de la solidaridad terrestre y aun universal y la clara noción de nuestros deberes y de nuestro destino, conducen derechamente el pensamiento hácia Dios y la conciencia hácia el más excelente de los cultos.

Las nuevas ideas que hoy vierten las ciencias físicas, químicas y naturales en Inglaterra, Alemania y Francia, despejando la cabeza del hombre de los vapores de la soberbia y arrebatando de su mano ese cetro de hierro con que se ha simbolizado siempre su poder absoluto sobre cuanto huellan sus piés y divisan sus ojos, favorecen grandemente esa dirección racional del alma hácia Dios, qúe se expresa por el amor artístico y entusiasta á la madre Naturaleza, por el embelesamiento y los extásis poéticos ante los misterios dulcísimos y expléndidos del mundo botánico y por la ternura y la compasión para con los animales nuestros más preciosos auxiliares en la santa obra del trabajo, ley y grandeza al par del *desterrado hijo de Eva*.

Ni es posible estudiar la Naturaleza sin admirarla, ni se puede contemplar uno sólo de sus indivíduos sin amarlo, ni es posible meditar en lo que es el astro, el tallo de hierba ó el insecto, sin pensar en Dios. Parece que el cuadro guía la mirada hácia el nombre del autor en todas partes escrito, y qué el nombre de Dios es inseparable para el pensamiento de la consideración de nuestros deberes.—

«Ama al hombre como á tí y á la Naturaleza como para tí; mas ama al uno y á la otra por Dios, ó ama á Dios en el uno y en la otra, despues de haberle amado en Sí mismo.»—Hé aquí la idea que despiertan las ciencias naturales, y que constituye la moralidad de las mismas y el fundamento de esa religiosidad que debe ostentar nuestra conducta en la vida.

Dar á todos los hombres tal grado de perfección es difícil; muchos hay que no acertaron á imprimir á sus inteligencias la dirección de estas ideas, ni á sus corazones la de estas armonías: espíritus que se llaman positivos, que permanecen mudos ó se retiran soñolientos ante tales excelencias y á quienes casi no puede culparse de no realizar lo que ni sienten ni entienden. Para estas gentes la idea proteccionista guarda los problemas agrícolas é industriales de una índole y un carácter materiales y tangibles.

El mayor interés que despierta la Agricultura, una vez conocida su importancia y una vez multiplicadas y organizadas sus aplicaciones; los nuevos conocimientos que aporta la idea proteccionista á los varios ramos del trabajo agrícola; la distribución de faenas; la organización de falanges rurales con destino á vegas y montes, cortijos y dehesas, huertos y vergeles; los prodigios y maravillas de la ciencia, enriqueciendo los productos y facilitando las faenas por medio de la maquinaria, y aumentando las especies y mejorando los frutos por medio de la aclimatación y del cultivo inteligente; la defensa de los campos mediante las leyes de caza, las imposiciones de la veda y el respeto á las aves insectívoras; y el cuidado y afección por la animalidad inferior, principal y preciosa cooperadora de los trabajos rústicos; los mismos usos domésticos de los frutos agrupados sobre nuestras mesas y de las flores distribuidas por nuestros salones; los hábitos de hon-

radez que dá la laboriosidad y las comodidades y bienestar que se obtienen con la producción; las ventajas climatológicas é higiénicas que se desprenden de la conservación del arbolado y el cultivo de las campiñas; y hasta las galas que adquiere la imaginación y la serenidad y dulzura con que se adorna el carácter juntamente con la franqueza, la resistencia y el valor que comunica la vida campestre y que se reflejan en la literatura y en la conducta, en la égloga y en el trato social, en el poéma didascálico y en las virtudes del hogar, todo ello encierra un interés claro, positivo y codiciable para los espíritus más limitados, más sensibles ó más positivistas.

Bajo este concepto, la idea proteccionista tiende á hacer de España un paraiso, ya que el Cielo hizo un vergel; propende á hacer un país de honrados trabajadores, ya que la política ha hecho una nación militar; intenta hacer un pueblo rico, ya que las guerras lo han dejado pobre y los gobiernos extenuado; se propone tambien darle un destino glorioso, ya que la Naturaleza dió valor y nobleza á sus hijos y feracidad y riqueza á su suelo; por último, aspira á conquistar para la Patria un puesto en la civilización moderna y un concepto ante el amor y la admiración de las generaciones futuras, ya que tuvo ayer el primer lugar entre las monarquías más poderosas del mundo y fué obedecida y respetada á un lado y otro de los anchos mares.

La fecundidad del suelo pide al hombre el ejercicio de sus facultades, la Agricultura provoca á las industrias, y la idea proteccionista, que tanto se cuida de la planta y del animal, del terreno y del clima, no puede olvidar al ingenio ni al brazo, al capital ni al trabajo, que aplicados á aquellas fuentes, las trocarán en abundantes veneros de prosperidad y riqueza.

El hombre que aprovecha el cáuce natural del rio co-

mo arteria para arrastrar por ella la sávia del comercio, ó el agitado torrente para trocarlo en manso canal de riego; el que salva los abismos sobre atrevido puente ó taladra el ancho monte para establecer un lazo fraternal entre dos provincias, y el que arranca la dura piedra para hacer el alcázar de sus leyes y el templo para su Dios, ó se hunde muchos metros bajo el suelo para robar del arca santa los tesoros allí encerrados por el Cielo, no pueden dejar de aprovecharse del espeso follage del bosque y del altísimo pino de la sierra para las concepciones ideales del arte y los fines materiales de la vida. Artista y constructor toman de la tierra los elementos de sus creaciones: flores, frutos, cortezas, raices, hojas, jugos, excrecencias, exhudaciones, hasta el perfumado aliento de las praderas y el oxigenado hálito de los bosques, todo lo aprovechan el industrial, el científico, el botánico, el químico, el enfermo, el leñador, el hombre, en fin; todo esto debe ser más abundante, más excelente, más apropiado, más fácil, más seguro y más económico y generalizado, cuando la idea proteccionista lo enseñe, lo defienda, lo reglamente, lo aconseje y lo imponga.

Y si de estas pasamos á las poéticas industrias de la arboricultura y la floricultura, á los misterios del invernáculo y la estufa, á los triunfos del ingerto y la aclimatación, á las transformaciones que la ciencia y el ingenio operan en las especies indígenas y á los enriquecimientos y beneficios que procuran con la introducción de las exóticas, es innegable que el proteccionismo habrá de contribuir al abastecimiento de nuestras mesas, al embellecimiento de nuestros salones, á la amplificación de los cultivos, al nacimiento de multitud de pequeñas industrias, recursos milagrosos para las clases pobres, y al aprovechamiento de esas fuerzas, hoy inactivas, y de esas condiciones, hoy desconocidas, de la geología de nuestro sue-

lo que puede reunir sobre su superficie en colosales pirámides los productos vegetales de todas las zonas.

Si del reino vegetal pasamos al animal, las industrias se multiplican. En esta parte el espíritu proteccionista tiene que cortar abusos y que colocar consejos y leyes: la raza animal está maltratada, porque está completamente desconocida. Frente á frente del animal, el hombre es un ignorante; apenas sabe que hacer de él; y como cuando no se ocurre el uso se cáe en el abuso, el hombre que no yé en el animal un compañero, entra en el antojo de ser un señor; y cuando no sabe las ventajas que puede sacar del imperio que acaba de adjudicarse, desciende al límite de trocar al auxiliar en instrumento para su deleite, límite que le conduce á la más cruel é imprudente de las tiranías.

Las bárbaras hecatombes taurinas, hípicas, gallísticas, y colombínas, los malos tratamientos que hacen de la domesticidad una especie de feudalismo zoológico bárbaro é inhumano, las ferocidades de la caza mayor, las intemperancias repugnantes del tiro de aves y de la pesca con redes, el merodéo en los tiempos de veda, las ignorancias de la persecución intempestiva y de los daños dependientes de los medios empleados, y la multitud de pasiones groseras y gustos ó hábitos duros y destemplados que se ponen en juego al entrar en relación con los animales de todo género, obligan á las Sociedades Protectoras á abrir cátedras, á pedir leyes, á publicar libros, á lanzar anatemas y romper lanzas con agrupaciones é individualidades más ó ménos respetables é imponentes, á correr riesgos de varias clases y á mantener activos en las primeras filas sus más hábiles, ilustrados y esforzados campeones.

Es preciso enseñar al país el tesoro que arrastran sus ganados por los campos; la riqueza y el orgullo que hemos de fundar en las excelencias privilegiadísimas de

nuestras especies indígenas: la multitud de aprovechamientos, más ó ménos útiles y elevados, que tienen los instintos, las propiedades y los resíduos de los animales; el sinnúmero de transformaciones que pueden sufrir, desde la piel al intestino y desde la pezuña al cuerno, esas pacientes víctimas del hombre; los usos multiplicadísimos á que pueden adaptarse los alientos de su vida y los despojos de sus cadáveres; la conveniencia clarísima de cuidarles y defenderles, de templar el ejercicio de sus fuerzas, nutrirlos con prodigalidad y halagarlos como amigos leales, defensores celosos, mantenedores de nuestra paz y nuestra independencia, trabajadores incansables y utilísimos, fundamento en muchos casos de nuestra vida económica y de nuestra posición social y ejemplos casi todos de admirables cualidades que, si bien en ellos son instintivas, copiadas por nosotros se convierten en virtudes.

Y tambien los animales ofrecen materia para industrias amenas é instructivas: los jardines zoológicos, las granjas y colonias, los *acuariums*, la cria de aves canoras, los cruzamientos de razas y la multiplicación de las especies; las variedades raras adaptables á ciertos usos como el caballo de carga, de carrera, de salto, de tiro, de viaje, de paseo, etc., el perro de presa, de ganado, de caza, el ratero, el de cortijo, el de Terranova, el de paseo y estrado ó sea de lujo, el buey, el mulo y la mula, la paloma correo, y hasta el toro de plaza, el alcón, el hurón, y el reclamo que el hombre usa para sus traiciones, sus daños y sus divertimientos más inhumanos, determinan una multitud de industrias que escojidas, reglamentadas y bien dirijidas, dan idea de los beneficios que España pueda obtener del protectorado animal.

Pasando al concepto científico, la idea Protectora ofrece nuevos elementos á una multitud de ciencias hoy imperfectas ó totalmente desdeñadas en nuestra patria, donde

parece que no hay tiempo para el estudio, donde pudiera creerse que no hay empeño por saber y en la que el amor propio y el espíritu de españolismo, tan portentosos en otras esferas, se encuentran avenidos con marchar á la zaga del carro triunfal de la civilización europea.

Á más del sentido moral y religioso que ya hemos descubierto en la idea Protectora, hay ciencias que la llevan en su seno y que habrán de ser importadas en nuestra Península el dia en que aquella idea se hunda en los ánimos. Cortejo admirabilísimo de todo principio verdadero y transcendencia majestuosa del espíritu proteccionista. Don expléndido y premio dignísimo con que este espíritu pagará el hospedage que se ha procurado á sí mismo hoy en nuestra patria.

No ya la Historia natural, en las varias ramas en que de antiguo aparece dividida, no ya la Física y la Química por cuanto de ellas depende, sino las ciencias antropológicas, empezando por la Biología y la Psicología y acabando por los conocimientos sociales del Derecho, la Administración y la Economía, recibirán auxilios preciosos del proteccionismo.

Un más alto concepto de lo que es la vida, en tanto que por una parte modificará nuestras relaciones con los séres que la poseen en diferentes grados, por otro nos abrirá paso para aquellas ciencias que la defienden ó la aseguran, como son las ciencias médicas, especialmente en sus ramos de Patología, Terapéutica é Higiene.

Un más detenido estudio de los instintos, aptitudes, facultades y destino de los animales, nos llevará á la ciencia Psicológica, que tan numerosas y sorprendentes analogías ofrece con el animismo animal y que en el órden de sus relaciones con el organismo nos invita al estudio de la Antropología como ciencia de interés superior y más acabada, en que se dá el espíritu humano en el conjunto

de sus bellas armonías con el cuerpo organizado y vivo.

Y pasando luego el hombre por la idea moral de sus deberes para con la Naturaleza, á la necesidad de establecer sus relaciones con ella y de marcar la extensión é índole de sus derechos, llegará á la codificación para completarla y darle mayor justicia, pasará á fijar las facultades que al hombre corresponden sobre sus animales y sus fundos, sus frutos y los productos de sus industrias; pasará á regular y atemperar á condiciones de equidad y prudencia los impuestos y gabelas, con cuantas exijencias é imposiciones reclama la administración, enseñará al hombre la más acertada conducta como industrial y empresario, como trabajador y capitalista, y concluirá por ilustrar á los pueblos acerca de la producción, del empleo de la riqueza agrícola é industrial de la organización del trabajo y del destino futuro del proletariado, problemas todos de palpitante interés y de pavorosa resolución en los tiempos actuales.

Por este camino la idea Protectora penetra en la política y llega á intervenir en la acción de los gobiernos; su espíritu liberal, que ya se ha podido descubrir en la solución que dá á los anteriores problemas, se filtra en los ánimos para determinar una dirección hácia la mancomunidad humana, hácia la igualdad social relativa, hácia el progreso científico y artístico, hácia la fraternidad moral, hácia la solidaridad general en la vida terrestre, hácia el amor al deber, el respeto á la ley, la subordinación á las autoridades ilustradas, justas y tutelares, y los fines múltiples, en fin, de la civilización y del progreso, conseguidos por la ilustración, la laboriosidad, el bienestar y las virtudes.

Concluyamos, pues, que esas falanges que hoy se organizan bajo el benéfico pabellón de la idea protectora, acrecentadas y fortalecidas con el tiempo y la fé, se dise-

minarán por España para hacer fructificar tan pasmosa semilla, abrirán los raudales salutíferos y copiosos que guardan en su seno las modestas asociaciones fundadas hoy en Cádiz, Madrid, Barcelona, Sevilla y Soria y lavarán con ellos esas manchas, pocas en verdad pero lamentables siempre, que afean nuestras costumbres y debilitan las irradiaciones de nuestra brillante historia, fundando nuestra vida privada y pública sobre más anchas, sólidas y preciosas bases.

Si á tamaña obra pudiera contribuir de algun modo este rapidísimo é imperfecto historiado, nuevo título de satisfacción sería este para la Sociedad Protectora Barcelonesa de los Animales y las Plantas que lo ha provocado, y á la que tengo el honor de dedicarlo.

IV

LAS VIVISECCIONES.

El amor á la ciencia ha arrastrado al hombre á extremos lamentables; que no hay dirección severa, marcha imponente ni sentido sagrado, que no tuerza el delirio humano hasta conducirle á los abismos del abuso y la sinrazón. La invención de la riqueza llevó á los alquimistas á mil ridiculeces y asquerosidades; las investigaciones judiciarias á la iniquidad y la barbarie: los estudios sobre la vida debian conducirle á la crueldad y la muerte.

Vayamos despacio para probarlo.

Tratóse de averiguar dónde radicaban las fuentes de la vida y los manantiales abundantísimos de las enfermedades, y la Anatomía y la Fisiología, juzgando que sin duda eran estériles los análisis hechos sobre el cadáver, pusieron bajo sus escalpelos al sér vivo y sano, y se prepararon para contar los latidos de su agonía y para permanecer impávidas ante los últimos estremecimientos de las fibras animadas.

Hé aquí el orígen de las *vivisecciones*.

Llámanse así unas experiencias practicadas sobre animales vivos (el hombre no se atrevió por el pronto al sacrificio de su hermano), que consisten en modificar ó en

separar ciertas partes de la máquina animal viva, con el fin de darse cuenta exacta de sus usos, su utilidad y sus circunstancias normales y anormales.

No basta conocer anatómicamente la extructura, forma, composición y disposición de las partes más escondidas y misteriosas del organismo; es preciso darse cuenta fisiológicamente de su modo de funcionar, de las relaciones vitales de cada víscera con las demás, ó sea de su participación en el movimiento vital y en la economía activa del sér que alienta: y claro está que estas observaciones, sin las cuales no hay Anatomía perfecta ni Fisiología posible, ni por tanto Medicina acertada, no pueden hacerse sobre cuerpos muertos.

Para conocer la vida es preciso dar la muerte: sólo así se podrá luchar con la muerte, porque se han descubierto los secretos de la vida. Si es uno el mecanismo, si son unos mismos los resortes del vivir y el morir, menester es ver á muchos espirar para salvar á otros muchos. ¡Ley terrible esta vez la de las compensaciones; más terrible quizá por haber caido en poder del hombre parapetado (y no lo necesita por desgracia) tras del escudo de la ciencia, é insensibilizado con la vista de la sangre derramada en las aras de ese Moloch del pensamiento!

Cuando dió en decirse que la inteligencia humana era reflejo de la divina, ya se estuvo cerca de la consagración del pensamiento; y desde el instante en que el pensamiento fué Dios, ya se juzgó posible, preciso á veces, rendirle el bárbaro tributo de una agonía. Tal vez pensó el hombre disculpar la voracidad que se le despertó á la vista de la Naturaleza, suponiendo que la divinidad era igualmente devoradora; y tal vez, mientras propendía el *Rey de la Creación* á comerse sus vasallos, pensó tambien en invitar al banquete á los dioses de su cielo, y por eso les puso á las plantas la horrible vianda de palpitantes entrañas re-

gadas con la humeante salsa de la sangre inocente.

Despues de haber hecho víctimas la religión, no es extraño que tambien las haya hecho la ciencia: el hombre mata hasta cuando reza, hasta cuando piensa: desde que la ignorancia dá entrada al fanatismo, el culto religioso se mancha con sangre; y desde que la sabiduría humana apaga la sensibilidad, la mano empuña el cuchillo.

Tenemos, pues, al vivisector, tan ilustrado como impasible, tan pensador como inhumano.

Considerada, por tanto, la vivisección como procedimiento analítico ó método de observación que se ejercita sobre el sér vivo, es susceptible de varios grados sucesivos; porque puede operarse sobre los aparatos orgánicos, sobre los órganos mismos, ya sobre los tejidos, ya sobre los elementos histológicos. En todo caso consiste ó se compone de mutilaciones, incisiones, excisiones, ablaciones, inyecciones, cortaduras, etc., hechas por medio de instrumentos diversos y con el fin de penetrar en los escondidos y admirables mecanismos de la vida.

Toda una carnicería hecha imperturbablemente sobre órganos exhuberantes de vida y doblemente sensibilizados por el dolor y la vitalidad. La autopsia interrumpe ese hondo y lento luchar de la enfermedad contra la Naturaleza, intercala un nuevo martirio entre las penosas palpitaciones de la muerte, una lesión material cruenta al lado de la secreta y profunda del agente morboso: es la mano que hasta cuando quiere curar lastima y hasta cuando se propone combatir en pro de la Naturaleza viva y sana, parece feroz auxiliar del espíritu de la destrucción.

*
* *

Las vivisecciones son muy antiguas. No ha habido época en que el hombre no haya sido cruel, y en este punto, mientras más retrocedamos en los tiempos, más nos acer-

camos á su inhumanidad y á su rudeza. Un pretexto, un pretexto no más, y el hombre hiere: una ocasión, una ocasión cualquiera, y una vez encontrada, el hombre derramará toda la sangre que pueda.

Cuéntase que en Persia entregaban sus reyes los reos de muerte á los médicos para que hiciesen en ellos las operaciones que juzgáran útiles á su ciencia, y téngase entendido que en Persia la pena capital no era cosa rara; de manera que los anatómicos no carecieron seguramente de abundante materia viva para su horrible experimentación.

Galeno asegura que Atalo III Philométor, que reinaba en Pérgamo allá por el año 137 antes de Jesucristo, ensayaba los venenos en criminales sentenciados á la última pena: y Celso recuerda, y hasta sanciona, las vivisecciones que practicaban sobre tales infelices Heróphilo y Erasístrato, con expreso consentimiento de los Ptolomeos; porque, segun nos asegura aquél, *no hay crueldad alguna en hacer sufrir ciertos tormentos á los culpables, cuando sus suplicios han de ser provechosos para tantos inocentes en el curso de los siglos.*

La criminalidad, facilitando las ocasiones y los pretextos para la crueldad, no es cosa extraña; porque supuesto que el delito borra la personalidad y hace al hombre inferior á la bestia en el concepto de viejos criminalistas, es natural y hasta de ingeniosa aplicación, que se trate á los delincuentes como á instrumentos para la observación científica y como á máquinas para los sublimes egoismos del bien material y el provecho de los varones socialmente honrados y justos. Despues de todo, valía más hacer al reo víctima de la ciencia que de la vindicta y sacrificarle en nombre de la humanidad y no á impulsos del rencor.

Cuéntase tambien, entre las vivisecciones humanas, la de Fallopio, profesor anatómico de Pisa, á quien el Gran

Duque de Toscana remitió un criminal para que hiciese sobre él cuantas experimentaciones quisiera, hasta hacerle morir, si necesario fuese, y disecarle luego. Fallopio hizo buen uso de esta ciencia, porque aquel desventurado, acometido de una fiebre cuaternaria, sufrió los ensayos del ópio y murió sin haber ofrecido las enseñanzas que produce el efecto de este tóxico sobre los paroxismos, á la segunda toma de dos granos que le administró el famoso médico durante la intermitencia.

En cambio, un arquero de Mendon que habia sufrido el mal de piedra, condenado despues á muerte, fué entregado á los médicos, que practicaron en él algunas operaciones como sobre cuerpo muerto, de las cuales curó sin embargo y pudo rescatar vida y salud, aunque á tan duro precio.

*
* *

De la piadosa traslación de las vivisecciones del cuerpo humano á los de los animales, puede considerarse como inventor á Galeno. Lechones y monos fueron las primeras víctimas cuyo sacrificio realizó é impuso, describiendo los procedimientos y útiles necesarios para tales experiencias. Sin embargo, Galeno, por su parte, no practicó otras operaciones que las llamadas *perturbadoras*, las cuales consistían en herir, destruir ó arrebatar una parte del organismo, con el fin de juzgar de su uso é importancia por la alteración que su falta introducía en la vida orgánica. Así estudió este célebre médico los efectos que ocasionaba la destrucción de la médula espinal, los de la perforación del pecho, ejecutada en un lado ó en ámbos á la vez, y los de la sección de los nervios, las arterias, etc.

Tras de Galeno, una multitud de anatomistas han consumado vivisecciones: Graaf, Harvey, Aselli, Peequet,

Haller y Bichat, y en nuestros dias Magendie, Flourens, Claudio Bernard, y otros muchos, han conseguido que la vivisección forme parte de la Fisiología y de la Medicina en Francia, como un procedimiento ya habitual é indispensable.

Esto no obstánte, ayer, como hoy y en todos tiempos, las vivisecciones han encontrado muy encarnizados impugnadores, quienes las han presentado, ya como una inmoralidad repugnante contra la Naturaleza, ya como una superficialidad inhumana para la ciencia.

En 1841, Mr. de Magendie vió un dia entrar en su casa un hombre alto, seco, anciano, de venerable aspecto, vestido de negro, y encasquetado el sombrero de anchas alas: era un cuákero.

—«Deseo hablar con Mr. de Magendie, dijo al entrar.

—Yo soy: respondió el vivisector.

—Había oido hablar de tí,—añadió entonces el intruso, —y veo que no se me ha engañado, cuando se me ha dicho que hacías experimentos sobre animales vivos. Vengo, pues, á verte, para que me digas con qué derecho haces eso, y para intimarte que ceses en ese género de experiencias, porque ni tienes autoridad para matar á los animales de esa suerte, ni áun para hacerlos sufrir de tal modo, y porque das un funesto ejemplo á tus semejantes, á los que imprimes hábitos de crueldad.

Mr. de Magendie respondió tranquilamente al cuákero:

—Es preciso colocarse bajo otro punto de vista muy diverso, para juzgar mis experiencias sobre los animales vivos. Ciertamente que si ellas no tuvieran por objeto y por resultado el bien de la humanidad, podrían ser tachadas de crueles; pero el fisiólogo que se siente movido por la idea de llegar á un descubrimiento útil á sus semejantes, no merece en modo alguno ese reproche. Vuestro com-

patriota Harvey no habría llegado á descubrir la circulación de la sangre, si no hubiese hecho sus experimentos sobre los ciervos del rey Cárlos I. ¿Y quién osará negar que ese descubrimiento ha redundado en el mayor servicio de la humanidad? Más bien entiendo yo que debiera condenarse la caza.....

—¡Oh! ciertamente,—interrumpió el cuákero:—yo condeno la guerra y la caza no ménos que las experiencias sobre animales vivos. En todos esos casos se arroga el hombre derechos que no tiene, y héme aquí recorriendo el mundo para hacer desaparecer de él esos tres horribles abusos: guerra, caza y vivisección.»

Sábese que ni el sabio ni el zoófilo llegaron á entenderse. Hé aquí una de las ocasiones en que la ciencia y la virtud chocan y se repelen; y es, que cuando la caridad habla á la sabiduría con tapones en los oidos, no puede insinuarse ni conmover el espíritu, y Mr. de Magendie tenía las orejas obturadas por el egoismo y el orgullo científicos, los cuales sugirieron en su conciencia ese sofisma moral, que Claudio Bernard acaba de formular claramente en la siguiente frase:

«La intención es la que presta á los hechos en la ciencia su valor y su significación. Lo mismo sucede en moral y en todas las demás cosas. Hechos materialmente idénticos, pueden tener en moral una significación opuesta, segun las ideas á que se refieren. El cobarde asesino, el héroe y el guerrero, clavan igualmente el puñal en el pecho de sus semejantes: ¿qué es lo que les distingue, sino la intención que les guía el brazo? El cirujano, el fisiologista y Nerón, practican asimismo mutilaciones sobre séres vivos: ¿qué es lo que les distingue aùn, sino la idea?»

*
* *

La intención es lo que debe ser atendido en moral...

ciertamente; pero no compare el Sr. Bernard; porque sólo dentro de un cierto órden de aberraciones, no ménos crueles por ser frecuentes, ni ménos censurables por estar generalizadas y como diluidas en nuestra actual civilización, pudiera tener algunos visos de razón el célebre fisiologista.

El asesino, el héroe y el guerrero, van guiados seguramente por diverso propósito; pero sobre ser siempre la intención equivocada, los tres convienen en ser homicidas. El asesino es un loco de demencia sanguinaria que con la educación se cura: el héroe es un monomaniaco que cede á una idea tan peligrosa por lo terca, como funesta por lo errónea; la ilustración acabaría asimismo con el heroismo homicida: y el guerrero es un resto de antiguas barbaries y un signo de actual decadencia y de imperfección social, que desaparecerá cuando la moral y el sentido comun truequen las falanges armadas por ejércitos industriales, y cuando curada la sociedad de sus equivocaciones y torpezas, la política propenda á la justicia, la religión al amor y la conducta humana al deber y la virtud.

La intención puede alegarse, cuando no se padece de alucinaciones ni de errores; mas así como no han de merecer crédito las visiones de un calenturiento, tampoco han de tomarse por regla de moralidad los propósitos dictados por un juicio enfermo ó por una conciencia formada con los escombros de viejas tradiciones y los groseros resíduos de una creencia imperfecta y apasionada.

La Moral, como la Religión, *non judicat de internis* sin duda, porque con la más pura de las intenciones, aún cabe que se adopten sendas, procedimientos y direcciones torcidos y lamentables. El fin no justifica los medios, aunque lo diga, con otros muchos, el Sr. Bernard, y éste lo diga en provecho de la ciencia.

Asimismo la segunda comparación del famoso anatómico, es desgraciada: Nerón no fué un vivisector; Nerón fué un mónstruo; un parricida tres veces, un asesino, un verdugo: no hay manera de compararle con el disector fisiólogo.

El cirujano tampoco viviseca: antes bien, amputa, segrega y arrebata lo dañado para conservar lo sano: es un defensor de la vida, un *matador de lo muerto*; no impone sufrimientos á los séres sanos, ni mata á los vivos, ni estorba las funciones regulares y perfectas de los que se hallan en estado de salud. El cirujano, viene, sin duda, á aplicar sobre el paciente humano los conocimientos adquiridos sobre el animal sacrificado, pero no viene á vivisecar.

Es innegable que el vivisector lleva su curiosidad hasta un límite repugnante; le arrastra la necesidad, sea; le guía un buen propósito, bien está; pero es lo cierto, que el ánsia de escudriñar le hace insensible y cruel; porque se pone á espurgar entre sangre, sin reparar en que aquellas entrañas vibran con el estertor de la muerte. El vivisector es una estátua de bronce, con un cerébro ávido, un rayo de luz en los ojos y una cuchilla en la mano.

*
* *

Sin embargo; los que niegan en absoluto la utilidad científica de las vivisecciones, se engañan; como tambien los que la atacan tercamente en nombre de la moral natural. Ni la ignorancia de aquéllos, ni el sentimentalismo de éstos pueden contener á los vivisectores.

Nuestras limitaciones de todo género, y muy especialmente nuestras imperfecciones materiales, exijen el sacrificio de los animales para la conservación de nuestra vida y para la extirpación de nuestras enfermedades. Las condiciones á que se encuentra sometido el pensamiento

investigador durante su permanencia en la tierra, le obligan á rasgar los organismos para palpar su mecánica interior, para ver la extructura de sus partes, para escribir las armonías de la vida oculta, para contar los estremecimientos y examinar los estragos que hacen las lesiones y enfermedades. El sentimiento tiene que pasar por esta prueba: por eso se declara el pensamiento impasible; por eso se exije la imperturbabilidad de los cálculos, la serenidad de las reflexiones, la independencia de los sentidos respecto de toda cosa que produzca apasionamiento, admiración ó interés sensible.

Frio el pensamiento, fija la vista y sereno el pulso: esto es, mudo el corazón, clara la mirada, ilustrado el entendimiento; todo lo más, delicada la mano; pero no para lastimar, sino para no errar la dirección y herir el órgano que debe ser sorprendido en sus funciones.

No puede negarse que el vivisector debe ser una persona instruida; no uno cualquiera que se resguarde tras el sagrado baluarte de la ciencia para satisfacer su barbarie y sus instintos carniceros, sino un profundo anatómico y un corazón sensible que recurre á tal extremo como único medio que puede llevarle á la solución de problemas tan interesantes como los que se enlazan con los principios de las ciencias antropológicas y con los hechos de la profesión médica y del patologismo humano.

Compréndese fácilmente que cuando se trata de cortar un nervio, de ligar una arteria ó de inyectar un vaso, es absolutamente indispensable conocer las disposiciones anatómicas de las partes sobre que se opera; y que cuando se trata de hacer un daño y determinar un sufrimiento, hay que lamentar, á fuer de racionales y de sensibles, el estado imperfectísimo de una ciencia y la condición limitadísima de unos medios que obligan á tan discretas observaciones y á tan violentas prácticas sobre

unos séres indefensos y fatalmente colocados al alcance y bajo el imperio del hombre.

Por otra parte, no todas las experiencias pueden hacerse en cualquiera especie de animales: hay algunas que serían imposibles en ciertos indivíduos y que exijen una elección inteligente de aquellos sugetos que mejor ofrecen la disposición especial anatómica que ofrezca un éxito feliz para la vivisección. Además, estas mismas particulares disposiciones anatómicas presentan á veces anomalías que es preciso conocer, así como tambien las diferencias que tiene un animal respecto de otro, y un grupo respecto de otro grupo.

Sólo así los resultados de los experimentos llevados á cabo sobre animales, pueden ser de fecunda aplicación y utilidad para el hombre, supuesto que las propiedades fundamentales de los tejidos sean las mismas en éste que en aquéllos. No puede negarse que se engañan cuantos pretenden que las conclusiones de las experiencias fisiológicas practicadas sobre animales no son aplicables á la especie humana, y que, por lo tanto, es perfectamente ilusoria la Fisiología experimental, deducida del estudio de la economía animal.

Huyeron, por fortuna, aquellos tiempos en que la Medicina, como fuente de enormidades ocultas, suministraba argumentos para las tragedias del teatro, y como autora de dramas misteriosos y espeluznantes, prestaba asuntos para esas novelas de un espantoso romanticismo, que á veces hubieron de desenlazar los tribunales de justicia. Tambien se ha desvanecido, aventadas por los vientos de las modernas ideas acerca de la fraternidad universal, de la solidaridad general y de los deberes humanos, aquellas horribles prácticas fundadas en el absolutismo del tirano y en la servidumbre bestial de la pena; y hoy las viviseccio-nes, apoyadas en la dependencia zoólogica y en la ley de

la subordinación de las especies, han entrado de lleno y al claro dia en la práctica fisiológica.

La animalidad inferior ha redimido á la superior y ha franqueado á la ciencia las puertas de los laboratorios: la identidad de los elementos esenciales de la vida orgánica en los animales y el hombre, ha redundado en provecho de la libertad científica; y hé aquí que las vivisecciones constituyen uno de los medios más preciosos y frecuentes de estudio. La rana, el ratón, el conejo y el perro, son los principales sugetos de la experimentación: y hay que confesar que cuando las operaciones han de ser largas y penosas, y el paciente es el perro ó el conejo, la piedad científica acude al cloroformo que sustrae las víctimas al dolor. Claro está que esto no puede hacerse cuando se investiga sobre el sistema nervioso.

Desgraciadamente, en el estado actual de la ciencia, los progresos de la Fisiología están enlazados con el empleo de las vivisecciones: renunciar á ellas sería condenar la ciencia á un eterno *statu quo*: y como además no puede haber ley en Patología si reinan las sombras en Fisiología, ni la Medicina operatoria puede perfeccionarse sino en tanto se conozca mejor el mecanismo de las funciones y la acción interna de las sustancias medicamentosas, no hay más remedio que confesar la necesidad é importancia de las vivisecciones, no solamente bajo el punto de vista especulativo y teórico, sino bajo el de las aplicaciones más urgentes que se hace de ellas en el arte de curar.

*
* *

¿Qué les queda que hacer á los filósofos moralistas, á las Sociedades Protectoras de los Animales y á las Asociaciones anti-vivisectoras? Impedir el abuso, predicar contra la exageración, encomendar la prudencia, pedir la reglamentación de su derecho, muy difícil de ejercitar por el

peligro de las extralimitaciones, la exposición de la esterilidad del sufrimiento, las osadías de la ignorancia y la vanidad, las torpezas de la presunción y la petulancia y hasta las crueldades inútiles de los corazones, que el hábito, la educación ó el temperamento han hecho desgraciadamente insensibles.

Arrebatar las vivisecciones de las manos de una adolescencia helada y atrevida y áun de una juventud presuntuosa é indocta; rescatar á esos infelices séres amenazados de caer bajo el escapelo del inhábil, del meramente curioso, del imitador que se divierte ó del que busca nécio la fama de una gacetilla y se propone vanidoso no más que proporcionar pretexto para el pueril é imprudente elogio de un amigo periodista; cuidar, en fin, de evitar, hasta donde es posible, que se consumen ciertas crueldades inùtiles ó recargadas de un cierto lujo de daño y dolor, ni áun por las llamadas eminencias y celebridades científicas, no olvidando que áun suele la Medicina resentirse en algunos espíritus autoritarios de aquel carácter misterioso y sibilítico que tuvo en la India y el Egipto y que es posible encubrir ciertas enormidades con el sagrado escudo de la ciencia y apelar á esas frases pomposas y huecas que se dicen propias de un sacerdocio augusto, casi divino, colocado fuera de la intelectualidad comun humana, para recabar una libertad de acción y unos derechos ilimitados, tan contrarios á la moral como á la justicia y tan impropios del progreso como de la civilización moderna.

Hecho esto, convencida la razón de que las vivisecciones son una necesidad, no habrá más remedio que exclamar, aunque con pena:

—«Por más de que la ciencia aparezca ensangrentada, paso, paso á la ciencia!»—

EL ARTE EN LA VIDA.

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES.

SESIÓN PÚBLICA DE NOVIEMBRE EN 1876.

EL ARTE EN LA VIDA.

Señores:

El hombre ha descansado siempre de sus trabajos y pesares en los brazos del arte: la cabeza reposa en el corazón; la idea en el sentimiento. Este descanso no implica la base de la vida, sino el placer y el regalo: no es luz lo que busca el hombre fatigado, sino calor la que reclama el espíritu, helado por la ingratitud ó aterido por el dolor.

Cansado de sus faenas agrícolas, llegaba á la melancólica luz del crepúsculo de la tarde el fatigado pastor á las puertas de su cabaña; rodeábale la amistad, tal vez le sonreía el amor, tomaba la fláuta y cantaba; á su compás bailaban las zagalas: el alma reposaba en el sueño del placer, y luego iba el cuerpo á sepultarse en las encantadas regiones del sueño, ese otro elemento de reposo para los miembros; se duerme bien con el alma alegre.

Más lejos, el soldado rendido del combate, húmeda la armadura con el sudor y la sangre, entraba al declinar del dia bajo las lonas de su tienda de campaña, lanzaba al escudero la mellada hacha ó la ensangrentada lanza, y trocando la pluma por la espada, componía sobre el tambor el himno bélico que había de entusiasmar á los soldados al siguiente dia, ó dibujaba en inmortales versos la terrible escena del dia que acababa.

En otros tiempos el hombre, abrumado de dolores, tareas ó profundos cálculos, abandonaba la incesante lucha el dia de fiesta y, tomando sus pinceles, corría al campo para empaparlos en los colores de la naturaleza. El mundo físico brotaba en el lienzo al mágico contacto de aquellos pinceles que, animados por la fantasía, poblaban y repoblaban mares y fuentes, bosques y grutas, aires y aguas, de ninfas y mónstruos, fáunos y sátiros, céfiros y náyades.

Otras veces, codicioso de las bellezas divinas regadas por el mundo, ha pensado en perpetuarlas á su alrededor, como sepultándose en ellas; y entonces ha hecho del bosque de palmeras la catedral gótica, y del florido prado el jardin palaciego, y del fresco manantial el soñoliento surtidor, y de la cóncava gruta la redonda bóveda, y de los caprichosos témpanos del Polo el suntuoso alcázar, y de la pesada montaña la tumba piramidal.

Fatigado de la copia ó profeta de un nuevo mundo, el artista ha abandonado la realidad luego, para correr tras lo ideal: y la mente, alumbrada con nuevos fulgores, y el corazón, encendido con más vivas llamas, han venido á buscar el placer lejos de la imitación y en el recinto maravilloso de la invención y la novedad. Entonces el realismo ha reposado en el seno de la idea: la historia en el fondo de la mente; la verdad amarga entre los pliegues de la dulce mentira. La vigília del espíritu ha buscado el sueño del arte, como la realidad del dolor y del trabajo busca el dormitar del placer y de la ilusión.

La catedral se ahonda, se agranda, se decora como para recibir la idealidad; se esmalta con luces filtradas por vidrios de color; se la presta más voz en su órgano; se clava una virtud en cada altar; se encarna una autoridad en cada sacerdote; se esconde un pensamiento en cada símbolo y un propósito en cada rito.

El vergel se riega de poesía; allí el bosquecillo para la meditación; acullá la gruta para el estudio; más allá el prado para el recreo y no lejos el lago para la melancolía; á un lado el frondoso cenador, cuna dulcísima de los amores; á otro la cabaña rústica que habla al corazón el inocente lenguaje de los sencillos pastores; de una parte el invernáculo que trae á la mente el pensamiento de una ciencia; de la otra la ruina que evoca recuerdos de un pasado ó la ermita que despierta sentimientos de una religión.

La fuente asimismo se enriquece, convirtiéndose en ancha taza de pórfido en que se deslíe al caer el sonoro raudal de brillantes perlas, y en su torno se agrupan ó en su cristal se miran, graciosas ninfas con carnes de piedra, pero labios incitantes. La honda bóveda se cubre de figuras que, en atrevido escorzo, parece que reposan sobre nubes ó que vuelan en un cielo diáfano fingido sobre la dura roca.

El suntuoso alcázar realza sus pórticos con delgadas columnas que semejan palmas gallardas; guarnece sus frisos con frutos de un otoño sin fin y flores de una eterna primavera, y tapiza sus paredes con lindos frescos que parecen ventanas por donde se divisan pintorescas escenas de un país encantado, en tanto que la techumbre resplandece y se esmalta con rica pedrería clavada contra el artesonado por el poder de una maga.

El sepulcro, en fin, impotente para expresar la idea de la inmortalidad que, no cabiendo en el mundo, apenas puede contenerse en una tumba, se santifica y se impone en el mármol duro y en el bronce inflexible, y se embalsama con el sentimiento religioso que vaga en su atmósfera, como incienso que disimula los fétidos vapores de la corrupción y la muerte.

Todo se ilumina y se colora, y se reanima y se en-

grandece, al poderoso aliento de la idea. La misma humanidad se dignifica y embellece con el soplo mágico de la poesía. En la mente se levantan tambien, para habitar en ese mundo del alma soñadora, unos héroes más grandes, unos talentos más gigantes, unas virtudes más santas y unas conciencias más bellas. La amistad no es hipócrita, el amor no es infiel, el corazón no es interesado, ni falaz el labio, ni punzante la lengua. Lejos del cálculo matemático que enfría demasiado, y de las pasiones políticas que, por el contrario, abrasan, el arte se cierne con su puro ideal en un cielo sereno y resplandeciente, sin mancharse con el fango del interés, ni con el llanto de la ingratitud, ni con la sangre de las batallas. Ansioso de la paz y necesitado de la seguridad y de la ventura, huye espantado ó se esconde dolorido ante una fórmula mercantil ó una proclama revolucionaria. El sonido del oro le repugna y el fragor del combate le amedrenta. El arte habita en el vergel de la generosidad, donde germinan las flores de las dichas populares. Un artista mercantil, es un contrasentido: si es artista, no puede ser especulador; si es comerciante, no es artista; el producto del arte, ni se compra ni se vende; el artista le tasa en tanto, ó en más, que á su vida, y el rico no tiene en su gaveta oro bastante para pagar la inspiración y el génio.

Un artista guerrero es un absurdo: el soldado es la expresión de la muerte y el artista de la creación; aquel simboliza la obra humana y este la divina: Dios y el hombre no pueden conciliarse en la revuelta palestra de la estruendosa batalla, pero sí en el apacible campo del arte creador. De crear un cuadro á crear un mundo, hay un infinito de distancia; más á través de ese infinito, se encuentran, se rozan, se besan, el espíritu divino y el alma humana, en el misterioso fondo de un principio de belleza ó de un prodigio de arte.

Todo artista inspirado ha gustado de los raudales de la belleza infinita; para esto ha sido preciso que su alma vuele hasta Dios: todo artista de génio obra *divinamente;* esto es, expresa de algun modo un pensamiento revelado; para esto ha sido necesario que Dios descienda hasta su espíritu.

El arte es celestial en su orígen, y revela á Dios en sus manifestaciones. Por eso el hombre, que necesita olvidar el mundo, se entrega al arte; por eso el que busca una tregua para las luchas de la vida, reposa en la belleza.

Otro encanto halla el hombre en los senos del arte; al lado del pensamiento de Dios, encuentra el alma de la mujer; en el fondo de la delicia ideal que busca, tropieza con el corazón de la mujer que necesita.

Perfectamente simpática el alma femenina con la suavidad aromática del sentimiento y la grandeza dulcísima de las ideas, que cuajan como perlas bajo el transparente y acariciador oleaje de ese piélago inmenso de la belleza infinita, y sedienta, aun más que el alma del hombre, de sus purísimos raudales, el alma de la mujer vá delante, resbalando por esa dorada cadena que liga al cielo con la tierra, á vagar por la anchurosa esfera de la idealidad; y allí un dia, un momento, el dia del reposo, en el momento de la inspiración, la encuentra el espíritu soñador del poéta. Entonces el arte armoniza á la humanidad, funde los sexos y realiza el destino de esas dos mitades de una misma unidad, de esas dos especies de un solo género. Como de un Dios ante el altar sublime, la mente masculina y el corazón femenino se enlazan estrechamente dentro de un pensamiento de ideal poesía, se deshacen y mezclan dentro de una llama ardiente de belleza y descienden unidos á la tierra para expresarse lo sentido y lo concebido, realizando el uno para el otro su pasmosa obra de arte.

Allí el poeta halla sus vírgenes, sus matronas, y sus heroinas, al par que el hombre encuentra sus amadas, su esposa y su madre; allí la artista encuentra sus donceles, sus guerreros y sus varones, mientras que la mujer encuentra sus amantes, su marido y su padre. Allí aquel concibe castidad para las doncellas, fidelidad para las casadas, austeridad para las viudas, amor para su elegida, honor para su compañera, santidad para su madre; allí al mismo tiempo ella descubre gallardía para sus caballeros, intrepidez para sus héroes, prudencia para sus ancianos, lealtad para sus galanes, honradez para su marido y respetabilidad para su padre.

El arte produce un culto, el culto de las grandes virtudes: los dos sexos, al aproximarse, se examinan y se hallan radiantes de belleza y de poesía; y la mujer se apoya con fé en el hombre, y el hombre deposita en la mujer sus esperanzas; y así enlazadas vienen las almas á la tierra, y cree el hombre en la pureza de su amada, y confía en la honradez de su esposa, y se postra ante la virtud de su madre; y á su vez la mujer cuenta con la lealtad de su adorador, reposa en la integridad de su marido, y venera las nobles canas de su padre.

A través de estos sentimientos que el arte crea, desarrolla, fortalece y guarda, el mundo parece más bello, la humanidad más buena y la vida más aceptable. Á favor de estas creencias, el pecho se hace más leal, el juicio más generoso, la conciencia más pura; y con tal dignidad en el entendimiento y tal nobleza én el corazón, el labio es más sincero, el trato social más amable, el alma más compasiva, las relaciones se estrechan, los vínculos se aprietan, nacen nuevos lazos, blandos como el amor y seguros como la justicia, y la conducta humana, esa gran obra de arte que debe expresar toda la belleza del alma y toda la grandeza del destino, resulta

buena, verdadera y sublime. El hombre ha vivido vida honrada, magnífica y religiosa, y puede morir tranquilo: el arte le ha dado resuelto el problema de la existencia terrena.

Cuando el artista lleva el arte en el corazón y no en las manos, cuando lo ama por su belleza y no lo ejecuta por ambición; cuando lo cultiva seducido y no lo vende por la ganancia; el cuadro, la armonía, la escultura ó la epopeya, no son sino trozos de un poema real y vivo que realiza en su existencia. En su hogar hay escenas más bellas que las de sus lienzos; en su conducta, conciertos más melodiosos que los de sus óperas; en sus virtudes más rigidez y vigor que en sus estátuas; y en su vida más dignidad y nobleza que en sus cantos épicos. Asimismo la mujer que lleva en el pecho el sentimiento de lo bello y en la imaginación la poesía de lo ideal, produce con sus virtudes labores mil veces más preciosas que con sus dedos: borda la existencia de seductoras emociones, más brillantes y eficaces que la guirnalda de oro y sedas que teje entre las finas mallas de la batista y el terciopelo; matiza el hogar de colores más vivos y suaves que los que deslíe en sus paletas; deja caer sobre la cuna del ángel de su amor un raudal de armonías más tiernas y conmovedoras que las que desata de su garganta en el ostentoso teatro, y siembra la vida del esposo de su alma de flores más perfumadas y suaves que las que estampa en el papel en que deposita sus odas y sus idilios.

Es preciso cultivar el arte por amor y por vocación: es preciso conservar en él nuestra virtud, nuestro talento, nuestra religiosidad, si nos hemos de elevar con él y si hemos de expresarle luego de un modo á la vez digno de él y digno de nosotros. No hay arte sin inspiración. No hay inspiración sin contacto con Dios, y no hay influencia divina sin grandeza, dignidad y pureza en la vida. Si

la sabiduría es un sacerdocio, el arte es otro; porque para llegar al Cielo, hay abiertas dos vías; la del estudio y la del amor. Combinándolas, resulta el arte, sabio y amante á la vez; acertado y generoso; verdadero y bello. Búsquele el hombre por la contemplación de la idea, y búsquele la mujer por la intuición del sentimiento y, encontrándose allí, vengan ambos á realizarle unidos en la vida, con el alma empapada en fé, en religiosidad y en amor.

TRIBUTO Á FLORES ARENAS.

Octubre de 1877 y 1878.

I

UN PENSAMIENTO Y UNA LÁGRIMA. (1)

Qué mal, gaditanos, se discurre con llanto en los ojos! Quiere la palabra perseguir la idea por los senos del pensamiento, y el espíritu, retirado al corazón, parece que deja vacía la cabeza y paralizado el juicio. El velo de las lágrimas sólo puede servir de envoltura al sentimiento: el peso de la reflexión le rasga: la diafanidad del dolor se amolda mejor á sus delicados pliegues.

Y sin embargo, para discurrir es preciso pensar; es menester sofocar el grito de la pena, olvidarse del corazón en el momento en que brota de él un hirviente raudal de llanto; respirar en los instantes en que nos ahogan los vapores del dolor. ¡Si yo pudiera reducir mi emoción á los serenos límites de una sosegada melancolía! ¡Si yo pudiera hallar el curso de las ideas, aunque aparecieran inpregnadas en el amargo jugo de la tristeza!.....

Probemos.

No ha muerto; mi amigo, mi maestro, mi modelo, Flores Arenas, no ha muerto: este cadáver que vengo á dejar en el cementerio, es el de un sér que se ausenta; que se vá, pero que me espera; que no volverá, pero á quien iré á buscar mañana.

---

(1) Leido sobre la tumba del Excmo Sr. D. Francisco Flores Arenas, en nombre de la Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras.

Esa losa de mármol que vá á esconder su cuerpo á mis miradas, es la puerta de la vida: esa sombra negra á mis ojos é impenetrable á mi vista, que se me figura que vá á tragarle, es luz para mi creencia, consuelo para mi dolor, resplandor para su alma y eternidad para su vida; y ese triste epitafio que mañana escribirá un piadoso deber sobre su sepultura, es consoladora inscripción colocada sobre el pórtico del templo de su inmortalidad.

Vivir es soñar: yo sueño que veo un cadáver, en el instante en que el cadáver despierta á una gloriosa vigilia. Soñar con muertos es horrible pesadilla que hace llorar al corazón; pero en el instante en que el pensamiento mío, posándose sobre las alas de ese espíritu que renace, traspasa los dinteles del sueño, el alma sonríe; vé la verdad con la maravillosa intuición de la fé, y si torna luego á dormir, el letargo es más sosegado, los ojos se secan, una dulce sonrisa se dibuja en los labios y una esperanza magnífica y esplendente se aposenta en el pecho sobre los cimientos de tan dulce creencia.

Flores Arenas vive: me oye, me vé, me inspira: cada vez que mi recuerdo le evoque, vendrá á habitar en mi corazón; cada vez que mi boca le nombre, le traeré á habitar en vuestro pensamiento.

Y claro está que le evocaré y le nombraré muchas veces; porque su memoria y su asistencia han de hacerme mucha falta durante los años que tarde en volverle á ver.

Yo conozco perfectamente la vida de mi amigo: los años de su gloria, porque los he presenciado; los años de sus méritos, porque los he deducido.

Unos breves instantes á su lado, ponían de manifiesto sus virtudes: y una vez conocidas sus virtudes, se adivinaba su vida.

Un espíritu que cruza la tierra sereno y dulce, sin luchas, sin pasiones, sin enconos, sin llagas, y se abre de

par en par las puertas de la gloria tranquilo, limpio, puro, radiante, cargado con el peso de sus perfecciones, llevándose consigo el libro de su destino, en que aparece blanca la página de las miserias y recargada la ancha hoja de sus bellos méritos. Un gracioso ramillete de aromáticas flores que un dia abrieron sus perfumados cálices entre las duras rocas que azota el mar gaditano, se mecieron sobre sus tallos por espacio de setenta y seis años al soplo de las frescas brisas del Oceano, embalsamaron con sus aromas el tibio ambiente que se aspira bajo el cielo andaluz, y se marchitaron lentamente al fin, abandonando sus pétalos á las saladas ondas, cuando ya no tuvieron nada que hacer aquí, cuando ya les faltó la fortaleza y la idea; hé aquí lo que fué Francisco Flores Arenas.

Nunca un áspid anidó bajo estas flores; jamás una espina hirió la mano del que quiso acariciarlas, ni aun del que quiso ofenderlas. *Flores* nacidas por un prodigio en estas *Arenas*, recrearon el olfato del que se acercó para aspirar su aroma: y *Arenas* que dieron *Flores*, ofrecieron grato solaz á quien llegó á reposar sobre ellas y dulce descanso al que buscaba en tan blando lecho, olvido para sus pesares y fuerzas contra sus fatigas.

Un alma que duerme todas las noches el sueño de la honradez, un sér que mulle la almohada con el recuerdo de los favores que ha hecho durante el dia, es un sér que guarda un alma risueña, alegre, juguetona, confiada, generosa, que vierte sales cuando habla y mieles cuando ejecuta: un espíritu que si piensa acierta, si siente ama, si se presenta derrama las luces del contento y las corrientes del beneficio; que jamás odió, que nunca dejó de perdonar; amado de todos, respetado de todos, sin más ambición que la paz de su hogar y la estimación de sus conciudadanos, digo que es un sér excepcional, extraordinario, cuyas virtudes bastarían para honrarle si no le hon-

raran sus talentos, y de cuyas dotes morales debe mostrarse ufana Cádiz, aunque no hubiera recibido de su ingénio y su ilustración tal acrecentamiento para su gloria.

Hace muchos años que nada guarda Cádiz de tan alto precio como Flores Arenas; muchos habrán de pasar antes que alguno de sus hijos llegue á mostrarse digno heredero de tan preclaro varón. No porque se alejó para siempre, dejará de ofrecerse como modelo á la general imitación: su recuerdo se extenderá largo tiempo de alma en alma á través de las generaciones y sus obras se ofrecerán siempre como dignas de estudio á cuantos amen las letras patrias y se enorgullezcan con la literatura gaditana.

Esta ciudad agrega hoy un nombre á la rica lista de sus celebridades históricas, y brinda á España un ilustre varón que pueda señalar en el numeroso catálago de sus hijos más eminentes.

Flores Arenas pertenece por completo á Cádiz: aquí nació en 1801: aquí volvió apenas abandonados sus estudios militares en 1824, y aquí se ha deslizado su vida entera, como si su destino le ligara á la vida intelectual de este pueblo. Aquí terminó sus estudios de medicina en 1831: aquí obtuvo por oposición su cátedra de Fisiología en 1837: aquí ingresó como primer Consiliario en la Academia de Bellas Artes al establecerse esta en 1848: aquí redactó *El Tiempo*, *El Globo*, *La Moda* y *La Moda Elegante* al fin, desde 1837 hasta 1871: aquí resonaron las carcajadas que arrancaba su chispeante ingénio, y aquí se estudiaron las críticas con que ilustró el juicio y educó el gusto literarios: la escena gaditana recibió sus lindas producciones, y el arte cómico se enriqueció en 1831, 33 y 51, con tres preciosas obras dignas de Moratin ó de Bretón, por la belleza y moralidad de sus pensamientos, la sencillez de sus recursos, la corrección del lenguaje, la facilidad del verso y la urbanidad y agudeza de los chistes.

Jamás resonó el nombre de Flores Arenas, que no fuese asociado á alguna grandeza y seguido de algun elogio; ni labio honrado hubo que se entreabriese para herirle, ni corazón sano que se decidiese á lastimarle. Por su parte jamás criticó sañoso las personas, él que con tan delicada gracia había censurado las cosas, ni nunca respondió irritado á las injusticias con que alguna vez intentaron roer su buena fama; que es la envidia crisol para el mérito.

La Real Academia de Ciencias y Letras, de la que en este instante tengo la dolorosa y honorífica representación, le tuvo á su frente poco más de un año. Al pensamiento de su fundación, siguió inmediatamente el de colocarla bajo la respetabilidad y la dirección del anciano que acaba de morir, símbolo el más claro y eminente de las letras gaditanas, encarnación tradicional del buen gusto y de la sana crítica y altar de virtudes y de méritos públicos y privados.

La autoridad y la estimación de tan dignísimo Presidente han servido por mucho para la generación y desenvolvimiento de este organismo que, á pesar de su robustez y exuberancia de vida, se ha encontrado en gran parte sostenido por los alientos de un anciano. La Real Academia ha impreso á sus actos nuevos y á sus primeros pasos por el mundo, el sello de la firmeza y de la respetabilidad que les comunicaba su Presidente: y el pueblo de Cádiz y España entera rindieron ante esta corporación, al par que el culto de su admiración y de su gratitud, el de su amor y su respeto. De hoy más, sólo la sombra de tan noble figura se alzará en el seno de esta gran Institución, evocada sin cesar por la memoria de sus dolientes miembros; pero esta sombra bastará ó protegerla y aun á prestarla nuevos alientos para luchar en la vida y conservarse para la ilustración y el trabajo. Cádiz tendrá por

este medio entre sus muros latente y vivo el espíritu que hoy ha visto subir al cielo.

Ya terminó la vida de Flores Arenas: estrella que más afortunada que las errantes del firmamento, deja fija la luminosa ráfaga que marca su paso: voz de permanente resonancia, que como un misterioso sonido seguirán oyendo largo tiempo los gaditanos y mientras vivan los que le han amado. Un pueblo entero ha seguido sus cenizas; trae señales de duelo, porque ha pensado dejarle en el cementerio: pero se equivoca, Flores Arenas volverá con nosotros á la ciudad; ya lo sentireis, cuando despojados de vuestros atavíos mortuorios y de vuestro aspecto de tristeza, llegueis á pronunciar su nombre con todo el amor de un culto y todo el orgullo de una gloria.

Yo hace tiempo que le tenía sepultado en mi corazón, donde le rendía los sufragios de mi gratitud y de mi respeto; hoy agregaré á ellos toda la religiosidad de mi recuerdo y toda la grandeza de mi admiración y de mi amor.

II

UNA ANTORCHA QUE SE APAGA. [1]

Tambien del árbol de las glorias patrias desprénden-se una por una las hermosas hojas: tambien el huracan de la vida arranca uno tras otro sus mejores frutos. Todo lo devora el tiempo: todo lo consume el vivir.

¡Horrible conjugación la de la Naturaleza, que empieza por el futuro, para acabar por el pasado! ¡Tremenda excepción á la ley del progreso, que hace á hombres y á pueblos mirar hácia atrás, para no ver más que un cadáver, si bien iluminado por la fama!

Con las glorias pasadas solemos encubrir miserias presentes, á la manera que con vistosos tráges las feas manchas de la piel: para hacer esto, preciso es lanzar una mirada retrospectiva; y desenterrando empolvadas grandezas y envejecidos timbres, traer al presente de ese gran tesoro, tan escondido como el del avaro, lo que necesita nuestra conveniencia ó reclama nuestra vanidad. Así víven siempre cosas y personas que ya fueron, y sobre las que el tiempo y la ingratitud en vano amontonan ruinas y sombras.

Mas hay séres de venturosa suerte y bien ganado ga-

---

(1) Publicado en "La Prensa Gaditana."

lardón, que el cielo coloca en la tierra para admiración de las gentes y que la justicia y la honradez clavan en la mente para eterno culto é imperecedera memoria. Figuras que viven en una atmósfera de amor y de respeto, y mueren dejando tras sí perfumado para siempre el ambiente con aromas de inmortalidad y buena fama. Espíritus que esmaltan su paso con flores, y dejan de su curso una huella de indelebles fulgores.

Y hé aquí una de ellas.

D. Francisco Flores Arenas es una de esas personalidades que llenan toda la extensa página de un siglo en la historia local: uno de esos séres que tejen con su vida el rico trage con que luego se presentan engalanadas, la ciudad ante los pueblos vecinos y las naciones ante los estados extranjeros, el dia en que quieren ostentar su grandeza ó rivalizar en precio: una de esas magníficas ilustraciones del gran libro de la vida, que se señalan con orla de oro y se muestran con levantado orgullo.

Quereis evaluar hasta donde llega la ilustración de un pueblo? Hombres como el que ayer perdimos os darán la medida. Quereis apreciar los títulos que ostenta Cádiz para fundar su fama de culta? Talentos é ingénios como el de Flores Arenas los ofrecen suficientes á vuestro juicio. Deseais saber hasta donde puede elevarse el nivel de las virtudes públicas y privadas? Varones de tan recta conducta y tan buena fama como el que hoy lloramos os lo podrán enseñar; y si pretendeis, en fin, conocer cuanto puede ser amado un hombre solo por todo un pueblo y estimado un nombre no más por una nación entera, tambien lo podreis apreciar viendo á ese pueblo seguir el féretro de aquel ilustre anciano con el dolor en el semblante y el elogio en el labio, y oyendo luego resonar entre suspiros y emociones su dulce nombre de uno ó otro extremo de la Península española.

Preciso es confesar que la hora de la muerte es la hora de la justicia; porque es la hora de los recuerdos; y cuando estos amontonan en la mente méritos sobre méritos y virtudes sobre virtudes, la justicia es el triunfo y la muerte es el principio de la gloria.

D. Francisco ha muerto bien anciano, y sin embargo se le ha sentido como si se tratara de una existencia agostada en flor: verdad es que su ingénio, su agudeza, su sal purísima, se han conservado vivos y patentes hasta la última hora. Los que han asistido á su enfermedad de diez y seis dias, al par que la entereza de un organismo que se juzgaba extenuado, han podido admirar la oportunidad y el gracejo de su espíritu, que parecía agotado: creíasele sin sentido y anunciaba su acuerdo con una feliz ocurrencia; parecía que se hallaba sin fuerzas y volvíale el aliento para formular algun pensamiento oportuno. Verdaderas chispas de una luz que se apaga; pero que deja ver mil cambiantes diversos en sus postreros rayos, como si saltara una por una cierta variada sarta de piedras preciosas.

D. Francisco ha muerto á los 76 años de edad, y sin embargo ni uno solo de los habitantes de Cádiz se habrá dado por satisfecho con esta larga vida; le veíamos entre nosotros en todas partes; era un viejecito y servía, sin embargo, de ornato donde quiera que estaba; cuando no cubría su puesto con su respetabilidad, lo llenaba con la amenidad de su trato; cuando no se sentía la gracia de su pluma, nos conmovía el ejemplo de su bondad. Hoy deja ante los ojos tantos puestos vacíos, como al sentimiento tantos corazones desiertos; porque jamás le buscaban aquellos sin que este latiera de cariño, ni le halló nunca la vista sin que dentro del pecho brotara el contento.

Desde el elevado sillón presidencial de la Academia, hasta la butaca del teatro, y desde la cátedra magistral

hasta el taburete que ocupaba en la social visita, todo siente el vacío: y desde la asamblea que aplaudía sus versos, al artista que esperaba afanoso su entendida crítica, ó desde el escolar que recibía sus lecciones, hasta el amigo que buscaba su consejo ó saboreaba su gracia, todos han de experimentar el dolor de su ausencia.

Ayer le seguía todo un pueblo; ayer se lanzaba á los aires un inmenso coro de merecidas alabanzas: bajo una nube de elogios, que no por rumorosos valían ménos, caminaba aquel féretro llevado por el esfuerzo juvenil que redoblaban amor y gratitud, y cercado por la amistad y el respeto que la presencia de la muerte y la devoción del cadáver hacían dolorosos y tristes.

Cuando unas leves cenizas arrastran tras sí lo que hay de más grande y poderoso en el órden social humano; cuando honores, posición, saber, afectos, clases sociales, cuanto existe chico y grande, alto y bajo, se aglomera y confunde tras de un ataud, aunado en un fin y reatado por un sentimiento, mucho deben valer esas cenizas y muy grande puede llegar á ser ese cadáver que así triunfa de tantas vidas.

Para aquellos que miran la muerte como un bien, morir así debe ser un ideal sublime; para los que miran con horror el término de la vida, una muerte semejante puede llegar á ser á manera de espíritu consolador y fuerte. Siempre resultará D. Francisco Flores Arenas tan venturoso en el mundo como en la tumba: ¿qué más dicha que vivir tranquilo, como lago sin tempestades; y qué más gloria que morir brillando, como sol sin nubes?

¡Dure su memoria en la tierra, lo que ha de durar su bienandanza en el cielo!

III

NOTICIA BIOGRÁFICA

ACERCA DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS. (1)

Cádiz llora hoy la muerte de uno de sus hijos más ilustres: con ella lloro yo la de un maestro y la de un amigo. El llanto mio es gota perdida en el raudal que arranca el dolor á un pueblo; mas el sentimiento popular engrandece el mio, que en medio de su amargura experimenta la suave satisfación de ser el eco de un pesar que brota de toda una ciudad, para extenderse luego por toda una nación.

Cádiz busca los consuelos contra su pena en el halago de la gloria que le ha legado su hijo ilustre; yo, á solas con mi quebranto, busco el lenitivo en la noble tarea de ensalzar esta gloria en justificación de mi amigo, y aquella pena en honor de Cádiz.

Escribir ante la tumba de D. Francisco Flores Arenas, tiene para mí todo el peso de un deber sagrado é ineludible, toda la dulzura de un homenage de amor y gratitud y toda la religiosidad de un culto de veneración y de respeto. Hay en mí en este instante obligación, afecto y entusiasmo: y cuando se levantan en el alma móviles tan

(1) Publicado en «La Ilustración Española y Americana.»

poderosos y dulces á la par, la pluma corre con toda la velocidad del pensamiento alentado y todo el ardor del corazón conmovido.

Es tan rica, tan bella y tan fecunda la vida de este insigne gaditano, que pueden el relato de sus hechos y el juicio de sus méritos llenar numerosas páginas. Su existencia privada, su vida literaria y las varias manifestaciones públicas de su carácter oficial, ofrecen tres aspectos muy diversos é interesantes de la permanencia de este sér en el mundo. Todos ellos concurren en un mismo valor sin embargo, y en todos ellos tuvo D. Francisco la misma significación: en los tres se presenta como modelo digno de imitación y como asunto para la enseñanza y objeto para el amor.

Veámoslo; porque si bien estos apuntes no pueden dar por agotado todo el contenido de esta gran figura, podrán servir para despertar la curiosidad de llegar á su detenido estudio y al justo aprecio de sus virtudes y talentos.

Aún se conmovía la Europa al aliento abrasador de las ideas engendradas por la revolución francesa y se agrupaban sobre el sereno horizonte de la desventurada España densas nubes que habían de derramar lluvia de disturbios para hacer florecer la epopeya de nuestra guerra de la Independencia, cuando aparecía, sobre las todavía tranquilas playas gaditanas, el sér cuya historia debo narrar.

Las brisas del Oceáno, saturadas de libertad y perfumadas con esos olores del infinito que exhalan las saladas ondas, espejo del cielo, vinieron á estampar un beso en la pura frente de un niño que había de ser emblema de la paz y urna de sus preciosos beneficios. D. Francisco Flores Arenas nació el 4 de Setiembre de 1801, y recibió las aguas del bautismo en la parroquia Castrense de esta ciu-

dad. Fueron sus padres D. Francisco Flores y Moreno, acreditado médico é ilustrado Director del Colegio de Medicina y Caballero de la Legión Honor, y Doña María de los Dolores Arenas.

Mecida su cuna con los belicosos soplos de una revolución, cuyas chispas vinieron á encender en Cádiz el fuego inmortal que inspiró el venerando libro de nuestras libertades patrias, y asaltada su mente juvenil por las encendidas ideas que inflamaban las cabezas de nuestros legisladores, niño aún, sintió en su pecho el noble antojo de tomar parte en las contiendas de su país, ofreciéndole una vida que empezaba á desenvolverse á la luz del derecho y al calor del patriotismo.

Manifestada su resolución generosa, más influida por los ejemplos exteriores que por la espontaneidad interna de su carácter y su índole, á los trece años de edad ingresó de cadete de Zapadores en la Academia de Ingenieros de Alcalá de Henares.

Mas decidida su carrera por los caprichos del niño, las aspiraciones del jóven, los ejemplos de los compañeros y las aturdidas sugestiones de los amigos, y tal vez desengañado además de los atractivos del militarismo ó corregido por las enseñanzas de una experiencia triste, bien pronto tomó su espíritu otro rumbo y se decidió á trocar la espada de Marte por la oliva de Minerva.

Pero no sucedió esto sin que rindiera un esforzado tributo en aras de la Patria lacerada, ni sin que sufriese algo de los azares de aquel momento.

En 1819 había pasado, con nota de *muy bueno*, desde el regimiento de Zapadores minadores, á aspirante de Ingenieros: en Junio de 1820 obtuvo en este cuerpo el grado de *Subteniente* y el de *Teniente* tres años más tarde: y cuando en Agosto del 23 el Excmo. Sr. D. Antonio Zarco del Valle le nombraba auxiliar del Estado Mayor y venía

á Cádiz para asuntos del servicio, D. Francisco cayó prisionero de la escuadra francesa que sitiaba nuestra ciudad.

Declarado indefinido en 1824, resuelto á no sufrir las vergonzosas *purificaciones* que se le exigían para continuar la carrera militar y ansioso de dejar un camino opuesto á sus gustos, solicitó y obtuvo su retiro en 16 de Julio del mismo año: y en el de 1827, del todo resfriado su ardor guerrero, condolido ante el sesgo que tomaba la política y algo airado con las soluciones que se dieron al gran problema del decoro nacional, abandonó por completo la carrera de Ingeniero y abrazó la de la ciencia, ingresando en el Colegio de Medicina de Cádiz, prévio un exámen de de Latinidad y Filosofía.

Desde entonces dá principio la série de sus triunfos: colocada esta vez su inteligencia por la mano acertada de una verdadera vocación en el sendero de sus aficiones y de sus aptitudes, el nuevo escolar marchó arrogante y brillantemente hasta el fin de sus estudios. Cada año adornaba su expediente estudiantil con la primera de las calificaciones. En 26 de Enero de 1829 ganó la plaza de alumno interno, y en 10 de Abril del mismo año el título de *Bachiller*. Desempeñó luego dentro del Colegio los cargos de *Director menor*, luego *mayor*, despues *mayor de Botánica* y al fin *Vice-rector*, y en 8 de Agosto del 33 recibió el segundo grado de *Bachiller*, en Medicina y Cirujía.

La carrera terminó del modo decoroso y digno que la correspondía, ganando el premio anual que se otorgaba al alumno más sobresaliente, recibiendo la licenciatura en 1835 y el grado de Doctor el 5 de Mayo del 36.

Á medida que el estudio vá agrandando los horizontes de aquella inteligencia y los triunfos sosteniendo el fuego del entusiasmo en sù corazón, la actividad de Flores Arenas se muestra más enérgica é infatigable.

Ya apenas licenciado en Medicina, habíasele nombrado facultativo del primer cuádro de quintos de la provincia de Cádiz; y el 12 de Mayo del mismo año de 1835, la Dirección general le hizo Catedrático de Literatura del Colegio de Isabel II: al mismo tiempo desempeñaba en el de S. Agustin las clases de Física experimental, Historia y Literatura.

Ansioso de labrarse un porvenir y por razones de dignidad personal y de afición á las nobles lides científicas, presentóse á oposición al lado de su maestro el memorable Arboleya, en cátedra vacante en el Colegio de Cádiz y para la cual obtuvo el alto honor de ocupar el segundo puesto, no tardando su constancia y su ilustración en ofrecerle el desquite, toda vez que dentro del mismo año, en 17 de Noviembre, ganó por oposición la plaza de Ayudante de profesor que desempeñó con acierto y celo muy cerca de cinco meses.

El mismo año en que coronaba sus estudios con la borla de Doctor, exponía su existencia haciéndose cargo de la sala de tifoideos del Hospital militar de Cádiz.

Los deberes de su cargo oficial, recargados con las tareas científicas y literarias, no le impidieron hacer una nueva oposición en 1837 á otra cátedra de supernumerario con el cargo de Secretario, que le fué concedida en 18 de Marzo y que desempeñó poco más de cuatro años.

Su experiencia y sus estudios especiales conquistados en el Hospital, determinaron seguramente al Sr. Jefe político de Cádiz, en 1838, á comisionarle para inspeccionar el tífus que se había desarrollado en la inmediata población de San Cárlos.

Elevado por concurso á Catedrático numerario el 5 de Agosto de 1841, con la enseñanza de Terapéutica, Materia médica, Arte de recetar y elementos de Química, destinóle el Gobierno á la Facultad de Barcelona en 21 de

Octubre de 1843; mas por real órden del 6 de Noviembre del mismo año se le permitió continuar las explicaciones en la Facultad de Cádiz, de donde ya no debía salir. En efecto; terminaba el curso en Junio del 44, cuando recibió el nombramiento de Catedrático de la Facultad de ciencias médicas de Cádiz, de cuyo cargo tomó posesión el 24 de Julio, habiéndolo desempeñado 33 años, hasta su muerte.

Nombrado Catedrático de ascenso en 23 de Abril del 46, de ascenso al número 28 en el 15 de Setiembre del 65 y de término el 24 de Marzo del 66, llegó por fin á ocupar el Decanato de la Facultad el 12 de Diciembre del 71, cargo que ha ejercido con tanta actividad por su parte, como satisfacción por la de sus compañeros y provecho por la de los escolares, quienes, á más de un profesor sabio y una autoridad venerable, hallaron en él constantemente un consejero cariñoso y un padre tierno y benéfico.

Mas no es sólo en la Facultad de Medicina y Cirujía donde se han manifestado su ilustración y sus virtudes, aún dentro de la esfera de la enseñanza.

En 11 de Noviembre de 1846 fué nombrado catedrático interino de Historia en el Instituto de Cádiz; en 9 de Mayo del 62, Juez de oposiciones á la Cátedra de Cosmografía, Pilotage y maniobras, vacante en la Escuela Industrial de Comercio y Náutica de esta misma ciudad; y en 31 de Agosto del 63, al crearse el actual Instituto de segunda enseñanza, hoy Provincial, sustituto en él de la cátedra de Retórica y Poética.

Volvió el 12 de Diciembre del 65 á ejercer el cargo de Juez para la plaza de Ayudante de escultor de esta Facultad de Medicina; y en Diciembre tambien del 71, actuó asimismo como Juez en Madrid, en las oposiciones á la cátedra de Fisiología.

Fuera de la enseñanza, sus servicios no son ménos nu-

merosos é interesantes: Vocal de la Junta municipal de beneficencia en 13 de Marzo de 1848 y en 11 de Setiembre del 49; de la provincial de la misma clase, el 24 de Noviembre de 1852 y 19 de Diciembre del 62, con el cargo además de Visitador del Hospital: Director del de Nuestra Sra. del Cármen, en 22 de Febrero de 1849: vocal de la Junta de 1.ª enseñanza, en 20 de Noviembre tambien de 1852: indivíduo de la Comisión provincial para la Exposición universal de Francia, en Enero del 66; y por último, Censor de teatros en 9 de Abril del 47, de obras é impresos en 12 de Abril del 52 y de novelas en la provincia, en 31 de Julio del 57.

Enlázanse ya estos cargos con su brillante vida literaria, porque son realmente conquistas de su fama y premios de su ilustración y de su laboriosidad en este género.

Mas antes de dar cuenta de ellos, y como digno complemento á sus trabajos científicos, justo será apuntar los títulos, honores y condecoraciones que supo merecer con sus talentos y su laboriosidad.

A los títulos de su carrera, hay que agregar el de Regente de 2.ª clase para la asignatura de Física, que obtuvo el 7 de Diciembre de 1849: los de Académico de número de la Real de Medicina y Cirujía de Cádiz y corresponsal de las de Madrid, Sevilla, Coruña, Lisboa, Santiago y Murcia; el de Profesor del Liceo de Granada; los de Académico de número y Consiliario 1.º de la Provincial de Bellas Artes de Cádiz, Corresponsal de la de Buenas Letras de Sevilla, indivíduo de la Asociación de escritores y artistas gaditanos, y las Presidencias de la Asociación de Cervantistas gaditanos y de la Real Academia gaditana de Ciencias y Letras. Además era caballero de la Real y distinguida Orden de Cárlos III desde 1835, y fué condecorado con la Gran Cruz de la de Isabel la Católica en 31 de Diciembre de 1871.

Los títulos científicos abonan sus talentos, su aplicación y su acierto; su brillante carrera profesional ya demuestra sus aptitudes, su entusiasmo por el estudio y sus esfuerzos por el bien general. Una cosa parece faltar en este admirable cuadro, y es el ejercicio de la profesión médica reducido más bien á su importancia teórica, que extendido á sus aplicaciones prácticas.

Explícase esto por su natural timidez ante el dolor: el estudio de los libros de Medicina y las prácticas penosas de las clínicas, lejos de entibiar esa repulsión ingénita hácia todo sufrimiento, la habían mantenido viva, por no decir que la hicieron crecer. Las lágrimas parecían no formar parte de su existencia: Flores no lloraba al parecer y no podía por lo tanto, ver llorar: la serenidad de su alma, como la de los tranquilos lagos, sólo aceptaba esas ligeras brisas que rizan graciosamente la superficie, mas se estremecía ante el temor de esas tempestades bramadoras que conmueven el fondo y en las que parece que el viento gime y la naturaleza se destruye. Todo aspecto de la muerte le acongojaba; todo padecer le sacudía con violencia: su nerviosidad respondía á las susceptibilidades de su sensibilidad exquisita; la delicadeza de su organismo á la suavidad de sus afectos, y su idiosincracia fisiológica, á la gentileza y gracia de su peregrino ingénio y á la dulzura y afectuosidad de su frase tierna y halagadora.

Organismo formado para la vida pacífica y ordenada, y alma nacida para la belleza y la calma, ni mostraba en su exterior esas profundas acentuaciones que imprimen un sello claro y marcadísimo revelador de un espíritu decidido y enérgico, ni guardaba en su pecho tormentosas pasiones ni potentes antojos de esos que marcan su huella en el rostro ó se delatan en gestos y expresiones claros y vigorosos. Á la gravedad con que su pensamiento poseía la ciencia, correspondía en su corazón la tranquilidad y

templanza de los sentimientos; y á la severidad de su talento y al rigorismo de la verdad, se oponían, como admirable y deliciosa antítesis, la ligereza y donaire de su ingénio y la delicadeza y cultura de sus afectos.

Por eso cuando D. Francisco se despojaba de su toga, perdiendo, como con cierto placer, el carácter de seriedad que el magisterio imprime y exije, penetraba en la sociedad con la risa en el labio y la bondad en la mirada para amenizar el trato, buscar la galante vestidura que adorna á la amistad en el mundo y dar expansión á su carácter jovial y alegre; por eso al descender de la cátedra, tal vez con cierta satisfacción, penetraba en el estrecho recinto en que cultivaba sus particulares aficiones, tomaba la pluma de su graciosa crítica ó el plectro jugueton de su chispeante númen, y confeccionaba aquellos deliciosos folletines que al dia siguiente eran el encanto de los gaditanos, ó escribía aquellos fluidos romances que aprendían de memoria los niños y saboreaban juntos en el aristocrático salón damas y galanes.

Hemos visto la mitad solamente de este espíritu admirable: el cerébro por decirlo así: el pensamiento razonador, físico, matemático, fisiólogo, filósofo; nos queda que ver la otra mitad: el corazón: esto es, el sentimiento vivo, coloreado, delicadísimo, generoso y bueno; tan rico, que llena por sí solo dos magníficas fases de su vida: la del hogar y la literaria, vecina y afine de la del hogar: el mérito social de Flores, en su doble esfera de la familia y el mundo, ofrece el cuadro más acabado de las virtudes humanas. No es lícito sin duda penetrar bajo el velo que encubre secretos de la vida privada; pero es tan sútil este velo, le alza tantas veces y con tal amabilidad el mismo carácter de este hombre, que sin esfuerzo se transparenta su vida familiar reflejada en su franca conversación, y sin miedo de errar ni indiscreción al discurrir, pueden aventurarse algunas afirmaciones.

Flores Arenas no ha hecho derramar á su familia otras lágrimas que las muy amargas y copiosas que ha producido su muerte: mientras ha alentado, todo en su alrededor ha respirado alegría y ventura. Esposo modelo y padre amorosísimo, ha dirigido la vida de su hogar como navecilla que voga sobre el mar serenò empujada por dos remos, el amor y la religión: apoyada en ambos puntos, ha contado con medios preciosos para resolver el árduo problema de ser feliz en la tierra: para criar á sus hijos le sobró el amor; para verlos morir, le bastó la religión.

Por lo demás, ese raudal de ternura, de afabilidad, de gracia, que repartió por todas partes y de que hemos disfrutado todos hasta el último suspiro de su vida, restos fueron no más del torrente de amor y de dulzura en que anegó constantemente á los séres que formaban su familia.

Mas los méritos sociales de Flores Arenas están patentes en sus obras literarias; y estas ya caen plenamente bajo nuestra jurisdicción, y nos presentan una nueva fase de la vida de este hombre ilustre.

Desde muy temprano, desde 1837, fué redactor encargado de la sesión de crítica, literatura y folletines, en el periódico político titulado *El Tiempo*: su misma sencillez de gustos y sus tendencias á la paz y la verdad, le habían alejado de la política y obligado á refugiarse en el recinto ameno y tranquilo de la literatura. Ciertamente que la crítica vive en los palenques y provoca á las luchas: mas como lides de la inteligencia, son decorosas y dignas; y para ellas se sentía preparado con las armas de su perspicacia y su agudeza y los escudos de la razón y del decoro. Si alguna vez la misma justicia de sus certeros tiros descomponía al contrario, el crítico retirábase con urbanidad suma ó enmudecía ante la destemplanza de su irritado adversario. Y si alguna otra, rara por suerte, la envidia ó la malevolencia anidaba como sierpe bajo las

flores que brotaban á su paso, el ilustrado y bondadoso escritor huía de sus afilados dientes ó limpiaba en silencio la baba inmunda del traidor reptil con sonrisa compasiva. Jamás cambió de conducta: la última mordedura, inferida contra su ancianidad, sin respeto á sus canas ni á su renombre, desde las vergonzosas páginas de un libro que ni se atrevió á ostentar el nombre, tristemente célebre de su pobre autor, yo lo ví, produjole simplemente una sonrisa de lástima y un ¡vaya por Dios! inexplicable, en que yo mismo he hecho para toda mi vida acopio de resignación y modestia.

Tras los preciosos artículos de *El Tiempo*, primer periódico que ostentó la firma de Flores, se descubrió su pluma peregrina en *El Globo*, continuador de la obra pública de aquel. Mas ya en 1842 tomó el célebre escritor la dirección de *La Moda*, publicación puramente literaria y que ofreció ancho campo á la fecunda imaginación de nuestro buen amigo, quien al poco tiempo la convirtió en rico vergel de pintadas y bellas flores.

Al par que se consolidaba la fama literaria del Sr. Flores, enriquecíase la empresa periodística de *La Moda;* y no bien pasaba esta á manos del entusiasta propietario y entendido editor D. Abelardo de Cárlos, cuando, mejorada y embellecida en la forma, ensanchado su título con el calificativo de *elegante*, continuó cada vez con más favor animada por la chispeante y fértil imaginación del ya anciano literato á quien el hielo de la vejez y la constancia del trabajo no habían logrado debilitar, hasta que en 1871, periódico y empresario se trasladaron á Madrid, donde viven ambos, el uno para solaz y provecho de las damas y el otro para utilidad y honra de su patria, á la que ha dotado de la famosa revista titulada *La Ilustración Española y Americana*, una de las mejores del mundo artístico y literario.

Fué admirable Flores en la pintura de costumbres y tipos de su tiempo, con los que animó sus comedias á más de varios cuentos bellísimos, entre los que merece especial mención el titulado *La albameda del Peregil*, graciosísima y exacta reproducción del antiguo paseo gaditano de este nombre.

Admirador de nuestro teatro antiguo é imitador de los poetas del renacimiento, Flores quiso colocar al lado de las obras de Bretón, otras que contribuyesen al trabajo regenerador de nuestra escena, tan felizmente iniciado por Moratin; con sencillo y recto pensamiento, simplísimos medios, cuidado de las reglas, figuras copiadas de la vida real, gracejo delicado y culto y fácil y cadenciosa versificación, elaboró tres lindas comedias de las que con justicia se enorgullece el arte dramático gaditano.

Tras una bella traducción de la pieza francesa titulada *El ecarté ó el dia despues de un baile*, Flores dió al teatro en 1831 la bella comedia denominada *Pagarse del exterior* que, como las que habían de seguirla, pertenece á ese género medio ó familiar que refleja la vida tranquila del hogar doméstico, y se compone de cuadros suaves y apacibles, miniados con delicadeza suma, y cuyo mérito, más que en la novedad del pensamiento, estriba en la riqueza, variedad y delicadeza de los detalles.

Siguió á esta comedia en 1833 la que lleva por título *Hacer cuentas sin la huéspeda*, la cual mereció la distinción de ser escogida para inaugurar la temporada cómica en el teatro Principal de Madrid por nuestros célebres artistas señoras doña Bárbara y doña Teodora Lamadrid y señorita Noriega, y los Sres. Guzman, Valero, Osorio, Sobrado y Boldun. Esta obra se distingue por la pintura de los caractéres y por las bellezas de su dicción y su estilo.

Por último en 1851 dió al teatro la más famosa de sus producciones cómicas, titulada *Coquetismo y presunción*,

graciosa y atinada crítica de estos dos vicios de educación, delicadamente fotografiados y alrededor de los cuales coloca el autor hasta una media docena de caractéres delineados con gran primor y traidos á la escena desde el fondo de la sociedad con maravilloso tino y oportunidad innegable.

Las comedias de Flores, como las bretonianas, no envejecerán jamás: en tanto haya buen gusto y delicadeza estética en los pueblos, en tanto no se corrompa ni degrade el paladar literario como parece suceder ya hoy, merced á esos manjares de cáustico sabor y de indigesta condimentación que se nos sirven envueltos en el disparate ó rebozados en la licencia, y en tanto las profesiones escénicas se hallen servidas por espíritus entendidos y decorosos, las producciones de Flores, como todas las de su género, no pueden morir, y con ellas tambien vivirá el nombre de su autor para gloria de la escena, enseñanza del arte y deléite popular.

Fuera del teatro, Flores presenta dotes de poeta distinguidísimo y fecundo; multitud de pequeñas poesías esmaltaron las páginas de sus periódicos, columnas del alcázar de su fama, y embellecieron las de cuantas publicaciones salieron á luz en Cádiz por espacio de más de medio siglo. Enumerarlas es hoy imposible é inútil: es probable que no se pierdan para el lirismo patrio y que cuide solícita su ciudad natal de legarlas á la literatura nacional y á la historia particular del movimiento artístico de Cádiz.

Su colaboración, siempre pretendida con empeño, en cuantos periódicos y revistas, y por cuantas sociedades y corporaciones de índole artística ó literaria se han fundado en esta ciudad, ha ocupado los últimos años de su vida. El antiguo profesor del Ateneo, el ameno maestro de Retórica, tantas veces admirado por aquella juventud que acudía á pedirle los preceptos del buen decir y de la sana

crítica, no ha cesado aún en los últimos años de su existencia de ser el consejero de todo pensamiento noble y transcendental y el coloborador eficaz de toda empresa levantada y provechosa.

La Sociedad Protectora de los animales y las plantas, fundada en Cádiz el año de 1872, por dos veces acudió á su ilustración y á su autoridad para realizar bajo este doble y precioso amparo dos muy notables concursos que presidió, y enalteció al presidirlos, el venerable anciano; en 1875, el promovido por la señora viuda de Daniel Dollfus contra las corridas de toros; y en 1876, el suscitado por D. José de Uceda para dotar á las escuelas de un libro de lectura. En ambas ocasiones, D. Francisco fué modelo de actividad y ejemplo de prudencia, fuente de inspiración y garantía de imparcialidad.

Iniciado por D. Ramón León Máinez el culto cervántico en esta ciudad en 1874, Flores Arenas aceptó, aunque venciendo su modestia, el puesto presidencial; y desde él, con notorio entusiasmo y conmovedores esfuerzos, rindió, ya inclinada la frente y cansado el organismo, sus preciosas ofrendas al Príncipe de nuestros ingénios. El último canto de su risueña musa fué para el inmortal manco de Lepanto: ya no podía su apagada voz lanzarle al mundo, y yo mismo tuve el honor de leerlo ante una concurrencia inmensa que llenaba por completo el hermoso salón de nuestro Gran Teatro. Recuerdo que el auditorio me hizo repetir con palmadas aquella ligera y graciosa composición, y recuerdo que fué en ella donde le hirió la más osada é inconcebible malevolencia.

Por último; el 11 de Octubre, al volver de un entierro, (que la muerte había de sorprenderle ejercitando una virtud), sintióse acometido de violentos síncopes que la ciencia diagnosticó como acceso de fiebre perniciosa; y otros once dias despues, tras largos padecimientos en que

el ilustre enfermo apenas volvía en su acuerdo para gastar sus débiles alientos en formular una frase oportuna y dejar así, en medio de una triste sonrisa, alguna muestra de su espirante ingénio que arrancaba lágrimas á los asistentes, á las seis de la tarde del Lúnes 22 exhaló el último suspiro.

El entierro del Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas ha sido una verdadera manifestación del pesar y del amor de un pueblo entero. Tuvo lugar el Miércoles 24 á la una y media de la tarde y tomaron su parte en él desde las autoridades gubernativas á las científicas, desde el amigo al admirador, desde el elemento aristocrático al popular, desde el pariente al alumno. La prensa periódica, que había dado noticias de los progresos de la enfermedad, dedicó aquel dia largos artículos á lamentar su muerte.

Su cadáver fué llevado en hombros por los escolares hasta el mismo cementerio; las cintas de su ataud, sobre el que se ostentaban las insignias del doctorado y la Gran Cruz de Isabel la Católica, eran sostenidas por un catedrático del Cláustro de doctores de la Facultad de Medicina, un caballero Gran Cruz académico además de la Real de Medicina y Cirujía, los Secretarios de la Real Academia gaditana de Ciencias y Letras y de la Provincial de Bellas Artes, un literato cervantista y un escolar, en representación de los estudiantes de Medicina.

En el duelo figuraban los parientes, los jefes de los diversos establecimientos científicos y literarios de Cádiz, las autoridades superiores de la ciudad y la provincia y el decano de los periodistas de la ciudad: en el acompañamiento figuraba el pueblo entero, sin distinción de clases ni categorías.

Las calles del tránsito apenas podían contener la multitud, que se asomaba además por balcones y ventanas, formaba en anchas hileras por el largo paseo de Ex-

tramuros que conduce al cementerio y aun se apiñaba ante el profundo hueco que había de servir de última morada á este insigne varón.

Ya ante la fosa, pronunciáronse entusiastas discursos y leyéronse sentidas poesías en su elogio: depositaron los alumnos sobre el féretro una preciosa corona de pensamientos y siemprevivas, y luego..... tornáronse todos á la ciudad, entristecidos por aquella pérdida, pero satisfechos con aquel tributo.

Seis dias despues, la sociedad artística que á la sazón actuaba en el teatro Principal de Cádiz, anunció una función en honor de Flores Arenas: había de ejecutarse *Hacer cuenta sin la huéspeda* y el sainete de Juan Gonzalez del Castillo, hijo tambien de esta ciudad, titulado *La casa de vecindad de Cádiz*. Algunos poetas fueron invitados para escribir en honor de aquel ingénio y concluida la preciosa comedia, á la que un vate gaditano había agregado para finalizarla dos preciosas décimas, los artistas y actrices aparecieron en torno del retrato del insigne autor y leyeron hasta siete composiciones que fueron muy aplaudidas. Era aquella una nueva resonancia del amor de Cádiz á su perdido hijo y de su admiración al eminente literato.

¡Vele él desde las altas regiones de la justicia y la misericordia por los destinos de esta bella ciudad que fué su cuna, y no se olvide de cuantos quedan en ella amando su memoria y rindiéndole el culto de su veneración y de su afecto!

IV

LIGERAS OBSERVACIONES CRÍTICAS

SOBRE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE

D. FRANCISCO FLORES ARENAS. (1)

Aún jóven y de ilusiones
el alma entusiasta llena,
por su saber en la escena
una corona alcanzó.
Corona hermosa envidiable,
que jamás vió marchitada;
antes bien engalanada
su sien con otras miro.

. . . . . .

Elige cualquier asunto,
lo estudia bien, lo comenta,
y lo agota, y lo presenta
en toda su desnudez.
Mas si tiene que tratarlo
en ocasiones distintas,
con nuevas y bellas tintas
nos lo expondrá tal cual es.

. . . . . .

(Semblanza anónima publicada en "La Moda" n.° 330: 1848.)

Hallábase nuestra escena al empezar el siglo XIX, y ya apaciguadas las convulsiones políticas que agitaron á España durante su primera veintena, en manos de levantados ingénios que, despues de haber sido valerosos campeones de la libertad y del progreso en el órden de la política, se determinaban á alistarse como soldados generosos y decididos en las brillantes banderas de Euterpe y Talía bajo las que preparaban dias de gloria para nuestra dra-

---

(1) Publicadas en el primer tomo de sus obras, edición de la Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras.

mática y coronas inmortales para los ingénios españoles.

Resucitaba el romanticismo, ya despojado de su pavoroso ropaje y aterrador atavío, como manifestación del espíritu innovador, proponiéndose ofrecernos nuevos ideales que pudieran ser más fácilmente aceptados, nuevos recursos que llevasen al arte dramático á una grata regeneración y nuevas creaciones que reflejasen de un modo más claro y acabado la vida nacional y fuesen por tanto saludadas con mayor entusiasmo y gozadas con más seguro provecho.

Y por si la generalidad de los ingénios ó las impotentes aspiraciones de las pequeñas musas, amenazaban nuevos extravíos y exponían á la reproducción de los delirios templada la entonación y moderado el vuelo, bien pronto á la alta tragedia, al encopetado drama histórico y aun á la pretenciosa y complicada comedia, sustituyeron las obras de risa, las fábulas de costumbres, las invenciones de gracia, las agudezas de intriga y de vez en cuando las obras sentimentales y los engendros de la pasión.

Nada libró de nuevas heridas y nueva postración á la literatura dramática, si bien no llegaron esta vez el abatimiento y la aberración á ser tan completos, que no se neutralizasen por los atinados esfuerzos y bellos ejemplos de los sostenedores del buen gusto y de la originalidad, del decoro de la escena y del respeto á nuestras famosas tradiciones dramáticas.

Hartzembusch, García Gutierrez, Vega, Zorrilla, Tamayo, Diaz, Sanz, Hurtado y Escosura, seguidos de cerca por Nuñez de Arce, Fernandez y Gonzalez, Asquerino, la señora Gomez Avellaneda, hasta Palou, Santivañez, Zapata, Coello, Balaciart, Sanchez de Castro y Echegaray, fueron al drama, lo que Bretón, Rubio, Ayala, Eguilaz, Serra, Campoamor, Perez Echevarría, Retes, Gaspar, Olona, La-

rra y Flores Arenas fueron á la comedia: es decir, sostenedores de los principios del arte cómico, amantes del buen gusto y de la dignidad escénicos, maestros al par de la literatura y de las costumbres, modelos para artistas y públicos, defensores de los fueros artísticos y de los principios morales y amantes de la sencillez de la idea y de la belleza de la forma.

Y no era sólo contra enfermizas imaginaciones y débiles ingénios, contra los que había que luchar; otro enemigo más poderoso y más respetable alzábase al paso de la dramática española, para disputarle, con el dominio de la escena, el imperio sobre el gusto popular arrastrado por la moda y por la afición general á lo nuevo y muy particularmente á lo extranjero.

Nos referimos á la esplendente y bulliciosa aparición de la lírica italiana entre nosotros.

Luchar contra los encantos de la música no era fácil, ni aun quizá debido; mas abandonar desdeñosamente por un arte extranjero el arte nacional, ofender las tradiciones más bellas y gloriosas y renunciar por completo á lo que mejor nos caracterizaba y más innegables títulos de respeto y aprecio universales nos había procurado, era tambien el colmo de la ingratitud y de la injusticia. Flores Arenas quejábase de esto refiriéndose á los coliseos gaditanos, en los que, como en los de todas las provincias españolas, se había aposentado triunfante la ópera italiana.

Hé aquí lo que escribió en la *Moda Elegante* el año de 1864, recogido de un artículo titulado *Del estado de los teatros en España:*

«Si hemos de juzgar del porvenir de los teatros de España por el estado en que hoy se encuentran, fuerza es que convengamos en que el tal porvenir no puede presentarse más deplorable....»

.... »No es ciertamente lo que falta el amor al arte, el estudio ni el talento; pero falta aquello sin lo cual todas estas condiciones no pueden ménos de quedar estériles; falta el estímulo, falta el aliciente del favor público, falta en él el gusto á los espectáculos dramáticos: y si tal vez este ó aquel público se deja arrastrar por sus impresiones, si demuestra que goza, si aplaude, si se entusiasma, esto lo hace de un modo fugaz y hasta vergonzante, porque la moda y lo que se llama el buen tono prescriben que no agrade, que no se aplauda sino la ópera italiana, que sólo ella tenga el privilegio de atraer á los coliseos á la sociedad más escogida, que sólo allí resuenen los entusiastas bravos, las atronadoras palmadas, que para esta especie de espectáculos se prodigue el oro y que para esta especie de artistas se haga ostentación de riqueza en el esplendor de las ovaciones y en la magnificencia de los regalos. Hacer mucho ménos que eso con artistas dramáticos españoles, se tendría como de mal tono, y ni aun se pudiera concebir que hubiese quien se propusiera intentarlo, y ménos quien se atreviera á proponerlo. ¡Qué horror!....»

Y más abajo añade:

.... «Nosotros somos entusiastas por todas las artes: pero por eso mismo no quisiéramos que entre ellas se levantasen preferencias odiosas, y más todavía que odiosas, absurdas: no queremos que el arte dramático sea el pária desheredado, al que se pretenda vestir de harapos, mientras que al arte lírico se le engalane con armiños y se cubra con oro su cabeza. Semejante sinrazón nos subleva.»

«¿Pero hay algo que pueda explicar estas nuevas tendencias del público? ¿Podrá hallarse alguna razón para ese exclusivismo de que nos lamentamos? Probemos á encontrarla.»

«Nuestro siglo es harto más dado á los goces materia-

les que á los placeres del entendimiento; en la ópera se siente, pero no se piensa; ella nada nos enseña, y los hombres de hoy no están dispuestos á aprender sino aquellas cosas que pueden producirles alguna utilidad. Van pues al teatro á recrear sus oidos ó su vista, y prescinden por completo de lo que puede hablar á su razón. Véase, por qué los principales teatros de Europa son todos líricos, por más extraño que parezca el que los teatros verdaderamente nacionales, los que conservan el depósito sagrado de las glorias literarias de un país, se vean en todas partes pospuestos á teatros extranjeros que, en la imposibilidad de pagár los exorbitantes y fabulosos sueldos de sus artistas, solicitan, y por lo comun obtienen, abundantes subvenciones, ya de los gobiernos, ya de los particulares.....»

Hé aquí la mesurada voz del crítico prudente, que despues de haber asistido con entusiasmo á la regeneración de la dramática y despues de haber llevado á tan patriótica obra una preciosa colaboración, lamenta primero los golpes que el extravío y la impotencia asestan contra la naciente empresa, y se queja despues del arrogante enemigo que le sale al paso para impedir su desarrollo y esterilizar sus esfuerzos.

Afortunadamente no hemos de seguirle por este camino, en el que tras él no nos atreveríamos á adelantar un paso. Tarea más grata nos aguarda, y es la de enumerar las obras con que contribuyó al encauzamiento del arte cómico en los canales trazados por Moratin y francamente abiertos por Bretón de los Herreros, y al enaltecimiento de la literatura dramática en Cádiz, ciudad que honró con sus talentos y engalanó con sus virtudes.

El primer ensayo dramático de D. Francisco Flores fué un pequeño arreglo del francés titulado *El Ecarté*: cumplía á su modestia pedir á extraño ingénio que le

presentase al público escudado con su concepto, y cuadraba á sus estudios lingüísticos de aquellos tiempos el ensayo de una traducción. Mas los espíritus llenos de originalidad y de inventiva se engañan á sí propios dentro de su misma humildad: Flores no traducía, sino que confeccionaba forma nueva sobre el patrón de agena idea: así es, que de su pequeño trabajo resultó un lindo cuadro de costumbres privadas, confeccionado con bellísimos caractéres, narrados con una versificación fluida y agradable y coronado con un propósito saludable de moral que el público recibió con gusto y la amistad con afecto y estimación.

El Ecarté se estrenó en el teatro Principal de esta ciudad el 12 de Julio de 1827.

Tras este juguete, el poeta dió al teatro su primera comedia original en 1831 titulada *Pagarse del exterior*: (el ejemplar que tenemos á la vista lleva fecha de 1851.)

En ella, como en las que habían de seguirla, obsérvase bien marcadamente un amor al clasicismo y un respeto á las reglas tradicionales que caracterizan, con la sencillez de los argumentos, la naturalidad del desarrollo y las bellezas de locución y de ingénio, las producciones de nuestro amigo.

La recta intención del pensamiento y la chispeante gracia del lenguaje, descubren desde luego al delicado y perspicaz crítico; la sencillez de recursos, la simplicidad del plan y la oportunidad del desenlace, sus aficiones moratinescas y bretonianas; la verdad y viveza de los caractéres, la acertada elección de las figuras y la disposición y pintura de los incidentes, el conocimiento de la sociedad en que vivía y de la vida familiar que retrataba; y la corrección del lenguage, la urbanidad y agudeza de los chistes, la templanza y adaptación del estilo á cosas y personas, el estudio detenido de los buenos poetas y la observa-

ción de los preceptos aristotélicos y horacianos.

Á esta comedia sigue de cerca la denominada *Hacer cuenta sin la huéspeda*, que mereció el honor de inaugurar las tareas dramáticas del teatro Español en 1833, donde funcionaban eminencias artísticas tales como las señoras doña Bárbara y doña Teodora Lamadrid, la señorita Noriega y los señores Guzman, Valero, Osorio, Sobrado y Boldun, que fueron los encargados de arrancar para el ingénio gaditano estrepitosos aplausos al público madrileño.

Tampoco hemos podido encontrar un ejemplar de esta obra anterior á 1852.

Inferior esta comedia á la primera en nuestro concepto, distínguese no obstante por la pintura de los caractéres, por la gracia de las descripciones y por las cualidades de dicción y estilo.

Pero la obra que ha dado más fama al señor Flores Arenas y que en efecto aparece muy superior á las dos que la habian antecedido, fué la intitulada *Coquetismo y presunción*. Sencillo cuadro de familia y peripecia de la vida del hogar, como las anteriores, las aventaja en la verdad y maestría con que se dibujan los tipos, en el gracejo y suave encanto del diálogo, en la propiedad y sencillez de los recursos y en la facilidad y dulzura con que se desliza su fábula, sin producir hondas conmociones de dolor ni de placer, pero ocasionando un delicioso halago en el alma y una saludable influencia sobre el corazón.

La fecha de la aparición de esta comedia sobre la escena, que nos fué procurada como las anteriores por el mismo autor, es la de 1851, aunque el ejemplar que poseemos se adelanta hasta 1867.

Las obras dramáticas del señor Flores Arenas, pertenecen, pues, al género medio, cuyo escenario natural es el hogar doméstico y cuyo pensamiento está recogido en

ese delicioso cuanto saludable vergel de la belleza y la virtud.

Tal vez el público moderno hallará algo pálidas esas delicadas pinturas ejecutadas con los ligeros pinceles de la verdad y la gracia: mas no por que los gustos populares hayan cambiado y estragádose por desgracia, deja de ser suave y dulcísimo el manjar que nos ha ofrecido el poeta gaditano.

Aun en nuestros dias hemos asistido á la reproducción de estas comedias: y aunque los artistas, presa de la general corriente y educados en las modernas exigencias, no han acertado á matizar con toda su apacibilidad y donaire, ni aquellas figuras, ni aquellas escenas, no obstante, el placer y la enseñanza se han sentido y el aplauso popular primero y la crítica literaria despues, han premiado el mérito del autor y formulado nuevos elogios á su agudeza y á su moralidad.

La corrección de vicios, la ridiculización de los defectos, la fotografía de los tipos sociales, la traslación á la escena del realismo casero y la reprensión dulce y amabilísima de los extravíos de la educación y de las excentricidades del carácter, constituyen la finalidad moral y la transcendencia pedagógica de estas comedias: y á la sencillez del argumento, corresponden un desarrollo natural y simplísimo, unos accidentes comunes y fáciles, un desenlace lógico y adecuado y sobre todo una forma literaria bellísima, en que á la gracia de las descripciones y á la oportunidad de los pensamientos, se unen una dicción correcta, un diálogo encantador y un estilo llano, igual y propio; todo un arte, en fin, perfectamente ajustado al fondo de la obra, á las exigencias de la escuela y á los gustos del teatro cómico de aquellos tiempos.

Nada ha corrido tan deprisa como nuestra vida artística teatral: nada ha revestido tantas ni tan variadas for-

mas como nuestra dramática en la primera mitad del presente siglo. Del sainete á la pieza, de la tonadilla á la zarzuela, de la comedia casera al alto drama doméstico, del realismo social al romanticismo pasional, y del género urbano y pedagógico, al bufo inmoral y desatinado, todo lo ha recorrido con vertiginoso vuelo nuestro arte escénico, si bien no ya conducido por la ley progresiva, pero prudente, de nuestro desarrollo literario y de nuestro carácter original y propio, sino empujado unas veces y arrastrado otras por los ejemplos transpirenáicos, siempre deslumbrantes y seductores, aunque por lo comun falaces y funestos.

Mas D. Francisco tenía sobre sus gustos y sus condiciones el deber de llevar la crítica al teatro en el tono mesurado y amable con que la ejercía como censor de agenas obras.

Desde Abril de 1847 ocupaba en los teatros gaditanos el honroso puesto señalado al ilustrado Aristarco: y con tal mesura y tino hubo de desempeñar desde luego su difícil cometido, que su esfera crítica fué ámpliamente extendida en 1852 á obras é impresos y en Julio de 1857 á las novelas que se publicasen en la provincia.

Discreción y tino, indulgencia y justicia, inflexibilidad y gracia, enlazábanse en sus juicios y rebosaban de sus críticas, lo mismo dramáticas que sociales, de las que nos ha dejado tantos y tan bellos modelos, y con las que, sin perder un amigo, llegó á conquistarse tantos admiradores.

Mas ya llego al dintel de agenos dominios y debo poner punto final á mi trabajo: más que todo él habrá de decir la lectura de sus comedias: yo sólo he querido rendir un tributo más de admiración á sus talentos y de gratitud á sus favores.

Termino pues, insertando otras cuatro estrofas de la

semblanza antes citada, en que se le dibuja como crítico tanto de teatros como de costumbres:

De claro juicio dotado,
compara, observa, analiza;
sus escritos ameniza
con chistes y buen decir;
y si cual crítico tiene
el látigo levantado,
suele ser más moderado
que incisivo al escribir.

Con pinceladas brillantes
retrata, ya los abusos,
ya los ridículos usos
de nuestra actual sociedad.
Y los cuadros que presenta,
trazados con armonía,
revelan su maestría,
su ingénio y facilidad.
. . . . . .

Nunca, tenaz ó severo,
en su crítica fundada,
corrió su pluma mojada
en amarguísima hiel;
que no se avino á su génio,
sóbrio y lleno de nobleza,
decir por una agudeza
algun sarcasmo cruel.

Didáctico consumado
y lógico asaz perfecto,
es su estilo tan correcto
como donoso y feliz;
siempre animado y fecundo,
este escritor ilustrado
es de todos celebrado
por su gusto y buen decir.

V

EL PRIMER ANIVERSARIO. (1)

No siempre los pueblos han de ser ingratos: la ingratitud tiene sus raices en ese triste vacío que se llama olvido y hay grandezas que no pueden olvidarse, quizá por que es imposible cimentarlas en el abismo.

Grandezas serenas, esplendorosas y suaves que produce un hombre y alcanzan á una generación, que enaltecen á un indivíduo y honran á un siglo: magnificencias que se producen para todos y que por tanto á todos pertenecen; y que por lo mismo que el comun de las gentes no sabe producirlas, es preciso que sepa conservarlas. Un hombre hace y un pueblo defiende: un espíritu construye y una nación guarda: un alma lega y una ciudad entera disfruta el legado y le hace un lugar en su historia.

Si cada gaditano es una fibra del corazón de este pueblo, no es posible que falte alguna vez la memoria á Cádiz ni el culto á D. Francisco Flores Arenas. Hace un año conducía la ciudad en hombros su cadáver á la última morada; un dolor que tenía más de divino que de humano, tanto era de religioso y tanto y tan poco de vulgar y desesperado, se exhalaba de todos los labios, se pintaba en todos los rostros y se manifestaba en las aposturas y

---

(1) Publicado en «La Prensa Gaditana.»

continentes. Un torrente de alabanzas en que flotaban guirnaldas de flores y fúnebres coronas inundó aquellos restos, por última vez entrevistos en los bordes de la tumba; y la ciencia, el arte, la amistad, el cariño filial, el afecto popular, cuanto tiene en la vida una voz y una fórmula, dióle allí su postrera despedida y le hizo la solemne promesa de no olvidarle mientras hubiese algo en el cerébro que pensase y algo que latiera dentro del pecho.

Promesa era esta fácil de cumplir: al volver á la ciudad, veíanse por todas partes huellas del paso de aquel hombre, señales de su grandeza y pruebas de su bondad. Las virtudes de su alma en eltrato social, los talentos de su espíritu en las áulas, las excelencias de su ingénio en los teatros y periódicos, los frutos de su laboriosidad en las academias y liceos y los méritos de sus servicios en la vida oficial y pública, grababan fuertemente su imágen y pregonaban por todos lados su nombre y su fama.

Ya ocupados los vacíos que dejó abiertos en la esfera social, puesto que era preciso llenarlos y puesto que era imposible cubrir los que quedaron en el seno de su familia y en el corazón de sus amigos, todavía, y por muy dignamente que D. Francisco fuese sustituido, extrañábase su ausencia y se recordaba su figura. Los que le heredaron, por amistad y respeto; los que ya no le veían, por gratitud y veneración: todos, por razón de justicia y culto de amor.

Algo había de costumbre que sostenía estos sentimientos; que los hábitos tienen mucha fuerza, especialmente cuando nos apegan á algo placentero y bueno y se nos agarran por los dobles lazos de la utilidad y del deleite.

La existencia de D. Francisco fué para todos provechosa y agradable: Cádiz había tenido en él un tesoro y un encanto: veíalo circular por sus calles con respetuosidad y alegría: abríale todas las puertas con presteza y satisfacción:

le hallaba en paseos y teatros con gusto y ufanía; le conservaba para sí con suma delicadeza y cuidado y le mostraba á los demás con placer y orgullo.

Nadie se hubiera atrevido á extender sobre aquella dulce y sagrada figura la sombra de una ofensa, sin caer bajo los anatemas de la indignación y del desprecio públicos: antes bien bastaba su apoyo, su defensa, para hacer tolerable lo más desdeñado y valioso lo más humilde. Á su lado todo acrecía en importancia y en interés: astro que inundaba á todos con su luz, hoguera que caldeaba á todos con su fuego, timbre de honor que todos deseaban ostentar y que enorgullecía al indivíduo con su palabra, á la institución con su aspecto, y á la ciudad con su vida.

Tal era D. Francisco Flores Arenas; tal sigue siendo en nuestra memoria y aún en nuestra existencia. Los teatros nos ofrecen su arte dramático y nos procuran ocasión oportunísima de saborear sus gracias y de multiplicar las ofrendas consagradas á su ingénio; las académias evocan sin cesar su recuerdo y se sienten animadas de su espíritu y consagradas á su devoción; los amantes verdaderos de nuestras tradiciones literarias, ó le recuerdan con delicia, ó sufren los males de su ausencia: y hoy en cada hogar, en cada círculo literario, en cada agrupación social, habrán venido á despertar su memoria y á reanimar su culto la celebración de su aniversario y la circulación de un precioso libro que la Real Academia ha publicado con las obras poéticas de tan distinguido ingénio, merced á la generosa y patriótica protección del Excmo. Ayuntamiento y de la Excma. Diputación Provincial.

Ese libro es la primera parte de un rico legado que dejó nuestro ilustre literato, con gran modestia y profusión repartido por todas partes; apenas hay hoja en la historia literaria de nuestra bella ciudad correspondiente á lo que vá de siglo, en que no se hallen las risueñas y preciosas

huellas de la pluma con que enriqueció la literatura y halagó el alma nuestro esclarecido maestro; recogerlas de acá y de allá como quien arranca flores para formar un ramo y ofrecerlas juntas frescas y perfumadas á cuantos amen las glorias gaditanas y las grandezas de las artes españolas, ha sido el objeto de la Real Academia. Cumple además un doble deber tributando este obsequio á su fundador y primer Presidente y proporcionando á Cádiz este título más en que apoyar su renombre como sábia y como noble, y tiene en fin el dulce consuelo de poder colocar hoy sobre la tumba del intachable patricio y del fecundo y correcto escritor, esa guirnalda tejida con las flores de su propio ingénio y que viene en justicia á formar la más preciosa de sus coronas y el más legítimo de sus triunfos.

El Excmo. Ayuntamiento, como expresión del general deseo y en natural defensa del renombre de esta ciudad, proyecta colocar una lápida conmemorativa en la casa en donde nació este insigne varón y famoso literato; agregue á este tributo el precioso homenage de poner á una de las calles contíguas al teatro Principal el nombre de Flores Arenas, como ya hubo de pedírselo la prensa en los dias en que lloraba su muerte, y habrá otorgado á la vez una merecida prueba de consideración y respeto á la familia, una justa distinción á uno de los más preclaros hijos de Cádiz, y la realización de un noble deseo á la misma ciudad que se ilustra con sus escritos y se honra con sus talentos y virtudes.

LA MUJER.

1879.

I

INSUFICIENCIA

DE LA EDUCACIÓN ACTUAL DE LA MUJER,

EXPONIENDO LO QUE DEBE SER EN EL PORVENIR. (1)

"El hombre ha sido creado libre."
JULIO SIMON.

"Presumo que el hombre representa aquí la razón social, y que el lector debe entender el hombre y compañía; porque en fin, la mujer tiene la misma vocación moral que el hombre, y por consiguiente la misma libertad para cumplir su destino...."
(PELLETAN.—La famille.—La mére. —Prologue 6.)

Señores:

Hé aquí uno de los varios temas que los organizadores de este Congreso han ofrecido galantemente á los profanos en Ciencias Médicas: y á fé que el asunto no deja de ser en sí mismo galante tambien, puesto que se ha de tratar en él de la mujer, *dimidium animæ nostræ*, segun el nostálgico clamor de Ovidio.

Hace tiempo que se ha despertado en el mundo filosófico un cierto afan de estudiar á la mujer, que es preciso aplaudir y secundar por lo que el tal estudio nos interesa

(1) Leido en el Congreso Médico Regional, celebrado en Cádiz en Julio de 1879.

y el tal objeto merece. Quizá, animados los pensamientos con el ejemplo de los poetas, panegiristas desde lo antiguo de la belleza y los atractivos del sexo débil, han arrebatado asunto tan grato del dominio juguetón y ligero de la poesía, para hacerle objeto de sus más hondas meditaciones y de sus más transcendentales juicios. Es lo cierto, que empezó la Antropología por señalar á la mujer un puesto honroso en el seno de la humanidad, que siguió la Psicología marcándole un destino interesantísimo y perfectamente armónico con el del hombre, que la Religión la ha divinizado, que el trato social la poetiza y que los economistas, los legisladores, los moralistas y cuantos se dedican al estudio y al progreso de cualquier ciencia social, la distinguen, la dignifican, la defienden, y reclaman para ella de políticos y magistrados, de sabios y de artistas, de sacerdotes y de simples cortesanos, todo género de interés y de consideraciones.

Prueban esta verdad, el pensamiento que le ha dedicado, con tanta oportunidad como justicia, este Congreso, y el hecho mismo de haber elegido por mi parte este tema, cosa que confieso haber verificado con sumo placer y aun con cierta ansiedad, no ya por que crea que he de desenvolverlo con acierto, sino sólo por asegurarme de que no ha de quedar olvidado entre tantos otros de diversa especie y de grande importancia.

La patética historia de la mujer en la tierra es una acusación tremenda é incesante contra el hombre: y, ¡oh, justicia de la Providencia divina! aquella historia y esta acusación están redactadas por el mismo reo. Cada página de aquella, envuelve una prueba del inmenso, del insaciable egoismo de este. Cuando la mujer fué tratada como esclava, el egoismo tomó la forma de la monstruosidad; cuando fué apetecida como deleite, afectó la forma de la asquerosidad: maltratada ó halagàda, la mujer fué una

víctima y su señor, por tanto, un tirano; sólo que el tirano era cruel ó era sensual y hubo de tomar la mujer, ya por cosa ó ya por goce, pero siempre por máquina.

Sólo disculpa al hombre de tantos siglos de error y de injusticia, la circunstancia de no haber comprendido hasta muy tarde que la mujer tiene un alma. Ciertamente que Jesus se lo dijo; pero ¡es tan difícil curar al hombre de viejas obcecaciones y arrebatarlo de la abyección de inveterados hábitos!..... Luego..... ¡dijo Jesus tantas cosas que todavía no ha acabado de entender el hombre!..... Llegó el Evangelio á los oidos; pero aún no ha llegado á las conciencias; y no es porque las conciencias disten de las orejas; sino porque el camino se halla embarazado por seculares, enormes y empedernidos obstáculos.

Mas fácilmente alcanzaron al corazón sensual las suaves gracias y delicadas seducciones de la mujer misma; y por eso la conquista del aprecio masculino empezó por el amor, hízola tiernamente la poesía y debióse más al despertar de los instintos caballerescos, que al golpear de los dogmas religiosos sobre la razón obcecada del hombre.

No siendo, pues, la convicción sino el sentimiento, quién abogaba en la conciencia del varón por los derechos de su compañera, el alma de esta infeliz no pudo obtener ninguna ventaja real ni beneficio alguno estable y positivo. Cambióse la forma de su servidumbre, embellecióse la prisión, doróse la red, hiciéronse de seda el lazo y de flores la cadena; pero siguió la mujer esclava.

En fuerza de hablar de amores el galan y en fuerza de sentir inagotables placeres el amador, llegóse á descubrir que la mujer tenía un corazón; y entonces apareció la miel en los labios del seductor, púsose el oro en las manos del enamorado, tendiéronse alfombras bajo los níveos piés de la amada, se tachonaron sus rizos de diamantes y se trocaron la argolla de su cuello y las esposas de sus bra-

zos por sartas de perlas y pulseras de zafiros; pero quedó la esclava condenada á servir para el deleite y reducida á sentirse embellecida siempre y amada..... algunas veces.

Antes se rindió á la mujer de un golpe, ahora se la dobla bajo el peso de las galas: primero la caza, despues la compra; antes lo que embrutece y luego lo que prostituye: pero siempre para que el señor goce, la sierva cae.

Más tarde, el ilustrado, el doncel y el poeta galanteador descubrieron que la mujer tenía ingénio. Brillaba en sus ojos la chispa centelleante de la idea y acudía á sus labios, entre picarescas sonrisas ó astutas palabras, la frase aguda y perspicaz esmaltada por su imaginación y abrillantada por su fantasía. Entonces el hombre sorprendido empezó á sospechar que la mujer podía muy bien tener un alma á semejanza de la suya, por más de que esta fuese hecha, segun sabía desde mucho tiempo atrás, á imágen de Dios.

La Psicología consignó por fin esta verdad, y el alma de la mujer entró en los dominios de la ciencia. Desde entonces su suerte estaba asegurada. En vano era ya que la sociedad siguiera destinándola sus horas perdidas y que el hombre le hiciese el don de sús ocios y sus lisonjas: en vano tambien que la galantería levantára para ella un trono en cada estrado, que la vanidad la envolviese en ricas telas, que el rendimiento la engalanase con flores y joyas y que el placer le abriese las puertas de los alcázares; en vano asimismo que la solicitud paternal la dotase de una cierta educación artística, más deslumbradora que positiva, que la moda la escogiese por objeto de sus caprichos y la erigiese en ídolo del lujo, que la cortesía la abrumase con su insinuante culto y la lisonja la hinchase con sus vapores; la mujer había caido en poder del sabio, su existencia había logrado ser pensamiento del filósofo, su des-

tino había adquirido la consistencia de un problema antropológico y su sentimentalismo, su inteligencia, su conciencia, su alma entera, debían ser objeto de observación y de análisis, se habían de registrar y de escudriñar latido por latido, aliento por aliento, misterio por misterio, y, ya contadas sus pulsaciones, descubiertas sus tendencias, apreciadas sus aptitudes, revelado su arcano, la mujer entraba en la vida racional, se alzaba á la altura del hombre en los dominios al ménos de la especulación, conseguía su puesto en la ciencia, en la economía, en la política, y partía con su redentor filósofo el imperio de ese gran centro en la esfera de los intereses sociales, del movimiento espiritual y del destino humano. La mujer estaba salvada.

Y lo está en efecto: pero en la región todavía de lo teórico meramente. El evangelio femenil, predicado por la ciencia moderna desde las cumbres de la Filosofía, llega á las gentes, se escucha por todos: pero, como el de Cristo, se cumple por muy pocos y se entiende mal ó no se entiende del todo por muchos.

Es verdad que no le prescribe un Dios, sino una razón; que no se recibe directamente, sino mediante el individuo y la sociedad que lo interceptan y lo desvirtúan; y que la mujer ha de esperar á que el hombre quiera cumplir respecto de ella lo que desde sus cátedras le aconsejan los sabios, le prescriben los moralistas y le piden los reformadores; pero al fin vencerán la justicia y el deber y nuestra paciente compañera, restablecida en sus derechos, imperará en una familia más cristiana, circulará más garantida por el mundo y ejercerá desde su asilo la parte de influencia que le corresponde en los asuntos sociales y en los problemas de la vida civil y política.

II

Hé aquí ahora el estado de la cuestión á pesar del cla-

moreo de la ciencia, estado que se explica todavía por el egoismo del hombre y por la irreflexión de la misma mujer, unidos ambos por la funesta y estacionaria influencia de los hábitos y las obcecaciones.

La mujer pobre se halla entre nosotros completamente desheredada en cuanto respecta á la vida moral: las verdaderas fuentes de educación se hallan muy lejos de su alcance, y nada hay por otro lado que la fuerce ni que la excite á ir á humedecer los ardorosos labios en sus frescos raudales. Ni los padres pueden darle aquello de que ellos mismos carecen, ni habían de sacrificarse por procurar á sus hijas aquello cuyo valor desconocen como á hacerlo así no se les obligue, ni la cátedra religiosa, única que se levanta á su paso, las cautiva y satisface, ni el sacerdocio vá á buscarlas al oscuro fondo del miserable hogar que las abriga ni puede alcanzarlas corriendo tras ellas por càlles y plazuelas.

La sociedad es la única que las alcanza; pero ya sabemos lo que el mundo hace con la juventud, y más si es débil, y más si es bella, y sobre todo si es pobre. La jornalera cruza la existencia ignorándolo todo, excepto el deshonor, excepto el sufrimiento. Cuando ha perdido su inocencia con el aliento de la corrupción, su pudor en las redes de la seducción, sus fuerzas en los desgastamientos del trabajo y su juventud en las luchas de la maternidad ó con las roeduras del vicio, el hospital la espera hasta que la tierra se la traga. Su alma ha podido atravesar la tierra sin saber quién es Dios; pero en cambio sabe bien lo que es el mundo: cara le ha costado esta lección: mas ¿la sociedad puede proporcionar otro aprendizaje y sobre todo puede proporcionarle á ménos precio que una desventura?

La mujer de clase media vive amoldada á otras condiciones: su trabajo se dignifica, su educación se enriquece

y sus aspiraciones resultan más altas y más exigentes. Si el desarrollo y dirección de estos elementos de la posisión fueran acertados, la mujer mesócrata sería la señora de nuestras sociedades. Pero la paternidad, que no supo concebir, ni practicar por tanto, sus deberes á consecuencia de propias imperfecciones y de análogos precedentes, emplea su pequeña fortuna en inspirar insensatas pretensiones; toda su religiosidad en crear torpemente la gazmoñería y en favorecer vanas exterioridades á que no suelen responder las virtudes, ni mucho ménos la santidad del alma; todo su pensamiento en proporcionar unas enseñanzas y unas habilidades baladíes que el mundo aplaude en la soltera, pero que el marido rechaza, por fútiles ó por estorbosas, en la esposa y en la madre, y todo su ingénio y todo su afan en una obra muy parecida á las decoraciones teatrales, como si hubiesen de aderezar una figuranta para la comedia de la vida, en vez de crear una heroina sublime é interesante para los dramas celestiales de la maternidad y la familia. El resultado se llama desengaño. El trabajo tutorial de los padres, como el de esos meteoros de la pirotécnia popular, deja en el espacio, tras las bengalas deslumbradoras de la belleza y los galanteos, para que los aspire el alma dolorida, el negro humo del desencanto y el fétido olor de la desventura. La superficialidad de unos padres engendra el profundo infortunio de otros, y lo que fué error al principio, puede luego llegar á ser desesperación y delito; porque la monstruosidad de una equivocación ó la enormidad de una torpeza, no pueden producir, bajo la ley tremenda de un progreso inflexible, sino el vicio para dentro y el escándalo hácia fuera.

La dama aristocrática en fin, no obtiene por su riqueza mejor suerte que la anterior; porque es preciso convencerse de que el dinero no redime de ningun pecado, y

de que no por cubrirse faltas y errores con oro, dejan la desdicha y la maldad de revolverse bajo tan rica corteza.

La fortuna vende caros sus dones; lo que dá en materia lo niega de espíritu y lo que derrama en placeres se lo cobra en virtudes; porque suele el dinero llevar tras sí un horrible cortejo de ineptitudes, delirios é impotencias intelectuales y de groserías, sensualidades y vicios del corazón y de la conciencia, que no son ménos repugnantes, risibles ó aterradores, porque el mundo sonría ó se postre al verlos pasar con ostentosos ropajes en fastuosa procesión. Pero aun en el caso, muy posible en verdad, de que la riqueza se alíe con la honradez y atine á guardar las formas de la circunspección y la prudencia, la educación que recibe la mujer mediante ella no deja de ser tan vana como la del caso anterior y tan expuesta, si no más, á los desastrosos desenlaces que hemos indicado. Siempre la preferencia de la forma sobre el fondo, siempre la devoción en la práctica pública y no la santidad perfumando la conciencia; siempre el artificio sustituyendo á la verdad y siempre la educación escogiendo sus asuntos más felices, sus manifestaciones más deslumbradoras y sus aspectos más decorativos, con olvido ó desden de lo más útil, más precioso y más fecundo; siempre, en fin, las aspiraciones creciendo, la dirección torciéndose y el orgullo cegando.

Las consecuencias son el matrimonio por venta, el amor por placer, la ilusión por gala, la maternidad por alarde, la familia por ocio y el consorcio por franquicia. Los desenlaces son el hastío, el abandono, la infidelidad y el divorcio ó la desvergüenza.

No hay que olvidar que el dinero dá un valor, una osadía, casi un cinismo tal á la mujer, que sólo él basta á explicar cómo el insulto en el labio sustituye á la lágrima en los ojos, y cómo el amor propio y el odio lanzan del corazón impresionable la ternura y el respeto en la mujer

aristocrática. Y ¡ay! cuando la boca no protesta, la mente cavila; y cuando el dolor no arranca el llanto, la venganza aborta el adulterio.

Un alma sin pasto, es una existencia perdida para el bien: un alma con alimento insuficiente, és un sér expuesto al dolor y perdido para la dicha; y un alma con pasto abundante, pero envenenado ó poco nutritivo, es un individuo preparado para la delincuencia y perdido para la virtud.

Estas son las tres hechuras que produce hoy la educación familiar generalmente. Colocad el mundo por fuera, siempre cruel y sin entrañas, siempre astuto y perverso, siempre tentador y maldiciente, y decid si habeis hecho por la mujer lo que debeis; si le habeis dado armas contra esa sociedad en que está obligada á vivir; si le ofrecísteis, no ya resuelto, sino medios para que ella lo resolviera, el problema de la vida; si finalmente, le habeis concedido los lugares que merecen una hija, una esposa, una madre, en la familia, y una dama, una anciana, un sér humano, en vuestras sociedades.

Verdad que el hombre aún dista de haber hecho consigo mismo lo que debe, y no es posible exigirle que lleve por delante ni que eleve sobre sí propio á la mujer; y no deja de ser raro que lo que la paternidad no vé, ni siente, ni concibe, con ser tan clara, tan previsora y perspicaz, respecto de sus hijos tras del hogar sereno y apacible, hayan de decírselo á voz en grito y con súplicas sentimentales, con discursos lógicos y con preceptos categóricos é imperativos, el poeta caballeresco, el filósofo reformista y el legislador civil y moral. Jesús lo explicó desde el Gólgota y los padres no lo han entendido; los sacerdotes y sabios lo repiten desde sus cátedras y parece que los padres no lo oyen tampoco. ¿Será preciso que el poder social imponga la conducta, que la ley amenazadora la

formule, que la sanción penal la cohiba y fuerce? ¿Habrá que tronar desde el moderno Sinaí de la razón y del derecho, para que la ley moral se cumpla? ¿Será la espada del poder ejecutivo la que redima á la mujer y la rescate de esa servidumbre del egoismo varonil en que yace?

Si tal sucede, preciso será que antes conozca el hombre su deber; que entienda la mujer su derecho y que sepan los magistrados la razón que ha de moverles á imponer el uno y establecer el otro por los violentos resortes de la justicia.

III

La obra que el hombre hace en la mujer es mala, incompleta ó desacertada: la obra que hace la sociedad es detestable y despiadada: la goza y la tira, como hace la coqueta con la flor: preciso será, pues, que el legislador haga, representando á la razón, lo que quiso Dios que fuese hecho en la mujer al enlazarla á nuestro destino y someterla á nuestro progreso.

Veamos qué es esto que debe hacerse y terminemos con ello este breve é imperfecto discurso.

Es preciso que la mujer haga con nosotros en el hogar mucho más y muy distinto de lo que hoy hace; y es menester que nosotros hagamos con ella en sociedad mucho más tambien y muy diverso de lo que hoy hacemos.

Se dice que la mujer es toda corazón y sentimiento, y esto no es exacto: la mujer es tambien inteligencia y voluntad, y es preciso que lo tengamos presente para hacerlo conocer y para que nosotros mismos obremos en su consecuencia. Se ha dicho tambien que es debilidad y volubilidad, y se necesita que sea fuerte y firme como todo sér inteligente y libre.

Para conseguir este progreso, preciso es que la mujer tenga una exacta idea de sí y disponga de medios eficaces de defensa contra el mundo. La idea de sí, sólo puede

dársela la ciencia; la defensa, sólo puede proporcionársela el dinero: hacer á la mujer rica y sabia, es hacerla independiente y poderosa; es hacerla invencible y digna; es hacerla soberana en la vida. Abdiquemos, pues, una parte de nuestra tradicional soberanía en obsequio, decimos más, en justicia debida á la mujer. Hagámosla ante todo moral, para que sea buena; pero no entendamos que es más buena ni más moral la que más reza, sino la que tiene mejor y más clara conciencia de su deber.

Ahora bien; para abrir al pensamiento de la mujer las puertas del órden moral, conviene darle á conocer las excelencias de su alma; los altos destinos que ha de realizar en la vida; la importancia de esos tres papeles que como dama, como madre y como ciudadana ha de desempeñar en el mundo; las benéficas influencias que ha de ejercer directamente en la esfera privada de la familia y mediante su marido en la esfera pública de la sociedad; el problema de la inmortalidad por cuanto se refiere á ultratumba y el problema del bienestar material por cuanto respecta á su posición en la tierra; los prodigios del amor por lo que hace al hogar y las excelencias de la ilustración por lo que hace al mundo; las grandezas de la dignidad personal y los peligros de las pasiones; las ventajas de la independencia conquistada por el trabajo y las acechanzas del vicio agravadas por el ocio.

Ilustrada ya la mujer bastante para departir con su marido sin aburrirle, para hacerse admirar por la prudencia y tino de sus juicios y para concederle una parte en los problemas de la vida social y política que tanto al uno como á la otra afectan, preciso será facilitarle y garantirle los senderos que ha de cruzar en la vida, multiplicar á su paso los medios de seguridad y de riqueza, ofrecerle abundantemente pan, como se le ha ofrecido ámpliamente ciencia; que el saber y el oro son baluartes del honor,

escudos para la virtud y gérmenes fecundos de felicidad.

Y ya satisfechas, tanto sus necesidades materiales como las exijencias de su espíritu, en el mismo grado y forma y aun con mayor asiduidad que se atiende á las del hombre, seguro es que el amante hallará en ella una buena esposa, la Patria una discreta ciudadana y Dios una santa criatura.

La mujer pobre educada en la plazuela, no puede amarse á sí misma: la mujer rica educada en el extranjero, no puede interesarse por su Patria: la mujer media, retenida en la ignorancia de sí é inspirada en la envidia de la riqueza, desconoce los respetos debidos á la familia.

Ya que dejemos evaporar, bien equivocadamente por cierto, en extraños climas y en agenas manos, el amor de nuestros hijos, no robemos un corazón á la familia y un pensamiento á la Patria; y ya que la pobreza del hogar y la rudeza del corazón lanzan los hijos á la plazuela, condúzcalos la ley á la escuela, al templo y al taller, para que se rediman del pecado, del infortunio y del hambre, mediante la ilustración, la moralidad y el trabajo.

Guárdense las artes fútiles y las culturas fastuosas y huecas para detalles de última hora y pinceladas para el efecto estético: ¿no veis que la mujer tiene hambre de ciencia formal y séria? ¿No sentís toda la celeridad con que se revuelve su imaginación, toda la viveza de su ingénio, toda la profundidad de su talento, su abnegación, su heroismo, su sublimidad, y todas esas maravillosas aptitudes con que se nivela fácilmente al hombre y aun le sobrepuja con frecuencia? ¿No conoceis que sólo una costumbre viejísima, un ejemplo constante y una servidumbre violenta pueden contener ese torrente de aspiraciones, de anhelos y de facultades ante lo pueril, lo débil y lo mezquino de esas manufacturas estériles y de esas enseñanzas imperfectas y faltas de sentido con que quereis entretener su alma y alimentar su vida?

¡Ah, no son las manos únicamente las que conviene mover sobre la labor cuando una madre mece la cuna de su hijo; ni es la novela la que, ausente el marido, debe rellenar de delirios la ya bastante soñadora imaginación de la esposa. Preciso será ahuyentar de su cabeza antojos ruinosos para la felicidad conyugal y espantar de su conciencia errores que engendran tempestades domésticas y públicos escándalos!

Para ello, los libros de filosofía, las cuestiones antropológicas, las amenas lecciones de la Historia, las pintorescas descripciones geográficas, los poéticos problemas de la Física, de la Astronomía y de la Historia natural, la Estética como fundamento del arte, la Fisiología y la Higiene como preservativas de la salud y algo de aquellos asuntos que se debaten en el mundo político, algo de las ideas que bullen en el momento histórico como rasgos del espíritu moderno y prolegómenos de la ciencia ulterior, nórma de la futura vida, han de ser la base de la educación femenil.

En suma; la misma ilustración ha de darse á la mujer que al hombre: sólo el grado, la extensión y la profundidad, habrán de separar una de otra; y aun estas diferencias se aumentarán ó restringirán segun las condiciones, aptitudes y gustos de la mujer en cada caso.

Las labores vienen luego; la hojarasca viene al fin, ó no viene del todo, lo cual es mejor.

Cuando tengamos una mujer española para la Patria, personal para la ley, libre para la moral, igual al hombre para el derecho; cuando hayamos formado con ella una compañera tan buena como hermosa, tan ilustrada como tierna, tan valiente para las luchas sociales como santa en el amor al deber; cuando parta con nosotros en dos el sentimiento y en dos el juicio; cuando tome para sí la mitad del dolor y la mitad del trabajo y cuando pelee en

la tierra como el hombre mismo con la triple divisa de *Dios*, *Familia* y *Patria*, entonces habremos hallado esa mitad en que nos dividió la Creación en la tierra y el Evangelio en la vida; ese sér que puso á nuestro lado Dios en el mundo y que puso con nosotros Cristo en el Cielo.

La primera materia, el alma de la mujer, es divina lo mismo que la nuestra; elaborémosla al par que elaboramos la propia, á fin de que ambas unidas se aproximen cuanto es posible á su sublime modelo.

II

LA MUJER. [1]

Permitidme que apele á la galantería para hacerme un lugar entre vosotros: consentid que escoja al sér que nos abre las puertas de la vida, para que me franquee las de esa otra existencia del honor y la estimación pública, mil veces más preciosa que la primera para todo pecho hidalgo, y ante un pueblo tan culto como el catalán y una Institución tan ilustrada como la que lleva por epígrafe el de *Amigos de la Instrucción*.

¿Qué importa que la mujer haya sido constante asunto de estudio para filósofos y moralistas y frecuente tema para socialistas y poetas, si el aprendizaje está al empezar y la tésis por resolver? ¿Cómo pueden detener mi pluma tantos volúmenes escritos y tantas teorías publicadas, si poco ó nada se ha hecho de cuanto aconsejaban las doctrinas y prescribían los sistemas?

Mucho se ha hablado al entendimiento; mucho más al corazón; pero en tanto que esos principios tan preconizados y esas emociones tan rebuscadas no desciendan á la conciencia para engendrar allí la resolución de ennoblecer á la mujer y colocarla en disposición de poderla con-

---

(1) Discurso de recepción en la Sociedad Barcelonesa de "Amigos de la Ilustración."

fiar la parte que le corresponde del destino humano, ni ha de callar el labio, ni ha de tener paz la pluma, ni ha caducado el derecho que á cada cual incumbe para pedir, no ya la redención de la mujer, sino su natural situación en el movimiento general de la humanidad, su lugar propio en nuestras modernas sociedades y su intervención legítima en el concierto armónico de las futuras edades.

No ya un clamoréo vano y melífluo, dictado por un romanticismo trasnochado, ni vuelos poéticos de un sentimentalismo caballeresco, han de dejarse oir en los oidos de cuantos rigen pueblos y marcan su dirección al progreso; ni aún siquiera esos graves ecos de un carácter religioso y evangélico que piden para la mujer en nombre del Cielo, obsequios de caridad y respetos de un culto ciego: algo diferente de esto, y aun más conforme con el espíritu de los tiempos y de más transcendencia y eficacia, hay que reclamar; y en nombre de la naturaleza humana por una parte y de nuestro interés, nuestra dignidad y nuestra ventura terrena por otra. Algo que tenga un valor más positivo que esos quejidos del corazón y esos preceptos del Cristianismo, risibles los unos para el indiferentismo moderno é impotentes los otros para el filosofismo naturalista que nos ha invadido.

Ciertamente que no habiendo el hombre resuelto su propio problema, parece que no debiera exigírsele que se preocupe del de la mujer; pero fáltale á este egoismo probar que el problema de la mujer no es el suyo propio, y aún, como nosotros creemos, que puede darle solución sin darla antes, ó por lo ménos al mismo tiempo, al de la mujer.

El Cielo ha querido que la Humanidad sea una, y no es culpa suya si el orgullo ó la poca vista del hombre le ha hecho creer que él solo es toda la Humanidad, siendo así que no es más que la mitad, y mitad que, aunque muy

distinta y contraria, no es posible arrancarla de aquella otra á que se halla natural y estrechamente unida dentro de un mismo destino racional y humano.

Aun más que pobres y ricos se unen dentro del fin económico de la vida social: aun más que señor y súbditos se enlazan en la vida política, y aun más que en el órden físico se armonizan luz y sombras para producir la belleza, en el órden natural y dentro del divino pensamiento de una creación moral é inteligente, se juntan y conciertan con indestructibles armonías el hombre y la mujer; los dos sexos orgánicos, fuentes de la vida material y los dos sexos psicológicos, fuentes de la vida espiritual.

Varón y hembra, pensamiento y sentimiento: hé aquí los extremos de esta doble maravillosa antítesis, destinados á realizar parcialmente las dos unidades orgánica y psicológica en el seno de esa unidad superior humana. Dos síntesis parciales, antítesis á su vez de esa otra síntesis portentosa de la primera de las creaciones. Por eso el hombre no puede romperlas; por eso vivió equivocado mientras mantuvo esos extremos distantes; por eso no habiéndolos aproximado lo bastante, no ha llegado todavía á resolver el problema social; y por eso, mientras no se cuide de borrar diferencias, acortar distancias y establecer relaciones, no habrá podido dar con el secreto de su interés moral, su grandeza personal y su ventura terrestre.

Ni asunto hay que más deba interesar al hombre que el de su propia existencia; si su natural egoismo llevara plausible rumbo, trabajaríalo en la mujer, buscando en él las condiciones del viril destino y decidiéndose á acometer por entero la empresa, meditándola y resolviéndola juntamente en sus dos términos: educación del hombre y de la mujer: esto es, educación humana. El hom-

bre no se desarrolla en armonía, si ilustrando su entendimiento se olvida de su corazón; esto podrá ser sabiduría; pero seguramente será maldad ó por lo ménos cálculo y frialdad. Si por atender al cerébro se olvida del sentimiento, será egoismo; si ilustrándose en la ciencia, se pervierte en el arte, podrá ser crímen. Vice-versa; tampoco hay desenvolvimiento armónico, si cultivado el corazón se deja atrás la cabeza; porque si hay gran susceptibilidad pasional con poca ciencia, tendremos la ferocidad ó el sensualismo; y si con un gran sentimentalismo se enlazan la aberración y la locura, entonces puede darse con lo trágico y lo monstruoso.

Pues bien; en análoga manera la sociedad, como sér colectivo, tampoco se desenvuelve en armonía si, cuidándose del hombre, se olvida de la mujer; ó lo que es peor, si la degrada y la envilece; porque hombre sin mujer, es egoismo helado y vida sin belleza; y hombre con mujer degradada, es infortunio asqueroso y existencia torpe y corrompida.

No hablamos del caso contrario en que la mujer está atendida y el hombre en el olvido, porque ni se dió, ni se dará nunca; el hombre mismo cuidará de ello.

A la creación de cada sér ha presidido un pensamiento: estos pensamientos parciales engranan dentro del sistema general de la creación total y entera: procediendo por análisis, dentro de la idea universal se encuentra el tipo á que responde la humanidad, y dentro de este los del hombre y la mujer, separados por profundas diferencias corpóreas y espirituales y enlazados por claras y numerosas semejanzas orgánicas y psicológicas. Sirven las primeras para que no pueda borrarse la antítesis que reclama el pensamiento de una ulterior armonía; y sirven las segundas para que pueda la oposición resolverse en una superior síntesis y ofrecer así un fácil medio de concebir esa

unidad suprema que todo lo abarca en la realidad creada, como todo lo explica en la idealidad divina.

Pensamiento el hombre y sentimiento la mujer, ciencia aquel y arte esta, generalización el primero y observación la segunda, juicio el uno intuición la otra, fortaleza y justicia, en fin, el varón y belleza y gracia la hembra, se completan y concuerdan de un modo admirable y enlazan sus destinos particulares en la tierra de tan estrecha manera, que no puede progresar el uno sin llevar consigo á la otra y que se condena el hombre al error, á la imperfección y á la desventura, dejándose atrás á la mujer, abandonando en la degradación á esa interesante mitad de su sér ú hollando en ella los sagrados fueros de la Naturaleza, que son los suyos propios.

¿Cómo romper las ligaduras que unen el alma al cuerpo? Pues así, ¿cómo cortar los vínculos que unen hombre y mujer en el sér humano? Si la Naturaleza hubiera querido hacer del varón un sér solo y completo, le habría hecho andrógino como quería Platón y habría borrado de su alma el amor: del mismo modo, si hubiese querido presentarnos en la mujer un sér completo, no la habría impuesto la elevada misión de darnos á luz, ni la habría dotado de ese heroismo que hace sagradá á la esposa fiel y de esa ternura que hace santa á la mujer madre.

Entre los dos sexos no habría más que amistad, ni entre los dos organismos otro contacto que ese mudo y grosero roce que basta á la generación alternativa.

Mas no es así: violar á una mujer siempre fué hecho brutal é impío que manchó el arca celestial de nuestra vida; comprarla, acto de humillante mercantilismo con que pusimos precio vil al misterio divino de la maternidad; recluirla con otras en el serrallo para gozarla por manadas, fué sensualidad miserable en que el egoismo más irracional no permitió jamás disfrutar las dulzuras del amor ni

admirar los trabajos secretos de la fecundidad; prostituirla, crímen de baja torpeza con que infamamos nuestra cuna, degradamos nuestros placeres é impedimos nuestra ventura; negociarlas, como sucede hoy dia, bajeza es tambien que daña á la santidad del hogar, y que introduce en la familia el adulterio para los esposos y la vergüenza y la desdicha para los padres y los hijos.

Resultados son estos de un desnivel espantoso en el desenvolvimiento moral y en la consideración social de estas dos mitades de un mismo sér, y que si bien acusa el constante predominio del varón sobre la hembra, y por tanto el estado aberracional del juicio de aquel en cuanto se refiere á los derechos de esta última, tambien acredita por una parte que el infortunio femenino es proporcional á la ceguedad masculina y por otra que la Naturaleza reclama ese nivel que la razón entiende, el corazón apetece y el progreso social exige como fundamento.

Mucho vale la mujer de nuestro siglo, comparada con la de los tiempos anteriores; pero muy poco todavía, con relación al papel que está llamada á jugar en el porvenir. Cada edad y cada civilización ha creido redimirla, y sólo ha fundido uno de los eslabones de su cadena ó ha roto uno de los múltiples lazos con que se mantiene atada al carro inflamado de nuestra concupiscencia y nuestro egoismo; hoy filósofos y moralistas, literatos y políticos empiezan á pronunciar la primera palabra del eterno problema humano; es el primer destello de una aurora que redimirá definitivamente á la mujer de nuestro yugo y á nosotros por ella de esa doble esclavitud de la inmoralidad y la desdicha.

Llegar á esta demostración es mi objeto, si sois sobrado benévolos para escucharme y sobrado galantes para permitírmelo: no es un trabajo ameno de gallarda literatura el que os ofrezco, Señores Académicos; es un con-

junto de ideas que acuden á mi pluma con la espontaneidad de una improvisación y el afan de traer una piedrecilla al suntuoso alcázar de nuestra reforma social, cuyos cimientos tiene el honor de construir el laborioso siglo XIX, heredero inmediato de ese espíritu de libertad destinado á conmover todas las conciencias y á cambiar la faz de todos los Estados.

Dejad que me inspire en él, á fin de que mi obrita tenga un cierto sabor de patriotismo y aun de humanidad, y pueda conducir á vuestros ilustrados entendimientos, y lo que es mejor á vuestros generosos corazones, á las verdades que proclamo y á los propósitos en qúe me aliento.

I

Lo que en las especies animales es tendencia orgánica y apetito sexual ordenados al fin de la conservación específica, entre el hombre y la mujer, al rozarlo el espíritu divino, se eleva y dignifica, convirtiéndose en esa llama celestial que se llama *amor* y en ese raudal de placeres y bellezas que forman la ventura terrestre.

El principio bestial de la lujuria, conviértese por la racionalidad en el deber moral del afecto: y si el hombre quiere buscar para su nacimiento un título de santa nobleza y una razón de ser digna y bella, preciso es que se considere producto del amor y busque su propia semilla en los misterios purísimos y deliciosos del corazón.

Hijos del odio y de la brutalidad sensual parecen los homicidas, los ingratos, los malvados, los déspotas de la mujer y los corruptores y explotadores de la virtud. Suicidas insensatos aparecen cuantos han tiranizado y degradado al sér que les llevó en su seno, desgarrando ciegos su propio corazón, enlodando el cristal de su propia fuente y envenenando los alientos que le dieron vida. Perder á la mujer, es mutilarse; atropellarla es prostituirse,

herirla es desgarrarse las entrañas, porque van unidas á ella la vida de nuestra alma y las grandezas de nuestra conducta, y es horrible sentir amor y no hallar objeto digno ó tropezar con la virtud y el talento y no poder ofrecerles más que instintos brutales ó restos podridos de groseras pasiones.

Pues bien; preguntemos al hombre qué ha hecho con ese poema de la Naturaleza escrito por Dios en el fondo de su pecho bajo el epígrafe de *Amor;* preguntémosle cómo ha cumplido con ese deber moral de amar á la mujer, parte de ese otro de amarse á sí mismo y forma subalterna del más superior de amar á Dios en sí, en la Humanidad y en la Naturaleza.

Preguntemos esto y veamos lo que nos responde el pasado y lo que nos respondemos nosotros mismos en el presente.

Si es cierto que el hombre procede del mono, preciso será creer que en el primer estado, cuando su cerébro aun se hallaba en las tinieblas y su corazón era una masa de hielo y su organismo gritaba con las desaforadas voces de la necesidad ó de la pasión, al sentir en el estómago el punzador del hambre, apartaría á su semejante para devorar solo la presa, ó haría víctima á su semejante mismo, siempre que este fuese despertador y satisfactor á la vez de su apetito; y cuando no el instinto de la vida, sino el de la procreación, hiciese estallar por dentro la dinamita del deseo, saltaría sobre la hembra bramador y espantoso para saciar sobre ella su bestial instinto.

¡Gran distancia media entre este grosero cuadro y el poético idilio del Paraiso que nos dibuja el Génesis mosáico!

Un paso más para venir al hombre salvage; al zelandés, al himalayo, al excita y abisinio, al escandinavo y al árabe, al heleno y al romano de los primeros tiempos.

La barbarie es la estación de la fuerza, y en el estado de salvagismo: el amor es un incidente y el matrimonio una acechanza y un rapto. Krichna, Gunnar, Páris, Aquiles y Rómulo, roban sus mujeres en India, Grecia é Italia: el hombre de las selvas busca hembra, la husma, se oculta, salta sobre ella, la hiere y la goza; exactamente lo mismo que mata el chacal ó caza el antílope: luego, abandona los restos, y los restos son una mujer y un feto.

Cuando la mujer es una esposa y el feto un hijo, se consiente que aquella se arrastre bajo el peso de su carga tras las pisadas del marido cazador, guerrero ó bandido: asístele como esclava y consuélase de su infortunio con los secretos goces de la maternidad, bien rebajados ciertamente con el embrutecimiento, hasta que la vejez ó la enfermedad le dan la muerte.

A tal degradación corresponde la mujer odiando y temiendo á su señor, sirviéndole mecánicamente por precio del alimento, mirándole con estúpida indiferencia correr tras otras hembras ó huyendo de su lado para atravesar los bosques con el hijo sobre la espalda, amamantándolo si puede ó lanzándole al torrente ó estrellándole contra una piedra si no puede y cayendo ella misma muda, calenturienta, espirante en las selvas, cuando la mata la miseria, el hambre ó un rayo del cielo.

Durante estos tiempos el hombre escoge como los animales; pero no guarda, sino que desprecia: escoge hiriendo, como caza y como roba; y á esta rudeza de la carnalidad acompañan la crueldad del abandono, la estupidez de la cesión, la indiferencia de la pérdida de una hija, la ausencia de toda idea de honor conyugal, la negación de la paternidad y el pensamiento de hallar en la mujer algo que halague á la imaginación, que excite al respeto, que detenga la mirada ó que levante en el corazón una voz de afecto, de conmiseración ó de contento.

A su vez la hembra no presenta, ni en su cuerpo ni en su alma, rasgo alguno femenino; alta, flaca, sucia, desgreñada, triste, fatídica, muda, yerta, sin un perfume, sin una sonrisa, sin un canto, sin un relámpago en la mirada, sin un destello de razón, de sentimiento ni de conciencia; su desnudez asquerosa indica que su espíritu no se halla coloreado por el pudor; la pintura con que aumenta su natural fealdad, manifiesta que carece de toda idea de elegancia, atractivo y coquetería, y la pasividad con que se deja golpear, robar y disfrutar, indica que no sabe lo que es honor, ni ternura, ni vergüenza.

Si tales sentimientos alzaran sus llamas en el alma, la promiscuidad, la comunidad poliándrica, los malos tratamientos con que la fuerza se ensaya sobre la debilidad, y el indiferentismo bestial que sigue al fugaz contacto de los sexos, los habrían sofocado. Tal vez valió más así; que cuando esas luces del alma no alumbran la dignidad, el amor y el respeto de un marido suelen trocarse en el incendio abrasador del odio, de los celos y del delito.

Así como de la vida salvage, en que el hombre es casi un animal, se pasa á la vida vagamunda, en que parece que el animal empieza á ser hombre, de la vida aventurera se pasa á la sedentaria. Detiene la tribu nómada su paso y deja al hombre que construya su choza á la orilla del rio ó su cabaña al pié de las montañas: el ave fabrica su nido, y el propietario compra una mujer: tiene el pastor su rebaño, tiene el locatario una finca, tiene el agricultor sus graneros, el industrial su fábrica, el comerciante sus bazares y es preciso que sus miembros tengan una piel en que recostarse, su estómago alimento para hartarse, y su sensualidad una mujer con que satisfacerse.

El hombre compra la esposa y vende á la hija. El Oriente vende á sus mujeres mediante un precio proporcional á su juventud y á su belleza y despues de algunas ceremo-

nias más ó ménos poéticas y significativas; pero no por eso respetables ni consideradas; la China aprecia el mérito de sus doncellas por el valor que alcanzan en el mercado; Babilonia celebra sus férias de mujeres; el África salvage comercia privadamente con sus negras; la Grecia pastoral equipara sus vírgenes en el mercado á una cabeza de oveja, de carnero ó de buey; los hebreos se dan en servidumbre á sus suegros para obtener una sierva: tal hizo Jacob para alcanzar á Raquel; en Etruria, en la Gran Bretaña, en la Italia central, en la misma Roma, la mujer se compra y vende, se trasmite, se repudia, se usa en comun: ya no es del primero que la ocupa; pero pertenece al último que la compra. El título de su posesión la permite detenerse algun tiempo en el hogar de su marido; lo bastante para entretener el fuego, cocer la comida, limpiar la casa, ayudar á veces á las faenas agrícolas, hilar y coser á la puerta de la choza y correr luego quizá detrás de la caravana; y tal vez durante este tiempo la Naturaleza la permite tener sosegadamente algunos hijos y ver sobre la cuna de ellos el rostro de un padre que se inclina junto el suyo á impulsos de un mismo interés. Ya el hijo no es anónimo, ya el padre no es desconocido: el grupo, la ciudad y la tranquilidad de la vida, han producido un primer destello de civilización que ha bastado para bosquejar debilmente la familia.

El comprador suele permitir que la madre nutra á su hijo á su vista; mas siempre conservando el derecho de lanzarla con su cachorro, ó lo que es peor, de venderla á ella sola despojándola de su cría. Para el abisinio la mujer embarazada vale más que vírgen; venderla cuando está en cinta es un negocio; esto hace que cada comprador se esfuerce por redoblar su maternidad y de este modo, en premio de tanta vileza, la mujer vá dejando tras de sí, con los girones de su carne, una huella de oro.

La mujer *presa*, se convierte de este modo en mujer *mueble*; la ocupación brutal y momentánea, en propiedad respetable y duradera, y el código civil señala un puesto, el último sin duda, pero al fin un puesto, á la mujer, al lado del rebaño y de la pradera, del instrumento de labranza y de los enseres de la cabaña. Sin duda alguna aquí hay un progreso debido á la institución de la familia, que aparece á la voz de ese poderoso instinto de la sociabilidad.

Y como de la vaca y la cabra al rebaño ó manada, sólo hay una diferencia de número y riqueza que salva el trabajo, la astucia ó la rapiña, de la mujer solitária á la mujer en montón, sólo hay tambien una distancia que salva la riqueza, la sensualidad ó el orgullo. No hay más que comprar y no vender, retener para el placer y para el lujo, guardar para el egoismo y la variedad en los deleites, y tenemos la institución del serrallo, tan antigua y y tan arraigada en los pueblos de Oriente.

Dejar al ganado que paste es posible; que el ganado no podría abusar de su libertad; pero dejar que circule la mujer con su hijo de la mano y sus celos en el corazón, no era dable; todo lo más que puede hacerse por ella es ensancharle y dorarle la cárcel; lo que se hace con el ave canora de los bosques. O hay que quebrar las piernas á la mujer para que no escape, como se corta el ala del ave para que no vuele, ó hay que hacerle una jaula bien provista de llaves y cerrojos y ponerle tras de los hierros guardia de eunucos que puedan sentir la lascivia de sus danzas, la lujuria de sus encantos, los llamamientos de sus pasiones pero que sean impotentes para burlar al amo y vengar á la esclava.

Mujer mutilada en su alma y hombre mutilado en su cuerpo, se levantan como acusadores fantasmas de là injusticia y la crueldad, entre esos pabellones de Persia y esos bosquecillos de jazmines que forman un haren.

El serrallo asirio, el ginecéo griego, el haren árabe, la cirujía pedícura de China y la libertad sarcástica de Egipto, que obliga á la mujer á salir calzada y prohibe al zapatero que elabore calzado para la mujer, concurren al doble fin de la tiranía sensual y del mercantilismo industrial; puesto que el señor tiene bellezas que ofrecer en pasto á su propia carnalidad, y obreras ó manufactureras que trabajen por matar el ocio y distraer el odio y las penas, y que enriquecen al par así á su señor y dueño.

Hay, sin embargo, un nuevo progreso en esta institución cruel; busquémosle en su fondo y hallaremos que el hombre, el legislador, el filósofo, no funda su poligamia ni en el poder de su riqueza, ni en los fueros de su sensualidad; sino en el concepto que tiene de la mujer, á la cual acaba de hacer el honor de dedicarle algunos pensamientos.

La mujer ha inventado el mal; desde *Eva* autora del Pecado, á *Pandora* creadora del Infierno con todas sus plagas, media una cadena de espíritus satánicos, cultivadores de la pereza, de la perfidia, de la lujuria, de la gastronomía, del lujo, de la sensualidad en fin, encerrados por el diablo en cuerpos de mujer y que es preciso á nuestra vez guardar tras de espesos hierros, inflexibles como la tiranía y mediante unos hombres sin sexo, obra de la desconfianza y la impiedad.

Brachma en India, Simónides en Grecia y los profetas en la Arabia, nos transmiten esa bárbara filosofía como resultado de las primeras ideas que el hombre consagró á su compañera en los intervalos de sus guerras y sus ambiciones y en la soñolencia de sus deleites y sus embriagueces.

Prevenido con tal concepto contra la mujer, cualquier halago ó favor que el hombre la concediese, debía tener un alto precio para aquella infeliz y servir de gran prue-

ba de la bondad de su señor. Enseñarle el baile y la danza como en Babilonia, comprarle joyas y preseas como en Bagdad, instruirla en la lectura y la escritura como á la bayadera india, sentarla á la mesa en premio de sus habilidades ó como escala para subir al lecho, como en Egipto, privilegios son que imponen á la mujer el deber de lanzarse á las llamas con el cadáver de su esposo, como en la India, ó la resignación de consentir que se le arrebate el hijo que acaba de dar á luz para exponerlo en las calles ó lanzarlo en una calabaza á la corriente de un rio como en China, ó de servir al marido, criar los hijos, limpiar los suelos, cocinar, coser, sufrir su mal carácter, sus estúpidas embriagueces y sus más horribles enfermedades y gozar ó sufrir con él y tolerar pacientemente que la repudie, que la abandone, que la venda, que la preste y que la golpee, sin dejar por eso de admirar la sabiduría de su señor, de aplaudir sus gracias, de lisonjear sus apetitos, de ceder á sus caprichos y de reconocer su justicia.

Es la mujer sin alma; el mueble ha solido convertirse en instrumento musical; pero vibran en él las cuerdas más groseras; porque el mecanismo cede al resorte de la degradación, que no puede producir otros sonidos que los de la voluptuosidad más asquerosa y el servilismo más humillante.

Aun estamos á mucha distancia de la mujer; es verdad que aun estamos lejos del Gólgota. Sobre aquella cumbre se levanta, como celestial visión, la primera poética sombra de esa dulce compañera del hombre cristiano. Mas para que destaque su blanca vestidura y brillen sus célicas irradiaciones, hé aquí que es preciso que se amontonen á sus piés las sombras de la prostitución, en que la envuelven reyes y magnates, legisladores y sibaritas, fundadores del haren y sacerdotes paganos.

El repudio de la mujer al dia siguiente de las bodas y

por un fútil pretexto, el carácter puramente civil y privado que tenía el matrimonio, la licencia otorgada á la mujer para compartir el lecho con un extraño cuando no tenía hijos de su marido, la misma ley que ordenaba la multiplicación, el *levirat* por el cual pasa la mujer sin hijos que enviuda á poder de su cuñado, y el desprecio del hombre, en fin, siempre provocador de la profanación del pudor, lanzaron á la mujer en las vías de la degradación por el vicio; y lo que ya estaba prostituido por torpeza del hombre, se corrompió por sensualidad de la mujer. Lás fiestas de Vénus Mylitta en Babilonia, el desenfreno del culto religioso de Lingamio en India, las consagraciones de Ammón y las danzas obscénas de Apis en Egipto, las prácticas de Adonis, de Vénus, de Baco y de Priapo en Grecia, la prostitución, en fin, por todas partes, en la celeste China, en la oligárquica Rhodas, en la religiosa Caldea, ante la ley judía, en el seno de la misteriosa Jerusalen, en el templo de Anotis, sobre la tumba de Hylades, en las calles, en las plazas, en los hogares, en los templos, en los campos; siempre la mujer ébria con el vino y con el opio, desnuda de vestido y de pudor, con las tinieblas de la ignorancia y de la aberración en la mente, con el fuego del odio y la corrupción en el seno, y con la ardiente lava de las pasiones y de lós vicios en las venas. ¿Se la quiere más esclava, más tiranizada, más ultrajada y envilecida? Al llegar á este punto, la regeneración está á tiempo: el hombre no puede haber hecho nada más monstruoso; su horrible progreso estaba cumplido, no era posible adelantar ni estacionarse; era preciso la reforma; el hombre había rodado á la sima y le tocaba ascender; el mundo moral se pudría y era precisa *la sal del Evangelio*. El hombre había corrompido á la mujer y á él le tocaba enaltecerla; su inteligencia no había sabido darle un lugar digno en los códigos, ni su corazón un

puesto digno en la familia: necesitábase que la ciencia de un Dios y el corazón de un mártir viniesen á esparcir sobre las conciencias embrutecidas ó alucinadas las semillas de una nueva filosofía, de un nuevo derecho y de una nueva moral. Conocida la tendencia del hombre á progresar por orgullo, era preciso apegarle á la mujer para que la remontase en su vuelo; y en la necesidad de regular ese ascenso con máximas de verdad y reglas de virtud, con mayor razón era menester que la compañera del hombre se aprovechase de la eficacia de esos preceptos y de la salvación de esa doctrina.

Veamos lo que sucedió.

II

Preciso será hacer á la Humanidad toda la justicia que se merece. Antes que descienda del cielo todo un Redentor á librar á la mujer de la esclavitud del hombre y al hombre de la del pecado, ya el progreso, esa ley indefectible de la vida, había obrado saludablemente y en cierto grado sobre el uno y la otra; y la mujer había encontrado medio de levantarse sobre la sierva, y el hombre condescendido amablemente á considerarla en sus leyes, á honrarla en sus sociedades y á reverenciarla en sus templos.

Entre la prostitución de la Tierra y el Evangelio del Cielo, se intercala el Olimpo griego, producto de la fantasía oriental. Ciertamente que el Olimpo vale poco; porque más abundan en él los vicios que las virtudes y más cercanos se hallan sus pobladores de la Humanidad ruda y sensual que cubre el mundo, que de la espiritualidad severa y magestuosa propia de los dioses, moradores del Empíreo; mas no importa; siempre será admirable que en la córte que preside el tonante Júpiter, se hallen entre sus torpes divinidades algunas figuras del sexo femenino. ¿Con qué habían de crear sus dioses aquellas gentes, sino con los

elementos viciosos que llevaban en sus espíritus? ¿A qué habían de responder aquellos séres inmortales, sino á las ideas oscuras de los tiempos de rudeza y materialidad? Júpiter es el marido helénico, infiel á su esposa y á sus concubinas; Mercurio es el confidente atrevido y desvergonzado, que vuela sobre las nubes de la corrupción para llevar los galantes antojos de su señor á las impúdicas bellezas de la tierra; Marte es el espíritu antagónico de las razas, el símbolo del grupo, como Hércules el símbolo de la individualidad, en las manifestaciones de su fuerza, su rusticidad salvage y sus colisiones sanguinarias. Mas al lado de estas creaciones que responden á la vida pública, otras hay que aparecen inspiradas por el espíritu de la ciudadanía, gran elemento civilizador; que siempre el contacto y el roce sirvieron para pulir las piedras más duras. La ciencia y el arte que primero florecen, cuentan con Esculapio y Apolo, Ulises y Mentor, Orfeo y Minos; el amor sensual tiene á Cupido, el amor espiritual á Narciso, y el amor legal á Hymeneo; el Olimpo entero es una mansión de amor.

Mas el progreso se halla en la multitud de diosas que pueblan ese cielo. Abrióle sus puertas sin duda la belleza, que era la cualidad más perceptible para aquellas gentes, y la sensualidad dió con franca mano entrada en aquella mansión á la mujer hermosa: el amor en su forma más honesta produjo á Juno y en su forma más lasciva á Vénus; tras ellas entraron Diana, casta diosa de los amantes, Céres, energía creadora de la naturaleza, Minerva emblema del talento y de la discreción, Psichis, símbolo de la curiosidad y la desventura, Io el espíritu venal, Thétis el espíritu paciente, las Musas que se dividen el imperio de las ciencias y las artes; las Gracias el de las seducciones y la voluptuosidad, las Furias el de las pasiones y las venganzas, las Ninfas el dominio de los bosques, las Sirenas

el de los rios y los lagos, Eco domina en las montañas, Pandora lanza sus plagas sobre las ciudades, y las Pitonisas truenan en los templos, dirigiendo desde el trípode los destinos de los humanos.

El seno de la mujer viene á ser el domicilio de un Dios, ó la cuna de un héroe; su belleza ha conmovido el Olimpo y ha producido los celos de una diosa y la guerra de dos pueblos: desde que tal cosa sucede, preciso es por lo menos dividir á la mujer en castas: la ilota y la ciudadana; aquella es la que se azota, se caza, se vende y se mata; y esta es la que se ama, se posee, se respeta y se obedece.

La mujer empieza á ser alguna vez persona, y el matrimonio, por tanto, una sociedad; la esposa trae á él un dote, no un precio, y el divorcio ó la viudez la dejan honrada y rica; la mujer principia á tener vida civil; viénele del cielo, paso de la prostitución por el hombre á la prostitución por un dios, y el mito le ha enaltecido; porque lo que place á un Dios debe enloquecer á un hombre, y lo que honra el amor olímpico debe merecer la veneración de los mortales.

En verdad que Licurgo no fué muy respetuoso con la obra de los dioses; con toda su sabiduría, no hubo de entender el amor ni ver en la unión de los sexos más que la condición necesaria para el crecimiento de la población; así es que, prescindiendo de todo sentimiento de pudor, y de todo respeto hácia la virginidad, la juventud y la belleza, limítase á negar á los célibes el derecho de ciudadanía.

Los Parthenios siempre serán una acusación contra la galantería y aun contra la ciencia del legislador espartano. Sin embargo, en Esparta la mujer tuvo el derecho de heredar; y como la viudez hallábase favorecida por las guerras, bien pronto perteneció á las mujeres el tercio de la Laconia y pudieron con su riqueza poner la ley á sus

maridos y aun conquistárselos con la suntuosidad de su tocado, gran auxiliador de sus naturales atractivos.

El lujo enervó á la mujer; la heroina se convirtió en cortesana, la guerrera en tentadora; y la prostitución, que antes le habia sido impuesta por el hombre, fué ahora obra de la misma mujer; pero siempre secundada por la torpeza de aquel que, queriendo enaltecer á su compañera, sustituyó el amor por la sensualidad, el matrimonio por el desenfreno y el dictado de la Naturaleza por los errores de una organización social paradógica y falsa.

En Atenas hay tres especies de mujeres: la esclava para el trabajo, recompensado con la libertad; la esposa, para la ociosidad, agravada con la reclusión; y la concubina para el placer, garantida por la costumbre y aun por la ley. Frecuente era que la mujer recurriese á los afeites para luchar con su rival, y que á las estrategias del tocador contestasen los ecos de la bacanal que corria el marido con su concubina y sus amigos, músicos y bailarinas.

Los celos dan la desesperación y esta suele acudir á la embriaguez: de modo que cuando el matrimonio es el divorcio, la ebriosidad puede ser la ventura; las fiestas de Baco, cuyos alegres rumores llegaban tambien hasta la esposa abandonada, son la tentación; la mujer se convierte en bacante, y vedla allí enloquecida con el alcohol, la copa en una mano, el ánfora en la otra, desnudo el seno, suelto el cabello, descompuesto el trage, el labio ardiente, la mirada extraviada, loca, en fin, de despecho, dando gritos de dolor y saltos horribles dentro de su jaula. Si en aquel instante se le presentase su desdeñoso marido, ¡ay de él! Dice Eurípides que las bacantes mataban un buey con la misma facilidad que Pantheo hacía trizas á un hombre. Mas no; las mujeres hallan medio de romper la prisión, recorren las calles, asisten al templo de *Liber*, hacen sus sacrificios, devoran la orgía y al despuntar la aurora

vuelven á sus casas pálidas, fatigadas y no pocas veces madres de un sér anónimo.

Desde aquel dia, al concubinato del marido responde el de la mujer; y en tanto el esposo la visita una vez cada cuarto de luna á lo sumo, el amante la acompaña una vez al dia á lo ménos. Al divorcio sigue el adulterio, y el domicilio cárcel produce la casada cortesana; pero la ley aporta los remedios; si el amante de la mujer es un esclavo, el marido la mata; si es un ciudadano, el esposo la arroja y queda la adúltera fuera de la ley para que cualquiera la mate ó la haga su manceba, á ménos que el marido tolere la infamia y aun esté á partir con ella los beneficios de esos amores del misterio.

Solón, declarando incapaz á la mujer, la condenaba á sempiterna tutela; soltera, á la de su padre; casada, á la de su marido; viuda, á la de su hijo; no tiene la gestión de sus bienes, ni puede comparecer en juicio; ni testar, ni ser testigo; es una esclava. Platón decía que la mujer tiene ménos virtud que el hombre; y Aristóteles que su alma es de segundo órden. Tucídides sostenía que la mujer no debe dar que hablar de sí, ni bien, ni mal; é Hipócrates que su naturaleza ya es perversa y sus inclinaciones deben de ser siempre reprimidas: Carcinio decía que no era preciso hablar mal de ella, porque bastaba decir que era *mujer* y Eurípides las increpaba desde la escena exclamando; —«vuestro mal génio, vuestra innata perversidad, es la que produce los duelos de la Patria, sería de desear que la Naturaleza nos diese un medio de perpetuar el género humano sin acudir á vosotras.»—

Mas al lado de la mujer esclava se ostenta la mujer libre, la *libertina*, la mujer sin clase, la sacerdotisa errante del amor. Este género admite dos especies: la Vénus popular y la Vénus aristocrática; la mujer de todos á la vez y la mujer de algunos uno á uno; el vicio democrático,

que rueda por las calles envuelto en una falda de abigarrado colorido, con un antifaz sobre el rostro, y el vicio de rango que no abre las puertas de su casa sino alguna vez, que vive en buena compañía y á costa del propietario, del hombre de estado y del rico ateniense. La primera, como la flor de un dia, abre sus pétalos un momento cuando siente el rayo del sol ardiente del deseo, deja escapar su perfume y va á llevarle el precio á su señor: la segunda atrae con su belleza, contrata sus favores con cordura, retiene al galan por medio de la coquetería y guarda para sí el precio de su lasciva especulación.

En aquella infeliz, la degradación ha borrado las huellas de toda belleza moral y aun gran parte de las de su belleza física; en esta última, á las gracias de ese arte femenino que se expresa por la sonrisa, la mirada y la apostura, se agregan las del arte propiamente dicho, tales como la música, el canto, la danza y la poesía, y en cuanto á la belleza material, los encantos se hallan realzados por las maravillas del tocador é imitados sobre el rostro y el seno con los sorprendentes juegos de la pintura.

Cuando el matrimonio no es nada y el concubinato lo es todo, la *libertina* tiene derecho á cuanto hace vivir el concubinato, y puesto que el amante es sabio ó poeta, orador ó guerrero, artista ú hombre de estado, la concubina debe ser filósofa ó poetisa, elocuente ó valerosa, sentimental ó grave, para poder alternar con aquel y sus amigos en el banquete, para retenerle encantado entre sus brazos y para reforzar los débiles lazos del deseo, con los más fuertes vínculos del amor y la pasión.

Por eso la Grecia puso al lado de Vénus á la elocuente y graciosa Luada, y por eso Penelope enamora á Ulises y Aspasia inspira á Pericles, y Arquipa alienta á Sófocles y Leontia interesa á Epicuro y Frigne y Lais seducen á Praxiteles y Apeles, y Arqueanato y Diotima alternan en

sabiduría y sentimiento con Platón y Sócrates.

El progreso marcha; la instrucción rompe la egoista ley del privilegio masculino y pasa á la mujer monopolizadora del sentimiento no más; y ya en disposición de cambiar con el hombre algo más que una caricia, algo como una idea, el amante, que le arrojaba antes una moneda de oro por su amor, la otorga ahora algunas horas de su existencia á cambio de su talento y de su elocuencia.

La mujer enseña entonces al hombre que tiene un alma; que se ama con otra cosa que con el organismo, y que se puede sentir y saber á un tiempo.

Ideas de otro mundo y de otra ciencia más alta y más dulce escapan de los labios de la *libertina* ilustrada, y el discurso de la cortesana, guiado por el amor verdadero, tierno, interesante y delicado, viene á dar en los sentimientos de la modestia, de la castidad, de la fidelidad y del honor, y á proclamar al corazón fuente de una pura felicidad y norte de una dulcísima inmortalidad confirmada por la procreación.

Hé aquí toda una moral que se levanta del fango de la prostitución; hé aquí un alma que sacude sus alas para lanzar de ellas el polvo del error y de la humillación y que emprende un admirable vuelo, como para salir al encuentro de la mujer cristiana que nos va á modelar el Evangelio.

Y no es sólo en Grecia en donde se nota esta exaltación de la mujer. Roma, heredera ó usurpadora de la civilización del mundo, nos ofrece tambien ejemplos de esa mujer que se lanza al paso de la que va á ser informada por la religión de Cristo.

En verdad que en Italia la mujer tambien es la esclava del marido; en verdad que, aunque con el nombre de hija de familia y cuando pàrece que debiera estar defendida

por una paternidad que empieza para ella en el hogar de su padre donde rueda su cuna y termina en el de su marido donde se abre su sepulcro, aún se la condena á los azotes, á la muerte que es la barbarie y al divorcio que es el ultraje y que se la tiene en desprecio, se la juzga por lo comun como una bestia y en los primeros tiempos se le dá en las leyes y en los costumbres un lugar indecoroso é inmerecido. Mas bien pronto la *coención* plebeya se nivela con la *confarreación* aristocrática, la *usucapión* se hace rara y el derecho *quiritario*, sin dejar de ser cruel, permite á la mujer la libertad del trato, da al viento su belleza, la cede el dominio perfecto de la casa, la señala un puesto en la mesa conyugal, la otorga el consorcio *omnis vitæ*, la enaltece hasta el rango de matrona, la concede el derecho de apelación ante los altares de *Viriplaca*, diosa de la paz doméstica, borra del uso el humillante divorcio, la permite sacrificarse con admirable fiereza por su honor, como Lucrecia y Virginia, la deja que tome una poética, al par que heróica parte, en la vida ciudadana y que, impulsada por la libertad y la Patria, salve á Roma contra Coriolano irritado ó le enardezca contra Pórsena enemigo, y le levanta estátuas como la erigida á Clelia ó le consagre templos como el que el Senado levanta á la Fortuna de la mujer.

Más tarde, cuando Grecia se hace de Roma y en Roma hace presa la filosofía griega, las bacantes con su culto escandaloso y sangriento á la vez, es lo primero que se introduce en Italia; y á favor de la riqueza que trajeron las conquistas, del ocio que trajeron las riquezas y del vicio que trajo el ocio, el amor se tornó en sensualidad, el desenfreno en objeto de la vida y la corrupción asaltó el hogar, se interpuso entre marido y mujer y manchó la casta dignidad de la altiva matrona.

La cortesana griega venció á la honrada romana por

el secreto poder de su ilustración, la *libertina* coqueta y hábil á la ignorante y altiva señora, obligada para vencer á su rival á hacerse meretriz é ilustrada tambien y á entrar en antojos de acrecentar su belleza con afeites y su cultura con el estudio. El paseo, el baño, el teatro y el circo, se convirtieron en cortes de amor: la cena, el dormitorio, el tocador, la visita, en ocasiones de galantería; la lectura, el decorado, la música, la pintura, la poesía, todo habla de amor y provoca á la pasión. Catón truena en el Senado; pero la ley *Oppia* declara que la mujer tiene el indisputable derecho de seducción.

Un castigo lógico trajo consigo este abatimiento: el repudio se hizo frecuente en Roma, el matrimonio decayó en uso y en valimiento y el celibato, con el apéndice del concubinage, produjo una especie de poligamia sucesiva que llegó á ser el estado comun de la juventud masculina.

Diéronse en Roma leyes contra el lujo, contra los heredamientos de las concubinas y de los célibes y contra el adulterio; pero ni la ley *Voconia* cortó el abuso de las viejas ricas, ni la ley *Julia* evitó los adulterios de las casadas hermosas.

Leed á Ovidio y á Propercio, y sabreis lo que se hizo del amor; leed á Apuleio y á Suetonio y vereis lo que fué de la virtud; tomad á Petronio y á Virgilio si quereis apreciar la distancia que vá desde la Lucrecia engendrada por la república á la Mesalina que aborta el palacio de les Césares.

En este momento, cuando ya no hay vestales en el hogar ni decencia en las calles, cuando la prostitución corre en ardientes olas desde el alcázar imperial al circo, y desde el tálamo de la emperatriz á la zahurda del histrión, aparece en el mundo con su blanco ropage, su celestial sonrisa, su corona de mirto y azahar sobre la pura

frente, la vírgen cristiana, conducida ante el sacerdote con tembloroso paso por el galan casto y enamorado, amigo y compañero de toda la vida, para recibir la bendición del cielo y realizar el dulce misterio de vivir con un alma partida entre dos cuerpos, y un destino dividido entre dos existencias.

No hay mujer que no sea digna, si sabe amar, ni pecadora que no se redima, si sabe llorar, ni pena que deba castigar á la que sepa arrepentirse, ni mujer despreciable que no pueda rehabilitarse con el contacto de un hombre honrado, dice Jesús; y San Pablo añade: «acabaron las diferencias entre judía y gentil y entre hombre y mujer, ante el Evangelio.» La ley de Dios no admite razas, ni castas, ni sexos; la humanidad se funde en una democracia y la Naturaleza se unifica en una misión: la fraternidad borra límites y la moralidad borra sexualidades; el jafético es como el semítico, el noble como el plebeyo, frente á la política evangélica; el hombre es como la mujer, el marido como la esposa, frente á la moral divina. La ley de la justicia y la ley del amor son iguales para todos, como la ley de la libertad y la ley del destino las mismas para la Humanidad. Una vida y una ley, un Dios y un corazón, una justicia y una virtud: por eso hombre y mujer están juntos en la familia, juntos en el templo, y juntos en el Paraiso. No hay más diferencia que la del pecado, que se borra por la redención, ni otro privilegio que el de la santidad, que se halla al alcance del más humilde, ni otra distancia que la que separa la función particular de cada sexo, que se salva por el matrimonio, en que el uno se complementa con el otro y la acción se termina y perfecciona.

Una vírgen cristiana insulta con su pureza toda la prostitución de Roma; á la mujer con la impertinencia del ejemplo, al hombre con la extrañeza de la resistencia, al plebeyo embrutecido con la admiración de lo prodigioso,

al césar envilecido con el pasmo que le produce el verla morir antes que apostatar de su Dios ú olvidarse de su decoro. Entre la bestialidad de los romanos y la bestialidad de los leones del circo, las doncellas cristianas preferían esta última: á las voces de la sensualidad, contestaba la virtud femenina con las dulzuras de la castidad evangélica; á las amenazas de la tiranía, con el testimonio de la abnegación y de la paciencia; y á los decretos del César verdugo, con las esperanzas del Cielo y el prodigioso entusiasmo de un firme misticismo.

Siempre el Evangelio contestando al Paganismo, siempre la redención de Cristo luchando con el pecado de Roma; el organismo vencido, el alma vencedora, la materia despreciada y la fuerza, su dominadora, escarnecida, el espíritu venerado y la idea y el sentimiento, que son sus expresiones, enaltecidos, divinizados por decirlo así, ó lanzados al ménos en dirección de un Cielo que el escepticismo había dejado vacío, despues que el materialismo lo había poblado de dioses malvados ó asquerosos.

Lanza la mujer los adornos, arruina su tocador, vende las joyas y las sustituye por sus virtudes, borra sus encantos artificiales y adquiere los de la candidez, la resignación y la fortaleza cristianas, suelta sus ricos vestidos y oculta sus encantos bajo los ámplios dobleces de su túnica de lana, renuncia al poder de una belleza falsificada ó comprada y descubre el atractivo de una belleza natural realzada con otra adquirida merced al ejercicio y la expresión de las virtudes.

Al mismo tiempo, el Cristianismo arrebata el matrimonio del poder vicioso y torpe de la ley romana y opone en él la santidad del sacramento al mercantilismo de la contratación, la indisolubilidad del amor á la volubilidad de la lujuria, la igualdad de los esposos á la esclavitud de la mujer, la educación de los hijos á la infecundi-

dad de la prostitución y la paternidad clara y constante, al carácter anónimo de esos productos importunos de la incontinencia.

Por lo demás, el adulterio es causa de divorcio, las segundas nupcias son mal miradas, el sacerdocio debe ser el refugio de las víctimas de la infidelidad, y el celibato con la virginidad vale más que el matrimonio, así como las vidas cenobítica y anacorética son las más perfectas que pueden escoger los célibes, porque no sólo les separan del mundo y de la materia, sino que les aproximan al reinado absoluto del espíritu y glorioso de Dios.

El Cristianismo nos ofrece, pues, las siguientes figuras femeninas desconocidas del mundo pagano. La doncella vírgen, la monja santamente consagrada á Dios, la mujer casada, la esposa, dócilmente y en espíritu de virtud sometida al amante yugo de su marido, feliz en sus brazos si es amada y santamente mártir si se ve ofendida, y la viuda honesta envuelta en sus tocas, parapetada tras el rigorismo de los preceptos religiosos y resuelta á terminar sus dias con toda la respetabilidad de su estado, que se hace un templo ó por mejor decir un monasterio de su casa, y que cierra la puerta al mundo con sus ruidos y sus placeres tentadores y peligrosos para abrirla á la melancólica figura de la mujer religiosa ó á la severa del sacerdote cristiano: la devoción es su vida, la caridad su conducta, el rezo su ocupación, la muerte su pensamiento y el cielo su único deleite.

Tal es la semilla cristiana depositada en el alma de la mujer; tales sus primeros frutos; veamos cómo se desenvuelve, cómo se diversifica, ó si se quiere, como progresa al germinar en los tiempos sucesivos. La edad media nos presenta, tras los gruesos muros del castillo feudal, el poético, al par que altivo, tipo de la castellana, ennoblecido por el contacto con el caballero, dignificado por

el culto de la galantería romancesca y santificado por la bendición sacerdotal; y la bella figura de la noble doncella, rendida tras de sus rejas con las enamoradas endechas de su trovador y ganada en las pintorescas justas al bote de una lanza. Ahora ya el caballero se postra ante su dama, la pretende, se esclaviza á sus plantas, se liga á ella por un juramento y por su posesión realiza las empresas más asombrosas y sufre con resignación las pruebas más duras. El corazón caballeresco hace de su dama un ídolo, la coloca junto á su Dios y luego los une en un mismo culto de amor. Más tarde el dualismo de Dios y dama, se convierte en una *trimurti* guerrera, con el aditamento de la Patria; más tarde aún, la caballería cortesana sustituye groseramente la dama por el rey, y hace de esta trinidad místico-galante, esta otra meramente política; *Dios*, *Patria* y *Rey*. Es la obra de un cierto progreso, en que desdichadamente ha avanzado bastante la humanidad; y decimos desdichadamente, porque el deshaucio de la dama ha producido el olvido de la mujer en nuestro pensamiento y en nuestra obra, cosa en verdad funestísima para la moral de las familias y de las sociedades, mientras que el largo y exagerado uso del Rey le ha desgastado hasta el punto de que hoy se halla en peligro de verse á su vez sustituido por esa otra divinidad de la razón moderna que se llama *Libertad*.

Pero por lo mismo que el caballero hace un ídolo de su dama, claro está que tiene el derecho de penetrar en su templo, ya como page, ya como trovador, ya como peregrino, ya como juglar, ya en fin, como amante; desde que la profesa un culto, parece asimismo que está facultado para ofrecerlo á sus piés, ya ante la poterna del castillo en forma rimada, ya en la sala feudal al son del laud, ya de rodillas sobre los almohadones en que descansan los piés de la castellana en ausencia del marido, ya

á lomos del corsel en que la arrebata en noche tempestuosa un atrevido amador; y en fin, desde que el señor pone sus escudos, con su corazón, á las plantas de una esposa, tiene asimismo incontestable derecho á pedirle cuentas de su honor, á repudiarla si es adúltera y á matarla si hay manchas en su recato.

No en valde se dan preeminencias á la mujer; no á corto precio se le vende la galante esclavitud del amor: señora de un momento, entra por el matrimonio en la servidumbre, no ya del honor, sino de los celos, convertidos en barbara ley del quijotismo nobiliario. Entre el doncel enamorado y la rica hembra castellana, álzanse las canas y el puñal del marido verdugo: y si en un principio el código del amor y los tribunales de la galantería son blandos con los amantes y desdeñosos con los amigos, bien pronto el autor de esas leyes y el magistrado de esas sensuales justicias, reivindica sus fueros y queda la esposa esclava de un señor y víctima de un tirano.

La reacción fué horrible: á las licencias de las cortes galantes, siguió el rigor del absolutismo marital; el amor fué desalojado del domicilio señorial, y hubo de correr por las callejuelas y de refugiarse en el sombrío silencio de la noche y en el poético misterio de los campos; pero dejó su puesto á las tragedias domésticas, que embrollaban la imprudencia apasionada de la esposa y la suspicacia impertinente del marido y que venían á desenlazar el cuchillo de este y el cadáver de aquella.

Otra creación femenina débese tambien al Cristianismo, la cual ofrece un carácter en todo punto religioso, aunque alguna vez adquiera un tinte patriótico y al fin se muestre y se ensanche y extienda en un concepto y con un alto precio humanitario; la monja, que huye del mundo y va á resguardar su virtud tras los muros de un convento, á cultivar su espíritu entre las ociosidades y los su-

plicios del cuerpo y á fiar su salvación á las solitarias y desapercibidas salmódias de los templos campestres; pero que luego suele abandonar su clausura para aparecerse en el mundo no ménos inflamada por el amor divino, si bien dando á su mística espiritualidad un rumbo más humano, más positivo, más patriótico, bajo el dictado de *hermana de Cristo* ó *mujer de caridad;* Juana de Arco guiada por Santa Catalina de Siena en Francia y más tarde Santa Teresa de Jesús obedeciendo á sus celestiales visiones, pueden servir de modelo.

Contrastando con estas grandezas, el serrallo árabe, la pernada feudal, la bacanal del sábado entre los plebeyos y la servidumbre pasiva entre los señores, van indicando qué hace la Iglesia con la doctrina de Cristo y qué hace el mundo, á pesar de las imposiciones de la Iglesia, con la pobre mujer.

No obstante, la edad media, al encerrar el señor en un castillo al lado de su esposa, le ofrece ocasión de conocer las dulzuras de la vida matrimonial, de apreciar los talentos y bellezas de su consorte y de rendir culto á sus virtudes y á sus gracias. Puesto el hombre frente á frente de su mujer, apenas el espíritu del siglo es bastante para evitar la influencia que aquella debe ejercer sobre el corazón masculino: gran peligro hay de que la tiranía se desarme y grandes esperanzas nacen de que la mujer se redima, enaltezca y conquiste para sí, con el dominio sobre el espíritu de su esposo, las ventajas de la justicia, de la igualdad y del derecho. La religión la ayuda, el progreso la sirve y la civilización la promete que llegará á conquistar el puesto que la corresponde en el movimiento social y en los destinos terrestres de la humanidad.

El génio del Cristianismo tendía á nivelar los sexos por el amor y por la justicia; la galantería, aunque exagerando el amor, había realizado á su modo esa nivelación;

mas la justicia aun no había entrado en el problema y el resultado no podía tener consistencia; antes bien, así se explica aquella exageración y esta falta de estabilidad.

Por eso sin duda todavía no se había permitido á la mujer la instrucción; sea porque se creyese que las artes y los instintos naturales ya eran suficientemente poderosos en la mujer para no permitirle las bases de la ilustración ni la conciencia de su dignidad, ó sea que el hombre no pudiera pensar en conceder á la mujer lo que no quería para sí, es lo cierto que se enseñaba á esta todo ménos que á leer y escribir y que se miraba como un peligro, cuando no como una calamidad, á la mujer literata. Safo hubiera sido un sér despreciable; Eloisa fué un anacronismo extravagante.

La ignorancia era un lazo más entre marido y mujer; aquel primer amor del alma buscaba la sombra; aquellos dos espíritus se abrazaban entre tinieblas. Sin duda no fué así porque temiesen que la luz les mostrara sus imperfecciones; sino más bien porque no habían pensado que á su resplandor podían verse la grandeza y dignidad de sus fundamentos y de sus destinos.

Pues bien; la experiencia acredita que el cálculo humano iba equivocado; la reflexión de la mujer en las largas horas de soledad y de melancolía tras las mudas paredes del castillo, entre las negras sombras del oratorio, y sin la guía de la ciencia ni la luz de la razón ilustrada, siempre se extravía, siempre dá en abismos donde no cae sola, puesto que camina por la vida atada al marido, á los hijos y al honor, y ventura por tanto, de la familia. Por el contrario; una prudente sabiduría y un racional estudio, le prestan el convencimiento saludable de su propia debilidad, depuran el uso de sus gracias, á que ha de deber sus triunfos y su gloria, y la facilitan el conocimiento de su

destino natural, en el cual puede sólo labrar su propia ventura y contribuir á la paz del hogar y á la armonía del órden social.

Ciertamente que no podía el hombre conceder beneficios que no presumía para sí; mas ¡ay! que al fin ha sentido las ventajas de la ilustración y no sólo las ha negado con torpe egoismo, sino que las ha empleado contra la pobre mujer, monopolizándolas con desatinado propósito y lamentabilísimo resultado.

Más perspicaz la mujer, más precavida ó más empapada en la ley superior del providencialismo civilizador, acertó á sacar mejor partido de aquella posición en que la colocó la caballería; y en tanto que su enemigo sólo supo suspirar á sus plantas como amante ó erguirse altivo como marido, la mujer, atenta ó inspirada en sus ulteriores destinos, dominó al guerrero, dió atinado rumbo á su ferocidad, dirigió el valor háćia la caridad y hácia la Patria, introdujo en el pensamiento humano la imágen del desvalido, de la huérfana y de la doncella, encendió en el pecho el entusiasmo religioso que engendró la Reconquista, el amor á la Patria que produjo la unidad nacional y el culto ciego á la libertad que creó primero los privilegios y fueros contra el Rey y luego los comunes y municipalidades contra la nobleza y mejoró de este modo la condición masculina, empujó á la sociedad hácia el progreso y elaboró, desenvolvió y cultivó una multitud de preciosos elementos que entraron á constituir la edad moderna de la historia.

Cuando nace la lengua, la mujer encuentra en ella las palabras más dulces y los giros más armoniosos; cuando nace la poesía, tambien recibe sus cantos más sentidos y apasionados; cuando nace la arquitectura, ella inspira al artista; cuando nace la legislación, halla un lugar digno en los códigos; cuando se desenvuelve la religión, tambien

encuentra el ferviente culto de la Vírgen y los numerosos altares de las santas; y cuando, en fin, se entabla el trato social en los alcázares de los reyes y en las veladas literarias de los nobles, la mujer ocupa el puesto que dieron el amor á la belleza y el lujo á la galantería, al ingénio y á las gracias.

Lo que el cristiano no hizo por el Evangelio, lo hizo más tarde bajo el dictado de Lutero; este trasladó á Dios del templo al hogar, y arrebató los libros sagrados del poder de la Iglesia para depositarlos en manos del creyente; «lee y cree,» le dijo al hombre y á la mujer; y uno y otro tuvieron que aprender á leer y á pensar para poder creer: la Reforma, con su espíritu de libertad, dió á la mujer una conciencia; y si bien esta conciencia no fué más que religiosa, no era fácil impedir que en breve se extendiera al campo de la moral, de la filosofía y de la vida. La abolición del celibato, el restablecimiento del divorcio como garantía del matrimonio, la exaltación de la familia como medio de impedir la poligámia y la severidad y pureza de las costumbres privadas, vinieron á completar la obra en beneficio de la mujer, que es quien lee la Biblia por la noche, quien educa al hijo, quien defiende la virginidad de la doncella, quien contiene los abusos del padre de familia y quien inspira por todas partes el sacrificio individual, la abnegación en la vida privada, la virtud en el órden público y la integridad y la honradez en la conducta.

La idea de la virtud había entrado, en fin, en la mente del hombre como cosa conveniente y en el corazón de la mujer como cosa necesaria; el Cristianismo, devolvía de este modo el alma al hombre y la personalidad á la mujer. El *yó* humano surgía al fin en varón y hembra de entre los errores de la antigüedad y de entre el polvo que habían aventado las rudas transformaciones de los siglos

medios. La idea cristiana estaba comprendida por el hombre y deseada por la mujer; alguna vez realizada por ambos y comprobada así su excelencia en la práctica; pero muchas veces todavía no más que estampada en los libros, imperfectamente apuntada en las leyes y apenas observada en las familias; y por lo comun pospuesta á otros intereses más groseros, abandonada como proyecto de último término ó resolución para más tarde y creencia de valor indiscutible, pero de escasa importancia práctica y hasta de impertinencia evidente.

La educación de la mujer parece cosa que debe venir despues del enriquecimiento del hombre; los problemas morales siempre marchan detrás de los políticos; en la tierra primero es el egoismo y luego el deber; desde que nuestra ventura se hace depender de la riqueza, del poder, de los honores y de la sensualidad, no hay para qué pensar en las dichas del amor, en la paz de las familias, en el decoro del matrimonio, en la educación de los hijos, en la fidelidad de la esposa ni en el porvenir de esos séres que quedan en orfandad cuando el sabio, el político, el noble ó el rico cierran los ojos para siempre.

El Evangelio cristiano nos ha dejado los medios para resolver el problema moral, al lado de otros muchos sociales y políticos; pero el Autor de la naturaleza humana había dejado á la libertad la solución del problema, y la libertad no ha sabido hasta el dia conciliarse con la razón en el fondo de las conciencias.

Creyó el hombre dar con una solución suficiente atendiendo solo á lo que juzgó su interés propio, y puso erradamente este interés en la satisfacción de sus preocupaciones del momento y de sus caprichos del dia, dejándose olvidada la mitad de su alma al formular su teoría matrimonial, como se olvidó de la mitad de su cálculo al plantear el teorema económico, y de la mitad de sus deberes

al exponer su sistema político, y de casi todo su Dios al buscar la solución religiosa.

Veámoslo para terminar.

III

Quiso la Naturaleza que el hombre y la mujer se amasen para que naciesen los hijos á consecuencia de algo más que del roce brutal de dos organismos encendidos, y alentasen con algo más que con el soplo vital de sus entrañas. Agrupó sobre la cuna del infante dos cabezas inclinadas bajo el peso de un solo afecto hondo y vivo, é hizo clavar sobre la sonrisa del niño la doble mirada de la paternidad física, prodigio de la Naturaleza y del amor conyugal, misterio del alma humana.

Sobre este ser, toda la santidad dogmática del bautismo: el místico arcano del sacramento eclesiástico: mas si este sér es una niña, sobre ella tambien muy pronto toda la desdicha; todo el error y toda la torpeza de la obra humana. La belleza de la hija es el título de la vanidad de los padres; sus gracias, desatendidas por dentro, son néciamente ponderadas por fuera. Una madre de alquiler, sin nada en el alma y quizá con pozoñosos virus en las venas, sustituye á la madre de la Naturaleza que tiene que cuidar de su hermosura, no para su marido, sino para la sociedad. Una cohorte de criadas tomadas ciegamente de los barrios bajos, sustituye cerca de la pequeñuela á los padres durante las largas noches que consumen divertidos en el teatro y la tertulia, y una colección de figuras severas, frias y exóticas rodean su juventud á pretexto de educar aquella tierna conciencia, en tanto que los maestros naturales se avienen á vivir muy lejos, y á gozar libremente allá en su país, con toda la tranquilidad de espíritu que se desprende de la orgullosa satisfacción de que su hija se educa en el extranjero.

Y se educa, en efecto; pero ¿para qué? Si la Naturaleza no mantiene el amor filial en aquel débil corazón, la niña vuelve un dia al lado de sus padres con el alma muda para los que deja y amedrentada ante los que encuentra.

Se marchó cuando aun no sabía amar, y vuelve sin saberlo todavía; aquel sér ha sufrido el mayor de los infortunios dos veces y no ha derramado una sola lágrima: sus padres se han avenido á la desdicha de que no llore por su desamor ni su crueldad. Vírgen, pues, el corazón de afectos, cuando el Cielo quiso que entráramos en la vida delicada del sentimiento por las dulzuras y ternezas del afecto filial, y atestada la cabeza de ideas ya extravagantes, ya estériles, ya erróneas y siempre inconexas, incompletas é impertinentes, la doncella se presenta en su hogar, que se le ofrece como la antesala para la sociedad.

Todo lo que no mueve el corazón, deja á descubierto la inteligencia; y con el espíritu frio, pero penetrante como la hoja de un puñal ó si se quiere de un escalpelo, la jóven se entrega á ese otro gran maestro de la vida que se llama el mundo.

Lo que ni la Moral ni el Cristianismo le enseñaron por los labios de sus padres, no hay que esperar que se lo enseñe la sociedad; en primer lugar, porque la sociedad no lo sabe; en segundo lugar, porque no lo ama; en tercer lugar, porque claro está que no lo cumple.

Ya se vé como la paternidad satisfizo sus evangélicos deberes, como entendió su catecismo y con qué ufanía ofrece á las gentes como un modelo una inteligencia que sabe geografía, unos labios que hablan cuatro idiomas, unas manos que hacen *crochet*, unos ojos picarescos y elocuentes, una lengua insinuante y ladina, una cara bonita, en fin, y un cuerpo tentador y elegante. Los ejemplos caseros fomentan la vanidad en la mujer; las conversacio-

nes del estrado la dejan penetrar para cuanto sirve la belleza y cuan invencibles son las armas de ese arsenal que se llama *coquetería;* las amigas la adiestran en los misteriosos goces de la galantería; la riqueza del padre fomenta el lujo; la torpeza de la madre perfecciona el cultivo del tocador y el desarrollo de las pasiones femeniles, y la sociedad tiene poco que hacer para completar esta funesta y desatinada educación y sacar una aprovechada discípula. La amiga y el amante son dos admirables cooperadores en la obra mundanal: la simiente cae á puñados, y como el corazón está vacío de virtud y la cabeza llena de fantasías ó de ilusiones más ó ménos sensuales y positivas, arraigan los errores, crecen los hábitos y mañana cosecha el vicio la rica miés del desacierto, de los delirios y de la maldad de los insensatos pedagogos.

Mas aun no está completa la educación: fáltale un requisito de que no podía carecer á fuer de religiosa; la sociedad no puede aceptar esta jóven, por más que posea dotes tan magníficas, si al par que su belleza en el paseo, su arte en el teatro y su desnudez en los salones, no ostenta su mogigatería en el templo. No es posible admitir en el trato á una mujer que no pide para los niños de la Inclusa el juéves santo á la puerta de los templos, ni va por las mañanas al jubileo circular vestidita de negro y armada de libro, rosario y banquillo de tigera. Mas como ya hemos dicho que bajo aquel seno de quince años no hay corazón de edad alguna, la religión no encuentra donde arraigarse, y queda como forma hueca sin relleno de virtud, convertida en práctica rutinaria y en plan mundano.

Bella es la apariencia de estos ángeles de salón, como bellas las figuras de una comedia de espectáculo: mas sólo sirven para la exhibición, y no hay que acercarse mucho, ni ménos atreverse á penetrar en ellas con los san-

tos derechos que dá el consorcio; porque el desengaño puede ser ridículo como el producido por la decoración escénica, ó sangriento como el de la tragedia pasional que se finge en el coliseo y se representa en el hogar.

Llévase á la niña á misa por la mañana, para que por la tarde pueda ir á pasear su orgullo y sus galas á esos lugares que cada localidad destina á la féria de sus mujeres; llévasela al jubileo de las *cuarenta horas*, para que por la noche pueda asistir al coliseo á oir la *Traviatta* ó el *Rigoletto*, ó á ver el *Tenorio* y la *Canción de la Lola*, ó á saborear las chispeantes obscenidades del teatro cómico moderno.

Suponed que el amante ha estado en el palco haciéndola respirar su fogoso aliento y deslizando algunas frases atrevidas, por vía de erótico comentario á las impúdicas escenas de una zarzuela *bufa*, y que los padres, que con una impasibilidad aristocrática han estado gozando de aquel delicioso espectáculo teatral y de aquel roce de dos organismos juveniles unidos por la más poética lascivia ante los ojos de la más benévola ó distraida sociedad, al volver á casa llevan su bondad hasta la imprudencia de permitir á la chica que hable un rato con el muchacho por la ventana. Ni aun esto último es preciso.

¡Ah, que tambien tiene ventanas el honor y suelen la juventud y el amor abrirlas de par cuando la noche les cubre, la paternidad está ciega y la razón enmudece, para que por ella entre la seducción y salga la honestidad!

Fingid que se ha llevado á la hija medio desnuda al sarao, derramando ante las miradas codiciosas de los jóvenes los misteriosos encantos de la virginidad y provocando al libertinage á que corrompa por dentro el seno que seduce por fuera, buscando fórmulas que, no por ser ménos bellas, dejan de ser más pérfidas y no por estar más justificadas dejan de atizar la malicia. ¿Qué extraño será que al

volver del sarao, así como sobre el cuerpo marchito y fatigado se enroscan los girones de las blondas y las gasas desgarradas del vestido, así sobre el alma atormentada aparezca rasgado el velo de la inocencia y se descubran por entre los pedazos manchados del manto de la pureza, mil ideas pecaminosas, mil fantasmas tentadores y mil emociones ardientes é irresistibles?

Pues no son otros los elementos que hoy entran en la educación que se dá á la mujer; no es otra la fábrica en que se elaboran nuestras esposas, nuestras madres y nuestras hijas. La virtud es lo de ménos; el placer es lo demás: el honor no anda, donde la virtud no vive: pero en cambio el vicio, con su cohorte de catástrofes y desventuras, ronda los parajes en que el placer domina. Esto depende de que no son los padres, sino la sociedad, quien educa á la mujer; ó de que no la educan para sí los padres, sino para el mundo, y por tanto reconocen en este el derecho de conformarla á su gusto, puesto que ha de ser para él; y como al mundo no le importa el porvenir del indivíduo, y como sólo tiende al interés del momento, y como gozar es lo que por el pronto le interesa, y como para los que gimen desengañados tiene conventos, para los que gritan doloridos tiene hospitales y para los que se vengan corrompidos tiene cárceles, el mundo hace con la mujer lo que la coqueta con la flor, la arranca por capricho, la goza con el sentido, la marchita con el aliento y la pisa con el pié. Luego se aleja sonriendo, y bajo su huella queda rota la perla de una lágrima; si el grito de un alma despedazada llega casualmente á sus oidos, ó vuelve la cara con disgusto, ó alza los hombros con indiferencia, ó contesta impío con una palabra aguda como un puñal ó un reproche sacrílego como una blasfemia.

Otras veces la mujer se venga; porque la venganza es la conclusión lógica de ese raciocinio cuyo antecedente

ponen el insulto, y la degradación. Ciertamente que la venganza de la mujer se llamó siempre prostitución; mas la prostitución tiene para la mujer el doble atractivo de la venganza y de la sensualidad, y aun sin ellos, nada le importaría caer, si arrastrara consigo al abismo á su insaciable tirano y á su asqueroso corruptor.

Y cómo quejarse? Si no se há educado la mujer para los deberes de la maternidad, ¿cómo irritarse al hallarla convertida instintivamente en *cortesana*, que es la mujer castigada por la Naturaleza á vergonzosa y total infecundidad? Si no se hizo su pecho tabernáculo de la virtud, ni se iluminó su mente con destellos de su alto destino, ni se hizo comulgar su conciencia con la eucaristía divina de la abnegación amorosa y de la dignidad del deber, ¿cómo pensais un momento hallarla en su sitio dentro del hogar, sonriendo junto á la cuna de su hijo, postrada ante el altar del trabajo, adornada con los bellos atavíos de ese sacerdocio de la ternura y la fidelidad, armada con esa fortaleza que defiende y resguarda contra el mundo toda honestidad y toda ventura y dispuesta en fin á hacer del hogar antesala del Cielo y paraninfo de méritos y grandezas?

Pensar que la bendición sacerdotal transforme á la mujer, es en vano; pedir al sacramento del matrimonio el poder milagroso del bautismo y esperar que, así como este deshace las sombras de la culpa, aquel borre las reatas de la educación, es quimera. Ni es el Cielo el que ha de venir á cada paso á corregir yerros del indivíduo, ni ha de destruir la Providencia la obra paciente, reflexiva y libre de la voluntad humana.

Si así fuera, las pasiones, los egoismos, las torpezas no lograrían jamás engendrar hábitos; el bien tendría entonces mucha más consistencia que el mal y el destino racional terrestre se realizaría sin luchas, sin obstáculos, sin esfuerzos y sin merecimientos.

Los consejos del sacerdote en la ceremonia sacramental del matrimonio cristiano, son quizá los primeros que de esa índole escucha la mujer; al ménos si los ha oido á moralistas y predicadores, los escucha una vez más como bella teoría ó fórmula obligada en ciertos casos, sin ningun valor práctico en la vida; porque no es fácil que se ocurra que aquellas misteriosas palabras encierran el secreto de la ventura ó por lo ménos de la honradez; antes bien, sábese que es el dinero el que dá la dicha y que no es la sociedad tan intransigente con los extravíos del amor, cuando estos no son escandalosos ó á lo ménos cuando se les dora con la explendente forma de las conveniencias sociales y de la moda.

Lo que en la mujer pobre es delito, apenas alcanza en la rica las dimensiones de la imprudencia; lo que en aquella merecería el nombre de prostitución, en esta suele designarse con los de debilidad ó desgracia; y lo que basta para constituir un patrón de ignorancia en aquella y para arrancar á la sociedad una sentencia irrevocable de condenación, en esta otra sólo sirve de argumento á la envidia y sólo merece violentas disculpas por parte de las gentes de buen tono y en nombre de los altos fueros del gran mundo.

Y sigue la cadena: tal madre tal hija, tal hija tal madre; y siguen leyes y usos, moralistas y sacerdotes, sabios y nobles, hablando mucho y haciendo poco, indulgentes de hecho y rigorosos de derecho: llueven los sistemas, las doctrinas y las predicaciones, y siguen la desidia, el abandono y la indiferencia por un lado y el egoismo, la injusticia y la inmoralidad por otro.

El Evangelio cristiano en una mano, el código en la otra y en los labios las más bellas ó las más exageradas doctrinas sociales, y la mujer entre tanto sin ilustración, sin cultivo y sin virtud, en el seno de una familia infiel á

sus deberes, en brazos de un amante corruptor ó casquivano y á merced de ese oleage social que lame y arrulla, pero mancha y pudre con el cieno desleido entre sus brillantes espumas.

Hoy empezamos ó ver lo que debe ser la mujer; pero aún no hemos empezado á horrorizarnos de lo que es: hoy, que le hemos dorado la jaula, que le hemos embalsamado el ambiente, que la adormecemos con la música falaz de promesas que lleva el viento y de amores que encubren redes, hoy que alfombramos su paso con flores para amenizarle el camino que guía á los estercoleros sociales y ocultarle las espinas que deben escocerle en su vejez y herirla en la eternidad, hoy vemos más claro la crueldad, el error y la vileza de nuestra conducta y podemos apreciar mejor las consecuencias graves y terribles que produce en todos los órdenes de la vida.

Sin una madre buena, no puede haber hombre honrado; y sin una esposa honrada, no puede haber madre buena; ahora bien; sin una doncella virtuosa, no puede haber esposa digna; y sin mujer ilustrada, educada y moralizada, tampoco es posible vírgen casta, amorosa y sábia.

Es preciso, pues, que el hombre empiece por hacer la mujer, si quiere que la mujer haga luego al hombre; es preciso ofrecerle aquellos elementos que han de dignificarla y enaltecerla, dándola la conciencia de su misión en el mundo y de su papel en la sociedad: una vez ofrecidos, los absorverá con avidez, porque la Naturaleza la dotó para ello de un maravilloso poder de asimilación, y si no los aceptase, preciso será que se los hagamos aceptar, que despertemos en ella esas aptitudes prodigiosas para cuanto es bello, delicado y santo y que la obliguemos á ser el ángel de nuestros ensueños de amor, la fiel compañera de nuestro hogar y la tierna providencia de nuestra vida.

Entonces hallaremos nuestra regeneración en su amor, nuestro consuelo en su ternura, nuestro acierto en sus inspiraciones, nuestra utilidad en sus consejos, nuestra riqueza en su economía, nuestra enseñanza en sus virtudes y nuestra felicidad en su posesión; entonces nos deleitará como hija, nos honrará como esposa y nos respetará como viuda; entonces será depositaria de la ventura de los padres, del honor del marido, del culto de los hijos y del respeto de las gentes; entonces habrá, en fin, merecido, desvelos, sacrificios, amor, gratitud, estimación y buena fama; la Familia, la Ciudad, la Patria, la Humanidad, la Tierra y el Cielo se alegrarán á su vista; la mujer será la creación cristiana y el hombre será el digno compañero de esta bella figura.

En esta obra maestra de la Humanidad, toca empezar á los filósofos, corresponde consagrar á los moralistas é incumbe propagar á los *Amigos de la instrucción;* la parte humana es de la razón, la parte divina del sacerdocio; pero el apostolado os corresponde; la ciencia es aquí el Evangelio, la moral es aquí la Eucaristía; á vosotros os toca hacer comulgar con ella al género humano, evangelizando las sociedades. Luego que las conciencias se hayan penetrado de estas verdades y la mujer haya sido llamada al lado del hombre para realizar los altos fines de la Humanidad y de la vida terrena, los legisladores beberán en las fuentes populares y escribirán en los sagrados cánones de las sociedades las fórmulas de vuestros progresos por la filosofía y de vuestra redención por el deber. Así se hacen las leyes; alguien señala sus gérmenes; alguien marca su sentido; unos las enseñan y promulgan y otros las consolidan con las formas del derecho escrito. La marea viene de abajo arriba, como los diluvios de arriba abajo. Diluvio fué el Cristianismo que inundó las naciones y las aguas han subido lentamente durante diez y ocho

siglos; y hoy se nota la inundación porque nos va llegando la marejada al cuello; tiempo es, pues, de que el oleaje penetre en las familias, de que el rumor de las corrientes aturda á los egoistas desdeñosos y á los tiranos excépticos, y de que las altas magistraturas inclinen la mirada espantada ó sorprendida hácia abajo, para ver el estado de la opinión y apreciar las exigencias del momento histórico.

La política moderna ha mostrado que puede gobernarse sin la justicia, sin la riqueza, sin el patriotismo, sin la consecuencia, y hasta sin la integridad burocrática y la honradez particular; pero no ha demostrado que se puede gobernar sin moralidad familiar, sin libertad psicológica y sin naturaleza racional.

Ahora bien, esta reclama que se conceda á la mujer análoga libertad que al hombre; que se ofrezcan á uno y á otro sexo esferas diáfanas en que realizar sus fines y que, al par que caen á las plantas del hombre esas cadenas y esas sombras con que se le mantuvo atado á la noche lúgubre de la ignorancia, de la ignominia, de la pobreza y del vicio, se rompan tambien esas esclavitudes en que se mantuvo á la mujer víctima de la barbarie, de la abyección y del libertinaje.

Exhibiendo su desvergüenza por los paseos ó ataviando con hipócritas arreos su prostitución moral en los salones, la mujer no es ménos esclava; arrastrando sus desengaños por las baldosas de un templo, ó paseando su descar en berlina, carro triunfal de la rebelión conyugal, la mujer no es ménos sierva; que ni es libertad el desenfreno de la prostitución callejera, ni lo es la traición del adulterio aristocrático.

Vicio mendicante ó vicio opulento, á vosotros, *Amigos de la instrucción*, toca corregirlo; á vosotros buscar en el dinero defensa contra la dama; á vosotros en el trabajo y la honradez escudos para la hija del pueblo y en la ilus-

tración y la moral garantías contra la sensualidad de la señora del gran mundo; á vosotros en la rectitud del hombre, en su dignidad personal y en la templanza de su brutalidad, remedio contra la seducción con que pierde á la una y contra la tentación con que mancha á la otra; á vosotros, en fin, con la educación general, el amor al deber, la conciencia del destino terreno y la libertad en todos los órdenes, los medios de redimir las inteligencias de las preocupaciones y los errores, los corazones de la pasión y los vicios y la vida de los obstáculos y pesadumbres con que la molestan y agobian la miseria, la sensualidad, las desigualdades sociales, las tiranías de hombres y leyes y las aberraciones de usos, costumbres, tradiciones y añejos hábitos y prejuicios.

La lucha es tremenda, pero el triunfo seguro; la condición es dura, pero el objeto es grandioso é interesantísimo; líbremente le habeis escogido vosotros al dar á los vientos la inmaculada bandera de la INSTRUCCIÓN POPULAR. En nombre de la AMISTAD, que es el sentimiento escogido por vosotros, mi débil voz os excita á escribir entre los pliegues de vuestra noble enseña, este precepto del evangelio humano: «Redención del Hombre por la ciencia, de la Mujer por la virtud y de la Familia, de la Patria y de la Humanidad, por la ilustración, la justicia y la libertad!»

LA MORAL EN EL ARTE.

1881

LA MORAL EN EL ARTE. (1)

Una Idea Preliminar.

Un pensamiento moral es en la España actual una centella encendida entre los hielos que las corrientes del positivismo nos han traido de los polos del egoismo y de la indiferencia modernos. Teatro, novelas y periódicos, sea que reflejen el estado de las conciencias, sea que fomenten y halaguen las pasiones que el siglo despierta, reducidos al espejismo de una realidad funesta y al cultivo de una matemática social tristísima, sostienen las máximas utilitarias y los instintos sensuales en nuestra conducta pública y privada y relegan á las especulaciones del libro, á las declamaciones del púlpito, y alguna que otra vez al espíritu poético del moralista dramático ó al espíritu práctico del político socialista, las teorías y los sentimientos de lo bello, lo bueno, lo verdadero y lo justo.

El realismo sensible, descendiendo desde las almas á la vida ó subiendo desde las costumbres á los corazones, ha cambiado la significación del mundo, poblando los espacios de fantasmas seductores, pero peligrosos, y desencadenando contra las conciencias un torrente de aber-

(1) Premiada en el concurso celebrado en Gerona en 1881.

raciones que, si inspiran compasión por lo estrechas y mezquinas, dan horror ó repugnancia por lo erróneas ó degradantes. Torcidos ó rebajados los altos conceptos de honor, amor, justicia, libertad, belleza y virtud; hánse-le dado formas acomodaticias, haciéndoles sufrir amoldamientos extraños y hasta sacrílegos, que constituyen toda una corrupción y equivalen muchas veces á un delirio, cuando no á una desventura.

El apegamiento á la riqueza y al ejercicio del mando en la sociedad, y la preponderancia por tanto de la avaricia y la soberbia en los corazones, han engendrado una política menuda y revuelta, á la que se lanza y en la que se debate un número incalculable de espíritus que abandonaron los honrados senderos del trabajo, por ejercitar las osadías que reclama la vida de la intriga y la cábala; esto ha quitado su valor á los escándalos y ha inventado una logomáquia encubridora y atenuante del delito, mientras que por otra parte ha dado elasticidad y destreza al oro y la sensualidad, que por esto han venido á ser los resortes más usuales de la vida privada. De aquí un concepto extrambótico y ridículo del honor, una acepción hipócrita y falsa para el amor, un recurso de efecto circunstancial en la justicia, una promesa hueca y un sarcasmo irritante en la libertad, un objeto de vanidad y lujo en la belleza y una impiedad ó una negación en la virtud.

En tal estado, para consuelo de los que aun creen y sienten y como protesta contra los que comercian y rien, es conveniente hablar de contínuo, tratar sin tregua y exponer con entusiasmo, las buenas doctrinas y los sanos principios. Ya que los hombres no nos entiendan, hablemos con el Cielo; tributémosle el obsequio de la verdad y el culto de los ideales científicos, y pongamos para lelo al torrente el manso raudal, y frente al destiento y

la balumba, el principio racional y el órden que resulta de las armonías morales.

Tracemos el cuadro de la belleza en medio de la deformidad, como soñó con los cielos entre los pecados de la tierra el melancólico evangelista de Patmos; y señalemos las misteriosas relaciones entre lo bello y lo bueno en medio de los extravíos y las monstruosidades, como el Cristo del Calvario hablaba del perdón y de la Gloria entre verdugos y tormentos.

Gerona nos brinda con una cátedra; subamos por un instante y humildemente á ella, y olvidemos, para hacer olvidar á los demás, el estado actual de las conciencias, hablándoles de ese misterio inefable de la belleza, que la bondad del Supremo Artífice puso en el alma y en la Naturaleza, dejándole plenamente en Sí como para envolvernos con él y que halláramos la huella espléndida de su omnipotencia en el fondo de nuestro sér, en la mansión de la vida presente y en les cielos de nuestra esperanza futura.

I

LA IDEA DE LO BELLO.

Antes de plantear el problema concreto que hemos de resolver, preciso será indicar el procedimiento dialéctico que ha venido á ponerle en los límites que hoy le contienen, aunque sólo sea para darnos cuenta del progreso que marcan sus soluciones y acopiar los materiales con que ha de construirse nuestra teoría.

Brevemente, y sólo señalando los sistemas capitales, podemos recorrer la historia de la Estética, con el solo objeto de descubrir la esencia de la belleza, é indicar las que se han tenido por sus categorías fundamentales.

Douchmanta, el rey indio que Kalidasa nos presenta en el *Sakuntala*, se dá de este modo cuenta de la honda y suave emoción que siente su alma al oir de improviso una melodía que ejecuta un *luth ó vinâ*.—«Por qué me conmueve tan vivamente esta música, como si fuese la voz de un sér querido de que me viese separado? El hombre que contempla las cosas bellas, ó escucha los dulces sonidos, experimenta cierta tristeza en el fondo mismo de su felicidad. Ciertamente que entonces se acuerda de las venturas que ha disfrutado en *otro tiempo en una existencia anterior*.»—

¿Tomó Platón esta idea de la filosofía sentimental y mística de los brahmanes? Quizá no pueda asegurarse; pero es lo cierto que, ya bajo las formas negativas de la crítica, ya bajo las positivas, aunque enigmáticas, del símbolo y el mito, hállase la creencia oriental esparcida y como centelleando en sus inmortales diálogos.

Sócrates, en el *Hipias* va refutando cuantas definiciones han dado los filósofos de la Belleza, para venir á parar á que es una cosa relativa cuando se la considera en los objetos exteriores, toda vez que lo bello en sí, parece feo comparado con algo más bello todavía, y que por tanto es preciso desprenderse de los hechos particulares para elevarse á la noción general. Luego, el personaje platónico se detiene en desprender la Belleza de los conceptos de lo útil, lo conveniente y lo agradable, para concluir que lo bello es *cosa difícil*.

En el *Filebo*, Platón caracteriza con el sello de la pureza el sentimiento de lo bello, y acaba por aproximar las ideas del Bien y la Belleza, hallando en ambas, como categorías formales, la *medida* y la *proporcionalidad*; pero después, dejando la *medida* por condición á toda la realidad, señala el carácter absoluto é independiente de la belleza, definiéndola como *aquello que se basta á sí mismo, ó lo que es igual y cumplido en sí*.

Pero reunamos las ideas derramadas en el *Fedro*, el *Banquete* y la *República*, y tendremos la doctrina completa del primer filósofo de Grecia. Eros, el principio divino del amor, nos conduce á lo bello; sedúcennos primero las bellezas de las formas individuales; pero, reconociendo luego cuánto hay de mudable, dependiente y circunstancial, saltamos por encima del tiempo, del lugar, del número y de las accidentalidades de las formas y nos elevamos á lo semejante, á lo idéntico, á lo único, lo puro é inalterable, fuente de toda belleza particular, mas ello

mismo sin forma, ni color, ni cuerpo, ni nada individual. Este principio absoluto, que por tanto no puede ser percibido más que por la razón, es la idea de la Belleza. Ahora bien; ¿cómo se explica esta idea en nosotros? Aquí la ciencia de *Douchmanta*: las almas han contemplado en una existencia anterior la Belleza absoluta; luego, al caer dentro de la materia, han perdido su recuerdo; pero la presencia de las bellezas terrestres lo despiertan; el alma, como tocada por un espíritu invisible, tiende sus alas, y empujada por el amor, se esfuerza por remontarse á esas regiones donde cree volver á contemplar la eterna Belleza.

Platón acierta distinguiendo entre lo esencial y lo accidental y reduciendo á la unidad de un principio comun más elevado la variedad de caractéres y manifestaciones, pero la doctrina no está acabada, porque no podía estarlo; la Estética no estaba hecha; la belleza sólo había sido tratada de un modo secundario; sus materiales, los *tipos bellos*, tanto de la Naturaleza, como del Arte, no existían ó sólo son conocidos de un modo imperfecto; de aquí los vicios de la teoría y la vaguedad que la envuelve; hay intuiciones misteriosas, adivinaciones del génio; mas esas sombras divisadas en la inspiración, dan un carácter abstracto é ideal al concepto, que hace olvidar su realidad natural é histórica y prescindir en cierto modo de que la idea misma no existe sino á condición de perder su generalidad para revelarse en hechos y descender del cielo de su génesis para encarnar bajo formas diversas. Lo bello no es otra cosa que esa revelación de la idea por la forma, de manera que tanto esta como aquella la constituyen; quitad la idea y la forma es el absurdo; pero quitad la forma y la idea es lo imposible; poned por el contrario lo uno en el principio y lo vario en el fenómeno y reducido armónicamente lo vario á lo uno, el hecho á la ley, lo real á lo

ideal, y lo bello, como lo verdadero y lo bueno, deja de ser una abstracción para convertirse en algo existente.

Acentuada la concepción platónica, marcada y confirmada más la preponderancia de lo abstracto sobre lo concreto y de lo general sobre lo individual, aparece en Plotino la Belleza identificada con el *bien*, con el *ser*, con el espíritu, y tanto más clara, más alta y más radiante, cuanto más desprendida de la materia. La Naturaleza, lejos de revelar, eclipsa y apaga ese rayo divino de lo bello: este es á modo de un destello resbalando por entre sombras, un soplo que roza los cuerpos como para invitar á la mente á que se despoje de los sentidos y aun de la razón, y lo siga por las misteriosas escalas del éxtasis hasta las regiones donde mora la verdadera y única Belleza.

Elevada y poética es esta teoríá de la escuela neoplatónica; pero en Alejandría no se construyeron jamás sino abstracciones; excitando al alma á que contemple la faz divina y á que sea ella misma en cierto grado y modo su expresión, sacrifícase lo fenomenal á lo inteligible y se quita la realidad á la Belleza.

Más acertada está la crítica dialéctica de Plotino, cuando, rechazando las categorías de órden, proporción y variedad, hace observar que si sólo ellas contienen el principio esencial de lo bello, este tiene que ser necesariamente lo compuesto y en modo alguno lo simple, al que no convienen aquellos caractéres; de consiguiente, como las partes y elementos aisladamente no pueden ser bellos, el conjunto tampoco puede serlo; luego la proporcionalidad misma debe recibir su atractivo de un principio particular y superior; ni un olor, ni un sonido, ni un rayo de luz, ni un movimiento tienen belleza; luego un arroyuelo, una flor, el firmamento mismo, que parece manto azul bordado de chispas de fuego, no pueden ser bellos.

De lamentar es que Aristóteles, el observador concienzudo de la Naturaleza, el historiador panegirista de la fenomenalidad física, el ingénio artístico por excelencia y el pensador profundo de la filosofía griega, no haya dejado teoría acabada ni opiniones bien definidas acerca de la Belleza.

Algunas ideas vertidas en su Poética, especialmente cuando habla de la forma de lo bello, nos hacen comprender que el elemento real no había quedado en su espíritu, como en el de Platón, tan pospuesto al ideal; las condiciones de medida, órden y dimensiones convenientes, á fin de que estas permitan la percepción del conjunto mediante aquellas, parecen indicar que Aristóteles exigía al objeto bello una forma que dejase comprender su idea; esto hace creer que admitía un principio interior, una unidad reguladora, una fuerza ordenatriz, que ni reducía el objeto á lo microscópico por temor de dejar inapercibida su belleza, ni le permitía llegar á lo gigantesco para no trocarla por lo informe.

Y hasta aquí cuanto de más importante establecieron en este asunto los sabios de la Grecia. Algunas observaciones agudas, algunos rasgos ingeniosos, algunas delicadas percepciones de detalle, algo relativo á los múltiples aspectos de la cuestión; pero nada serio, general ni discursivo respecto de lo fundamental, hállase en Cicerón, Horacio, Longinos, Quintiliano, etc., y vuelve á parecer la idea platónica en San Agustin, Erígenes, Boecio, Santo Tomás, Clemente de Alejandría, Campanella y otros, más ó ménos fielmente expresada.

Dios fuente de la Belleza, esta una ley concebida por el espíritu y no por los sentidos, la unidad su forma propia y el órden y la conveniencia sus condiciones de realización, constituyen las creencias más generalmente expresadas. El mismo Bacón es casi platónico, cuando,

colocando los fantasmas del espíritu humano frente á las ideas del espíritu divino, en su *Interpretación de la naturaleza* (aforismo 124) dice: «los primeros no son más que abstracciones creadas á placer; los segundos son como sellos ó huellas *(signácula)* impresos por el Creador en contornos escogidos y llenos de verdad:» esto es: la forma es el *signáculum* de la idea, que es divina.

Desde este momento, la Filosofía se parte en dos ramas; y la teoría de lo bello se divide tambien como es consiguiente, segun los criterios sensualista y racionalista.

Locke, con su división en *primarias* y *secundarias* de las cualidades de los objetos, dió orígen al idealismo de Berkeley, que negó la existencia real de los objetos apoyándose en que los caractéres secundarios, como la luz, el color, el sonido, etc., no existen sino en nosotros y en modo alguno en los objetos que nos causan sus sensaciones correspondientes, y asimismo al excepticismo de Hume, quien sostuvo que las cualidades primarias, tales como la la extensión, la solidez, la figura, etc., que Locke concedía á los cuerpos, no les correspondían más que las otras, puesto que como ellas eran dadas por la sensación y los objetos són siempre algo desconocido, eternamente oculto tras el efecto sensible, accidental y variable.

Hutchesón fué el primero que se consagró á discurrir acerca del orígen de las ideas sobre la Belleza, llegando á definirla como la idea que se despierta en nosotros á la vista de ciertos objetos, y llamando *sentido de lo bello* á la facultad que tenemos de recibir esa idea. Pero como Hutchesón es sensualista, la palabra *idea* no tiene en sus labios otro valor que el de la percepción de una sensación; y por tanto la belleza es un atributo del todo extraño al objeto y que sólo reside en nuestro espíritu. Lo bello es lo que place, sus categorías son la *uniformidad* y la *varie-*

dad; pero á su vez, por ser del objeto y por sernos dadas por los sentidos, son asimismo meras abstracciones; *ideas que se despiertan á la vista de los objetos*: luego la Belleza es el resultado producido en nosotros por las ideas de lo uniforme y lo vario, y el sentido de lo bello es la facultad de vestir de una cierta manera nuestras propias percepciones de la variedad y la uniformidad. Hé aquí al excepticismo estético, que tan francamente arrostró Hume, llevando á sus últimas consecuencias la teoría del *sentido de lo bello*, que tanta influencia ha ejercido en la Caleología anglo-escocesa. Oscilando entre los principios de la fijeza y la variabilidad de los juicios en materia de gusto artístico, temerosos de seguir la desastrosa filosofía excéptica, pero sin poder sustraerse completamente á ella, se presentan Addison, Burke, Hogarth, Alison, Price, Brown, Knight y Dugald-Stewart, quienes explican la Belleza por una série de caractéres puramente formales, como la novedad, el hábito, la magnitud, la pequeñez, la uniformidad, la variedad, la conveniencia, la sencillez, la complicación, lo curvo, lo ondulante, lo útil, lo perfecto, etc.; todos igualmente distantes de la verdadera naturaleza de lo bello, y todos tan acertados en lo que se refiere al procedimiento dialéctico-crítico, como equivocados é inhábiles cuando se trata de establecer la doctrina. Sirva de donoso ejemplo de estas obcecaciones el famoso pintor Reynolds que, despues de haber rechazado esos principios por insuficientes, se deja arrastrar entre protextas al excepticismo de Hume, declarando que la cuestión de la Belleza es cosa de costumbre y que si estuviéramos más habituados á ver lo feo que lo bello, hallaríamos bella la fealdad y la Belleza fea. El mismo Tomás Reid, despues de combatir con marcada energía estos erróneos conceptos, oye á Dugald-Stewart exclamar, dejándose arrastrar por el principio de utilidad proclamado por Burke, que no hay nada más

bello que un terreno bien cultivado, y se sale como él de la cuestión estética, sosteniendo que la Belleza del perro depende de la finura de su olfato y la de la oveja de la abundancia y excelencia de su lana. El principio del sentido comun á que luego apela, sirve para envolverle en un dédalo de contradicciones, sin hacer más que aproximarse á la verdad.

El exceptici smo estético pasa el canal de la Mancha y se expresa por los materialistas franceses del siglo XVIII de un modo bien lamentable: la Belleza no se ofrece sino como una cosa puramente relativa; Diderot la reduce á la percepción de las relaciones en general; Voltaire, tras de burlarse de Platón, concluye diciendo que en resumidas cuentas nada es feo ni bello, porque para un sapo nada hay más hermoso que una sapo; Rousseau no se explica claramente acerca de esta materia y Montesquieu, en su *Ensayo sobre el gusto*, tampoco considera la Belleza más que por su lado relativo.

Recorramos con igual ligereza las escuelas racionalistas iniciadas por Descartes, para ver cuan lentamente han caminado las disquisiciones estéticas, que sólo han ocupado un lugar secundario en el movimiento impreso al espíritu filosófico. El mismo Descartes ni por incidencia habla de lo bello; Spinoza sí lo hace de este modo en su *Ética*, donde considera lo bueno y lo malo, lo ordenado y lo confuso, lo caliente y lo frio y, en fin, lo bello y lo feo, como meros prejuicios ó vanas imaginaciones del hombre, que se explican por la doble tendencia humana á referirlo todo á sí y atribuir á Dios intentos y antojos que sólo existen en nuestro espíritu.—«Si el movimiento que los nervios reciben de los objetos presentes ante los ojos conduce al bien-estar, los objetos se llaman bellos; si lo contrario, se tienen por feos.»—Hé aquí toda la noción de la Belleza de Spinoza, que con su fatalismo racional

fundado sobre la naturaleza de la sustancia absoluta, destruye toda realidad, aun la del espíritu, con su libertad y su espontaneidad, el cual desaparece en la inmovilidad de la sustancia.

El impulso comunicado á la ciencia por el génio de Leibnitz, seguido de cerca por Wolf, no vino á sentirse sobre la Estética hasta que Baumgarten aplicó los nuevos principios á la teoría de lo bello, haciendo de ella una ciencia especial, para la cual pidió el nombre de *Kaleología*. La esencia de la Belleza consiste, segun este filósofo, en la *perfección*, que no es otra cosa que la cualidad que tienen ciertos objetos de responder enteramente á su noción abstracta; pero como el objeto ha de ser dado por una percepción inmediata, y á la vez la perfección es asunto de un juicio ó de un raciocinio, resulta que en todo fenómeno de Belleza hay dos partes; una sensible y otra intelectual; por eso Baumgarten llama *sensible* á la perfección, y sostiene que sólo puede ser percibida de una manera confusa.

Hay en esta doctrina un cierto presentimiento de esa identificación de los principios opuestos de la idea y la forma, ó sea del juicio y la intuición, que posteriormente se ha reconocido como carácter esencial de lo bello; sólo que la palabra *perfección* en esta teoría conduce al espíritu á una noción puramente lógica, por la que los sucesores de este filósofo han sido arrastrados al error. Sirvan de ejemplo Mendelsohn, que se siente obligado á sostener que la idea de lo bello, siempre oscura al principio, se va exclareciendo á medida que se desenvuelve la noción racional de la perfección del objeto, y Sulzer, que complica más el problema, mezclándole la noción del bien.

Winkelmann, desde un campo en cierto modo extraño á la filosofía, pero con una admirable intuición estética que hubieron de darle el estudio del arte antiguo y el

sentimiento profundo del ideal griego, aunque no expone ninguna teoría sistemática, formula bellísimos pensamientos que conviene señalar. Segun este escritor, la Belleza suprema reside en Dios; la noción de lo bello es como una esencia extraida de la materia por el fuego purificador; como un producto del espíritu que se crea un sér á imágen del primer hombre, tal como ha salido de la inteligencia divina. Hé aquí el punto de vista del ideal en toda su pureza, con exclusión de todo principio de determinación ó individualidad. La Belleza pura es indeterminada; parécese al agua, que es tanto más saludable cuanto ménos gusto tiene y más cerca se la toma de su fuente. Pero los principios de Winkelmann, como desprendidos del conocimiento de lo antiguo, sólo se ajustan á la escultura, permaneciendo extraños á la belleza de la poesía y aun de la Naturaleza misma.

Tócanos hablar de ese potente génio fundador de la filosofía moderna, reformador de la Estética y que ha puesto bajo su poderoso espíritu todos los principios de la ciencia al sondear los problemas psicológicos. Kant, fiel á su método, no empieza por preguntarse cuál es la esencia de la Belleza, sino cuál es la naturaleza de la impresión que recibimos y del juicio que formulamos á la vista de un objeto bello: es decir; Kant se ocupa del *gusto* ante todo, como facultad de sentir y apreciar lo bello y, dejando á un lado el juicio lógico, señala el estético con su carácter puramente subjetivo, dependiente del placer ó disgusto que nos hace experimentar el objeto. Analizado, pues, el sentimiento, aparece su desinterés, cualidad que basta á separarle de lo agradable y lo sensual, los cuales envuelven un interés para los sentidos, y de lo útil y lo bueno, que implican la noción de un fin alcanzado; y al mismo tiempo considerado como elemento puramente subjetivo, proporciona la definición de lo bello,

que es *lo que place á todos sin los auxilios de ninguna noción del entendimiento.*

Observa además Kant que la Belleza tiene un cierto carácter de conveniencia final, aunque sin que se descubra en ella ningun fin especial; es decir, que se presenta como la coordinación de lo vario y múltiple con lo uno é igual, pero sin que el fin pueda determinarse ni reconocerse. La idea de que la Belleza aparece dotada de la forma simple de la conveniencia final, pero sin contenido real, sirve para distinguir lo bello de lo útil y aun de lo perfecto; puesto que en estos últimos el entendimiento descubre un fin, en tanto que el primero no admite la función intelectual, por ser contraria á la naturaleza puramente estética del juicio del gusto.

Otro carácter del sentimiento de lo bello es la necesidad; porque lo bello no puede dejar de complacer; pero esta necesidad es asimismo subjetiva y como tal dependiente de alguna condición involuntaria del indivíduo, que, por residir en todos en diferente grado, constituye un *sentido comun* de lo bello. Este sentido es asimismo necesario, y sírvenos para atribuir á los demás la misma complacencia que nosotros experimentamos, con lo cual se viene á dar un valor objetivo á lo que realmente y de hecho no lo tiene más que subjetivo.

Para explicar la universalidad y necesidad de los juicios del gusto, apela Kant á la teoría que llama de las *deducciones*, atribuyendo estas á la facultad de juzgar que ejercita el gusto: esto es, á un principio puramente formal; pero advirtiendo que en los juicios estéticos el contenido, ó sean las nociones, falta, y por tanto quedan reducidos á actos puramente subjetivos del espíritu. Ahora bien; como estos actos son los mismos en todos los hombres, como la facultad de juzgar es tambien la misma, el placer que resulta de la concordancia del objeto con las con-

diciones del juicio, debe ser universal y necesario.

Para explicar el juicio mismo, Kant apela á la imaginación perceptora de lo múltiple y al entendimiento combinador que reduce lo vario á la unidad racional; pero como en el fenómeno estético falta la noción intelectual que dá la unidad, sólo queda la imaginación desenvolviéndose libremente y sin más condición que la de someterse á las leyes generales del entendimiento.

Queda en efecto exclarecida con esta doctrina toda la parte subjetiva del fenómeno de lo bello; pero por lo mismo que se la ha encerrado en un psicologismo puro, el objeto bello en sí mismo no ha podido ser estudiado. Kant nos deja en esta parte donde nos dejó el sensualismo anglo-escocés: el excepticismo estético queda combatido; pero el realismo dogmático está por hacer.

Por otra parte, aun dentro de la fase subjetiva del fenómeno, Kant no llega al principio absoluto, á la razón última de la Belleza: nos habla de un placer sin interés, de un sentimiento sin noción, de una conveniencia sin fin, de algo universal y necesario sin principio en el entendimiento, y aunque esto sólo quiere decir que tales elementos se penetran y confunden en una misma unidad, queda el fenómeno envuelto en cierto enigma, porque la dialéctica kantiana, lejos de explicarlo, le conduce al vacío de las ideas absolutas, donde lo sepulta sin compasión.

Asienta Kant la tésis de que los juicios del gusto no descansan sobre ninguna noción, porque entonces podrían demostrarse; colócale enfrente la antítesis de que esos juicios se fundan necesariamente sobre alguna noción, porque de lo contrario no podría discutirse en esta materia ni reclamar en ella el asentimiento general, y luego, para resolver la antinomia, busca un principio transcendental superior, que sólo puede procurar la razón como facultad de las ideas absolutas: mas como las ideas

sólo tienen una virtud regulativa en su concepto y no pueden ser objeto de intuición ni de conocimiento, quedamos imposibilitados de dar con esa idea estética, imperceptible ó inexponible, que es el *substractum* invisible de todos los fenómenos pertenecientes á la Belleza.

Resúmen; que tomando en la tésis la noción como principio del entendimiento y en la antítesis como principio transcendental, nos quedamos sin el objeto, que jamás podría ser percibido por sí mismo, y sin la idea transcendental, que es indeterminada é indeterminable.

La teoría kantiana no satisface como solución; pero vale mucho como punto de partida y preparación para las reformas que habían de realizar en el sistema sus sucesores.

Entre estos figura en primera línea el gran poeta pensador Schiller, á quien oimos enseñar que la Belleza es á la vez un habitante de dos mundos; del uno por derecho de nacimiento y del otro por adopción: recibe la existencia en la naturaleza sensible, y luego alcanza hospitalidad y ciudadanía en el mundo de la razón. Entre el pensamiento y los sentidos viene á colocarse el gusto con el propósito de conciliar esos elementos contrarios: conduce la razón hácia la materia y lleva á los sentidos á complacerse en la razón; así eleva la intuición á la altura de la idea, y hace posible el reinado de la libertad en el mundo sensible. De esta manera propende á realizar el equilibrio roto entre los principios que concurren al fenómeno de lo bello, hace intervenir á la Naturaleza y tiende hácia la misteriosa armonía de lo subjetivo y lo objetivo, de la esencia y la forma, del pensamiento, en fin, y la materia.

Salta luego la teoría estética por encima del idealismo transcendental y profundo, pero sutil, de Fichte, en cuyo estoicismo lleno de abstracciones no podían caber otras bellezas que las intelectuales y morales, y llega á Sche-

lling, á quien corresponde la gloria de haber establecido, como principio fundamental y condición esencial de toda Filosofía, la identidad de los contrarios en la unidad de la idea, de cuyo dogma científico la Belleza viene á ser la expresión sensible.

Ciertamente que Schelling, preocupado con los desarrollos más esenciales de su principio y con sus aplicaciones á otras partes del sistema, sólo ha tratado la Estética de una manera accesoria, pero en su *Idealismo transcendental*, que es uno de sus primeros libros, define la Belleza como *lo infinito expresado por lo finito;* fórmula verdadera, aunque insuficiente por estar construida con abstracciones: otro tanto pasa con el concepto del Arte, que explica como la tendencia á la reconciliación de la espontaneidad con la reflexión, de la necesidad con la libertad.

Lo que este filósofo no hizo, intentáronlo sus discípulos; esto es, aplicar á la Estética detenida y ámpliamente los principios de su filosofía; más hiciéronlo tan desacertadamente, que sus fórmulas quedaron muertas bajo sus plumas.

No podemos decir otro tanto de Hegel, que nos ofrece en su obra póstuma *Curso de Estética*, el trabajo más extenso y profundo que existe sobre Belleza y Arte. Publicóle Hotho, no tal como le redactó el maestro, sino sobre notas y extractos; así es, que, no aquel, sino este, debe ser el responsable de las lagunas é imperfecciones que en él se notan. Partiendo Hegel del mismo principio esencial de Schelling, si bien de otro modo presentado, nos dice que la Belleza posee una verdad absoluta que no es otra que el principio necesario de toda verdad; á saber, la identidad absoluta de lo concreto y lo abstracto, de lo particular y lo general, de lo real y lo ideal. Concebida esta identidad en sí misma, y como unidad que enlaza los extremos y manifiesta el uno por el otro, tenemos lo que

Hegel llama la *idea*: de este modo, lejos de ser esta una abstracción, es la realidad más alta y más rica, puesto que abraza reunidos como en un haz todos los elementos de la verdad, como que es ella la verdad absoluta.

Ahora bien, la verdad absoluta de lo bello es su *idea;* y la idea de lo bello es la noción abstracta de la Belleza, más su realización en la infinita variedad de los hechos particulares, más la unidad de estos términos. Para estudiar, pues, lo bello, hay que seguir en sus fases sucesivas y en las esferas diversas de su manifestación, la evolución completa de la idea que se revela al desenvolverse.

Hasta aquí de las teorías estéticas más importantes: inútil sería señalar la larga lista de escritores distinguidos, poetas, filósofos y literatos críticos que han hablado de artes y de Belleza; Lessing, Herder, Gœthe, los dos Schlegel, Tieck, Novalis, Solger y muy especialmente Juan Pablo Richter, han presentado una multitud de ideas nuevas, de teorías espirituales y bellas al par, y de sistemas originales y sorprendentes.

Ahora entremos á nuestra vez, y con tales antecedentes, en el problema que nos hemos propuesto examinar.

II

DIFERENTES ESPECIES DE BELLEZA.

Háse dicho y repetido muchas veces, que el Arte no es otra cosa que una imitación de la Naturaleza; y en efecto, cuando el ingénio humano se ha concretado á la esfera que hoy se llama *realista*, no puede negarse que los sostenedores de tal opinión han tenido en cada obra artística una prueba de su creencia. Mas apenas penetrando un tanto en el exámen psicológico del génio como principio creador del Arte, háse llegado á ver que hay en las obras de la inspiración algo más que lo que la Naturaleza ofrece; pues aunque no pueda negarse que en la naturaleza física, espiritual ó humana, hállanse los tipos visibles que han podido servir de modelos, ni puede desconocerse que la idealidad los corrige y altera á veces, inventando otras, mediante la fantasía y el sentimentalismo, tipos de una realidad meramente intelectual y abstracta, ni tampoco que la genialidad se eleva con súbitos y atrevidos vuelos á las fuentes mismas de la inspiración, para descender á la tierra con los prototipos más originales, expléndidos y fecundos.

Todo no es el paisaje ni el retrato, todo no es el hecho histórico ni el drama social, todo no es el remedo del fenómeno ni la reproducción fotográfica de lo visto y sentido. Tampoco es todo lo soñado ó ideado en delirio

ó éxtasis; el mito y el antojo expresan á veces lo que entretiene, y á veces lo que se anhela; el Arte entra con ellos en los encantados vergeles del deleite ó en los caprichosos alcázares de las utopias poéticas y seductoras. Pero las sublimidades estéticas, las bellezas angelicales y divinas, los severos dogmas de una ciencia nueva y superior, los inventos maravillosos de unas verdades eternas que parecen aprendidas en los cielos, los inconcebibles heroismos, las virtudes eminentes y exclusivas, esas enseñanzas, en fin, que parecen ecos de Dios y profecías providenciales, idealidades son á las que apenas se les encuentra razón remota ni huella levísima sobre la superficie de la tierra ni en los misteriosos senos del alma humana. Vuelos son de un espíritu que hacen sospechar su partida del mundo y obligan á creer en los prodigios de una Pentecostés artística. Tan alto orígen del Arte prueba con la existencia en él de una forma bellísima, una idea verdadera y un propósito santo; tal obra de Belleza es una síntesis prodigiosa de esas otras artes que tomaron del mundo su condición y su base, y que tienen en la realidad física sus materiales, en la intelectual su verosimilitud y en la de la vida su aplicación y transcendencia.

Bajo este triple concepto fundamental se han clasificado las bellezas por sus fuentes, en físicas, intelectuales y morales. Háse entrado luego en el análisis de cada una de ellas y se han descubierto, la belleza inorgánica y la orgánica entre las físicas, la fantástica y la científica entre las intelectuales, y la individual y la social entre las morales.

La luz, los matices, el sonido, la regularidad de las figuras, la ordenación de partes, la composición de elementos, han venido á constituir los materiales artísticos del mundo inorgánico; el perfume, los sabores, la organización, la vida, en el vegetal, y los movimientos, la sen-

sibilidad, las funciones, la accidentalidad, los instintos, en el animal, son los del mundo orgánico que nos conduce hasta el hombre.

Entramos en él por la inteligencia, que es el carácter distintivo que nos separa con abismo infraqueable de toda la escala zoológica, y analizando el pensamiento humano como orígen de bellezas, encontramos la fantasía para los sueños y la razón para las realidades; es decir una belleza puramente ideal, libérrima, y absoluta inagotable é independiente de toda traba y de todo código, y otra racional, refleja, libre y progresiva, pero sensata y prudente, ajustada á los principios necesarios de la razón y á los fines categóricos del pensamiento, científica en fin, y humana, y por lo tanto universal, inmutable y eterna, como las verdades de donde dimana. Pasando luego por las vías del sentimiento racional y de la conciencia ilustrada al órden moral, nos encontramos con otro manantial abundantísimo de bellezas, cuyos elementos son la tendencia al bien, los instintos puramente humanos, la adhesión al deber, el respeto á la ley, la necesidad de la justicia, los hábitos de virtud, los prodigios del heroismo, las maravillas de la santidad, el profundo amor á Dios y el tierno afecto de fraternidad que constituyen la honradez y la religiosidad de la vida.

Estos son los elementos que forman la variedad, los cuales han de armonizarse, bajo un principio de unidad, en todo objeto bello del mundo ó del hombre: en cuanto á esta unidad, es la idea; la idea que en la Naturaleza la puso Dios y que en la vida la pone el hombre; es el intento que preside á toda creación y que, siendo en el Creador siempre el más adecuado, el más real y el más bueno, para cada sér de los que por Él existen, en la criatura da lugar á esos desconciertos lamentables que suelen esconder o verdadero y bueno bajo una forma poco atractiva y con-

veniente, ú ocultar bajo las más bellas y seductoras lo falso y lo malo.

De aquí la necesidad de ese enlace misterioso de la verdad y la virtud con la Belleza, sirviendo las dos primeras de caractéres esenciales de la idea, y esta última de expresión adecuada y propia ó forma única que el génio da á sus pasmosos aciertos y á sus santos propósitos.

Refiriéndonos al arte humano, como el que sólo puede, por desdichado pero ineludible privilegio condición de su límite, romper la proporcionalidad y armonía entre la esencia y la forma de sus producciones, resulta una nueva clasificación, no ya de las bellezas solamente, sino de los fenómenos estéticos. La preponderancia de uno de estos elementos, como el desquilibrio entre el alma y el cuerpo en el hombre mismo, dá lugar á creaciones várias y á seres anómalos y dignos de observación.

Una idea pequeña encerrada en una forma colosal, como un alma chica en un hombre corpulento ó un espíritu apocado en un organismo imponente y atlético, produce lo *ridículo*, acarrea el desengaño y trae la risa al labio: una idea cualquiera en forma proporcionada en magnitud, como alma desenvuelta en relación con el cuerpo, causa la impresión de lo `gracioso en lo chico, de lo bello en lo mediano, de lo admirable en lo grande: infancia, juventud y virilidad del hombre, atractivo, encanto y pasmo en los objetos: en fin, una idea inmensa, expléndida, exhuberante, como un alma gigantesca, profunda, inconcebible, contenidas en estrecha cárcel, rebosando por los poros de la materia, irradiando en la luz de una mirada y manifestándose por un movimiento que espanta y aturde, realizan lo sublime, lo inapreciable, lo cuasi divino.

De aquí que el génio, manifestando lo inesperado, lo magnífico, lo inexplicable, cuanto aparece superior al producir comun, al concebir ordinario y al idear huma-

no, en verdad y santidad, realiza la belleza superior que puede darse en la tierra y de ella se dice que está hecha *divinamente*.

Veamos como puede producirse esta obra, ó como el bien es la principal condición del Arte y la más real y más fecunda fuente de Belleza.

III

LA BELLEZA MORAL.

La belleza que hemos llamado física para distinguirla de la espiritual, y que otros llaman real en oposición á la ideal, sin observar que esta tiene su realidad en la fantasía y que lo físico parece contrastar con lo intelectual y moral que tambien son de una realidad innegable y evidente, la belleza física decimos, debe enlazarse con la de la verdad y la ciencia y con la del deber y la virtud por algun principio superior que las unifique, las armonice y sea como la Belleza única, de la cual todas las bellezas particulares de la Naturaleza, de la inteligencia y de la vida, no sean sino manifestaciones, reflejos, grados ó matices.

Plotino se preguntaba allá en Alejandría por este principio fundador y unificador, seguro de que, objetos tan diferentes como una flor, una verdad y una acción, no podían ser bellos á no poseer en cierto modo algo de una determinada idea general de lo bello, ornada con los caractéres de absoluta, necesaria y universal.

En verdad que si la unidad no existe, la diversidad no se explica: las especies de belleza no tienen lazo y el artista se vé aturdido por la variedad de los objetos, la falta de ley y la vanidad del Arte mismo de que se siente

inspirado. ¿Cómo las artes tienen reglas, si la Belleza carece de principio? ¿Y cómo miente el Arte cuando expresa la unidad, si en la Naturaleza y en la mente todo es desemejante, heterogéneo é inconexo?

Ahora bien: el principio de la Belleza existe; la ley que reduce todas sus especies á la unidad, la esconde la moral; el fundamento de cuanto es bello, es el mismo de cuanto es verdadero y bueno: es Dios. El principio del Arte y el principio de la Ciencia, es el mismo principio de la Moral.

Colocaos ante una estátua y observad atentamente: lo primero que se percibe es la forma humana, pero lo primero que se admira es la idea: la humanidad sólo sirve como medio revelador de la pasión ó del intento; lo corpóreo retrocede luego que ha atraido al espíritu contemplador hácia el sentimiento y el juicio morales. Así que una Vénus ha encantado los sentidos, al detenerse el pensamiento sobre la idea de la voluptuosidad, el alma severa y pudorosa se aparta de la escultura; así que un Apolo atrae la mirada, el intento de representar á un Dios á la vez irritado y desdeñoso, excita la admiración y aumenta el placer; por último, así que los ojos han registrado las bellezas de la forma de un Cristo, al suspenderse la conciencia religiosa ante el padecimiento de un Dios y remontarse la mente á la contemplación de la dulzura en el tormento, del perdón en la agonía, del heroismo en el suplicio y de la crueldad en la injusticia, debe remitir al corazón los dramáticos sentimientos del dolor y al pensamiento los altos juicios de la grandeza moral.

La Naturaleza material, contemplada con el alma entera, nos llena de sentimientos y de ideas morales. Una enorme masa como un grano de arena, un roble como una criptógama, un elefante como un infusorio, un hombre

dormido como un cadáver, mudos están ante el pensamiento estético; pero esconded en la menuda arcilla un haz de leyes misteriosas, lanzad al vacío la mole convertida en astro, ocultad órganos y fuerzas en el árbol robusto ó en el musgo diminuto, poned la vida con todo su esplendor en el animal gigantesco ó con todos sus prodigios en el animal microscópico, haced un Lázaro del cadáver ó despertad á Sócrates ó Alejandro que duermen, y el espíritu divino que empieza á irradiar, á centellear, á mostrarse por todas partes, os herirá moralmente el alma, apartándoos de la belleza física, por muy espléndida que se os aparezca, para conduciros ante la espiritual pura revelada por ella y que le sirve de pensamiento.

Plotino tenía razón, lo físico no tiene otra misión que proveer de materiales para la forma, suministrar el símbolo, servir de expresión; y bien que al hacerlo así, el solo roce, el aliento no más de la idea que la vivifica y fecundiza, la enaltece ó la degrada, segun que el pensamiento que en ella encarna es de corrupción y muerte ó de verdad y de vida. Ahora bien; si la forma no puede hallarse sola, si no puede ser nada vacío, si por tanto en ella no puede ocultarse más que una idea verdadera ó falsa, buena ó mala, hé aquí que la moral ocupa el fondo del fenómeno estético y que su belleza constituye el principio unificador de todo cuanto es bello en la Naturaleza y en el Arte, no obstante la utilidad y solidez científicas de las clasificaciones.

Esta moralidad, ó mejor dicho, esta espiritualidad del fondo de todo objeto bello, ha constituido para algunos una nueva especie de bellezas á que han llamado *ideal*; pero si con esta palabra designamos las bellezas fantásticas, si la extendemos á significar los prototipos racionales que constituyen el anhelar de hombres y pueblos, el germinar de las reformas, el revolucionar de los hechos y el pro-

gresar de la vida, las creaciones, tanto meramente imaginarias y deleitables como científicas y prácticas, tienen á su vez formas que se escogitan al capricho en la Naturaleza ó que se confeccionan en la mente con fórmulas y palabras, símbolos y esquemas, y que siendo más ó ménos atractivas por su proporcionalidad y simetría, por su plástica y sus galas, pueden esconder una intención tan alta como una moraleja dramatizada con hadas ó como una innovación predicada desde una hoguera, ó por el contrario, un propósito tan depravado como un cuento corruptor ó un crímen de la prostituida Roma.

Ese carácter eminentemente progresivo con que se intenta diferenciar lo ideal de lo real, esa tendencia á la recomposición incesante que en verdad es un carácter del primero, no sirven sino para manifestar la ley de perfectibilidad que impera en nuestro espíritu y la afección á las innovaciones del pensamiento humano, que apenas acepta y admira una verdad, una creación ó un acto, propende á otro nuevo y solicita y corre tras algo más bello, más nuevo y más grande.

Ciertamente que este afan natural lleva al espíritu hácia Dios, arrastrando á la materia consigo hasta aquella altura á que esta le es dado seguirle: luego el ángel se despoja de su vestidura y vuela al cielo del pensar puro, del ideal racional, del percibir soberano, donde halla el infinito, como fuente de la belleza absoluta, de la verdad eterna y de la santidad perfecta.

El génio artístico se hace pensador, la Filosofía le abre las puertas de la Metafísica, y en ella el Sér, el que es todo y uno, aquel por quién todo es, esencia y forma, belleza y verdad, justicia y amor, aquel en quien todo se funda, en el que todo existe, empieza á determinarse, á manifestar sus propiedades, á aparecer como es y á mostrarse al pensamiento extático, como infinito, como inmenso, como

eterno, como providente y, en fin, como razón y principio de cuanto, en materia, espíritu y humanidad, es bello, verdadero y bueno.

El Arte halló su unidad; la Belleza su fundamento y el artista su ley.

Tras la Naturaleza, por encima de ella y antes que ella, está el sublime geómetra, el sabio ordenador, el artista supremo. La belleza real primera, es la Belleza absoluta de Dios; mejor dicho Dios es la misma Belleza, el todo de la Belleza, la más cabal y perfecta armonía de lo infinitamente vario de sus criaturas, en lo esencialmente uno de su ser; la más total y permanente concordancia de la esencia con la forma. La Belleza de Dios no es ninguna de las bellezas particulares señaladas; sino toda Belleza, la Belleza misma, inefable, plena, incomprensible, inagotable, con sus condiciones de unidad absoluta, variedad absoluta y armonía absoluta; esto es, con la perfección absoluta. Una belleza terrena, un producto estético de cualquiera humanidad, si humanidades ruedan envueltas en el torbellino de fuego de los astros inflamados, no puede ser sino un pálido reflejo, un fulgor divino debatiéndose en las sombras de la imitación humana, para producir esos crepúsculos artísticos, ya alboradas de la inspiración, ya centelleo vivísimo de una sublime genialidad.

Nada hay bello, sino á condición de que exprese los atributos de Dios; la Naturaleza, el Espíritu y la Humanidad, no pueden ser bellos, sino en cuanto son divinos; esto es, en cuanto se asemejan á su Autor; mientras mayor sea el grado que les sea dado alcanzar en esta semejanza, mayor será el de la belleza que les es posible revelar. El mundo material es bello en cuanto, siendo esencialmente uno, es interiormente diverso y totalmente organizado y armónico: su belleza es compuesta, puesto

que encierra en sí los diversos y opuestos grados de lo bello orgánico é inorgánico, y manifiesta su esencia con la severidad de sus leyes y el maravilloso juego de sus fenómenos infinitos. El mundo en calma, organizado y vivo, es simplemente bello: el mundo en lucha, desencadenando sus poderes y expresando dramáticamente la oposición de sus elementos, es sublime: la primera fase nos ofrece la idea de un Dios creador; el segundo estado remonta el pensamiento á la concepción de un Dios Omnipotente y Dominador.

La belleza espiritual, que se muestra á nuestra consideración como más alta que la natural, por la mayor excelencia del Espíritu comparado con la Naturaleza, es bella en sus dos grados de espíritu animal y de espíritu humano; lo es tambien apareciendo como resultado del juego de los instintos y como producto de la inteligencia y la libertad; y lo es principalmente cuando salta de la esfera fatal de lo sensible y lo inconsciente, y pasa á las alturas del pensamiento y á las profundidades de la conciencia en el sér racional y libérrimo; esto es, en el sér moral.

Por último: el grado de superior belleza, vecino á la sublimidad, alcánzalo el sér humano, como síntesis de lo creado en materia y espíritu y unión armónica del alma y del cuerpo, bajo la unidad del tipo divino que presidió á su creación. La Humanidad reune, pues, en sí las dos bellezas; la natural y la espiritual: el espíritu, al encarnar, compenetra la materia con su belleza; y esta, al reflejarla, gana lo que se llama la belleza física: armonízanse las dos *(mens sana in corpore sano);* la Naturaleza expresa las excelencias del espíritu, y el hombre, al aparecerse como microcosmos, es cuanto es posible semejante á su Autor, y realiza el grado superior de la Belleza finita.

Resulta de aquí que la moralidad es la más alta fuente de la Belleza, no ya porque en ella se expresa del mo-

do más acertado cuanto de más grande encierra el alma humana; es decir, los más altos grados de semejanza posible del hombre con Dios; sino por cuanto que la belleza moral, tomando diversas formas y manifestándose en muy diversos grados, hiere el espíritu contemplador con el rayo del amor y la luz de la verdad, tras de seducir los sentidos con las ricas galas de la poesía más levantada y más transcendental.

¿Se quieren testimonios de esta verdad? Numerosos son los que pueden presentarse: En el Exodo (33—18), Jehová contesta á Moisés que le pide la ostentación de su gloria:—«Yo te mostraré todo el bien:» luego el bien es lo glorioso; esto es, lo supremamente bello. Kuhn define la Belleza como *la manifestación de Dios en las cosas*: es decir, que un producto artístico será bello, en cuanto sensibilice, bajo alguna forma, el pensamiento divino: Schelling la cree *el Sér divino en forma limitada:* Platón, dice en el Timeo:—«Los dioses no nos han hecho el don de la poesía, del canto y de la música, tan solo para que gocemos un deleite inútil, sino para que por su medio concertemos debidamente los varios y discordes impulsos y movimientos del ánimo, y para que, reconcentrados en el sistema de la vida interior, logremos conquistar aquella moderación y belleza que suelen echarse de ménos.» Plotino, hablando de la virtud y de la belleza, afirma que estas dotes cautivan nuestra admiración y nuestro amor, y por eso las llamamos bellas. Leibnitz asegura que las bellas artes, como las más lozanas flores de los prados, deben dedicarse á Dios, y que nada más noble y sublime puede hacer la Poesía, como arte divino y lenguaje de los ángeles, que cantan suavísimos himnos y todo género de alabanzas á la gloria de Dios. Por último, Jungmann se explica la aparición de las más preciosas obras de arte, por la inspiración del espíritu religioso.

No obstante ¿quiere esto decir que deba confundirse el sentimiento de lo bello con el moral y religioso?

No: bien hace el arte que se proponga mejorar nuestra condición, como bien hará el que intente ilustrar nuestra inteligencia; mas toda belleza no sirve directamente á los fines intelectuales ni morales. La belleza moral es la más excelente, pero no la única que ha de expresar el Arte. Ciertamente que el fin más alto de este es la expresión de la belleza moral por medio de la física: tambien sucede esto en la Naturaleza; sólo que en esta el símbolo suele ser oscuro, la forma imperfecta y su interpretación muchas veces equivocada, mientras que el Arte exclarece la expresión, la perfecciona y la hace más honda y penetrante. La Naturaleza aventajará siempre al Arte en vitalidad, en verdad, en brillantez; pero el Arte siempre excederá á la Naturaleza en idealidad, en transcendencia y hasta en elevación; porque, pudiendo buscar sus ideales en Dios y sus inspiraciones en la Moral, se hace más dramático, más patético y más conmovedor.

Por otra parte, si su belleza le hace atractivo y seductor, su alianza con la verdad y la virtud le hace regenerador y saludable. Puede el artista limitarse á trasladar vivamente al espíritu ageno los sentimientos dulcísimos y puros que llenan el suyo; pero puede proponese al mismo tiempo, y su misión será más alta, ya ilustrar la inteligencia con luminosas verdades de la ciencia natural ó de la filosofía social y humana, ya ofrecer ejemplos de sublime perfección y eminentes virtudes; puede tambien abarcarlo todo, y Ciencia, Moral, Patria, y Dios, tener un puesto en su sublime y magestuosa concepción. Ni ha de confundirse Arte con Religión, Sociedad con Política, Universidad con Estado, Filosofía con Historia, cada una de las cuales tiene su esfera particular en que manifestar sus efectos propios, ni puede negarse la posibilidad y aun la

conveniencia de armonizarlos, puesto que, por una parte la fuente de toda Belleza está en Dios, y por otra la diversidad de los hechos y principios se refunde en la unidad del destino humano.

Una obra artística siempre será á manera de un impulso que lanza al alma hácia Dios, una especie de delicada y graciosa invitación hecha á los espíritus para que vuelen al infinito, tendidas las alas de la fantasía, animado el corazón con el fuego del sentimiento y prendida en la mente la llama viva y repentina de una inspiración prestada ó recibida de las manos del génio. Y como el aspirar del alma humana es infinito y halla ante sí la extremidad de esa escala misteriosa que guía al Cielo, no es extraño ver marchar las almas tras las huellas del Arte á las regiones purísimas y deleitables de lo bello y lo sublime, que se le aparecen alumbradas por fulgores de gloria y presididas por el Ser absoluto, infinito y eterno.

«¡Oh querido Sócrates—hace Platón decir á Diotimo en *El Banquete*—lo que dá mayor precio á esta vida, es el espectáculo de la Belleza eterna..... ¡Qué no sería el destino de un mortal á quien fuese dado contemplar lo bello sin mezcla, en su pureza y simplicidad, no ya revestido de carne ni colores humanos, ni de ninguno de esos vanos adornos condenados á perecer, á quien fuese concedido ver cara á cara, en su forma única, la Belleza divina!.....»

Y ya en este punto, ¿cuál es el efecto de la belleza moral sobre el alma? ¿Ese placer que acompaña siempre á la percepción de todo objeto bello, ¿no podría explicarse por nuestra naturaleza moral?

Es indudable que el sentimiento de lo bello tiene una tendencia moralizadora y ejerce sobre el espíritu un influjo saludable: sin duda por esto se han confundido tantas veces Belleza y Bondad desde el idealismo de Platón, y por eso se ha pretendido que el artista haya de proponerse

constantemente un fin útil y justo, si su obra había de considerarse como bella.

Pero aun teniendo cuidado sumo en distinguir lo conveniente y lo bueno de lo bello, y aun considerando en este último, tomado en toda su pureza, como elemento preponderante la fenomenalidad de la forma que introduce en él la sensación, principio en cierto modo extraño al bien, no puede negarse que nuestra naturaleza moral encierra el secreto de esa misteriosa y dulcísima armonía entre la belleza de cualquier género y los sentimientos del alma humana. Así tambien es imposible desconocer que, revelando la belleza moral las más alta, pura y magnífica de las ideas que pueden presidir las obras humanas, hállase en ella la fuente de las más delicadas, hondas y provechosas emociones, como el manantial de los más sorprendentes, nobles y sublimes ideales.

De contraria manera que lo útil agregado á lo bello nos parece profanación, como si halláramos la Vírgen del Ceñidor de Murillo sirviendo de mampara ó el Apolo de Belbeder alumbrando un salón de baile, y lo bello añadido á lo útil una superfluidad ridícula, como si cincelara Bellini una sopera ó una aljofaina, ó tallara Cano la cama y la mesa de noche; lo bello agregado á lo bueno, realza su seducción, como la caridad practicada por el niño ó el heroismo en la mujer hermosa, y lo bueno añadido á lo bello enaltece al artífice y la obra, como se vé en los Cristos de Montañés y en la *Divina Comedia* del Dante.

Costumbre muy vulgar es la que califica de bello cuanto place; pero verdad y justicia conducen á tal calificativo con el mejor título sobre todo aquello que es debido, honesto, virtuoso y santo. No se dice con igual razón un hermoso tocador, un bello banquete, una bella máquina, que un bello panorama, un bello teorema, una bella

verdad, y lo que es más todavía, una bella acción, un bello carácter, un bello ejemplo, una bella muerte: porque si la Belleza ha de estar caracterizada por su desinterés y su independencia de todo fin y resultado, natural es que recaiga sobre aquello que no ofrece interés material y que más bien se muestra como el sacrificio de todo cuanto es mundano, individual y personalísimo. Terrenalmente hablando, la virtud no tiene cuenta; porque en los cálculos positivistas y materiales, la abnegación, el esfuerzo, la ofrenda de la materia en las aras de la espiritualidad y de los bienes transitorios ante las creencias de lo eterno, lo inmortal y lo divino, figuran como datos impertinentes aportados allí por el fanatismo más absurdo ó la necedad más ridícula. El mundo desdeña la virtud; pero se aprovecha de ella; los *espíritus fuertes* llaman imbéciles y apocados á los hombres de bien; pero les buscan para sus negocios, les encomiendan el ejercicio de las virtudes que ellos no tienen y reposan sobre la garantía de una honradez y una integridad que teóricamente desdeñan é insultan.

No obstante, el excepticismo moral tiene ante los ojos las esplendorosas creaciones del arte creyente; se aprovecha de sus obras, las lleva á su casa, rodea con ellas el espíritu de sus hijos y, befándolas y zahiriéndolas, suele plantarlas, por vanidad ó por miedo, sobre la losa de su sepulcro. Y es que el sentimiento de lo bello eleva el alma á pesar suyo; y es que la idea del bien penetra el pensamiento aun sin saberlo; y de este modo se depuran las pasiones, oscilan las creencias negativas, se dulcifican las costumbres, se desgarran las nieblas del error, y tras las tormentas de la sensualidad y de la duda, algo como un profundo grito de la conciencia, nos dice que aquello es verdad, y salud, y deber, y algo como una luz vivísima nos hace ver que, abriendo el alma á tales emociones y

tales ideas, seremos más grandes, más generosos, más humanos y ménos egoistas, torpes y miserables.

En vano querrá evitarse que la historia nos muestre por todas partes la alianza del Arte y la Religión. El ídolo chino está trazado por las manos de Confucio, como el carro triunfal de Brachma por las de Buda y el ara ígnea de Ormuz por Zoroastro. Homero construye con el Olimpo griego sus poemas, como Dédalo clava las divinidades en los pórticos de los alcázares. Fidias corona de dioses los templos, como Esquilo los coloca sobre los estrechos tablados de sus tragedias. Giotto y Cimabue vivifican con la fé sus obras, Tasso y Palestrina la revelan, aquel en sus versos, música de la mente, y este en sus notas, poesía del corazón. Angélico da Fiesole no atina con la Belleza sino guiado por la religiosidad, y el divino Rafael idealiza la *Fornarina* trocándola en *Galatea*, y santifica la *Galatea* transformándola en la *Madonna*.

Desde los cantos de San Gregorio el Magno y los himnos de San Ambrosio y Santo Tomás, á las Misas y los oficios religiosos de Haydn y Beethoven, Rossini y Verdi, el *Stabat mater* de Gacopone de Todi y el *Dies iræ* de Celano, média todo un mundo musical creado con las inspiraciones de la lírica sagrada. Los cuadros de Overbecks, Cornelio Weiths, Führich, Van-dick, Rubens, Miguel Angel, Corregio, el Ticiano, Lesueur, Poussino, Murillo, etc., llenan el viejo continente con las emanaciones permanentes de una fé viva y profunda. Miguel Angel en Florencia, Juan Cousin y Goujon en Francia, Cano y Montañés en España, simbolizan la misma genialidad religiosa llevada á la escultura y la estatuaria; y en fin, las catedrales de Strasburgo, Colonia, Friburgo, Reims, Chartres, Milan, Roma, Sevilla, Búrgos, Toledo y otras muchas, perpetúan á través de siglos y generaciones las colosales empresas del espíritu artístico en sus celestiales armonías con la religión.

Ante tales pruebas no es posible resistir al poder artístico de las ideas morales; ninguna otra inspiración puede poner alas más poderosas al génio, ni conducirle á esfera más esplendorosa ni más rica en sublimes y benéficos ideales. Herido el corazón por celestiales amores, inflamada la fantasía en vivísimas llamas de un volcan inextinguible, provista la razón de esos principios que conducen al pensamiento por místicas contemplaciones al cielo de la libertad, del deber y de la humanidad, efluvios de Dios destinados á embellecer y realzar la conciencia del hombre, y animadas la mano y la vida con tan sublimes tipos y tan santos propósitos, la piedra y el color, el sonido y la palabra, la voluntad y la conducta, han de reflejar con deslumbradora belleza los sueños del génio y las vigilias del héroe.

IV

DIOS EN EL ARTE.

Queda demostrado que, sin ser el bien la Belleza, no hay mejor belleza que la del *Bien*. Y así había de ser: Dios es el Supremo artista y á la vez el Santo de los santos: las fuentes del Bien son las mismas de la Belleza; el artista que quiera realizar lo bello, deberá sepultar lo bueno bajo las galas ó ponerlo sobre las plumas del águila de la inspiración; el justo que pretenda conmover y encantar con el ejemplo, habrá de adornarle con el ropage seductor de la Belleza y ofrecerle ataviado con toda la riqueza de una imaginación expléndida y de un sentimentalismo puro y delicado. Sólo en tales casos el génio, ese espíritu divino, armonía misteriosa y sublime de lo bueno y lo bello, palpitará en la obra artística; Dios se revelará por el hombre; el Principio creador eterno estará de algun modo en la obra temporal de la criatura.

Pónese Dios en la realidad y en la ciencia como el *Ser*, no como un ser; como la Esencia, no como una esencia. Esta Esencia del Ser es una é indivisa; pero se manifiesta en una oposición de dos atributos; como lo *propio* de Dios y como la *entereza* ó *integridad* de Dios: es decir. Dios es Él mismo la Esencia y toda la Esencia: ser Él mismo la Esencia, quiere decir que Dios es por Sí mismo y no por otro:

esto es, que es *absoluto*; y ser *toda* la Esenciá, quiere significar que no forma parte de ningun otro sér, que es solo; esto es, que es *infinito*. Lo absoluto y lo infinito se enlazan y funden en la unidad de Dios: Dios es *absolutamente infinito* é *infinitamente absoluto*. Siendo, pues, esencialmente uno, vario y armónico, es tambien esencialmente bello. Las categorías de Dios, son por tanto las de la Belleza; un objeto de la Naturaleza ó del Arte que ostente la Belleza en algun grado, ha de realizar en sí mismo la unidad, la variedad y la armonía; y un artista, que imitando al Creador de alguna manera, se proponga realizar un cierto modo de arte, habrá de sujetarse al producir, consciente ó inconscientemente, á las categorías de la Belleza que son las leyes de toda creación. De este modo la variedad de los elementos de una composición refiérense é integran con maravillosa armonía la unidad esencial de un pensamiento hermoso, de un propósito honrado y de una verdad eterna: y de esta manera tambien, la esencial idea que revela la obra, tiene de absoluta lo que tenga de perdurable y de infinita lo que tenga de completa y sola. Forzosamente en el pensamiento humano solo cabe lo *finitamente absoluto* y lo *relativamente infinito*: por eso la obra artística sólo contendrá á Dios en parte, mientras que Dios se contiene en Sí en totalidad. El arte humano repártese la Belleza divina por decirlo así, como el pensamiento la sabiduría de Dios y la conciencia su santidad infinita; pero es innegable que cada manifestación moral artística entraña una verdad absoluta y perdurable, un fin honesto y santo y una belleza más ó ménos adecuada, viva y sorprendente.

Jamás aparece la forma más imperfecta que cuando ha de servir de envoltura á la verdad y al bien; nunca es mayor y más penosa la lucha del génio contra los obstáculos, que cuando, radiante con la concepción de uno

cualquiera de sus magníficos ideales, desciende al terreno práctico para realizarle en la vida. Parece que se mitigan los resplandores, que palidecen los matices, que se retardan los movimientos, que se oscurecen los sonidos, la materia se hace más pesada, los instrumentos más toscos, nuestros órganos más indóciles; es tan grande el alma, que no cabe en el cuerpo; es tan delicada la idea, que se quiebra contra la materia; es tan sublime el ideal, qúe sufre y se adultera con esos violentos amoldamientos dentro de la envoltura humana. La belleza de la forma queda retrasada ante la magnificencia del pensamiento, como si la materia gimiera de dolor al sentirse herida por ese soplo divino del Arte, lamentando su impotencia para obedecerle y servirle.

Dios, conducido por el génio, pone su planta en el mundo: de esta huella nace lo bello, y bajo lo bello, dentro por mejor decir, quedan la verdad del pensamiento, esto es, algo como un destello de la inteligencia infinita, y la bondad del fin, esto es, algo como un impulso de la Providencia. El destello es como la estrella que guía á la Humanidad por el encantado vergel de la Belleza hácia el paraiso de la verdad; el impulso es como el agente poderoso é interno que la mueve por esos senderos providenciales tras del progreso, la reforma y la perfección. De este modo, ni deja Dios de colaborar con el génio en la obra del destino humano, ni puede el Arte lícitamente desconocer sus leyes y olvidarse de su misión progresiva, liberal y civilizadora. De este modo tambien Dios explica esa alianza natural y necesaria que el Arte y la Ciencia realizan en el espíritu, y que al mismo tiempo que piden condiciones estéticas para las producciones del pensamiento, reclaman principios y fundamentos filosóficos para las manifestaciones artísticas.

El Arte al servicio de la sensualidad, sólo supo flotar

en el mar de los halagos, lanzar al hombre en las revueltas corrientes de los deleites y prender en su pecho, por ojos y oidos, los incendios de los apetitos. Más tarde, dócil al sentimiento, pero redimido de la servidumbre vergonzosa de las pasiones, reveló al mundo las armonías dulcísimas del corazón conmoviendo sus más delicadas fibras y dejando percibir tonos hasta entonces inauditos, melodías hasta entonces desconocidas y bellezas que se levantaban sorprendentemente de las regiones más inexploradas del alma.

La Humanidad había reido y enloquecido primero, y ahora le tocaba llorar algunas veces y gozar siempre de un modo delicado y honesto. Pero aun no estaba completa la misión del Arte. Dios había empezado á obrar por el sentimiento, pero su acción debía llegar á la inteligencia. Bien pronto empezó esa alianza del corazón y la cabeza, y el artista se hizo filósofo, la obra se hizo científica y sus efectos sobre la Humanidad se hicieron más graves, más hondos y más duraderos. Sin dejar de gozar el alma ante el Arte, y ya riendo ya llorando, principió á pensar siempre, á meditar en reflexión, á estudiar en crítica y á sentir en razón. Era que el espíritu empezaba á caminar hácia Dios. Había hablado el Cielo por las obras del génio y respondía el alma de la Humanidad con latidos de amor, pensamientos de grandeza y actos de admiración. El alcázar de las artes había sido la morada escogida por Dios para visitar á los humanos; el génio fué designado para hacer á las gentes la presentación del divino huesped, y la Humanidad, despues de aceptar con gritos de entusiasmo la providencial visita, la pagaba lanzando hácia lo eterno el alma entera en sentimiento, pensamiento y voluntad, en busca de los perennes raudales de la verdad, la bondad y la belleza infinitas.

En tal estado se halla actualmente el Arte. Tiempo ha-

ce, el contado por nuestra era, que el pensamiento divino late en él; el Renacimiento nos dejó percibir sus primeras huellas apenas mitigados el fragor y las confusiones de los siglos medios; el presente siglo, caracterizado por la conversión hácia las obras del espíritu, por la preponderancia del pensar y el preceder del estudio y por el triunfo incesante y omnilateral de la idea sobre la materia, nos le ofrece en la posible plenitud, ya en la grandeza y suntuosidad de la arquitectura, ya en la intencionalidad y decoro de la estatuaria, ya en el espíritu de nacionalidad y patriotismo de la pintura, ya en la magestuosidad y complicación de la música, ya en los ideales y en la transcendencia de la poesía, ya en la elevación y alcance de las teorías que nutren la didáctica y alimentan la oratoria.

El reinado total del Arte empieza, y su triunfo lo ha hecho la Moral: esto es; se halla determinado por Dios, razón y fundamento de toda Bondad, como de toda Belleza.

INDICE.

	Páginas.
Impugnación al materialismo	9
Concepto de la segunda enseñanza	45
El teatro de Cervántes	79
Las novelas ejemplares	86
Espíritu de la idea Protectora	99
La escuela	108
Reseña histórica del Proteccionismo en España	116
Las vivisecciones	173
El arte en la vida	189
Una antorcha que se apaga	205
Noticia biográfica del Excmo Sr. D. Francisco Flores Arenas	209
Observaciones críticas sobre las obras dramáticas de D. Francisco Flores Arenas	225
El primer aniversario	235
Insuficiencia de la educación actual de la mujer	241
La mujer	255
La moral en el Arte	303

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
6	22	todas la	todas las
32	23	orgánicos,	orgánico.
51	10	gravada	grabada
67	1	a	al
105	8	el culto	los sentimientos.
139	22	e	el
142	5	quiene	quienes
146	1	cible	ciable
183	7	ofrezca	procure
203	32	bastará ó	bastará á
209	Nota	Publicado	Publicada
242	1	pensamientos	pensadores
244	9	el ilustrado, el doncel	el ilustrado doncel
248	30	felices	fútiles
347	26 á 27	come-plta	completa
311	19	la	»

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Elementos de Antropología psícológica.
Sumario de Lógica.
Sumario de Etica ó Filosofía moral.
Errores de educación.
Lo bello: Elementos de Estética.
Ensayo histórico-crítico del teatro español.
Ensayo crítico del *Nudo Gordiano*.
Rimas.

JUGUETES CÓMICOS.

El tira y afloja.
Un ramillete de novias.
La hiena y el borrego.
La casa en venta.
Una Magdalena, poema dramático.
Los dos Juanes, comedia infantil.
La escuela, loa infantil en honor de Pestalozzi.

EN PRENSA.

Miscelánea periodística.
La última gota, (poema dramático).
Por la casa y por la novia, (pieza cómica).

CASA EDITORIAL DE D. FRANCISCO JORDAN.

OBRAS PUBLICADAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA CASA Y EN LAS DE SUS CORRESPONSALES.

Actas de las Sesiones del Congreso Regional de Ciencias Médicas celebrado en Cádiz: un tomo en 4.° español con mas de 940 páginas de lectura . . . . . 56 rs.
Artículos Escogidos, por D. Alfonso Moreno Espinosa: un tomo en 8.° español á la rústica . . 6 »
Anillo del soldado (El) drama en tres actos y en verso, original de D. Luis Abarzuza . . . 8 »

Año Biográfico (El) ó Semblanzas de 366 personajes célebres, por D. Alfonso Moreno Espinosa: un tomo en 4.° mayor . . . . . 48 rs

Bachiller de Salamanca (El) por M. Lessage: consta de dos tomos 8.° español, á 4 rs. uno . 8 »

Bandido de Lóndres (El), Ana la Imbécil, Un Drama en Chaumont y **Los crímenes de una Reina:** estas cuatro novelas forman un tomo en fólio en . . . . . 22 »

Colecciones de poesías por la Sra. Biedma y los Sres. Moreno Espinosa, Alvarez Espino, Búrgos, Gillis, García, de Dios: un folleto en . . 2 »

Disertaciones y discursos, por D. Romualdo Alvarez Espino, un tomo de 343 pág. en 8.° mayor 12 »

Dominós Negros (Los) comedia en un acto, prosa, original de don J. Carrasco . . . . . 4 »

Estudio de los materiales usados en la Marina, por el Ilmo. Sr. don Salvador Ceron, ingeniero de montes. Un tomo en 4.° mayor con más de 650 páginas é ilustrado con 75 grabados 60 »

Entre mi muger y yo, comedia en un acto, por D. Romualdo Alvarez Espino. . . . . 4 »

Gran Artista y la Gran Señora, (La) por Don Pascual Riesgo: novela española en 3 tomos 8.° español, á 4 rs. uno . . . . . 12 »

Industria forestal agrícola, por el Ilmo. Sr. Don Salvador Ceron: un tomo en 4.° de más de 400 pájinas. . . . . 20 »

Musa Popular, por D. Alfonso Moreno Espinosa: un tomo en 8.° español. . . . . 6 »

Novelas escogidas filosóficas de Voltaire: y **Cuentos y Sátiras** por el mismo autor, en verso castellano; consta de 6 tomos en 8.° español la coleccion, á 4 rs uno. . . . . 24 »

Nuevo Delincuente Honrado, (El) drama en 4 actos, prosa de D. Andrés de Neira Barragan. 8 »

Rimas, por D. Romualdo Alvarez Espino. Un tomo con 320 páj. en 8.° mayor. . . . . 12 »

Sepulcro del Amor, (El) poema de D. Luis de Abarzuza. . . . . 4 »

Soltera... ó muerta!!! disparate cómico en un acto, prosa, original de J. Carrasco . . . . . 4 »

Último Sueño, (El) poema, por la Srta. doña Rosa Martinez de Lacosta. . . . . 4 »

Una Magdalena, poema dramático por D. Romualdo Alvarez Espino . . . . . 4«